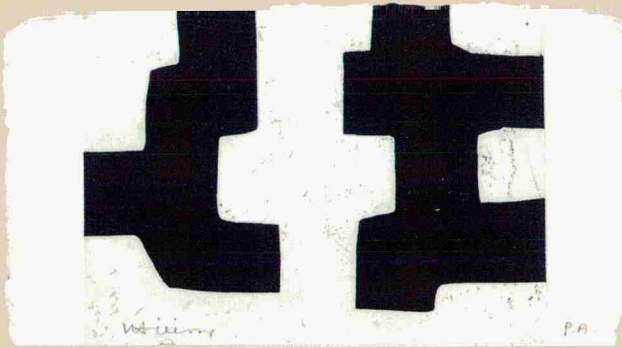


BIBLIOTHECA
IBERO-AMERICANA

VERVUERT

Ignacio Olmos / Nikky Keilholz-Rühle (eds.)



La cultura de la memoria

***La memoria histórica
en España y Alemania***

Ignacio Olmos; Nikky Keilholz-Rühle (eds.)
La cultura de la memoria



GOETHE-INSTITUT



BIBLIOTHECA IBERO-AMERICANA

Publicaciones del Instituto Ibero-Americano

Fundación Patrimonio Cultural Prusiano

Vol. 131

BIBLIOTHECA IBERO-AMERICANA

Ignacio Olmos; Nikky Keilholz-Rühle (eds.)
con la colaboración de Helga Schneider

LA CULTURA DE LA MEMORIA

La memoria histórica
en España y en Alemania

Traducción y revisión
de Cristina Díez Pampliega,
Frauke Gewecke,
Frank Schleper

Iberoamericana • Vervuert

2009

Impreso con el apoyo financiero
del Instituto Cervantes
y del Goethe-Institut

© Iberoamericana, 2009
Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid
Tel.: +34 91 429 35 22
Fax: +34 91 429 53 97

© Vervuert, 2009
Elisabethenstr. 3-9 – D-60594 Frankfurt am Main
Tel.: +49 69 597 46 17
Fax: +49 69 597 87 43
info@iberoamericanalibros.com
www.ibero-americana.net

ISBN 978-84-8489-308-0 (Iberoamericana)
ISBN 978-3-86527-338-3 (Vervuert)

Reservados todos los derechos

Diseño de la cubierta: Michael Ackermann
Imagen de la cubierta: Eduardo Chillida: *Indigi II* © Zabalaga-Leku / VG Bild-Kunst,
Bonn 2009

Este libro está impreso integramente en papel ecológico blanqueado sin cloro
Depósito legal M-50490-2009
Impreso en España

Índice

<i>Ignacio Olmos</i>	
Introducción	7

<i>Nikky Keilholz-Rühle</i>	
Introducción	13

HISTORIA Y MEMORIA

<i>Reyes Mate</i>	
Historia y memoria. Dos lecturas del pasado	19

<i>Harald Welzer</i>	
Superación del pasado	29

MEMORIA EN ESPAÑA Y ALEMANIA

<i>Ignacio Sotelo</i>	
El pasado insuperable de Alemania	35

<i>Walther L. Bernecker</i>	
Democracia y superación del pasado: sobre el retorno de la memoria histórica reprimida en España	57

EL VELO DEL SILENCIO

<i>Santos Juliá</i>	
De hijos a nietos: memoria e historia de la Guerra Civil en la transición y en la democracia	77

<i>Norbert Frei</i>	
Procesos de aprendizaje en Alemania: el pasado nazi y las generaciones desde 1945	89

Alberto Reig Tapia

Cultura política y vía pacífica a la democracia.	
El miedo y el olvido en la transición española	107

Annette Leo

Reinterpretación continua: lo que queda de la cultura	
de la memoria de la RDA	129

RECORDAR: ¿UN DEBER MORAL O UNA INVERSIÓN PARA EL FUTURO?

Jutta Limbach

Memoria y sociedad civil	143
--------------------------------	-----

Bernd Faulenbach

La difícil asimilación de las dos Alemanias	147
---	-----

Juan Aranzadi

Historia y nacionalismos en España hoy	159
--	-----

EL TRABAJO DE LA MEMORIA ACTIVA

Emilio Silva Barrera

El trabajo de la Asociación	
para la Recuperación de la Memoria Histórica	173

Joachim Gauck

Las actas y la verdad	185
-----------------------------	-----

Erik Meyer

El presente del pasado: aspectos actuales de la cultura	
de la memoria en Alemania	193

NOTAS SOBRE LOS AUTORES	203
-------------------------------	-----

Introducción

Lo que de un tiempo a esta parte se viene entendiendo en España por «memoria histórica» y en Alemania por *Vergangenheitsbewältigung* —un término en absoluto equivalente y que podríamos traducir literalmente como «dominar el pasado»—, constituye un tema de discusión de indudable actualidad en nuestros dos países. En España, el debate público sobre la necesidad de recuperar la memoria histórica del pasado inmediato —tanto del franquismo como, muy especialmente, de la Guerra Civil—, comenzó apenas a principios de este nuevo siglo, es decir, aproximadamente 25 años después de la muerte del dictador y, desde entonces, no ha hecho más que convertirse en un tema de enfrentamiento político, cada vez más agudo y destemplado, hasta el punto de que algunos autores han hablado ya de la vuelta de las dos Españas. En Alemania, desde que comenzara el gran debate sobre el pasado a finales de los años sesenta, también por cierto 25 años después del colapso general de un país reducido a cenizas, la memoria ha estado permanentemente presente en la discusión pública y ha marcado profundamente el desarrollo político de la República Federal hasta hoy mismo.

En el marco de la cada vez más estrecha cooperación entre el Instituto Cervantes y el Goethe-Institut, ambas instituciones se han propuesto convocar a los intelectuales y escritores de ambos países para debatir periódicamente temas de interés común. El «I Simposio Internacional sobre las Relaciones Culturales Hispano-alemanas» tuvo lugar en Madrid en 2003 y trató de establecer el estado actual de nuestras relaciones culturales en los más diversos ámbitos. En el año 2005, se celebró el «II Simposio hispano-alemán», esta vez en Berlín, y se dedicó monográficamente al tema de «La cultura de la memoria. La memoria histórica en España y en Alemania». Sus principales contribuciones están recogidas en este libro.

El Instituto Cervantes y el Goethe-Institut se propusieron con este encuentro un reto, sin duda, ambicioso: tratar de poner en común las experiencias de ambos países e investigar nuestras posibilidades de apren-

der de la experiencia ajena. Es cierto que no podemos partir de una imposible comparación de la realidad histórica del franquismo y del nazismo, como tampoco se pueden comparar una Guerra Civil que enfrentó a dos bandos de una misma sociedad y que generó una dictadura que habría de durar 40 años, y una Guerra Mundial de proporciones devastadoras en la que se produciría el hecho más singular –y, por ello, estrictamente incomparable– de la historia mundial reciente: el Holocausto.

Sin embargo, sí cabe intentar comparar –al menos a nuestro juicio– el modo en que ambas sociedades civiles se enfrentan hoy a los fantasmas del pasado. Sin duda, en esta comparación Alemania ostenta el triste título de maestra en el doloroso arte de la memoria histórica, mientras que España, que ha exhibido hasta ahora una modélica transición política, y que ha servido incluso de ejemplo para otros países, se enfrenta hoy a una realidad nueva llena de escollos y asperezas.

En el caso de Alemania, periódicamente se producen nuevas vueltas de tuerca que vienen a mantener permanentemente vivo este debate inacabable y probablemente connatural al orden político alemán, sobre el pasado nacionalsocialista. De entre las últimas vueltas de tuerca podemos destacar al menos tres. En primer lugar, la súbita profusión de banderas alemanas que se produjo en todo el país con ocasión del último mundial de fútbol celebrado en Alemania en 2006, un verdadero océano de enseñas que surgió de un modo espontáneo entre la población, sin ninguna intencionalidad política, y que generó un debate sobre si Alemania estaba ya suficientemente madura como para poder exhibir su bandera y su orgullo como país ante un evento deportivo sin que ello significase automáticamente una autoafirmación nacionalista. En segundo lugar –la alegría del Mundial habría de durar bien poco–, las revelaciones sobre la pertenencia de Günter Grass a las Waffen-SS cuando tenía 17 años, noticia revelada por la *Frankfurter Allgemeine Zeitung* y que provocó una acalorada discusión en Alemania. Y no tanto por el hecho de que Grass hubiera pertenecido a una tropa de elite visceralmente identificada con el régimen nazi, de tan siniestra participación en tareas de represión política, torturas y exterminación de disidentes y judíos –aunque, como ha dicho Grass, él no llegara a disparar un solo tiro antes de ser herido y capturado por los norteamericanos–, sino más bien por el hecho de que lo ocultase durante sesenta años, haciendo creer que había sido soldado en una batería antiaérea del ejército regular alemán, y no lo revelase hasta la publicación de su último libro auto-

biográfico, *Pelando la cebolla*. Un mito vivo de la socialdemocracia alemana, ariete incansable de ese eterno ejercicio de autocritica al que parece estar condenada Alemania, se venía abajo para muchos. En tercer lugar, la reciente inauguración del nuevo Museo Nacional de Historia de Alemania, en plena calle Unter den Linden en Berlín, y que nacía con la intención política explícita, según su canciller, Angela Merkel, de ayudar a reconstruir la identidad alemana: en este museo, la parte dedicada al nazismo ocupa un espacio equivalente a la dedicada a la dictadura comunista de la RDA, y con ello, al presentarse así la República Federal como el resultado de haber logrado superar con éxito dos dictaduras de distinto signo, parecía ponerse en duda lo que durante decenios ha sido el pilar fundamental de la autoconciencia crítica de Alemania: la singularidad irreductible del Holocausto.

Si los debates en torno a estas cuestiones discurrieron con una gran intensidad en Alemania, habituada ya al siempre incómodo aguijón de una memoria maldita, pero siempre dentro de los términos de la corrección política y periodística, en España, en cambio, desde que surgiera el debate sobre la memoria, y muy especialmente desde el cambio de Gobierno que siguió al atentado del 11 de marzo de 2004, la memoria histórica se ha convertido en uno de los puntos de enfrentamiento más agrios y enconados en la discusión pública española desde el advenimiento de la democracia.

Para la izquierda política e intelectual, se trataba de un ejercicio de justicia hacia las víctimas republicanas de la Guerra Civil, olvidadas en las cunetas de la Historia, como consecuencia de la necesaria prudencia y cautelas que debieron acompañar todo el proceso de la transición política en España. Más de veinticinco años después de la muerte de Franco, consolidada definitivamente la democracia y ante el súbito interés de la población por conocer su historia reciente —de repente aparecieron innumerables exposiciones, libros, novelas, series de televisión—, pareció llegado el momento de «rehabilitar moral y jurídicamente a las víctimas del franquismo» como rezaba el texto del proyecto de Ley del Gobierno. La reacción de diversos sectores, no sólo conservadores, sino también de algunos grandes intelectuales en la propia izquierda, fue tan virulenta que el mencionado proyecto de Ley fue postergado una y otra vez, hasta que finalmente vio la luz, pero ya en una versión muy reducida respecto de sus intenciones originales y que no consiguió satisfacer ni a los sectores conservadores ni liberales, ni a las numerosas ONG

que habían impulsado críticamente todo el proceso. Como ejemplo de esa oposición encarnizada —que ha producido innumerables libros y ensayos históricos en los que se llega a justificar el alzamiento militar y a considerar a la izquierda republicana como responsable directa del desastre que condujo a la Guerra Civil—, cabe citar, por su radical claridad, el artículo del padre Anselmo Álvarez, abad del Valle de los Caídos, en el suplemento religioso del *ABC* del 19 de julio de 2007, en donde afirma que, siendo el perdón la virtud cardinal para superar las heridas abiertas de la Guerra Civil, fueron los vencedores quienes ejercitaron la virtud cristiana de perdonar a sus enemigos, mucho más que los vencidos, cuya hostilidad les ha impedido siempre no sólo perdonar, sino siquiera aceptar «ser perdonados», pues no tienen «voluntad de apaciguamiento»: el ejemplo más claro de reconciliación nacional, según el padre Anselmo, siempre sería el mismísimo Valle de los Caídos, donde los vencedores habrían reunido generosamente «bajo las mismas bóvedas y la misma oración» a los caídos de ambos bandos. Sobre la postura de la Iglesia en este conflicto, cabe recordar la reciente beatificación en Roma de 400 sacerdotes asesinados en la Guerra Civil, a propuesta de la jerarquía eclesiástica española. Previsiblemente, en este contexto, la izquierda española consideró estos hechos como residuos franquistas de una sociedad que, precisamente a causa de ellos, debía enfrentarse más que nunca a la recuperación de su legítima historia como modo de consolidar y profundizar la democracia en España. Sin embargo, el modo en que se ha ido reculando progresivamente en las iniciativas legislativas ante el desgaste político que, sin duda, produce esta cuestión, hace posible pensar que quizá, como afirma Eduardo Subirats, «la sociedad española haya olvidado en unos años los crímenes políticos y la barbarie ideológica del fascismo español, exactamente igual como olvidó la persecución de los liberales por la Iglesia en el siglo XIX, los autos de fe contra los ilustrados en el XVIII, el asesinato de cientos de miles de moriscos en el XVII o la expulsión de los judíos en el XVI».

Desde el punto de vista de la derecha política e intelectual, sin embargo, el intento de forzar un debate sobre la memoria histórica, constituía una grave irresponsabilidad política, por cuanto volvía a generar una innecesaria tensión social entre la ciudadanía, que habría dado esta página de nuestra historia por cerrada. Y es que se trata, sin duda, de un delicadísimo tema que debe resolverse en las entrañas mismas de la sociedad civil, ya que cualquier iniciativa política esconderá necesi-

riamente motivaciones políticas. Si algo ha mostrado la agria discusión en España en torno a este tema, es que nada podrá resolverse por la vía política que no se haya resuelto previamente en el seno mismo de la sociedad. El problema aquí es la relativa debilidad de la sociedad civil española —carente de una amplia estructura de instituciones independientes— y, sobre todo, la creciente polarización de los medios de comunicación. La segunda crítica importante que se hace desde los sectores conservadores al proyecto del Gobierno socialista es que pretende ocuparse de las que considera «sus» víctimas, y no de todas las víctimas. En este sentido, también es cierto que la recuperación y rehabilitación de las víctimas «nacionales» por parte del franquismo, no significa en absoluto que no debieran ser también rehabilitadas, antes o después, por parte de la democracia.

En este contexto, fue muy reveladora la recomendación del profesor Joachim Gauck, de no dejar el tema de la memoria histórica en manos exclusivamente de la izquierda. Sólo un consenso alcanzado desde el diálogo entre los sectores moderados de ambas partes puede lograr algo parecido a una superación del problema que ofrezca garantías de poder mantenerse a largo plazo.

Dos puntos quedaron claros en este encuentro. El primero, que el doloroso trabajo de la memoria histórica —como ha señalado en numerosas ocasiones el profesor Reyes Mate— debe tener en el centro mismo de su atención a las víctimas, a todas las víctimas, fueran del color político que fueran ellas mismas o sus verdugos, pues se trata de reparar una injusticia, y en este propósito no se puede admitir ninguna orientación política previa: la víctima no puede ser instrumentalizada ahora para construir o reconstruir una determinada visión de la historia de un país, adecuada a determinados intereses políticos. Y en segundo lugar, que el trabajo de la memoria histórica está indisolublemente ligado a la calidad de la democracia: cuanto más ejercite una sociedad la crítica y la auto-crítica respecto de su pasado, preguntándose así no sólo por las responsabilidades ajenas, sino también por las propias, más libres llegarán a ser sus ciudadanos y mayor será su capacidad para no dejarse embaucar nunca más por el populismo y la sinrazón de proyectos políticos como los que sumieron a nuestros países en el desastre.

Berlín, julio de 2007

Ignacio Olmos,

Director del Instituto Cervantes de Berlín

Introducción

Ante el horizonte de las tendencias globalizadoras de la civilización científico-técnica, cuyo impulso las lleva a sobrepasar los Estados nacionales, recae una nueva y mayor importancia en los procesos colectivos de la memoria. La razón de ello radica en que sólo partiendo de sus condicionamientos históricos podremos entender en sus distintas evoluciones los nuevos entrelazamientos y transformaciones de las identidades nacionales. Y, entonces, también esa identidad europea que tanto se cita será algo más que una mera magnitud en la rivalidad económica únicamente, a condición de que conceda la debida consideración a las faltas de sincronía temporal y a las diferencias de esas historias entrelazadas entre sí de modo tan diverso y de las que es resultado.

En este contexto y en su colaboración cada vez más estrecha, el Instituto Cervantes de Berlín y el Goethe-Institut de Madrid han querido enfocar y destacar la importancia de la cuestión de la memoria. Tras el primer congreso organizado en Madrid por ambas instituciones con la idea de elaborar un inventario de las relaciones culturales hispano-alemanas, el segundo congreso, celebrado en Berlín, llevaba por título «Culturas de la memoria. La memoria histórica en España y en Alemania». Los resultados del debate se presentan en este volumen.

Se trata de una cuestión que ha tenido y sigue teniendo, tanto en Alemania como en España, una actualidad candente. Al entrar en ella, nos pareció que justamente la diferente evolución histórica de ambos países ofrecía un suelo fructífero para un intercambio de experiencias que, a la vez, podría dar pie a una reflexión compartida sobre las condiciones en las que una sociedad de la modernidad tardía hace frente a la herencia de su historia. Pues en la medida en que la historia pasa a ser algo disponible, una información citable y accesible en cualquier momento, se pierde la capacidad de percibir en qué medida contiene capas por asimilar y potenciales por rescatar, y hasta qué punto ambos

podrían estar dejando sentir todavía sus efectos en los problemas y las circunstancias conflictivas del presente.

Pese a todas las diferencias en la evolución histórica de España y Alemania, ambas historias nacionales conservan una estrecha vinculación mutua en sus dimensiones contemporáneas, que conciernen ante todo a la experiencia de una sociedad en el paso de regímenes autoritarios respectivamente totalitarios a una democracia moderna. Por un lado son justamente las tensiones entre la ruptura con antiguas formas sociales y experiencias colectivas y por otro, aquello que sigue perviviendo de lo antiguo pese a todos los cambios, lo que le da a la cuestión de la memoria colectiva su actualidad duradera, aparte de su interés meramente histórico.

En el caso español, se trata de una insistencia que ha despertado hace ya algún tiempo bajo el término «memoria histórica» un proceso que deja ver cuánto potencial social de conflicto se ha acumulado durante las traumáticas experiencias de la Guerra Civil y los 25 años de la «transición» que siguió a la muerte de Franco. En relación al tema de la memoria colectiva van encendiéndose cada vez más confrontaciones políticas, que han vuelto a dar nuevo vuelo al tema de «las dos Españas». Si aquí, por tanto, hay que crear una base nueva y sólida sobre la que se asiente una memoria colectiva, en el caso alemán encontramos una amplia cultura histórica de la memoria y del debate, que empezó a desarrollarse en la década de los años sesenta —es decir, transcurridos igualmente 25 años tras el desmoronamiento del nacionalsocialismo y, también, en un tiempo de conflictos sociales—. Ante un pasado muy bien aclarado por los historiadores y supuestamente «asumido», el despertar de una nueva autoconciencia nacional plantea al mismo tiempo el problema de la continuidad de una responsabilidad que surta efecto en una historia que los alemanes nunca habrán dejado «atrás», sino que exigirá siempre nuevos procesos de aprendizaje del presente.

En el marco del planteamiento indicado, el Instituto Cervantes y el Goethe-Institut invitaron a intelectuales, científicos y escritores de ambos países al debate documentado en el presente volumen. Tratándose de cuestiones explosivas de alcance incalculable, nuestra intención primordial era concentrarnos en mantener abiertos los espacios cada vez más limitados para los procesos colectivos de la memoria y proporcionar impulsos para intercambiar experiencias y reflexiones sociales de efectos duraderos. El título *Culturas de la memoria* hace referencia

a la distinta evolución histórica de una problemática común en ambos países. Significa que no se pretendía comparar dos historias incomparables, sino dar pie a un debate sobre consecuencias comunes. Sí son comparables, en todo caso, y necesitan igualmente de un debate semejante los problemas sociales y los potenciales de conflicto que trae consigo toda memoria colectiva, y que atestiguan cómo las experiencias históricas actúan siempre en el presente con una insistencia que no cede.

Así pudo comprobarse en Alemania, una vez terminada la división del país, en los debates acerca de una nueva identidad nacional o la polémica en torno a Günter Grass, y así se comprueba en España al observar las vehementes polémicas sobre la relación con la herencia franquista, sobre el reconocimiento de los derechos de sus víctimas y sobre la prematura demanda de perdón en una ruptura social traumática y aún no tematizada ni mucho menos.

Al respecto adquirieron en este congreso dos puntos en particular un perfil claro. En primer lugar, y ante todo, tienen que estar en el centro de atención de una memoria que no quiera esquivar los traumas y el dolor, los derechos incondicionales de las víctimas. Tales derechos no permiten, de ningún modo, su instrumentalización al servicio de necesidades del presente, sean del tipo que fueran, sino que constituyen el punto de partida insoslayable para toda continuidad de experiencias pasadas provista de reflexión histórica. En segundo lugar y de ello resulta que la franqueza y la capacidad de desarrollo de una democracia se medirán según qué respuestas encuentre ésta a las exigencias de su pasado, y hasta qué punto se halle en situación de abrir nuevos horizontes de experiencia. Aceptando estos requisitos, el congreso «Culturas de la memoria» podía y pretendía ser nada más que el primer acto de un continuo diálogo, así lo esperamos, intenso y fructífero. Es la intención del Goethe-Institut y del Instituto Cervantes seguir implicándose en dicha labor en nuevos actos organizados en común que contribuyan a profundizar en las cuestiones descritas.

Madrid, julio de 2007

Nikky Keilholz-Rühle

Directora del Goethe-Institut Madrid

Historia y Memoria

Reyes Mate

Historia y memoria. Dos lecturas del pasado

¿Se hizo lo que se pudo o lo que se debió? Esta pregunta se hace cada vez más inevitable cuando se habla sobre la transición política española, en la que el pasado de la Guerra Civil y del franquismo brilló por su ausencia. Frente a quienes –políticos e historiadores– piensan que se hizo lo que se debió, entendiendo por ello que los protagonistas tomaron la decisión de que el pasado no contara porque era lo mejor y porque así lo quería la sociedad española, están –jóvenes historiadores y ciudadanos críticos, muchos de ellos nietos de los protagonistas de la Guerra Civil– los que piensan que se hizo lo que buenamente se pudo, habida cuenta del gran peso del franquismo, de la amenaza de los militares y de la debilidad de la oposición.

Este debate entre lo que se pudo y lo que se debió está llamado a seguir. Y no parece exagerado pensar que lo que late en el fondo es la censura o el aplauso a la política de la transición, es decir, al modelo español de tránsito de una dictadura a la democracia. Lo que yo me propongo ahora, sin embargo, es algo diferente. Quiero preguntarme si, más allá de lo que se pudo o no se pudo, la memoria del pasado tiene unas exigencias irrenunciables. Estas reflexiones deberían enmarcarse más en una «cultura de la memoria» que en un debate de historiadores sobre la transición política española.

Para poder hablar de una cultura de la memoria hay que empezar preguntándonos si la memoria es una forma específica de apropiación del pasado, distinta, por tanto, de la que lleva a cabo la historia. Es decir, ¿existe una diferencia específica entre historia y memoria en la lectura con el pasado? Para responder debidamente habría que tener en cuenta dos formas de olvido radicalmente diferentes. No es lo mismo el olvido en el sentido de desconocimiento del pasado, que olvido en el sentido de no dar importancia al pasado. En el primer caso, el olvido es ignorancia y, en el segundo, injusticia. Dado que lo propio de la historia es conocer

el pasado y que lo que preocupa a la memoria es la actualidad del pretérito, bien podemos plantear ya la hipótesis de si historia y memoria no serán dos continentes distintos.

Lo razonable de la hipótesis está avalada por la historia de los términos (memoria, para los antiguos, era un *sensus internus*, un sentimiento, mientras que la historia era el orden del conocimiento de los hechos) y sobre todo por el significado moderno de memoria, ése que irrumpe con fuerza a finales del siglo XIX, que queda reflejado en la obra de Maurice Halbwachs, *La mémoire collective*, cuando dice que la historia comienza cuando acaba la tradición (1997: 130), un pensamiento que también le ronda a Jorge Semprún cuando advierte que dentro de poco ya no quedarán sobrevivientes que puedan dar testimonio y que el pasado de los campos será cosa de la historia, es decir, que la historia comienza cuando acaba la memoria. No vamos a seguir, sin embargo, el método de perseguir los significados o definiciones de memoria y de historia porque pronto las cartas se mezclan hasta el punto de hacerlas irreconocibles: hay pensadores de la memoria que se presentan como historiadores, como le ocurre a Walter Benjamin, y hay historiadores profesionales, como Eric Hobsbawm, cuya historia se hace cargo en buena parte de las preocupaciones de la memoria.

De ahí que el camino que se proponga sea menos polémico (memoria *contra* historia) y más irónico: tratar de explicar qué se entiende por memoria. Para esta tarea me dejaré guiar por Walter Benjamin por dos razones: primero, porque recoge una tradición, la judía, que es una forma eminentemente anamnética de leer el pasado. Como dice el historiador judío Yosef Yerushalmi, Israel se sentía tan lejos de la historia y de la historiografía que el propio Maimónides la consideraba «una pérdida de tiempo» (2002: 37). Y, segundo, porque toda su vida fue un intento de dar a esa memoria el trato de historia moderna, es decir, sacarla del humus ritual o sagrado en que nace para hacer valer su significado en la plaza pública.

La memoria, dice Benjamin, asemeja «rayos ultravioletas» capaces de detectar aspectos nunca vistos de la realidad (1991^a: 142). Que estamos ante un fenómeno nuevo lo da a entender el propio vocabulario. Benjamin descarta los términos habituales y rescata uno en desuso que él mismo traduce al francés por *souvenance*, cuyo equivalente al espa-

ñol sería «remembranza»¹. Dado su arcaísmo, mejor será traducirlo por rememoración.

Podemos decir que es una mirada específica sobre el pasado o, mejor aún, una construcción del presente desde el pasado: «Konstruktion», dice Benjamin, no «Rekonstruktion»: no restauración del pasado, sino creación del presente con materiales del pasado. Para que esa *Konstruktion* tenga lugar debe producirse un encuentro de un determinado pasado con un determinado presente, con un determinado historiador.

¿De qué pasado hablamos? Hay dos tipos de pasado: uno que está presente en el presente y otro que está ausente del presente.

El pasado vencedor sobrevive al tiempo ya que el presente se considera su heredero. El pasado vencido, por el contrario, desaparece de la historia que inaugura ese acontecimiento en el que es vencido: la derrota de los moriscos supone o conlleva su ausencia de la ulterior historia de España que llega hasta nosotros, en tanto que esta historia sí está ligada a la de los cristianos vencedores. Hay un pasado que fue y sigue siendo y otro que fue y es sido, es decir, ya no es. La memoria tiene que ver con el pasado ausente, el de los vencidos.

Lo importante, sin embargo, no es que ese pasado desaparecido sea su campo de trabajo, sino cómo lo trata. Lo específico de la memoria es cómo entiende ese pasado. Para llamar la atención de esa novedad, Benjamin habla de un «giro copernicano» en el tratamiento de ese pasado por la memoria. ¿En qué consiste? En considerar ese pasado aplastado no como algo que fue y ya no es, es decir, no como algo fijo, inerte, sino como algo privado de vida, como una carencia y, por tanto, como un deseo (frustrado) de realización.

Lo propio, por tanto, de la mirada de la memoria es, en primer lugar, la atención al pasado ausente del presente y, en segundo, considerar esos fracasos o víctimas no como datos naturales que están ahí como están los ríos o las montañas, sino como una injusticia, como una frustración violenta a su proyecto de vida.

La mirada del historiador benjaminiano se emparenta con la del alegorista barroco que no considera las ruinas y cadáveres como naturaleza muerta sino como vida frustrada, una pregunta que espera respuesta de quien lo contemple.

¹ Las palabras descartadas son «Gedächtnis» y «Erinnerung», en favor de «Eingedenken».

Esa atención a lo fracasado, a lo desechado por la lógica de la historia es profundamente inquietante y subversiva, tanto desde el punto de vista epistémico como político, porque cuestiona la autoridad de lo fáctico. Lo que viene a decir es que la realidad no es sólo lo fáctico, lo que ha llegado a ser, sino también lo posible: lo que fue posible entonces y no pudo ser; lo que hoy sobrevive como posibilidad por estrenar.

Nos podemos imaginar el carácter real de lo quedó en mera posibilidad porque se impidió su logro, es decir, nos podemos imaginar la presencia de ese pasado ausente que opera la memoria como esos huecos en algunas esculturas de Chillida. El bloque sería lo fáctico y los vacíos, la memoria de los vencidos. Están ahí como minando la pretensión de la materia a ser la única realidad. La presencia o realidad del vacío no es como el de la materia, pero su sola presencia cuestiona la pretensión de la materia a ser toda la realidad. El vacío pretende tomar cuerpo aunque su corporeidad no será ya una excrecencia de la misma materia. Otra obra ejemplar es la del escultor catalán Claudi Casanovas, titulada «A los vencidos»²: un gigantesco bloque de cerámica, ennegrecido por el fuego, con lacerantes fisuras en sus cuatro costados y vacío en su interior. Las hendiduras son al tiempo la expresión de la derrota y también el espacio por donde puede «colarse el Mesías», que diría Benjamin.

Si del ejemplo artístico pasamos a la historia real, tenemos que Pinochet, por ejemplo, no es la única realidad después de la derrota de Allende. Pinochet es lo fáctico, pero si queremos comprender la realidad de los años de Pinochet tenemos que tener en cuenta la presencia de la ausencia de Allende, es decir, la sustracción a la sociedad chilena de una experiencia política abortada violentamente. Lo mismo podría decirse de Franco y la II República española.

El modelo de la relación de la memoria con el pasado es el que propone Brecht en el poema «An die Nachgeborenen» (A los descendientes): pide a los nietos que se acuerden de los abuelos, pero no de sus éxitos que ciertamente tuvieron, sino de sus fracasos para que ellos hagan realidad sus sueños³.

² Se trata de una escultura que Olot convertirá en monumento a la memoria de los republicanos caídos. El autor prefiere ver en las grietas torturadas la expresión del sufrimiento de las víctimas. En el lenguaje benjaminiano esas grietas son el principio de la esperanza.

³ Brecht (1988: 85-87). Quizá vaya Brecht incluso más lejos: nosotros no podemos sentirnos orgullosos de nuestros éxitos porque fueron acompañados de mucho do-

La memoria funciona como el despertar de un sueño, teniendo en cuenta que «sueño», en castellano, es «dormición» (*Schlaf, sommeil*) y también «ensoñación» (*Traum, rêve*). Despertar del sueño significa entonces abandonar el estado de inconsciencia (que es el que caracteriza la vida) y habilitar lo que hay tras ese estado de vida, proyección de deseos, utopía.

¿Quién puede recordar así?, ¿quién puede detectar en lo que parece naturaleza muerta un chispazo de vida?, ¿quién es este historiador? No basta la curiosidad intelectual, querer saber qué ocurrió entonces.

Benjamin recurre a la imagen de un revelador fotográfico. Sólo uno muy potente puede descubrir en el negativo detalles, aspectos, que escapan al ojo natural y a un revelador corriente. La potencia del revelador tiene que ver con la situación del historiador, esto es, con la conciencia de necesidad que tenga, con la propia «experiencia de sufrimiento», con «un momento de peligro».

¿Por qué privilegiar la mirada del sujeto que sufre?, ¿qué tiene de particular o sobresaliente? Saber que la historia pudo ser de otra manera. Ellos saben que el hecho no agota las posibilidades de una acción histórica. Para explicar la agudeza de esa mirada Benjamin dice algo enorme. Dice, por ejemplo, que para los oprimidos su historia es un permanente «estado de excepción». Es algo enorme porque está reconociendo que la democracia de los Estados democráticos es sólo para algunos. Es una severa crítica al pensamiento político por no haber visto algo tan enorme que, sin embargo, sólo para algunos es evidente. El pensamiento político sí ha visto y denunciado a lo largo de los siglos casos de esclavitud, explotación o dominación. Pero lo ha explicado como parte de un proceso que en su conjunto es positivo. Lo que ha hecho el pensamiento ha sido fijar la atención en el conjunto del proceso y relativizar los momentos negativos, declarando esa negatividad como no esencial, algo provisional, contingente, secundario. Sólo quien hoy sea el precio del progreso puede hacer otra lectura del proceso en su conjunto. Ése o éstos pueden decir que una parte de la sociedad-que-progresas ha vivido en un estado de excepción que no es excepcional o provisional, sino permanente.

lor inferido a otros. Hay un sentimiento de culpabilidad en el éxito y lo que se desea a los nietos es que avanza sin hacer daño, al tiempo que les pedimos que nos perdonen porque nos sentimos culpables.

Pero la memoria no se queda ahí. Su objetivo no es sólo proporcionar un conocimiento específico. La memoria sabe menos que la historia; por eso Raul Hilberg, a la hora de escribir su monumental historia *La destrucción de los judíos europeos* (2005), no sigue la pista que marca la memoria de las víctimas, sino los ficheros de los verdugos. Pero la memoria tiene un secreto cognitivo. A él apunta Max Horkheimer cuando manifiesta que la ciencia es estadística y al conocimiento le basta un campo de concentración. La ciencia trabaja con datos, con los máximos datos posibles, pero sólo quien haya vivido la experiencia de un campo de concentración puede decir «todo es campo» porque aquello hubiera sido imposible sin la complicidad o la indiferencia de todos⁴. Y tiene razón. La memoria quiere decir algo sobre el presente: quiere decir que si, mirando hacia atrás, ha llegado a la conclusión de que el estado de excepción es permanente, la excepcionalidad sigue siendo la lógica de la historia en este momento y, por tanto, que se va a reproducir para una parte de la sociedad o del mundo la existencia como campo de concentración. La propuesta política de la memoria es interrumpir esa lógica de la historia, la lógica del progreso, que si causó víctimas en el pasado, hoy exige con toda normalidad que se acepte el costo del progreso actual.

Si algo hemos aprendido de las víctimas de los campos, es que su importancia política no tiene que ver tanto con las causas que defendieron –plurales y contradictorias entre sí, como puso de manifiesto Juan Aranzadi (2005)– cuanto en la propia figura de la víctima: el que la política se construya con muertos. El problema es la banalización de la vida y de la muerte. Se banaliza la vida cuando se considera un precio para alcanzar fines políticos; y se banaliza la muerte cuando se considera moneda de cambio para la paz. Banalización porque al final se supedita la vida y la muerte a los objetivos de los «vivos».

Una explicación clara de lo que significa esta memoria la proporciona el filósofo y escritor polaco Tadeusz Borowski, superviviente de Auschwitz y autor de *Nuestro hogar es Auschwitz*. «Me acuerdo», dice, «de cómo me gustaba Platón. Hoy sé que mentía. Porque los objetos

⁴ El que «todo sea campo» no significa que todos sean prisioneros o deportados. En el campo había Kapos, SS, etc. Pero donde la afirmación cobra sentido es en la interpretación del mecanismo de poder y de supervivencia, cualitativamente iguales dentro y fuera, antes y después del campo.

sensibles no son el reflejo de ninguna idea, sino el resultado del sudor y la sangre de los hombres. Fuimos nosotros los que construimos las pirámides, los que arrancamos el mármol y las piedras de las calzadas imperiales, fuimos nosotros los que remábamos en galeras y arrastrábamos arados, mientras ellos escribían diálogos y dramas, justificaban sus intrigas con el poder, luchaban por las fronteras y las democracias. Nosotros éramos escoria y nuestro sufrimiento era real. Ellos eran estetas y mantenían discusiones sobre apariencias. No hay belleza si está basada en el sufrimiento humano. No puede haber una verdad que silencie el dolor ajeno. No puede llamarse bondad a lo que permite que otros sientan dolor» (2004: 59).

Su experiencia en el campo le ha enseñado a Borowski a leer la historia de otra manera: no hay que buscar la verdad o el sentido en el mundo de las ideas, sino en y a partir de la cruda realidad. El idealismo occidental explica que adjudiquemos la construcción de las pirámides de Egipto al genio de algún gran arquitecto y no también al trabajo de los esclavos. Eso no lo sabe ahora él, reducido a la condición de esclavo y constructor de nuevas pirámides. Pero dice algo más: ya no es posible la poesía al margen de Auschwitz, ni verdad que ignora el sufrimiento, ni ética que no sea respuesta al dolor ajeno.

Para entender lo que significa esta memoria moral hay que olvidar en cierto modo el uso común que hacemos de estos términos. Ni la memoria consiste en recitar de corrido la lista de los reyes godos, ni olvido tiene que ver con algún episodio de la enfermedad de Alzheimer. Nos aproximamos más a ese sentido si entendemos la memoria como una hermenéutica, pero aplicada a la vida y no a los textos. Memoria es leer la historia como un texto. La hermenéutica se aplica normalmente a un texto, no a la vida. Ahora se trata de leer la vida como si fuera un texto.

Se trata ciertamente de una hermenéutica especial porque en vez de privilegiar los lugares de la tradición recibida, como hace la hermenéutica clásica, pone el acento ahora en los momentos despreciados o declarados in-significantes. Propugna Benjamin: «El método histórico es uno filológico, en cuya base está el libro de la vida. “Leer lo que nunca fue escrito”, dice Hofmannsthal» (1991^b: 1238). La memoria es capaz de leer la parte no escrita del texto de la vida, es decir, se ocupa no del pasado que fue y sigue siendo, sino del pasado que sólo fue y del que ya no hay rastro. En ese sentido, se puede decir que se ocupa no de los hechos (eso es cosa de la historia), sino de los no-hechos.

Para esta hermenéutica declarar in-significante lo que ya no es porque fracasó es, de entrada, una impropiedad metodológica porque esta hermenéutica sí sabe leer lo que «nunca fue escrito»; y es, en segundo lugar, una injusticia porque ese juicio (de in-significancia) cancela el derecho de la víctima a que se reconozca la significación de la injusticia cometida y, por tanto, a que se le haga justicia. Por eso se dice que memoria y justicia son sinónimos, como también lo son olvido e injusticia⁵. Si hubiera que resumir en cuatro palabras la memoria serían éstas, benjaminianas: «que nada se pierda».

Estas reflexiones sobre la memoria nacen de una crítica interna a la Ilustración en nombre de la razón ilustrada, es decir, no nacen directamente de Auschwitz, entre otras razones porque Benjamin muere en 1940, dos años antes de la «solución final». ¿Añade algo Auschwitz? La pregunta está justificada porque, en asuntos de memoria, Auschwitz tiene algo que decir. Su singularidad, dentro de la historia de horrores que ha generado la humanidad, estriba en ser precisamente un proyecto de olvido. Nada debía quedar: ningún rastro físico del crimen para que no hubiera posibilidad de memoria.

Fue un amigo y lector de Benjamin, Theodor Adorno, quien sacó las consecuencias de esta novedad planteando la necesidad de un nuevo imperativo categórico, el «imperativo de la memoria» que solemos formular así: «recordar para que la barbarie no se repita», pero que en la formulación adorniana es infinitamente más preciso: «reorientar el pensamiento y la acción para que Auschwitz no se repita»⁶. Adorno da una vuelta de tuerca a la importancia de la memoria. Veamos la diferencia.

Benjamin fundaba la fuerza de su teoría de la memoria en la capacidad argumentativa. Discutía con el historicismo o el progresismo sobre el pasado recurriendo a la razón, como todos los demás. Incluso su evocación o invocación política del mesianismo no pretendía salirse de los marcos de la razón. Frente al imperativo cognitivo que debe dominar

⁵ Primo Levi, en *Si esto es un hombre* (1987), deja caer al final estas extrañas palabras: «los jueces sois vosotros». Lo dice dirigiéndose a los lectores y la pregunta es ¿qué justicia pueden impartir los lectores? Sólo una: la de mantener viva en las generaciones siguientes, cuando hayan desaparecido los testigos, la vigencia de la injusticia pasada. Las injusticias permanecen, mientras no se satisfagan, aunque no haya manera de saldarlas. La justicia no tiene que ver con el castigo al culpable (como quiere el derecho) sino con la respuesta a la injusticia y esta se mantendrá mientras no haya respuesta.

⁶ Adorno (1973: 358); cfr. Mate (2005).

el trabajo del buen historiador —«que nada se pierda del pasado»⁷— la memoria se postula como una respuesta a la altura de la pregunta o preocupación.

Pero algo pasa para que la «rememoración» deje de ser un mero resorte argumentativo y se convierta en un deber, en un imperativo categórico. Lo que ha ocurrido no es algo imprevisto: el olvido ha dejado de ser un componente implícito para convertirse en epicentro de un proyecto político. Europa contaba con el factor olvido en sus teorías sobre filosofías de la historia. Hegel, por ejemplo, hablaba de que el desarrollo del *Weltgeist* hacía inevitable pisar algunas florecillas al borde del camino; todo el mundo tiene asumido que para progresar hay que pagar un precio, igual que no se puede hacer una tortilla sin romper los huevos. En todos esos planteamientos estaba descontado ya el olvido, entendido como insignificancia del costo de la historia. Pero en Auschwitz, por primera vez, se pone en práctica un proyecto político basado en el exterminio físico y metafísico del otro. Eso plantea un nuevo y colosal desafío hermenéutico sobre la significación del olvido al que Adorno responde con el imperativo de la memoria. No se trata ya de tener en cuenta el desecho de la historia, sino de repensar la verdad, la bondad y la belleza desde el desecho de la historia.

Y ¿hoy?, ¿ha pasado el momento de peligro?, ¿se puede desactivar el estado de excepción y volver a la normalidad? El problema es que la normalidad es ya olvido. Nietzsche preside nuestras vidas con su aforismo: «Para vivir hay que olvidar». La prueba de la entronización del olvido son las molestias que provoca la incipiente cultura de la memoria. Para unos la media docena de actos que han acompañado el 60 aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial es ya «un exceso de memoria». Parecen no darse cuenta de algo tan obvio como que estas conmemoraciones han sido tan sonadas en España porque pasó desapercibido el quinquagésimo, el cuadragésimo, el trigésimo aniversario... Alguien ha tenido, incluso, el valor de expresar la humorada de que había que prohibir citar a Primo Levi, porque ya está bien. Vivimos en una cultura de la amnesia y harán falta muchas energías para pensar la ética y la política, el derecho y la justicia, la verdad y la beldad desde la memoria de los olvidados.

⁷ Para Yerushalmi ésta es una de las características de la historiografía moderna (2002: 113).

Bibliografía

- ADORNO, Theodor W. (1973): *Negative Dialektik*. Frankfurt am Main: Suhrkamp (*Gesammelte Schriften*. Vol. VI).
- ARANZADI, Juan (2005): «Traducir a los muertos», en: *El País*, 18 de mayo, pp. 13-14.
- BENJAMIN, Walter (1991^a): «Einbahnstraße», en: *Gesammelte Schriften*. Vol. IV/I. Frankfurt am Main: Suhrkamp, pp. 83-148.
- (1991^b): «Das dialektische Bild», en: *Gesammelte Schriften*. Vol. I/3. Frankfurt am Main: Suhrkamp, p. 1238.
- BOROWSKI, Tadeusz (2004): *Nuestro hogar es Auschwitz*. Madrid: Alba Libros.
- BRECHT, Bertolt (1988): *Gedichte*. Vol. 2. Berlin/Weimar: Aufbau-Verlag.
- HALBWACHS, Maurice (1997): *La mémoire collective*. Paris: PUF.
- HILBERG, Raul (2005): *La destrucción de los judíos europeos*. Trad. Cristina Piña Aldao. Madrid: Akal.
- LEVI, Primo (1987): *Si esto es un hombre*. Trad. Pilar Gómez Bedate. Barcelona: Munchnik.
- MATE, Reyes (2005): «Mémoire et barbarie. L'impératif catégorique d'Adorno», en: *Les Temps Modernes* n.º 630-631, pp. 36-54.
- YERUSHALMI, Yosef Hayim (2002): *Zajor. La historia judía y la memoria judía*. Barcelona: Anthropos.

Harald Welzer

Superación del pasado

La superación alemana del pasado representa un ejemplo internacional. Es uno de los pocos artículos de exportación *made in Germany* que aún son objeto de admiración y reconocimiento. Adalides de la superación del pasado procedentes de Sudáfrica, Ruanda y Kosovo, organizan encuentros en los que historiadores alemanes explican a las sociedades afectadas, con ayuda del ejemplo alemán, cómo enfrentarse a catástrofes históricas. Esta exportación de los métodos de superación tiene futuro; en algún momento, políticos de Sudán y del Congo también buscarán asesoramiento.

La superación alemana del pasado, de hecho, causa impresión: Alemania es una sociedad que reconoce sin reservas los crímenes cometidos y la violencia perpetrada, acepta la responsabilidad y hace todo lo posible para que no se repita lo que sucedió entre 1933 y 1945.

Bajo la fórmula ritual del «¡nunca más!», en los últimos decenios se han establecido tales hábitos de la memoria y el recuerdo y parecen tan respetuosos que el canciller alemán pudo participar en los actos conmemorativos del sexagésimo aniversario del día D y el presidente de la República pudo demostrar en el Parlamento de Israel y en alemán lo modélicamente que Alemania ha aprendido las lecciones de la historia. Vista así, la superación alemana del pasado ha sido, de hecho, un proyecto exitoso, y con la inauguración del monumento conmemorativo berlinés para recordar a los judíos asesinados en Europa, este éxito se corona con una fórmula estética final. Superado.

Sin embargo, quizá no lo esté tanto. Como pone de manifiesto una serie de estudios sociológicos, tras las bambalinas de esos hábitos públicos conmemorativos y del recuerdo, se esconden sorpresas de índole bien distinta. Por ejemplo, ciertas familias alemanas no recuerdan el «Tercer Reich» como una época de exclusión, persecución, deportación y exterminio de los judíos, ni siquiera como una época de crímenes. Por el con-

trario, recuerdan el «Tercer Reich», por un lado, como una época fascinante en la que la juventud tomaba las calles, en la que se ganaban guerras relámpago y en la que todos colaboraban para hacer algo en común. Por otro lado, la memoria familiar gira en torno al sufrimiento, las dificultades y la miseria, en torno a la casa bombardeada, a los bienes dejados atrás y al abuelo, que aún era muy joven y que fue prisionero de guerra.

Esta cultura privada del recuerdo tiene un centro bien distinto del de la cultura pública, y ambas sólo coinciden allí donde la generación de los nietos de los colaboradores del nazismo convierten a sus abuelos en héroes de la resistencia cotidiana: personas rectas que siguieron levantando la bandera de la humanidad en los tiempos del horror, puesto que la mayoría de los jóvenes alemanes sí ha aprendido que el nazismo fue un sistema asesino y el Holocausto un crimen sin parangón. Por eso, los modelos actuales son los luchadores de la resistencia, y no los nazis. Esto no debería menospreciarse de ningún modo.

Sin embargo, más allá de este logro educativo, algunos nuevos hallazgos parecen indicar que los escolares, respecto al nazismo y el Holocausto, aprenden sobre todo una cosa: cómo encontrar las palabras adecuadas y políticamente correctas para hablar de este tema, qué grado de afectación deben mostrar cuando se habla del Holocausto y cómo utilizar correctamente las fórmulas rituales del recuerdo y la memoria. En resumen: aprenden el código de la superación del pasado, que probablemente no es lo mismo que la superación del pasado. Aprenden cómo hay que comportarse frente al resultado catastrófico de un proceso, pero apenas aprenden cómo se puso en marcha ese proceso.

Eso implicaría enfrentarse a la cotidianidad del nazismo y acercarse a la participación activa de la gran mayoría de la población en la discriminación, la exclusión y el robo. Semejante revisión se centraría en la cuestión de cómo fue posible que la mayoría de los miembros, muy normales, de una sociedad moderna se decidiera a favor de algo tan inhumano. Toda la cultura de superación del pasado hasta la actualidad ha escurrido el bulto a la hora de responder a esta pregunta, y por una buena razón: la Historia se le acerca a uno demasiado cuando formula así la pregunta. Ante este telón de fondo, la superación ritualizada del pasado también puede entenderse como un ejercicio muy complejo y fatigoso de evitación que sirve para mantener alejados los hechos que se tematizan sin cesar.

En la dirección opuesta del examen de las causas, desde hace algunos años vivimos una ola, cuya altura es cada vez mayor, de victimismo alemán renovado que arrancó con la novela de Günter Grass *A paso de cangrejo*, alcanzó una primera cumbre con la epopeya de las bombas de Jörg Friedrich, *El incendio*, se ha mantenido entretanto con incontables novelas familiares y ahora culmina en la invención de toda una generación para la que la denuncia del sufrimiento alemán parece no levantar políticamente ninguna sospecha y ser completamente inocente: los niños de la guerra. Se trata de la generación que hoy tiene entre 65 y 75 años, que ahora ha tomado conciencia de su trauma infantil, de haber sufrido en la guerra y afirma que no se ha enfrentado a ello durante todos estos años. Todas las personas, ha escrito Stephan Wackwitz, tienen derecho a una infancia a-histórica y, sin duda alguna, todos los individuos tienen derecho a que se reconozca el sufrimiento que otros le han provocado. Sin embargo, cuando en congresos y encuentros uno escucha lamentos a coro por el propio pasado y frases como la de que la vergüenza que se sentía por el exterminio judío también fue traumática, entonces no queda más remedio que concluir que la cultura alemana del recuerdo está en movimiento y, además, muy rápido.

Más allá de la asimilación individual necesaria y absolutamente legítima del sufrimiento experimentado, para mí permanece oculto qué sentido puede tener la tematización colectiva de una experiencia generacional dolorosa que, además, empíricamente no es la experiencia de todo un grupo de edad. Según algunas estimaciones, más del 50 % del mismo grupo no conoció los horrores de la guerra. El nuevo placer del espectáculo del sufrimiento se vuelve obtuso rápidamente cuando, por ejemplo, todo un auditorio se estremece al contemplar la imagen proyectada de una madre con su hijo ante un paisaje en ruinas, pero no pierde un sólo instante en reflexionar que ellos, a diferencia de las madres y los hijos seleccionados en Auschwitz, pudieron seguir viviendo y, además, juntos. Los sufrimientos individuales no se quitan nada unos a otros, pero resulta lamentable cuando el sufrimiento de un grupo encuentra un lenguaje que oculta el sufrimiento de los demás.

A ello se añade algo completamente distinto, a saber, todo el ámbito de la fascinación por Hitler y del gusto por el lado espectacular del nazismo, tal y como se vio en las obsesivas celebraciones del año conmemorativo de 2005. Para la editorial Knaur no resultó demasiado vergonzoso publicar incluso un producto como el libro *Bei Hitlers* (En

casa de los Hitler), en el que la sirvienta del Obersalzberg informa de la colcha pespunteada del *Führer* y de sus zapatillas, que ella se calzó con gusto algunas veces mientras el señor no estaba en casa.

La fascinación y el *kitsch* del «Tercer Reich» parecen estar hoy más vivos que nunca y en este hecho se pone de manifiesto una dialéctica de la Ilustración muy específica, que consiste en que todo reportaje sobre Albert Speer o Heinrich Himmler, por muy crítico que sea, toda película sobre las NAPOLA¹, toda serie periodística y cada una de las narraciones de testigos de la época ilustran una y otra vez la aparente grandeza de aquellos tiempos, por la mera cantidad de información y porque se recurre sin cesar a las imágenes que en su día se produjeron para fines propagandísticos, por lo que no parecen muy apropiadas para poner en tela de juicio el sistema que muestran.

Así, pues, ¿qué se ha superado? Nada. Muy al contrario, parece haber un retroceso memorístico que retrocede hacia algo que tiene relación con el presente. Cuando el futuro parece haberse extraviado y ni la elite política ni nadie tienen una idea de cómo debería ser esta sociedad en diez o veinte años, y tampoco sobre cómo solucionar sus problemas más urgentes, cuando aparecen nuevas desigualdades sociales y parece extenderse ampliamente el fatalismo frente al futuro, lógicamente es fácil que se recurra al pasado. Esta combinación de miedo al futuro y obsesión por el pasado seguramente se debe a que cada vez se mezclan más elementos nostálgicos y de fascinación en la incesante retrospectiva, y también a que la tematización del sufrimiento propio, en ocasiones, es bastante obscena. Nunca ha habido tanto pasado. Tampoco hubo nunca tan poco futuro.

¹ Denominación que recibían las escuelas creadas por Hitler para educar a los dirigentes del régimen. [Nota de la Traductora.]

Memoria en España y Alemania

Ignacio Sotelo

El pasado insuperable de Alemania

Sesenta años después de terminada la Segunda Guerra Mundial y tras diez de agrias polémicas, el 10 de mayo de 2005, se ha inaugurado a pocos metros de la Puerta de Brandemburgo, en el mismo corazón de Berlín, un monumento que ha de mantener la memoria del Holocausto. Alemania sigue confrontada con un pasado que permanece siempre presente. ¿Cómo se explica, sesenta años después, la actualidad del pasado nazi? ¿Acaso la llamada «superación del pasado» (*Vergangenheitsbewältigung*) ha supuesto un inmenso fracaso? Lo primero en que cabría pensar es que no se han hecho bien las cosas, pero pronto se cae en la cuenta de que probablemente no cupiese otro resultado, no sólo porque, en principio, ningún pasado puede ser «superado» —pesa siempre sobre el presente, modelando de alguna manera el futuro—, sino porque hay acontecimientos, como los crímenes nazis contra la humanidad, que por su propia índole nunca podrán superarse. «Superar el pasado», una expresión ya decaída, pese a que haya prevalecido durante decenios en Alemania, sería ciertamente una pretensión inalcanzable.

Las dos explicaciones, que no se hayan hecho bien las cosas o que el objetivo sea inaccesible, puede que tengan parte de verdad. No cabe decir que la «superación del pasado» en los últimos sesenta años haya sido un rosario de aciertos. Aunque a primera vista parezca imponerse la idea de que existen pasados por sí mismos insuperables, y de esta categoría sería el Holocausto, no son pocos los que cuestionan que los crímenes nazis contra la humanidad se definan como únicos, es decir, sin precedentes constatables ni la posibilidad de que vuelvan a ocurrir. Una mirada retrospectiva ratifica, en efecto, que en la historia nada se repite. El historicismo decimonónico ya subrayó la singularidad (*Einmaligkeit*) de lo histórico, pero sacando la conclusión, hartamente discutible, de que el método comparativo no podría aplicarse a la historia, tal como luego, al ir descubriendo estructuras semejantes en situaciones distintas,

sí se ha hecho en el siglo xx. Fijar un determinado evento como único e irrepetible supone sacarlo del fluir de la historia, que es siempre continuidad y cambio, para de alguna forma sacralizarlo. No cabe la menor duda de que para manejar el presente se puede aprender, y mucho, de la historia: *historia magistra vitae*.

La primera hipótesis reza que habrían sido un fracaso estos sesenta años de pretendida «superación del pasado», en último término, por no haber sabido enfrentarse a lo ocurrido con coraje y verdad. Tratando de salvar a las profesiones y los sectores sociales más implicados, se habría exagerado mucho en algunos puntos y ocultado otros esenciales. La historia de la «superación del pasado» sería así la de las distintas manipulaciones llevadas a cabo según la coyuntura. En apretada síntesis intentaré resumir la actitud de los que vivieron el nazismo y la guerra, la de los hijos que en 1967-1968 se rebelaron contra el silencio hipócrita de la generación anterior y la de los nietos que en 1989-1990 asistieron a la reunificación de los dos Estados alemanes, y con ello a la desaparición del vestigio más visible y doloroso del pasado nazi.

La generación que perdió la guerra

El 8 de mayo de 1945, tras capitular sin condiciones, la población alemana se movía entre los escombros de las ciudades sin poder hacerse a la idea de que yacieran sepultados todos los ideales en los que habían creído firmemente sobre la gran Alemania y, muertos o desaparecidos, los héroes del régimen. Hitler, que tantas veces había proclamado que no se repetiría el armisticio bochornoso de noviembre de 1918, había conseguido su empeño; esta vez nada de una negociación a tiempo que salvase al país de su total destrucción, sino una rendición incondicional en una Alemania destruida por completo. Los alemanes tuvieron la impresión de vivir un enorme terremoto que en pocos minutos arrumbara con todo. En vez de hablar de «derrota» (*Niederlage*), se recurría a expresiones como «catástrofe»¹, «desplome» (*Zusammenbruch*), «hundimiento» (*Untergang*)². O bien se hablaba de «la hora cero» (*die Stunde Null*), como si en la historia pudiese comenzarse alguna vez de la nada.

¹ Friedrich Meinecke (1946) reflexiona sobre la historia más reciente en un libro que titula *La catástrofe alemana*.

² Todavía una película alemana reciente sobre las últimas semanas del *Führer* lleva este título.

Obsérvese que son expresiones que más bien parecen apropiadas para describir un desastre natural. En efecto, los términos que se emplearon durante mucho tiempo aluden a un cataclismo de incalculables dimensiones y no a un acontecimiento histórico-social como es una guerra perdida. Así como nadie busca a los responsables de un terremoto, sino que todos se compadecen mutuamente, los alemanes se sintieron no los responsables, sino las víctimas de lo ocurrido.

De la noche a la mañana, un pueblo fanatizado que en palabras y obras no había ocultado su entusiasmo por el nacionalsocialismo se levanta neutral y distante: nadie habría tenido nada que ver con el régimen caído, en fin de cuentas, obra exclusiva de un demonio. Hitler sería el único culpable de la destrucción de Alemania en una guerra impuesta por una gran coalición que trató de impedir que Alemania encontrase el lugar que le corresponde en el mundo. La bibliografía alemana sobre Hitler aparecida inmediatamente después de la guerra lo convierte en un monstruo o un loco que los alemanes habrían sufrido sin poder hacer nada en contra, o sea, también un fenómeno extrahistórico caído del cielo, o en este caso más bien salido del infierno.

Importa recalcar dos datos, el primero, que hasta la mitad de los cincuenta, los alemanes que pasaron del yugo de la dictadura nazi al arbitrio de los vencedores no se consideraron responsables de nada, teniéndose, en cambio, por las mayores víctimas del nazismo. Todos los informes de los ocupantes muestran su extrañeza al comprobar que nadie habría tenido nada que ver con el régimen caído. El poeta británico Stephen Spender, que viajó por la Alemania destruida entre mayo y octubre de 1945, se asombra de la repentina desaparición de los nazis, aunque, claro, tampoco se pondrían fácilmente en contacto con un oficial inglés (Spender, 1946). Dominaba la impresión de que Hitler hubiera gobernado con la oposición pasiva de todo el pueblo.

Aún más llamativo es que, desplomada una dictadura tan brutal, en los pueblos y pequeñas ciudades no se produjese ninguna agresión contra los jerarcas nazis, pese al comprensible temor que éstos tenían de que el pueblo se vengase. En Francia, se persiguió a los colaboradores y varios miles fueron asesinados; lo mismo sucedió, en menor medida, en Italia, donde la resistencia garantizaba una alternativa al régimen fascista. En Alemania, funcionó la solidaridad nacional —a la hora de la derrota, todos alemanes— y nadie pensó, no ya en perseguir o

denunciar a los nazis más implicados. Ni siquiera fueron discriminados socialmente.

No era fácil sobrevivir en una Alemania destruida por completo; vencer los muchos obstáculos que impedían rehacer la vida se convirtió en la única tarea. Situación tan agobiante ofrecía la ventaja de que no dejaba hueco para preguntarse por la culpabilidad personal o colectiva. En un ambiente de ansiedad y penuria sumas no lograba penetrar en la conciencia de la gente la cuestión más terrible, la exterminación de millones de personas. La mayoría prefirió refugiarse en la fantasía de que el alemán es un pueblo decente que no podía haber cometido tamaños crímenes. Una acusación tan tremebunda tenía que ser producto de la propaganda de los vencedores para destruir hasta el último rastro de dignidad que pudieran conservar los vencidos. El Holocausto —aún no había aparecido la palabra— va a tardar tiempo en ser admitido. La generación que hizo la guerra nunca lo asumió, escudándose en su ignorancia. Ni siquiera los mandatarios en la cúspide del régimen admitieron haber sabido algo del destino de los millones deportados³. Ciertamente que la detención, masiva a partir de 1942, de la población judía se hizo ocultando a detenidos y vecinos el fin que le esperaba. No cabe la menor duda de que las informaciones habían sido escasas, pero asombra que nadie hubiera podido imaginar qué ocurría con los judíos deportados.

Terminada la guerra, cuando excepcionalmente una persona se veía obligada a romper el silencio, hablaba únicamente de los padecimientos sufridos: los bombardeos de las ciudades, la expulsión violenta de sus territorios, los avatares de la búsqueda de los familiares. A la generación que vivió el nazismo e hizo la guerra la podríamos llamar la del silencio⁴: cuando no podían evitar decir algo, era tan sólo para dejar constancia de que nada supieron de los crímenes horrendos contra la humanidad y, si obligados por las circunstancias colaboraron con el régimen, habría sido siempre desde una oposición interna. La empresa Topf & Söhne, de Erfurt, no sólo construyó los hornos de los crematorios para Auschwitz, sino que los instaló y se ocupó de su mantenimiento, sin que al pare-

³ Desde el ministro de Armamento Albert Speer, según confesión propia, hasta el secretario de Estado en el Ministerio de Asuntos Exteriores Ernst von Weizsäcker, según testimonio de su hijo, ambos condenados a penas de prisión por el Tribunal de Nuremberg, nada habrían sabido del exterminio de millones de personas.

⁴ Sobre el silencio de la generación de la guerra, desde la perspectiva de los hijos, son del mayor interés los testimonios que recoge Gabriele von Armin (1989).

cer ninguno de los ingenieros ni de los obreros que participaron en el montaje se preguntasen cuál sería su uso. Poco se sabía, pero sobre todo nada se quería saber. En mayo de 1945, el dueño de la fábrica, Ludwig Topf, de 41 años, en la carta que deja antes de suicidarse⁵ no se siente culpable ni asume responsabilidad alguna por haber proporcionado los hornos crematorios a Auschwitz. Decide quitarse la vida únicamente para no ser víctima de las injusticias que sufrirán los alemanes tras la derrota.

En la posguerra, los alemanes permanecieron unidos en la obra titánica de reconstruir el país, eso sí, sin preguntar a nadie por su pasado político. Nadie señaló con el dedo a maestros, profesores de secundaria y de universidad, jueces, empresarios con un pasado nazi. Ni un solo juez fue acusado de haber participado en alguno de los tribunales que dictaron 32.000 penas de muerte. Habrían obrado correctamente según la legislación vigente. ¿Adónde iríamos a parar si los jueces fuesen también responsables de las leyes que aplican? La tarea que urgía era levantar el aparato del Estado, o mejor dicho, de los dos Estados, cada uno en un bando de la «guerra fría». Éste es el factor principal que explica que las potencias vencedoras llevaran a cabo una «desnazificación» que pronto quedó en agua de borrajas. Ciertamente que en la zona soviética se hizo más a fondo, conectada con la estatalización de los medios de producción; pero las potencias vencedoras en las cuatro zonas no tuvieron más remedio que, sin hacer demasiadas averiguaciones sobre el pasado, emplear a la gente disponible. Los que habían servido a la vieja Alemania con el mismo afán y la misma lealtad se pusieron a disposición de los nuevos regímenes. La «guerra fría», que empezó a cuajar en la inmediata posguerra, protegió el silencio que mantuvo la generación que hizo la guerra.

En los años cincuenta la restauración de la Alemania que condujo al nazismo, sobre todo en la República Federal, consolidó a los antiguos nazis en la empresa, la política, la justicia y la universidad. Hoy muchos piensan que se acertó con esta política de borrón y cuenta nueva, no se podía perseguir o discriminar a esa inmensa mayoría que fue nazi, o colaboró con un régimen que se confundió con el Estado. Ningún pueblo por razones ideológicas o morales puede deshacerse de sus cuadros

⁵ Documento de la exposición especial que sobre la empresa Topf montó el Museo Judío de Berlín en el verano de 2005.

intelectuales, científicos o técnicos. Tampoco Lenin actuó de otra forma al incorporar la oficialidad y la burocracia zaristas al Estado de los *soviets*. En todo caso, aunque en el corto plazo el balance de esta política haya sido positivo, se ha pagado un altísimo precio, al tener que poner sordina a la discusión pública sobre los crímenes nazis, diluir la responsabilidad del pueblo alemán, así como ocultar los antecedentes, pero también las posibles consecuencias de tan trágica experiencia.

La reacción del mundo universitario

Un caso paradigmático del comportamiento de los alemanes en la inmediata posguerra es la reacción del mundo universitario. Dos rasgos lo resumen: se mantiene en sus puestos todo el personal comprometido por su pasado nazi, a la vez que se impone un silencio absoluto sobre lo ocurrido en el ámbito en que cada uno se mueve. Reconstruyeron los edificios a gran velocidad, y se reanudaron las clases en el semestre de invierno 1945-1946, eso sí, con los mismos profesores como si nada hubiera ocurrido. A comienzos de los sesenta, en la Universidad de Colonia, oí decir que el sociólogo René König, que había emigrado durante la dictadura y que no tenía pelos en la lengua al denunciar el pasado nazi de algunos de sus colegas, era judío, única forma de explicar primero el exilio, y luego tan extravagante comportamiento⁶.

El que la «desnazificación» no pasara por las aulas es tanto más de lamentar en cuanto que en 1933 las universidades se distinguieron por la profusión de nazis, tanto entre profesores como estudiantes. Conviene recordar que las quemas de libros, el 10 de mayo de 1933, ante las puertas de las principales universidades, presididas por el rector en compañía del claustro casi al completo, fue una idea surgida en los medios académicos ante la que, en un principio, Goebbels se había mostrado muy receloso. Cumpliendo con su condición de vate, Heinrich Heine lo había anunciado: «Donde se queman libros se acaba quemando también personas». En las universidades, donde el antisemitismo había calado muy hondo, a partir de 1933 la depuración de judíos se llevó a cabo con la máxima diligencia. Fueron expulsados cientos de profesores, una buena parte de ellos entre los más relevantes. La consecuencia fue per-

⁶ ¿Cómo podía haberse exiliado si no pertenecía a algún partido de izquierda o no era judío? Al ser evidente que la primera hipótesis no encajaba, no quedaba más que la segunda (König 1984: 122).

der, sin que se haya vuelto a recuperar, la primacía alcanzada a finales del siglo XIX y primeros decenios del XX en los saberes y en las ciencias. Es uno de los costos mayores del nazismo y aquel del que menos se habla.

Con la llegada de Hitler al poder se inicia un rápido declive, en primer lugar intelectual y moral, que hasta hoy ha dejado su huella en todos los ámbitos sociales. La Alemania que en 1945 emerge de las ruinas nada tiene ya que ver con aquella idea del «país de los poetas y pensadores» que se había ido formando a partir de la segunda mitad del siglo XVIII. Pudo restaurarse la estructura social y empresarial, se reconstruyeron las fábricas y los edificios, pero Alemania había perdido definitivamente su superioridad en las ciencias y en los saberes filosóficos y humanísticos, abocada a una crisis moral y de valores que con el paso del tiempo no ha hecho más que aumentar. Que la Alemania de después de la guerra fuese, sin solución de continuidad, la anterior a la catástrofe, únicamente se sustentaba en la aspiración de la República Federal de presentarse como la heredera del *Reich* con todos los derechos y obligaciones. Esta pretensión se derrumba en 1990, al recuperar Alemania la soberanía plena sin tratado de paz alguno, lo que permite reconsiderar en todos sus múltiples aspectos la ruptura total que significaron los doce años de nazismo.

El primer escrito de Habermas que atrajo la atención del mundo académico, es de 1953 —cuando tenía 24 años— y se publicó en la *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, uno de los periódicos de mayor influencia en Alemania. El artículo consiste en un comentario al libro de Martin Heidegger *Introducción a la metafísica*, con la intención política de censurar que el ilustre filósofo no hubiera modificado en 1953 el texto original de 1935, ni siquiera añadiendo una breve explicación al hecho tan llamativo de que, pese a la experiencia histórica vivida, se hubiera atrevido a mantener un elogio del nacionalsocialismo. Heidegger, al criticar la noción de valor y con ella la filosofía de los valores, escribe: «Lo que hoy se ofrece como filosofía cabal del nacionalsocialismo pero que nada tiene que ver *con la verdad y grandeza de este movimiento* (a saber, el encuentro de la técnica, abocada a ser planetaria, con el hombre moderno) [...]» (1953: 152; el subrayado es mío).

El joven Habermas se muestra en extremo respetuoso con el filósofo —considera *Ser y tiempo* el libro más importante de la filosofía alemana desde la *Fenomenología del espíritu*—, pero recaba también el derecho

a la crítica de posiciones teóricas con graves consecuencias políticas, máxime, cuando estima que la alusión elogiosa al nacionalsocialismo no es algo accidental que podría haber suprimido, sino un elemento esencial de un libro en el que Heidegger relaciona la cuestión del ser con la situación histórica de su tiempo. No es sólo que el pensador Heidegger haya sentido simpatía por el nazismo; mucho más grave es que su filosofía esté estrechamente ligada con semejante barbarie⁷. ¿Cómo hacerse cargo de la estrecha conexión existente entre la sutileza supercivilizada de la filosofía heideggeriana con el terror que implica el nazismo?

El nazismo se halla presente en los niveles más profundos del pensamiento de Heidegger que, no lo olvidemos, el joven Habermas considera el filósofo alemán más importante desde Hegel. Tiene que dar que pensar que una cabeza filosófica de tal calibre pueda caer en el primitivismo de mostrar su admiración por el nacionalsocialismo, tanto más, cuando, en rigor, salvo algunas excepciones, como su amigo Carl Schmitt, no hubo en Alemania una intelectualidad fascista digna de mención. Y ello debido en gran parte a la mediocridad de los mandos nazis que repelió a todos los intelectuales de mayor cacumen, empezando por Heidegger, Jünger o Benn, que de muy buen grado hubieran querido aportar su grano de arena. Esta estrecha conexión entre las tradiciones intelectuales alemanas y el nazismo —en la universidad se crea el caldo de cultivo que nutre el virus nazi— sólo se explica si se tiene en cuenta que la ideología nazi, lejos de ser un fenómeno extraño o marginal, hunde sus raíces en lo más específico de la cultura alemana. En realidad, el fascismo alemán —escribe Habermas en la línea del *Doctor Faustus* de Thomas Mann y luego del Lukács de *El asalto a la razón*— brota de una tradición cultural muy alemana, que no porque los dirigentes nazis no la supieran aprovechar fue menos relevante. El joven Habermas pone el dedo en la llaga al señalar el aspecto político más escabroso: la Alemania de la posguerra ha rehuído sistemáticamente hacer explícita la tradición intelectual que desemboca en el nazismo, así como con muy pocas excepciones ha evi-

⁷ Un reciente libro de Emmanuel Faye (2005), que se apoya en un estudio exhaustivo de textos inéditos o hace poco publicados de los seminarios de Heidegger entre 1935 y 1949, muestra que la relación del ser (*Sein*) con lo que concretamente es (das *Seiende*) es la del *Führer* con su pueblo, que Heidegger entiende como la unidad de raza y sangre. Según Faye, Heidegger habría elaborado filosóficamente la cosmovisión del nazismo ya desde *Ser y tiempo*.

tado una confrontación directa con los orígenes e influencia posterior de la ideología nazi.

El Habermas recién salido de la adolescencia, al cerciorarse de los crímenes del nazismo, había esperado del pueblo alemán una reacción colectiva altamente moral, pero se topa con el silencio que la restauración ampara en todos los ámbitos sociales. El choque de sus expectativas con el mundo social en el que ha crecido le lleva a distanciarse de una sociedad que nada quiere saber del pasado —y que, por ello, de algún modo niega el futuro—, empeñada tan sólo en saciar el hambre y, una vez que lo consigue en un plazo sorprendentemente corto —el llamado «milagro económico alemán»—, queda amarrada al afán de satisfacer nuevas necesidades materiales. Escepticismo y consumismo marcan así las coordenadas dentro de las cuales se mueve una generación que se distingue por haberse enriquecido a gran velocidad (Habermas 1956: 212-228).

Si el Heidegger del silencio solidario con el pasado nazi —el alemán no dobla la cerviz ante el vencedor— coincide con una buena parte del pueblo alemán, la excepción es su antiguo amigo, el también filósofo Karl Jaspers. Ya lo había sido durante la dictadura, al perder la cátedra de Heidelberg por no divorciarse de su mujer judía. A su vuelta a la universidad en 1945 y exigir, por un lado, una renovación profunda de la institución acorde con la tragedia vivida y, por otro, preguntarse por la culpa que pudiera recaer sobre cada alemán en particular, o sobre el pueblo alemán en general, se sale otra vez de las pautas de la universidad restaurada. *El problema de la culpa* (1946), en el tema que nos ocupa, es el libro más importante de la posguerra. Distingue la culpa penal, que recae en aquellos que hayan cometido crímenes que quepa probar con hechos fehacientes, y que sólo pueden dirimir los tribunales; la culpa política que atañe a los gobernantes, pero también en buena parte al pueblo que los ha tolerado, que han de apreciar las potencias vencedoras; la culpa moral, que cada uno tiene que despejar ante su propia conciencia; y, en fin, la culpa metafísica que se amplía a todo lo injusto sobre la tierra, de la que Dios es el único juez supremo. La culpa, sea penal, política o moral, concierne tan sólo a individuos, nunca a un pueblo en su conjunto. No existe una culpa colectiva que, como el pecado original, se traslade de una generación a otra, pero sí una responsabilidad de todos que se asienta en la conciencia de cada uno de los ciudadanos. Con la negación de una culpa colectiva y la distinción entre culpa y responsa-

bilidad, Jaspers deja bien sentados los conceptos básicos, con los que ha operado Alemania desde entonces.

No habrá que insistir en que el discurso de Jaspers, máxime cuando pretende iniciar una nueva fase en la universidad y en la vida espiritual de Alemania, no encaja en absoluto en el ambiente de aquellos años. Asqueado, acepta en 1946 un llamamiento de la Universidad de Basilea. Cuando veinte años más tarde ocurre lo que al terminar la guerra hubiera sido impensable y un viejo nazi, Kurt Georg Kiesinger, es elegido canciller de la República Federal, Jaspers y su esposa renuncian a la nacionalidad alemana⁸. Dada una divergencia creciente, a nadie le extrañará que la crítica que Jaspers hace en estos años a la evolución política de la República Federal apenas haya calado en Alemania.

Quedamos en que existe, no una culpa colectiva, sino tan sólo una responsabilidad del pueblo alemán. Sobre esta base, en los años cincuenta, la República Federal de Alemania paga las indemnizaciones –*Wiedergutmachung* se dice en alemán, algo así «como devolver el bien arrebatado», una expresión que alude a algo tan inalcanzable como «la superación del pasado»– en primer lugar y sobre todo al pueblo judío y al Estado de Israel. La «guerra fría» impide que estas reparaciones lleguen a otros pueblos, como el ruso y el polaco, que asimismo sufrieron una política de exterminio. Los gitanos, pese a que fueron aniquilados casi en la misma proporción que los judíos, tuvieron más difícil conseguir las indemnizaciones. Al final, el responsable legal de tantos genocidios ha sido el Estado alemán, representado por la República Federal de Alemania que, como he dicho, se considera la continuadora, con todos los derechos y obligaciones, del *Reich* desaparecido.

La generación de los hijos

A mitad de los sesenta, la generación nacida en la guerra, o poco después, rechaza la hipocresía de los padres que han evitado encararse con el nazismo, a la vez que desenmascara la potencia que los ha amparado, y ahora en nombre de la libertad y la democracia ataca a un pueblo indefenso que lucha por su independencia (Vietnam) o protege a un

⁸ Entre los indignados porque un ex nazi sea elegido canciller se encuentra Günter Grass, representante cabal de la generación de los hijos. Véase la carta abierta que el 30 de noviembre de 1966 dirige a Kurt Georg Kiesinger (Grass 2004: 202-203).

dictador como el Sha de Persia. Dos decenios después de terminada la guerra, con la revuelta estudiantil de 1967-1968, se produce la ruptura generacional con el pasado nazi. El alejarse críticamente de los padres y de su protector les lleva a plantear de nuevo el tema tan peliagudo de las causas del nazismo. Para domeñar el pasado, la cuestión clave es identificar a las fuerzas sociales que lo alzaron al poder. La respuesta del movimiento estudiantil recoge la que había ya propuesto la izquierda marxista en los años treinta y repite Horkheimer a su regreso del exilio: «El que no quiera mencionar el capitalismo, que calle también sobre el fascismo». Ante el avance del movimiento obrero y la cercanía de una revolución proletaria, el fascismo es la forma que adopta un capitalismo a la defensiva. El objetivo principal es acabar con la amenaza obrera, a la vez que un rearme acelerado favorece el rápido enriquecimiento de los «capitalistas monopolistas». Los hijos de los que colaboraron con el nazismo han encontrado por fin en el capitalismo la causa última del nazismo. Superar el fascismo significaría, ni más ni menos, que superar el capitalismo, pero también las formas degeneradas del «colectivismo burocrático» del bloque soviético. En una Alemania dividida no se podía ignorar lo que ocurría al otro lado del muro.

Tomando como base esta misma argumentación —el capitalismo, en determinadas condiciones, origina el fascismo— la Alemania Oriental, que había suprimido el capitalismo, se consideraba a sí misma el baluarte seguro del antifascismo, mientras que la Alemania Occidental, en manos del «capitalismo monopolista», continuaría siendo fascista. La paradoja que tenía que digerir el movimiento estudiantil anticapitalista era que la Alemania que se enorgullecía de su antifascismo, lamentablemente mostraba no pocos puntos de contacto con el fascismo, algunos tan llamativos como la dictadura del partido único, la existencia de una ideología oficial indiscutible o de aparatos policiales represivos. El movimiento estudiantil enarbolaba la bandera del anticapitalismo, pero a la vez tenía que marcar, sin conseguirlo siempre, la línea divisoria con el «socialismo real». Y las cosas se complican, porque la autodefinición anticapitalista, vinculada a la apelación a la violencia, les acerca al modelo soviético. Expulsar de clase a los profesores que se oponen a los argumentos «revolucionarios», quemar periódicos que mienten sistemáticamente, promocionar tan sólo a los que pensarán de la misma forma, todo ello lleva al líder teórico de la izquierda intelectual, Jürgen Habermas, a condenar los métodos de estos jóvenes revolucionarios

que recordaban demasiado a los del fascismo. Los bandos en liza se acusaron mutuamente de fascistas, hasta el punto de que el concepto pierde contenido y se convierte en un insulto que se lanzan los unos a los otros.

La generación de los nietos

Después de que el movimiento estudiantil se hubiese disuelto en mil pequeñas sectas para que al final una pequeñísima se descarriara en el terrorismo, en los años ochenta surge una nueva generación, la de los nietos, obsesionada por ganar dinero y disfrutar de la vida: si se quiere, un repliegue a un conservadurismo que trajo consigo un mayor distanciamiento del pasado nazi que quedaba ya muy lejos. El que hubiera desaparecido la agresividad que los hijos mostraron con la generación de la guerra, paradójicamente facilitó hasta cierto punto un tratamiento más objetivo del pasado. En este ambiente se va abriendo paso una nueva interpretación de la derrota, que deja de tildarse de catástrofe, desplome, hundimiento, para calificarse por fin de liberación.

Desde sus orígenes, la República Democrática Alemana celebraba el 8 de mayo el día en que la Unión Soviética había liberado al pueblo alemán del fascismo; en cambio, en la República Federal transcurría con un silencio embarazoso. Tal vez el 8 de mayo de 1985, cuarenta años después de la derrota, marque el hito de una nueva relación de la Alemania Federal con el pasado. El presidente Richard von Weizsäcker, en un discurso ante el Parlamento, manifiesta que en esta fecha se conmemora la liberación del pueblo alemán, algo que hasta entonces nadie desde el Gobierno se había atrevido a decir. Theodor Heuss, antes de ser elegido primer presidente de la República Federal, en un discurso ante el Consejo Parlamentario, la institución que había redactado la Ley Fundamental del nuevo Estado, ya había afirmado que el 8 de mayo de 1945 representa «la paradoja más trágica y más discutible» de la historia de Alemania, por cuanto «hemos sido salvados (*erlöst*) a la vez que destruidos (*vernichtet*)». Pues bien, a partir de 1990, en una Alemania unida se celebra el 8 de mayo como el día de la liberación, tal vez el único símbolo proveniente de la Alemania del este que haya sobrevivido. Se han quedado en una minoría insignificante los ultranacionalistas que siguen considerando este día el más negro de la historia alemana. La mayor parte de los alemanes, a la vez que asume la responsabilidad

por lo ocurrido, agradece hoy a los aliados el que los hubiera liberado del fascismo.

En una Alemania libre y unificada que ha recuperado la soberanía plena tenía que surgir una nueva reflexión sobre el pasado nazi, menos emocional y más objetiva. Pero en cuanto intenta hacerse cargo de la historia, resulta ya muy difícil mantener los tabúes que han dominado el último medio siglo. En las condiciones de la «guerra fría», instalado cada Estado alemán en un bando, resultaba imposible mencionar los crímenes de las potencias victoriosas. En Alemania occidental no se podía recordar la destrucción de Dresde, y de otras grandes ciudades, por los bombardeos angloamericanos; en la oriental, las violaciones masivas de los rusos al tomar Berlín; y en las dos no cabía criticar la expulsión de varios millones de alemanes de los territorios que Polonia y Rusia se anexionaron. La «limpieza étnica» que aplicaron serbios y croatas en la guerra civil de Yugoslavia, los aliados la practicaron a gran escala en los territorios arrancados a Alemania. Su reivindicación se había mantenido un tanto artificialmente en las asociaciones de expulsados (*Vertriebene*) de la Alemania occidental, a la espera de un tratado de paz que nunca habría de llegar. Si se ha logrado la unificación de Alemania ha sido por haber garantizado, especialmente a Polonia, las fronteras establecidas después de la Segunda Guerra Mundial. La «superación del pasado» ha exigido reconocer, por un lado, la responsabilidad alemana por los crímenes nazis, aceptando plenamente por otro, las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial para el mapa político de Europa.

¿Responsabilidad exclusiva de los alemanes o de todos los europeos?

La historia, en gran parte fallida, de la «superación del pasado» hay que conectarla con el hecho tan fundamental como ampliamente conocido, que, sin embargo, pocas veces se menciona, de que la mayor parte de los alemanes se entusiasmaron con Hitler, y no sólo a partir de 1938, cuando se había evaporado un paro que en 1932 había alcanzado el 30% de la población activa y se había conseguido el vaciamiento del Tratado de Versalles con la militarización de Renania en 1936, la vuelta del servicio militar obligatorio y una carrera armamentística desenfrenada. Entre los logros de aquellos años está, además, el haber reunido los territorios alemanes dispersos, integrando en el *Reich* a Austria y, gracias

al Acuerdo de Múnich, la parte de Checoslovaquia predominantemente alemana. El biógrafo de Hitler, Joachim Fest, ha llegado a escribir: «Si Hitler a finales de 1938 hubiera sido víctima de un atentado, pocos se resistirían a llamarle uno de los más grandes estadistas de Alemania, tal vez el realizador pleno de su historia» (1973: 25)⁹.

Larga es la lista de factores que cabe sacar a colación para explicar la crisis de la República de Weimar y el ascenso de Hitler, ambos fenómenos interdependientes. Sin la crisis continuada de la democracia de Weimar, nunca hubiera llegado al poder una figura tan marginal como Hitler. Se han enumerado como factores decisivos la caída del káiser, la leyenda de la «puñalada en la espalda» como explicación de haber perdido la guerra, el fracaso de la ulterior revolución socialista, el «dictado de Versalles», una superinflación que proletariza a amplios sectores de las clases medias, en suma, el que se estableciese una república sin republicanos, con una oposición creciente de extrema derecha y de extrema izquierda. Pese a tantos elementos negativos, la democracia hubiera tal vez sobrevivido —en 1925 el futuro parecía mucho más despejado— si la gran depresión de 1929-1930 no la hubiera llevado al límite, y aun así fueron motivos muy contingentes, como siempre ocurre en la historia, los que al final resultaron decisivos. En todo caso, si se comparan las experiencias vividas en los quince años de democracia con los éxitos indiscutibles de Hitler hasta finales de 1938, se comprende muy bien que más del 90% de la población apoyase el nuevo régimen.

Esta comprensión, sin embargo, merma mucho si en la balanza ponemos la otra cara de aquellos años triunfales: se habían abolido los partidos políticos, a la gente de izquierda la habían internado en campos de concentración, se habían suprimido los sindicatos libres, derruidas las instituciones democráticas, implantado la dictadura del partido único y, *last but not least*, se había dado rienda suelta a una discriminación persecutoria de los judíos, expulsándolos de las universidades, de las profesiones liberales, del aparato del Estado. El alemán medio, contento con un mejor nivel de vida y satisfechas sus ambiciones nacionales, se

⁹ Sebastian Haffner recalca que a Hitler se le puede llamar de todo, un gran estratega político, un enorme demagogo o el mayor asesino de masas que haya conocido la historia, pero en ningún caso un estadista. Empezó desmontando el Estado alemán para gobernar según su omnimoda voluntad sin restricción alguna, y desencadenó y llevó adelante una guerra contra los intereses más elementales de Alemania, con el único afán de satisfacer sus visiones y designios personales (1978: 55-56).

refugia en la privacidad de la familia, profesión y amigos, admirando al gran genio que en pocos años ha transformado el país por completo, pero cerrando los ojos ante la brutalidad del nuevo régimen. La cuestión desgarradora, que incluso hoy raras veces se formula, es qué ha fallado para que un pueblo que estaba a la cabeza de nuestra civilización aceptara sin más la otra cara tan tenebrosa del nuevo régimen.

Ya en marzo de 1933 se establecieron los primeros campos de concentración para encerrar a los más de 25.000 comunistas, socialdemócratas y sindicalistas detenidos a raíz del incendio del *Reichstag*. Desde entonces el número de campos, sobre todo una vez empezada la guerra, aumentó a gran velocidad hasta llegar a contarse más de diez mil, la mitad de ellos en Polonia. Si tenemos en cuenta la cifra enorme de personal que se necesita para vigilarlos y administrarlos, y se calcula la distancia máxima que habría entre algún campo y la ciudad más próxima, es imposible suponer que la población no tuviera noticia de la existencia de esta otra sociedad esclavizada. Por duro que hoy resulte, no cabe otro remedio que admitir que los alemanes pensaron que orden y bienestar tendrían sus exigencias y de alguna forma aprobaron este enorme sistema carcelario.

El 1 de septiembre de 1939, pese al riesgo de que Francia y el Reino Unido declarasen la guerra, en virtud de los acuerdos firmados poco antes, la Alemania nazi invade Polonia. Una guerra que nadie quería en Europa, tampoco el pueblo alemán, pero que Hitler había buscado con avidez. Esta vez no existe nada del entusiasmo bélico que compartieron todos los países beligerantes en aquel fatídico agosto de 1914, fecha que marca el comienzo, no sólo de la tragedia alemana, sino de la europea. Los éxitos militares hasta 1941, que pusieron a Europa a los pies de Alemania, despejaron dudas y ansiedades, ratificando el mensaje oficial sobre la genialidad providencial del *Führer*. Los alemanes marcharon a la guerra seguros de la victoria y, a pesar de que en los últimos nueve meses la destrucción de las ciudades y el número de víctimas civiles fueron mayores que en los cinco años anteriores, salvo raras excepciones, hasta el último momento el amor a la patria se confundió con la adhesión al régimen. Fueron los alemanes los que identificaron nazismo y Alemania, el *Führer* y la patria, asociación que luego ha costado tanto desarticular, cierto que mucho menos en Alemania que entre los pueblos que sufrieron sus atrocidades. Pese a que, desde 1942, la derrota era previsible y, desde 1943, segura, la mayor parte del pueblo alemán creyó en

la propaganda, ya fuese en la bomba maravillosa que traería la victoria en el último minuto, ya en las crueldades que sufrirían si los rusos lograban entrar en Berlín, esto último mucho más verosímil, teniendo en cuenta las barbaridades que los alemanes cometieron en Rusia.

Empeñado a toda costa en realizar sus planes de conquista y dominación mundial, en una edad en que todavía fuese capaz de desplegar las que él creía sus dotes excepcionales, Hitler prosiguió su política de expansión agresiva hasta que estalló la guerra, única vía que consideraba para alcanzar sus designios. La idea que Hitler tenía de sí mismo incluso sobrepasaba a la que ofrecía la propaganda oficial. Caso único de soberbia que queda de manifiesto en el afán de que el tiempo de la historia se doblegase al de su biografía. Aunque, en último término, los alemanes fueran los responsables de que Hitler llegara al poder —pese a que es difícil calibrar la responsabilidad histórica de un pueblo— no me cabe la menor duda de que, según avance el proceso de integración europea y se logre una perspectiva histórica común que rebase las visiones de los Estados nacionales, quedará patente la parte de responsabilidad que en el ascenso del nazismo tuvieron los vencedores de la Primera Guerra Mundial.

Sobre el tratado impuesto de Versalles y sus consecuencias, ya dijo Keynes en 1919 lo pertinente. Son más importantes los malentendidos que se han acumulado sobre la política de apaciguamiento. El Reino Unido con muy buenas razones pensó que le convenía mantener la paz a todo trance, llegando a practicar una clara política de cooperación con Hitler, como por ejemplo en la Guerra Civil de España, en que si no apoyó abiertamente a Franco como lo hizo Alemania, sí subrepticiamente con la política de no injerencia que perjudicaba sobre todo a la España republicana. Aunque en nuestros días prevalece una opinión adversa a la política británica de pacificación, llegando incluso a servir de contramodelo para defender las guerras preventivas, los británicos actuaron de manera coherente con sus intereses, al apostar por la paz en un momento en que no estaban preparados para la guerra¹⁰, como bien

¹⁰ La situación económica de Gran Bretaña en 1933, con un 12,9% de desempleo, no permitía dedicar más dinero al rearme; el Imperio en el Mediterráneo y en la India se tambaleaba, a la vez que los dominios no mostraban la menor disposición a intervenir en una guerra en Europa, cuando, además, la política anticomunista que Alemania practicaba en el interior parecía alejar la amenaza de una Europa marxista.

quedó de manifiesto al comienzo de las hostilidades en 1939. El sentido común británico dictaba que las concesiones territoriales amansarían a un Hitler que, por lo demás, sólo tenía la palabra paz en la boca. El único enfrentamiento bélico que se divisaba en el horizonte era entre Alemania y la Unión Soviética, dos sistemas totalitarios que se mostraban enemigos irreconciliables. Ante esta eventualidad la política británica tenía que ser de entendimiento con Alemania. Sólo cuando no respeta lo acordado en Múnich y se anexiona toda la República Checoslovaca, que convierte en un protectorado, Hitler se revela en toda su peligrosidad, principalmente cuando, en agosto de 1939, firma un acuerdo con la Unión Soviética, el pacto Ribbentrop-Molotov, por el que ambas partes se comprometen a no atacarse, repartiéndose sus respectivas zonas de influencia: Rusia se quedaría con los Estados bálticos y Alemania con gran parte de Polonia.

En 1945, tenía yo nueve años y recuerdo la admiración que algunos tíos, no mi padre que era aliadófilo, sentían por Hitler y los alemanes. Después he sabido que algunas de las personas que en mi juventud fueron mis tutores intelectuales, y que siempre he respetado, en aquellos años eran germanófilos fervientes. Dar cuenta de aquella admiración por el régimen nazi no es una cuestión que concierna tan sólo a los alemanes, sino a los europeos en su conjunto. Fueron muchos, también en Francia y en el Reino Unido¹¹, los que no ocultaron su admiración por Hitler, o cuando menos, su comprensión por la Alemania nazi. Nos acercaremos a una mayor objetivización del pasado cuando éste deje de ser una cuestión exclusivamente alemana y la formulemos, como realmente fue, un asunto europeo. El antisemitismo, el racismo y el fascismo son productos de nuestra común cultura cristiana y civilización capitalista científico-técnica, en ningún caso, una particularidad exclusiva de Alemania, aunque por una serie de circunstancias en este país ascendiese al poder el antisemitismo más fanático. En consecuencia, «superar el pasado» es una tarea de todos los europeos que sólo se habrá cumplido cuando no descarguemos todas las responsabilidades sobre Alemania, sino cuando los demás asumamos también las que nos corresponden.

¹¹ Kershaw (2005). Sobre el fascismo inglés, véase el capítulo 11 de Sarkisyanz (1997).

La polémica de los historiadores

Estas consideraciones nos llevan a la segunda interpretación que para dar cuenta del fracaso de la «superación del pasado» mencioné al principio. ¿Hasta qué punto un pasado que incluye el asesinato de millones de personas en los campos de exterminio no constituye algo único, sin precedentes ni posibles imitadores en el futuro, una singularidad irrepetible que lo convierte, por esto mismo, en insuperable? Alemania arrastrará para siempre la responsabilidad histórica de los genocidios cometidos. La construcción en el centro de Berlín de un monumento a las víctimas del Holocausto quiere dejar memoria material sempiterna de esta responsabilidad asumida.

Justamente, la tesis de la excepcionalidad absoluta del Holocausto desencadena en los años ochenta la llamada «polémica de los historiadores» (*Historikerstreit*) en la que Habermas intervino con especial ímpetu. Lo más sorprendente de esta reacción es la continuidad que, treinta años más tarde, muestra en su estructura argumental con su primer escrito sobre Heidegger: el nacionalsocialismo habría que instalarlo en una tradición específicamente alemana que si, por una parte, resulta irrenunciable al configurar la identidad de cada alemán, por otra, no cabe asimilarla con dignidad, si previamente no se ha expresado la solidaridad con las víctimas y se ha aceptado la responsabilidad por los crímenes que esta tradición ha facilitado. Escribe Habermas: «Con aquellas relaciones vitales que hicieron a Auschwitz posible, está nuestra propia vida conectada, no por circunstancias contingentes, sino *innerlich*¹² [...] ¿Cabe continuar las tradiciones de la cultura alemana, sin asumir la responsabilidad histórica para aquella forma de vida en la que Auschwitz fue posible?» (1987: 247 y 251). La identidad de cada alemán depende de que mantenga vivo el sentido de responsabilidad por el pasado nazi, lo que a su vez exige conservar la conciencia de su singularidad. Pese a los grandes cambios que ha experimentado en su comprensión de la filosofía y de la política, en el enjuiciamiento del nazismo Habermas se mantiene fiel a las premisas de su juventud. Como si constituyera una marca generacional, sigue distanciándose de una sociedad no dispuesta a asumir la responsabilidad que le corresponde por

¹² He preferido dejar la palabra en alemán, porque cualquier traducción, «en el interior», «en lo más sagrado de la intimidad», «en lo más propio de uno», me parece demasiado patética o insustancial.

los crímenes del nazismo. Medio siglo más tarde la confrontación crítica con el nazismo —en la antigua RFA falló de una forma, en la antigua RDA, de otra— continúa siendo una tarea pendiente, de cuyos costos, por no haberla llevado hasta el final, empiezan a ser conscientes los alemanes más sensibles. Habermas inaugura su pensamiento político con una denuncia de las raíces culturales del nazismo y en este combate está todavía empeñado.

La política racista del nacionalsocialismo, que culminó en un genocidio de inconmensurables dimensiones, habría sido un fenómeno único, sin parangón posible en la historia. Ernst Nolte (1987^a) es, sin duda, el historiador que mejor ha criticado esta tesis, poniendo en marcha lo que se ha dado en llamar el «revisionismo histórico». Declarar el pasado insuperable, es decir, fijarlo de una manera definitiva, supone eliminar la complejidad que tiene todo pasado y congelarlo, ya definitivamente, en un negro-blanco que rechaza todos los grises. Nolte ha insistido en que el Holocausto del pueblo judío en los años cuarenta tendría su precedente inmediato en la eliminación de los «kulaks» que lleva a cabo Stalin en los treinta, aunque cabría citar otros antecedentes, como el genocidio de los armenios que los turcos llevaron a cabo en 1920. «¿Acaso el archipiélago Gulag no fue anterior a Auschwitz? ¿No fueron los “asesinatos de clase de los bolcheviques” el antecedente lógico y fáctico de los “asesinatos racistas” de los nacionalsocialistas?» (Nolte 1987^b: 45). Nolte define el fascismo como una reacción al bolchevismo, del que habría aprendido las técnicas totalitarias de control y de represión social.

La barbarie del siglo xx, con el grado de inhumanidad y violencia alcanzado, tendría una larga prehistoria en la Europa cristiana y sus precursores en la Europa revolucionaria y contrarrevolucionaria, de modo que ya sería hora de entender el nacionalsocialismo en su contexto histórico, y no como un fenómeno aislado y particular. Desmitificar el nazismo, sacándolo de la ficción para reintegrarlo en la historia, no debe implicar en modo alguno librarlo de culpas, sino simplemente depurarlo de la leyenda —positiva, para una minoría exigua, pero en aumento; negativa, para la conciencia oficial de la Europa de la posguerra— para instalarlo donde corresponda, siempre que sea en la historia.

Reintroducir los años terribles del nazismo, no sólo en la historia de Alemania, sino en la europea, es una operación tan urgente como inabordable. La dimensión inconmensurable del genocidio del pueblo judío rompe todos los esquemas interpretativos, sin que quepa explica-

ción posible. Por larga que sea la lista de factores económicos, sociales, culturales, históricos, políticos a los que se acuda, no cabe dar razón de un delirio colectivo tan criminal que alcanza casi a la totalidad de un pueblo que en el mejor de los casos asistió pasivo al exterminio de millones de personas. Lo más difícil de entender es el silencio oficial de las dos iglesias, la protestante y la católica, con pocas excepciones. Ciertamente, en ambas algunos se opusieron hasta sacrificar la propia vida, pero los más compartieron o por lo menos toleraron el antisemitismo exterminador. Pero por mucho que sean inconcebibles, tamaños crímenes han ocurrido en la historia y pertenecen a lo humano. No sólo nada que es humano puede serme ajeno, sino que lo que una vez han hecho los hombres pueden repetirlo. Lo peor de convertir el nazismo en algo singular, sin antecedentes ni consecuentes, sacándolo de la historia, es que oculta el riesgo de una reincidencia.

Bibliografía

- ARMIN, Gabriele von (1989): *Das große Schweigen. Von der Schwierigkeit, mit den Schatten der Vergangenheit zu leben*. München: Kindler.
- FAYE, Emmanuel (2005): *Heidegger, l'introduction du nazisme dans la philosophie. Autour des séminaires inédits de 1933-1935*. Paris: Albin Michel.
- FEST, Joachim C. (1973): *Hitler. Eine Biographie*. Berlin: Ullstein.
- GRASS, Günter (2004): *Artículos y opiniones (1955-1971)*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- HABERMAS, Jürgen (1953): «Mit Heidegger gegen Heidegger denken. Zur Veröffentlichung von Vorlesungen aus dem Jahre 1935», en: *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, 25 de julio. [Reeditado en *Philosophisch-politische Profile*. Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1971, pp. 67-75.]
- (1956): «Notizen zum Mißverhältnis von Kultur und Konsum», en: *Merkur*, pp. 212-228.
- (1987): «Vom öffentlichen Gebrauch der Historie», en: *Historikerstreit. Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*. München: Piper, pp. 247-251.
- HAFFNER, Sebastian (1978): *Anmerkungen zu Hitler*. München: Kindler.
- HEIDEGGER, Martin (1953): *Einführung in die Metaphysik*. Tübingen: Niemeyer.
- JASPERS, Karl (1946): *Die Schuldfrage*. Heidelberg: Schneider.
- KERSHAW, Ian (2005): *Hitlers Freunde in England. Lord Londonderry und der Weg in den Krieg*. München: DVA.
- KEYNES, John Maynard (1919): *The Economic Consequences of the Peace*. London: Macmillan.
- KÖNIG, René (1984): *Leben im Widerspruch. Versuch einer intellektuellen Autobiographie*. Berlin: Ullstein.

- MEINECKE, Friedrich (1946): *Die deutsche Katastrophe. Betrachtungen und Erinnerungen*. Wiesbaden: Brockhaus.
- NOLTE, Ernst (1987^a): *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945, Nationalsozialismus und Bolschewismus*. Frankfurt am Main/Berlin: Propyläen.
- (1987^b): «Vergangenheit, die nicht vergehen will. Eine Rede, die geschrieben, aber nicht gehalten werden konnte», en: *Historikerstreit. Die Dokumentation der Kontroverse um die Einzigartigkeit der nationalsozialistischen Judenvernichtung*. München: Piper, pp. 39-47.
- SARKISYANZ, Manuel (1997): *Hitlers englische Vorbilder. Vom britischen zum ostmärkisch-bajuwarischen Herrenmenschentum. Vorlesungen gehalten an der Heidelberger Universität*. Heidelberg: Scholl.
- SPENDER, Stephen (1946): *European Witness*. London: Hamish Hamilton.

Walther L. Bernecker

Democracia y superación del pasado: sobre el retorno de la memoria histórica reprimida en España

Desde la Guerra Civil española han pasado setenta años. Una vez acabada la era de Franco, el país consiguió con sorprendente rapidez la transición a la democracia. Durante el franquismo y también después, la Guerra Civil ha sido siempre un punto de referencia obligado en el discurso político e histórico. Casi nadie dejó de mencionarla como el punto de salida del régimen de Franco. Después de que durante décadas la historiografía sirviera a menudo para legitimar el régimen de los vencedores, a partir de 1975 hubo un verdadero *boom* de literatura sobre la Guerra Civil que satisfizo la necesidad de información y explicación entre gran parte de la población. Los historiadores y los periodistas habían estado siempre de acuerdo en que había que esperar hasta la democracia para poder analizar en profundidad la historia de la Guerra Civil y los años especialmente oscuros del franquismo temprano, sin el control y la censura del régimen.

Era de esperar que en la España democrática los aniversarios de la Guerra Civil se celebraran con mucha actividad para responder a la necesidad de información de los ciudadanos. Sin embargo, los aniversarios de 1976 y 1979 caían dentro de la época agitada de la transición y tanto los políticos como la sociedad civil tenían que concentrar todas sus energías en la tarea de pasar de la dictadura a la democracia. Una vez terminada esa tarea y con el PSOE en el gobierno desde 1982, el aniversario de 1986 brindaba por primera vez la oportunidad de conmemorar el principio de la guerra de cincuenta años antes en una España redemocratizada, sin tener que seguir las instrucciones ideológicas del Estado. Efectivamente, hubo algunos actos públicos que recordaron el principio de la guerra en 1986 (mientras que, en 1989, nadie parecía acordarse de su final), pero teniendo en cuenta la importancia que sigue teniendo esa guerra para la España actual, era sorprendente lo limitada que fue esa actividad conmemorativa. La mayoría de esos actos se habían traslada-

do al dominio «suavizado» de los historiadores, ya que los responsables políticos y científicos estaban de acuerdo en una cosa: no querían más justificaciones, sino explicaciones; que ya no hablasen más los abuelos que habían luchado en la guerra; ahora les tocaba a los jóvenes académicos que sólo la conocían a través de las fuentes y la literatura. En esos actos, se repetían una y otra vez las advertencias de que había que ser «objetivo» y argumentar con «distanciamiento histórico» porque el tema era un acontecimiento que había pasado hacía mucho tiempo y ya formaba parte de la «historia».

Los resultados de esos congresos y jornadas eran una gran cantidad de libros que dibujan una imagen bastante equilibrada de la Guerra Civil. Las revistas históricas (como *Historia 16*) y los periódicos de tirada alta (*El País*, etc.) publicaban numerosos artículos sobre el tema¹. Aparte de esas contribuciones historiográficas, la España «oficial» se quedaba prácticamente callada. Para el mes de junio de 1986, sólo unas pocas semanas antes de la fecha que marcaba el principio de la Guerra Civil, se habían convocado unas elecciones generales en las que el partido en el gobierno, el PSOE, tenía que defender la mayoría absoluta. En una situación tan delicada, no era recomendable desconcertar o incluso asustar a los votantes del centro y de la derecha moderada recordando públicamente la brecha que hubo en la sociedad española cincuenta años antes. En esa época, el Partido Socialista pertenecía claramente a la izquierda política. Además, se quería evitar iniciar un debate público sobre la parte de la responsabilidad que le correspondía al partido obrero más fuerte en el fracaso de la democracia de la Segunda República.

El único comunicado oficial desde el palacio de la Moncloa, pronunciado por el presidente Felipe González que hablaba como jefe de Gobierno de todos los españoles, no en su función de secretario general del PSOE, decía: «Una guerra civil no es un acontecimiento conmemorable, por más que para quienes la vivieron y sufrieron constituyera un episodio determinante en su propia trayectoria biográfica»².

¹ Cfr. los números monográficos sobre la Guerra Civil española de las siguientes revistas: *Cuenta y Razón* n.º 21, sep./dic. 1985; *Árbol* n.º 491/492, 1986; *Studia Histórica* n.º 4, Vol. III, 1985; *Letras de Deusto* Vol. 16, n.º 35, mayo/ago. 1986; *Aportes* n.º 8, junio 1988; para publicaciones de congresos, cfr. Aróstegui (1988); para recopilaciones, cfr. Tuñón de Lara (1986) y Tamames (1986).

² «“Una guerra civil no es un acontecimiento conmemorable”, afirma el Gobierno», en: *El País*, 19-VII-1986, p. 17.

Las afirmaciones de esta índole deben entenderse en el contexto de la reconstrucción de la democracia después de 1975 y de la palabra clave durante el «desmontaje» de la dictadura: el *consenso* en el que todos tienen que colaborar. Sin que se hubieran mencionado explícitamente, son seguramente las experiencias traumáticas de guerra civil, represión brutal y escisión social las que motivaban muchas de las actitudes y medidas durante la transición a la democracia: que los socialistas republicanos aceptasen la monarquía, que los comunistas moderasen sus exigencias, que todas las fuerzas políticas opuestas colaborasen para redactar la nueva Constitución. El objetivo era la construcción de la nueva democracia entre todos los bandos políticos, y no entre unos pocos en contra de la voluntad de los demás. Sin embargo, para conseguir ese objetivo hacía falta una reconciliación. No se trataba de cobrar todas las cuentas pendientes, sino de al menos poner punto final a las luchas y enemistades del pasado. Es posible que fuera este deseo de reconciliarse, en combinación con el miedo a que se abrieran las antiguas heridas no curadas, lo que motivó a los socialistas –unos de los grandes perdedores de la Guerra Civil, ahora en el Gobierno– a no sólo no reconocer oficialmente el 50º aniversario del principio de la guerra, sino incluso reprimirlo, y además, mostrar comprensión política hacia el antiguo «otro bando». Como se decía también en la declaración de la Moncloa: el Gobierno «quiere “honrar y enaltecer la memoria de todos los que, en todo tiempo, contribuyeron con su esfuerzo, y muchos de ellos con su vida, a la defensa de la libertad, y de la democracia en España”, y recuerda además “con respeto a quienes, desde posiciones distintas a las de la España democrática, lucharon por una sociedad diferente, a la que también muchos sacrificaron su propia existencia”. El Gobierno manifiesta su esperanza de que “nunca más, por ninguna razón, por ninguna causa, vuelva el espectro de la guerra y del odio a recorrer nuestro país, a ensombrecer nuestra conciencia, y a destruir nuestra libertad”».

Los socialistas que seguirían gobernando hasta 1996 recurrían a la herencia del miedo como consecuencia de la guerra para asegurar la precaución política y evitar tomar medidas radicales que pudiesen poner en peligro la estabilidad del sistema. Esa estabilidad conseguida con tanta rapidez después de 1975 tenía su precio político y moral: había que comprar la paz sociopolítica. Durante los años setenta y ochenta, gran parte de los militares mayores se seguían identificando con el pasado franquista. En esa época, en algunas publicaciones del ejército, las

imágenes de Franco seguían ocupando un lugar más importante que las de los legítimos estadistas democráticos. En los cuarteles se seguía hablando durante muchos años de la «cruzada», aunque diez años después de la muerte de Franco se tratara sólo de una minoría entre los militares. No obstante, la supervivencia de la simbología franquista seguía recordando que la reforma política que llevaría a la transición se basaba en un pacto elaborado dentro de las instituciones autoritarias. Y una parte de esa transición consistía en que las fuerzas armadas pasaran de la dictadura al postfranquismo sin ningún tipo de «limpieza».

El hecho de que no hubo ninguna ruptura clara entre la dictadura franquista y la democracia, oscurece aquellas áreas del pasado que se llaman «lugares de la memoria». La transición constituía cierto «pacto de honor» que compensaba la entrega del poder por parte de los franquistas mediante una amnesia colectiva, tanto por parte de los Gobiernos conservadores durante la transición de los años 1977 a 1982, como por parte del PSOE. Mediante esa negación de la historia, los socialistas continuaban con aquella pérdida de memoria a la que el régimen de Franco había obligado al pueblo español. En ambos casos, la marginalización y la represión de la historia servían para mantener las actuales relaciones de poder.

Durante todo el franquismo, el régimen se había empeñado mediante una consistente *damnatio historiae*, en erradicar cualquier memoria histórica que no se pudiera compaginar con la tradición del levantamiento del 17 y 18 de julio de 1936: físicamente, mediante el asesinato de las fuerzas republicanas; políticamente, mediante el reparto intransigente de poderes; intelectualmente, mediante censura y prohibiciones; propagandísticamente, mediante el adoctrinamiento partidista; y culturalmente, mediante la eliminación de los símbolos de aquella «Anti-España» que había obligado a rendirse incondicionalmente tras tres largos y duros años de lucha. A la destrucción del recuerdo de aquella España perdedora «del cincel y de la maza» (Antonio Machado) se unía pronto la necesidad de borrar de la memoria de la gente la huella de los propios crímenes. En un proceso de selección negativa controlado desde el centro del poder, se elegía todo aquello que había que eliminar de la memoria colectiva. Muy al contrario de esta actitud de los ganadores de la guerra, los Gobiernos de la transición no se empeñaban tanto en erradicar los símbolos del franquismo de los que varios se ven hasta hoy.

Otra razón importante por la que se había reprimido oficialmente el recuerdo de la Guerra Civil consiste en el consenso ideológico que dominaba en los años de la transición y el posterior despegue de la economía española que podría resumirse en los términos de modernización y europeización. Pero detrás de esa fe en el progreso, del consumismo extrovertido y del europeísmo desenfrenado existe un profundo complejo de inferioridad, precisamente en relación con ese progreso y esa Europa de la que el régimen franquista se había desacoplado conscientemente («España es diferente») y en sus últimos años se había mantenido alejada por razones políticas y económicas. Los filósofos, los escritores y los políticos españoles se preguntaban una y otra vez por las razones del «retraso» de su país, y durante muchos años, la ventaja en el desarrollo que Europa tenía frente a España era un tema recurrente en la prensa, literatura y filosofía. En el contexto de este debate, se considera la Guerra Civil como el acontecimiento histórico decisivo que puso punto final a una serie de intentos fallidos de modernización y por eso expresaba el retraso de España mejor que ningún otro.

La instauración del régimen franquista como consecuencia de la Guerra Civil provocó, después de 1945, la exclusión de España de la comunidad internacional de Estados, la proscripción y el boicot económico. De repente, el país dependía sólo de sí mismo. Durante muchos años, las relaciones internacionales se limitaban a los países árabes y América Latina, lo que a los españoles les causaba una sensación de subdesarrollo. Inferioridad, aislamiento y división entre vencedores y perdedores, todo ello se asociaba a la Guerra Civil y sus consecuencias. En los años setenta, la apertura del país a favor de la democracia, el progreso y la europeización significaban un paso adelante consciente para dejar atrás el pasado indeseado.

En los años ochenta, en casi todos los comentarios sobre la conciencia de la población española en relación con la Guerra Civil, se subrayaba la indiferencia de los jóvenes respecto al pasado reciente. Las instituciones oficiales mostraban una sorprendente falta de interés en cuanto a cambiar esa situación: el rey y el Gobierno preferían hablar de la reconciliación y de la entrada en Europa; una auténtica lluvia de publicidad hacía aumentar aún más el consumismo existente; todo el país estaba mentalmente preparado para la modernización y el progreso. El año 1986 marcó en España no sólo el cincuentenario del principio de la Guerra Civil, sino además la entrada del país en la Comunidad Europea

como miembro de pleno derecho, y la decisión final de permanecer en la OTAN. Si la Guerra Civil había significado (una vez más) el principio de una vía histórica especial para España, el año 1986, como muy tarde, representa la vuelta del país a la «normalidad» europea.

En parte, la negación de la historia entre las jóvenes generaciones seguramente tiene que ver con la instrumentalización de la historia por el régimen franquista durante tantas décadas, que en la España postfranquista se ha convertido en indiferencia o incluso rechazo. En este contexto, merecen ser mencionadas las reflexiones del filósofo José Luis L. Aranguren (1986), que decía que la sociedad española postfranquista ha iniciado una nueva relación con su historia en la que no se aceptan ya los dogmas, que la sociedad se está distanciando de su pasado (en vez de identificarse con él como antes), y que ha habido un cambio pronunciado en la memoria colectiva. Esa «mutación histórica» está relacionada con el peso de un «pueblo con historia universal» que anteriormente había ahogado a los españoles. Solían escuchar los sermones ortodoxos de la continuidad de la historia universal de España, de la que sólo unas pocas fuerzas heterodoxas conseguían distanciarse para volverse contra las dominantes fuerzas nostálgicas.

La cultura dominante en la España de principios de la Edad Moderna, durante el brillante Siglo de Oro de las artes españolas, era la de la Contrarreforma, y más adelante la de la antimodernidad. Como la época de grandeza de España en la historia universal coincidía en el tiempo con el auge cultural del catolicismo contrarreformista, se veía durante mucho tiempo una conexión indisoluble entre la cultura española y la resistencia contra las fuerzas de la modernidad. Prevalecía la mirada atrás con nostalgia hacia una España imperial y católica, a la que se le denominaba «España eterna» y «reserva espiritual de Occidente».

El franquismo, al menos durante sus primeros años, podría considerarse como el último intento de continuar esa tradición de la antimodernidad. Para el régimen, los elementos renovadores «revolucionarios» de la Falange—en sus orígenes fascistas—tenían menos importancia que los elementos tradicionalistas de proveniencia nacionalcatólica y militarista. En los últimos años del franquismo, y en especial después del auge económico de los años sesenta, esos elementos culturales «premodernos» se perdían rápidamente. Pero esa pérdida no causaba un antifranquismo explícito, sino más bien un «no franquismo», es decir, cierto escepticismo frente a la política, que sólo durante los primeros años des-

pués de la muerte del dictador conseguía convertirse en un compromiso político consciente, antes de recaer de nuevo, tras haber conseguido los objetivos principales de una transición pacífica —el aseguramiento de la democracia y el cambio del poder hacia el centro-izquierda del espectro político—, en el escepticismo distanciado inicial. En los años ochenta, no se divisaba ninguna alternativa política ni de derechas ni de izquierdas. Esta situación provocaba una sensación de parálisis que se reflejaba tanto en la conciencia política como en la histórica, fomentando una actitud que ya no tenía como objetivo la «diferencia», sino más bien la «indiferencia» y la «despolitización».

Partiendo de ese tipo de reflexiones, se revela la posibilidad de que haya una explicación mucho más sencilla que la político-ideológica, por la que se reprimía oficialmente el recuerdo de la Guerra Civil y se trataba con tanta dejadez el tema de los símbolos franquistas: puede plantearse la pregunta de si los valores difundidos por el franquismo realmente echaron raíces en la sociedad española, o si esos símbolos y toda la estética del régimen simplemente se toleraban con resignación, sin prestarles mucha atención, como meros síntomas superficiales. Como muy tarde a finales de los años cincuenta, la ideología del régimen —suponiendo que realmente hubiera existido alguna vez— entró en un proceso de disolución continua, y en los últimos años de la dictadura ya prácticamente había dejado de existir del todo. Es por eso que después de 1975 ya no hacía falta un debate forzado acerca de esa ideología y de los símbolos y las características externas del régimen franquista: de todas formas, ya sólo quedaban envoltorios huecos y vacíos que pocos tomaban en serio. De este modo se explica también por qué la sociedad española trataba con tanta indiferencia el pasado de la dictadura. Lo veía como algo que se había dejado atrás, digno de ser olvidado.

La Guerra Civil, y más aún los primeros años de la dictadura de Franco, se cubrían durante muchos años con un manto de silencio, al menos en lo que al discurso político se refiere. Probablemente, las generaciones de la democratización no consideraban como recomendable fijar la mirada en una época tan conflictiva. Debido a la importancia que el Estado le daba al progreso, el acto de recordar una época valorada como «negativa» aparecía como algo disfuncional. Sobre el altar de la mentalidad compensatoria se sacrificaban esos actos de conmemoración que muchos se esperaban del Gobierno tanto en 1986 y 1989 como también en 1996. Fueron sustituidos por el lema «¡Nunca más!» que

señalaba tranquilidad hacia ambos bandos. La Guerra Civil se valoraba como «tragedia» o como crisis que había provocado la destrucción de los valores de la convivencia. No se hablaba de las razones ni de las responsabilidades de la tragedia —es decir, de las intenciones de los insurgentes y sus cómplices de acabar con los logros democráticos—, sino solamente de las consecuencias de la «crisis trágica».

Algunos observadores interpretan el comportamiento oficial del Gobierno socialista en relación con los aniversarios de la guerra como el resultado de una estrategia preventiva bien pensada para consolidarse en el poder. Si esto fuera cierto, habría que preguntarse cómo se veía la Guerra Civil entre la población española de aquellos años. En el verano de 1983, el semanario *Cambio 16* organizó una encuesta representativa sobre este tema³. Según los resultados de dicha encuesta, el 59% de los entrevistados consideraban la Guerra Civil como un tema de interés, y el 57% afirmaban que era el acontecimiento histórico más importante para comprender la España actual. No obstante, el 76% se consideraba mal informado. Casi las tres cuartas partes (el 73%) veían la Guerra Civil como una época vergonzosa de la historia española que sería mejor olvidar. Exactamente la mitad de los entrevistados opinaban que ambos bandos luchaban por la libertad y el progreso, y hasta el 48% estaban de acuerdo con que el motivo detrás de las actuaciones de Franco era su gran amor por España. A la pregunta de si en ese momento tuvieran que decidirse por un bando u otro, ¿por cuál de ellos estarían dispuestos a luchar?, casi la mitad de los entrevistados (el 48%) contestaban que por ninguno.

Las respuestas a esta encuesta muestran el grado en el que la Guerra Civil ha forjado la conciencia de las generaciones posteriores, las que no la habían vivido directamente. En el momento de la encuesta, la gran mayoría de la población española la formaban personas que sólo habían vivido las consecuencias de la guerra, pero no la guerra misma. Y la arrolladora mayoría del 73% que consideraban esa época como vergonzosa y que sería mejor olvidarla, expresaban con esa opinión su interés en no mirar atrás hacia las viejas historias, sino, desde la perspectiva de un presente reconciliado, hacia delante, hacia un futuro europeo.

En 1995, a petición del Parlamento, el Gobierno español concedía la nacionalidad española a todos los miembros aún vivos de las Brigadas

³ *Cambio 16*, n.º 616-619, 26-IX/10-X-1983.

Internacionales. De este modo, casi sesenta años después del comienzo de la guerra, el ejecutivo de Madrid cumplía una promesa que había hecho el entonces jefe de Gobierno Juan Negrín durante los enfrentamientos en noviembre de 1938. Durante décadas, la dictadura franquista había impedido este acto, e incluso durante los largos años de la transición pacífica a la democracia, los políticos españoles no se acordaban de esa deuda pendiente de agradecimiento. Cuando por fin en 1995 la Asociación de Amigos de las Brigadas Internacionales se dirigía a los partidos políticos con la invitación a tramitar la nacionalidad para los brigadistas, todos los grupos parlamentarios, por una vez, estaban de acuerdo con apoyar esta causa. Durante el debate parlamentario al respecto, se conmemoraba con palabras conmovedoras el esfuerzo desinteresado realizado por los internacionalistas; se hablaba de libertad, democracia, generosidad y lucha por los ideales. Uno de los argumentos a favor de concederles la nacionalidad era que los brigadistas deberían también poder llamar formalmente suyo el país que han llevado dentro del corazón durante toda la vida.

Asimismo, en el razonamiento de la moción se decía que casi sesenta años después del principio de la Guerra Civil y veinte después de iniciarse el proceso de democratización, ya había pasado el tiempo suficiente como para que todos los españoles amantes de la democracia y la libertad, desde la serenidad de la distancia histórica, pudieran mirar esta parte de su pasado que a lo largo de cuarenta años había sido una herida abierta. El hecho de que todas las fuerzas democráticas de España le brindaran este reconocimiento histórico a los interbrigadistas es una prueba extraordinaria tanto del deseo de los españoles de reconciliarse como de la convicción de los responsables políticos de que aquellos «voluntarios de la libertad» arriesgaron su vida por la democracia y la libertad en España y Europa.

No es tarea fácil estimar en qué grado había un consenso consciente detrás del «olvido» político durante la transición (1975-1982) y el Gobierno socialista (1982-1996). Lo que es evidente, sin embargo, es que durante los veinte años después de la muerte de Franco, las elites políticas de todos los colores mostraban una sorprendente discreción en cuanto a la superación del pasado (Bernecker 1998). Hasta hace pocos años, la amnistía general decretada al principio de la transición, iba acompañada por una amnesia política que impedía que la sociedad analizara en profundidad e integralmente el pasado. Algunos analistas

consideran esta falta como el mayor problema de la transición, que ha causado mucho daño a la cultura política del país. Otro indicador de la imperfección de la transición, según estos mismos analistas, es el tratamiento de los familiares de los republicanos desaparecidos durante la guerra. Mientras que el bando franquista identificó a sus muertos y los enterró con dignidad nada más terminar la guerra, hasta hoy no ha pasado lo mismo con los muertos republicanos. Algunas estimaciones afirman que hay hasta treinta mil muertos republicanos que siguen esperando ser exhumados de fosas comunes y ser entregados a sus respectivas familias. Durante veinticinco años, los familiares entregaban sin éxito sus solicitudes pertinentes a los diferentes Gobiernos democráticos, pero sólo en el año 2002, tras recurrir al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, empezaron a cambiar las cosas y se exhumaron los primeros cadáveres para darles un entierro digno. Y sólo a finales de ese mismo año, el Parlamento español aprobó una resolución que solicitaba al Gobierno que apoyase económicamente aquella búsqueda y reconociese oficialmente las víctimas políticas del franquismo como tales. Sin embargo, el Partido Popular que gobernaba en este momento evitó una vez más condenar explícitamente el golpe militar de 1936. Además, en la resolución se decía que el reconocimiento de las víctimas no podría utilizarse para abrir viejas heridas, es decir, que no se podría condenar los insurgentes de entonces.

Resulta evidente que estos fenómenos de ausencia analítica respecto al pasado se deben al espíritu de consenso de la transición. En 1975, no se realizó ninguna ruptura formal con el pasado. Es por eso que el antifranquismo no pudo utilizarse como mito fundador de la nueva democracia española, al contrario del caso de la *Resistenza* italiana. Ha tenido que pasar casi un cuarto de siglo para que el consenso social de la transición que en la práctica había convertido en un tabú los crímenes de los franquistas, pudiera romperse. Puede decirse que el análisis político del pasado franquista de España sólo ha sido una realidad en los últimos diez años aproximadamente.

Desde finales del siglo pasado, sin embargo, sí que hay muchos indicios de que la memoria de las víctimas de la Guerra Civil y la dictadura, silenciada desde la transición, está volviendo del olvido⁴. Especialmente el problema de la superación del pasado ha cobrado mucha actualidad,

⁴ Cfr. Vilarós (1998), Resina (2000), Medina (2001); también Subirats (1993).

en concreto, la cuestión de si el proverbial «pacto de silencio» dentro del discurso político se basaba en una opinión colectiva o era impuesto por las elites políticas de la transición. En contra de las interpretaciones más críticas, el historiador madrileño Santos Juliá opinaba que la memoria histórica se ocultaba solamente en el ámbito político, pero nunca se llegó a borrar de la memoria colectiva. El «consenso del silencio», según él, era un producto de la sabia intención de no mezclar el debate político con la historia, abriendo el camino para un análisis más sobrio y equilibrado por parte de la historiografía (Juliá 1996 y 2002). En cambio, el politólogo Vicenç Navarro y otros historiadores y periodistas se quejan de la ausencia de una cultura de memoria oficial y una formación histórica crítica entre la población, hecho que para la legitimidad de la democracia podría representar incluso un peligro en potencia. Además, Navarro critica la tendencia generalizada de quitar importancia a los crímenes cometidos y equiparar los culpables con las víctimas al reducir, con intenciones dudosas, la lucha de ambos bandos al deseo de conseguir una España mejor (Navarro 2002).

Asimismo, la prensa diaria le está prestando mucha atención al hecho de que la represión franquista se está convirtiendo en el objetivo frecuente de congresos y publicaciones científicas⁵. En ese contexto, unos documentos recién encontrados han facilitado el descubrimiento de que el aparato represivo franquista funcionaba con una sistemática terrorífica que costó la vida a 140.000 personas y explotó a cientos de miles de republicanos en campos de trabajo⁶.

Una atención muy especial se está prestando también últimamente a los desaparecidos de la Guerra Civil, aquellas personas asesinadas más o menos sistemáticamente por los insurgentes especialmente en las primeras semanas de la guerra, uno de ellas el famoso escritor Federico García Lorca. En 1995, todavía bajo el Gobierno socialista, el Ministerio de Defensa de España había firmado un acuerdo con la fundación alemana Volksbund para un entierro digno en Pankovka, Rusia, de los 4.500 soldados españoles que habían muerto como miembros de la División Azul en la batalla de Leningrado. Como la mayor parte de

⁵ Cfr. la reseña recopilatoria en Bernecker (2003).

⁶ Son los resultados de un congreso celebrado en octubre de 2002 en el Museu d'Història de Catalunya de Barcelona. Cfr. Juliá (1999); Elordi (2003); Torres (2002^a y 2002^b); Casanova (2002); Serrano/Serrano (2002).

los gastos la aportaba Alemania, el Gobierno español tuvo que invertir sólo unos 130.000 euros hasta la primavera de 2003 para el entierro de los primeros 1.200 cadáveres. Desde entonces, se está pidiendo también ofrecer un tratamiento parecido a los alrededor de 30.000 desaparecidos republicanos. Sin embargo, el conservador Partido Popular, cuyo Gobierno disfrutaba entre 2000 y 2004 de la mayoría absoluta, se reveló una vez más como el guardián del legado franquista y rechazó varias veces tanto la condena pública del golpe militar como el apoyo económico a las exhumaciones⁷. Y aunque en noviembre de 2002, el Parlamento español acordó por fin la condena unánime a la dictadura franquista y prometió el apoyo económico a los familiares de los republicanos asesinados, para abrir las fosas comunes y hacer posible un entierro digno, el Gobierno se negó posteriormente a facilitar los recursos solicitados.

Ante el continuo rechazo por parte del Gobierno, en otoño de 2000 una iniciativa cívica del pueblo Priaranza del Bierzo, en el norte de Castilla, decidió actuar por su cuenta. Apoyados por arqueólogos profesionales, realizaron la exhumación de los cadáveres de trece desaparecidos durante la Guerra Civil. Las amplias reacciones públicas a las exhumaciones de Castilla y León llevaron a la creación de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH) así como a plataformas parecidas con presencia en Internet⁸. El fundador de la ARMH es el periodista Emilio Silva que estaba buscando a su propio abuelo desaparecido (Silva 2005). Desde entonces, dicha asociación lucha por la aclaración de los asesinatos políticos y las ejecuciones masivas de los seguidores de la República, que los insurgentes habían cometido durante la Guerra Civil. Sin embargo, teniendo en cuenta el gran número de muertos sin identificar, la asociación no dispone de los recursos económicos suficientes para tantas exhumaciones.

Es posible que en la medida en la que la sociedad española recupere la memoria reprimida de las víctimas y perdedores de la Guerra Civil se

⁷ En febrero de 2002, por ejemplo, el Partido Popular frustró un proyecto de ley de los demás partidos sobre la rehabilitación e indemnización de las víctimas del franquismo. Y cuando en octubre del mismo año, el partido de la oposición Izquierda Unida presentó una «proposición no de ley» para conseguir el reconocimiento de los presos políticos que estaban obligados a realizar trabajos forzados, los llamados «esclavos del franquismo», el PP apoyó la proposición, pero rechazó una vez más la indemnización económica.

⁸ ARMH: <<http://www.geocities.com/priaranza36/>>; *despage*: <<http://www.nodo50.org/despage/>>.

llegue a un consenso entre todos los partidos políticos. Los diferentes esfuerzos de recuperar ese pasado «prohibido» o conscientemente reprimido representan a la vez un paso decisivo hacia una «normalización» de la conciencia histórica, es decir, hacia la compensación y el mutuo acercamiento de las disparidades que siguen existiendo en la memoria colectiva. Con un retraso de sesenta o setenta años, se vislumbra ahora la «superación» pública del peor trauma de la reciente historia de España que, sin embargo, llega demasiado tarde para muchos de los que lo tuvieron que vivir.

Con el reciente «descubrimiento» —en el sentido de la palabra— de los crímenes cometidos en nombre del régimen franquista desde el inicio de la Guerra Civil, acaba de comenzar la confrontación pública con un pasado que, desde la perspectiva de la historiografía especializada, apenas ya escondía secretos desde hacía tiempo. El gran público, sin embargo, está ahora pisando un terreno nuevo que debido a la larga época de imponderabilidad política se había evitado conscientemente. Pero la importancia de este proceso no se encuentra en el nivel público, sino en el individual. Las consecuencias jurídicas de las violaciones del derecho humano durante la dictadura siguen estando pendientes, pero si se escuchan las voces de aquellos que perdieron algún familiar que sigue desaparecido hasta hoy, el objetivo no es ni la venganza ni la revancha, sino la aclaración y el simbolismo. A la mayoría de los afectados parece bastarles el reconocimiento público de las injusticias cometidas mediante la aclaración realizada por el Estado democrático, para poder hacer la paz con el pasado reciente. Lo que aún es difícil de prever es qué tipo de dinámica puede desarrollar y qué dimensiones puede llegar a tener este proceso de enfrentamiento con los capítulos más oscuros de la historia contemporánea, especialmente si se tiene en cuenta que cada vez hay menos representantes de la generación de los testigos de la época.

A pesar de que el tratamiento crítico del reciente pasado de España no ha sido un tema muy común entre el gran público hasta hace muy poco, sí que ha habido siempre unas áreas parciales o marginales de la vida pública en las que la memoria de la guerra y la dictadura ha estado siempre presente. Principalmente, se trata del cine y más aún de la literatura que incluso mucho antes del fin del régimen franquista se dedicaban a contrastar el discurso de propaganda oficial con imágenes

subversivas y alternativas de la realidad española⁹. A partir de 1975, la Guerra Civil y el franquismo no tardaron en convertirse en «lugares de la memoria» (Pierre Nora). Entre muchos otros habría que destacar especialmente a Manuel Vázquez Montalbán, Antonio Muñoz Molina, Rafael Chirbes, Manuel Rivas, Juan Manuel de Prada así como últimamente también Andrés Trapiello, Dulce Chacón y Javier Cercas¹⁰. Algunas de sus obras se han convertido en películas¹¹.

Un efecto comparable al de las novelas y películas lo tenían también los documentales y exposiciones históricas sobre la represión política, el exilio y la resistencia de los maquis que, junto al reanimado interés de los historiadores, han conseguido que el tema de la superación del pasado está más presente que nunca en el debate público.

Acerca de la relación entre el análisis público de la represión franquista y la historiografía sobre la Guerra Civil, hay que destacar la tesis de Santos Juliá. Como es sabido, este historiador rechaza la opinión de que hubiese habido un «pacto de silencio» en España, y afirma que la memoria ha estado siempre presente en el discurso público. Según él, fue precisamente la memoria la que mediante su continua advertencia dio el impulsivo decisivo para la negociación de la amnistía durante la

⁹ Cfr., por ejemplo, Herzberger (1995); para el tratamiento de la Guerra Civil y la dictadura en cine y televisión en España, cfr. el artículo ampliamente documentado de Rey (2003).

¹⁰ Cfr. (una breve selección) Antonio Muñoz Molina, *Beatus Ille*, Madrid 1985; id., *Sefarad. Novela de novelas*, Madrid 2001; Fernando Díaz-Plaja, *El desfile de la victoria*, Madrid 1976; Jesús Torbado, *En el día de hoy*, Barcelona 1979; Manuel Vázquez Montalbán, *El pianista*, Barcelona 1985; Rafael Chirbes, *La larga marcha*, Barcelona 1996; Juan Manuel de Prada, *Las máscaras del héroe*, Madrid 1996; Manuel Rivas, *El lápiz del carpintero*, Madrid 1998; id., *¿Qué me quieres, amor?*, Madrid 1996; Andrés Trapiello, *La noche de los cuatro caminos: una historia del maquis, Madrid 1945*, Madrid 2001; Javier Cercas, *Soldados de Salamina*, Barcelona 2001; Dulce Chacón, *La voz dormida*, Madrid 2002; Jesús Ferrero, *Las trece rosas*, Madrid 2003; para el tratamiento novelístico de la transición, cfr. Cebrián (2003).

¹¹ Por ejemplo, *Soldados de Salamina* (2002) dirigida por David Trueba. Véase también el libro sobre el rodaje de la película: Javier Cercas y David Trueba, *Diálogos de Salamina, un paseo por el cine y la literatura*. Madrid: Tusquets, 2003. Cfr. también la película del director Montxo Armendáriz *Silencio roto* (2001) sobre los maquis durante la posguerra y el documental *La guerrilla de la memoria* (2002, producida por Montxo Armendáriz y dirigida por Javier Corcuera), con entrevistas a algunos maquis que han sobrevivido. Otro planteamiento similar con conversaciones con supervivientes se encuentra en el documental *Los niños de Rusia* de Jaime Camino (2001).

primera fase de la transición, e hizo posible aquel olvido «sano» que evitó que se utilizara la Guerra Civil como argumento en el concurso político. Juliá remite a los antecedentes intelectuales de la transición cuando las fuerzas moderadas dentro y fuera del régimen ya se habían acercado mucho antes de la muerte del dictador para preparar mentalmente el posterior discurso de reconciliación. El indicador más claro de este proceso era el paulatino cambio en el significado de la Guerra Civil que —una vez liberado de su carga ideológica y las mutuas culpaciones— se llegaría a considerar como una desgracia colectiva con responsabilidades compartidas por ambos bandos. Según esta argumentación, las actuales exigencias de recuperar la memoria no se deben al rechazo del (inexistente) «pacto de silencio», sino a la rotura del consenso de la memoria de la transición que implicaba un reparto proporcionado de la culpabilidad (Juliá 2002).

Esta última observación puede demostrarse empíricamente. Es cierto que las publicaciones de los últimos diez años prestan más atención que antes a la ilegitimidad del golpe militar de 1936 y a la represión sistemática del bando franquista. La represión durante la guerra y la posguerra se ha convertido prácticamente en una nueva rama de la historiografía. Y en el lado opuesto, los pensadores conservadores están también tomando posiciones: autores como Pío Moa o César Vidal que suelen cargar casi toda la responsabilidad de la guerra en la izquierda, han tenido varios éxitos de ventas con sus publicaciones de los últimos años¹². Es manifiesto que la relativa homogeneidad de interpretación de antaño se ha convertido de nuevo en una discrepancia acentuada.

La sorprendente importancia que se ha ganado en estos últimos años la concienciación social acerca de la represión franquista del pasado se debe al Gobierno del conservador Partido Popular bajo José María Aznar entre 1996 y 2004. Desde un principio, este Gobierno se comportaba en cuestiones históricas e histórico-políticas como el administrador del legado franquista. Cuando la oposición propuso que en 1999, con ocasión del 60º aniversario del final de la guerra, se homenajeara la memoria de los exiliados y se apartaran fondos para su indemnización, el partido gobernante rechazó la proposición, presuntamente porque el texto contenía una condena del golpe militar de 1936. En los años siguientes, el PP seguía insistiendo en que la Guerra Civil era una fase superada de

¹² Cfr., por ejemplo, Moa (1999, 2004^a, 2004^b) y Vidal (2003).

la historia de España. Tan sólo durante los cuatro años del segundo mandato de Aznar, el Gobierno rechazó más de 25 iniciativas parlamentarias con objetivos similares. En la sociedad civil, sin embargo, esa actitud del Gobierno provocaba cada vez más actividad, casi siempre con el apoyo de los partidos de la oposición, como puede verse, por ejemplo, en la creación de la mencionada Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica.

Hasta el final del Gobierno de Aznar, el ejecutivo obstaculizaba prácticamente cualquier trabajo acerca de la memoria histórica al considerar que implicaba una condena de los crímenes franquistas, pero con el inesperado cambio de Gobierno en marzo de 2004, tras los atentados de los terroristas islamistas en Madrid, ha cambiado la situación. El Gobierno del nuevo presidente socialista José Luis Rodríguez Zapatero decidió constituir una comisión interministerial de investigación para hacer posibles propuestas acerca de la «rehabilitación moral y jurídica» de las víctimas de la represión.

Bibliografía

- ARANGUREN, José Luis L. (1986): «Por qué nunca más», en: Tamames, Ramón (ed.), *La guerra civil española*, pp. 171-184.
- ARÓSTEGUI, Julio (ed.) (1988): *Historia y memoria de la Guerra Civil. Encuentro en Castilla y León, Salamanca, 24-27 de septiembre de 1986*. 3 Vols. Valladolid: Junta de Castilla y León.
- BERNECKER, Walther L. (1998): «Zum Umgang mit ungeliebter Vergangenheit. Die spanische Gesellschaft und die Erinnerung an den Bürgerkrieg von 1936», en: Weber, Jürgen/Piazolo, Michael (eds.), *Justiz im Zwielicht. Ihre Rolle in Diktaturen und die Antwort des Rechtsstaates*. München: Olzog, pp. 111-130.
- (2003): «Entre la historia y la memoria: Segunda República, Guerra Civil española y primer franquismo», en: *Iberoamericana* n.º 11, pp. 227-238.
- CASANOVA, Julián (ed.) (2002): *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*. Barcelona: Crítica.
- CEBRIÁN, Juan Luis (2003): *Francomoribundia*. Madrid: Alfaguara.
- ELORDI, Carlos (ed.) (2003): *Los años difíciles. El testimonio de los protagonistas anónimos de la Guerra Civil y la posguerra*. Madrid: Punto de Lectura.
- HERZBERGER, David (1995): *Narrating the Past. Fiction and Historiography in Postwar Spain*. Durham/London: Duke University Press.
- JULIÁ DÍAZ, Santos (1996): «Raíces y legado de la transición», en: Juliá Díaz, Santos/Pradera, Javier/Prieto, Joaquín (eds.), *Memoria de la transición*, pp. 679-682.
- (2002): «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición», en: *Claves* n.º 129, pp. 14-24.
- (ed.) (1999): *Víctimas de la guerra civil*. Madrid: Temas de Hoy.

- JULIÀ, Santos/PRADERA, Javier/PRIETO, Joaquín (eds.) (1996): *Memoria de la transición*. Madrid: Taurus.
- MEDINA DOMÍNGUEZ, Alberto (2001): *Exorcismos de la memoria. Políticas y poéticas de la melancolía en la España de la transición*. Madrid: Ediciones Libertarias/Prod-hufi.
- MOA, Pío (1999): *Los orígenes de la Guerra Civil española*. Madrid: Encuentro.
- (3ª2004ª): *Los mitos de la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- (5ª2004b): *Los crímenes de la Guerra Civil y otras polémicas*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- NAVARRO, Vicenç (2002): *Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que no se habla en nuestro país*. Barcelona: Anagrama.
- RESINA, Joan Ramón (ed.) (2000): *Disremembering the Dictatorship. The Politics of Memory in the Spanish Transition to Democracy*. Amsterdam: Rodopi.
- REY, David (2003): «Die Franco-Ära in der medialen Geschichtskultur Spaniens. Bürgerkrieg und Diktatur in Kino und Fernsehen seit 1975», en: *Jahrbuch für Europäische Geschichte*, Vol. 4, pp. 113-160.
- SERRANO, Rodolfo/SERRANO, Daniel (3ª2002): *Toda España era una cárcel. Memoria de los presos del franquismo*. Madrid: Aguilar.
- SILVA, Emilio (2005): *Las fosas de Franco. Crónica de un desagravio*. Madrid: Temas de Hoy.
- SUBIRATS, Eduardo (1993): *Después de la lluvia: Sobre la ambigua modernidad española*. Madrid: Temas de Hoy.
- TAMAMES, Ramón (ed.) (1986): *La guerra civil española. Una reflexión moral 50 años después*. Barcelona: Planeta.
- TORRES, Rafael (2002ª): *Desaparecidos de la guerra de España (1936-?)*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- (2002b): *Víctimas de la victoria*. Madrid: Anaya.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel (1986): *La guerra civil española. 50 años después*. Cerdeña: Labor.
- VIDAL, César (2ª2003): *Checas de Madrid. Las cárceles republicanas al descubierto*. Barcelona: Belacqua.
- VILARÓS, Teresa M. (1998): *El mono del desencanto: una crítica cultural de la transición española (1973-1993)*. Madrid: Siglo XXI.

El velo del silencio

Santos Juliá

**De hijos a nietos:
memoria e historia de la Guerra Civil
en la transición y en la democracia**

El 11 de enero de 1977 tuvo lugar en Madrid la primera reunión entre cuatro representantes de la oposición democrática –Antón Canyellas, Felipe González, Julio Jáuregui y Joaquín Satrustegui, miembros de la llamada Comisión de los Nueve– con el presidente del Gobierno, Adolfo Suárez. En ella, según ha contado el representante del PNV, se expuso, se razonó y se pidió al presidente del Gobierno «que se otorgara una amnistía de todos los hechos y delitos de intencionalidad política ocurridos entre el 18 de julio de 1936 y el 15 de diciembre de 1976». Entendían los comisionados que no bastaban los indultos anteriores, ni la prescripción de los delitos y las penas por el mero transcurso de treinta años, sino que «se necesitaba un gran acto solemne que perdonara y olvidara todos los crímenes y barbaridades cometidas por los dos bandos de la Guerra Civil, antes de ella, en ella y después de ella, hasta nuestros días». Este «gran perdón y olvido» en un acto protagonizado por el rey en nombre de la paz y de la reconciliación, «habría sido el primer título de honor y gloria del comienzo de un reinado». Jáuregui, expresando un sentir general, resultado de muchos años de contacto entre militantes de la oposición con disidentes del régimen, afirmaba que «con esta amnistía se hubiera perdonado y olvidado a los que mataron al presidente Companys y al presidente Carrero; a García Lorca y a Muñoz Seca; al ministro de la Gobernación Salazar-Alonso y al ministro de la Gobernación Zugazagoitia; a las víctimas de Paracuellos y a los muertos de Badajoz; al general Fanjul y al general Pita, a todos los que cometieron crímenes y barbaridades en ambos bandos» (Jáuregui 1977).

Era una convicción generalizada en los medios de la oposición que sólo la aprobación de una amnistía total podía clausurar la Guerra Civil y la dictadura y que sólo a partir de ella se podía iniciar un proceso constituyente. Si el Gobierno, porque ya había concedido una amplia amnistía en julio de 1976 o porque estuviera sometido a fuertes presio-

nes en contra, no podía o no quería decretarla, entonces serían las Cortes resultantes de las elecciones que habrían de celebrarse en junio de 1977 las que tendrían que asumir la tarea. Y así, en mayo del mismo año, cuando quedaban pocas semanas para las primeras elecciones generales, ante la negativa de Suárez a la solicitud presentada por la oposición, la expectativa de amnistía general se trasladó del Gobierno a las Cortes: si la amnistía no se consumase antes de las elecciones, escribía Joaquín Ruiz-Giménez (1977), todos los partidos con representación en las futuras Cortes debían comprometerse a promover y votar «antes que otra cosa, esas dos grandes leyes de reconciliación nacional: la de amnistía para todos y la de legalización general de cuantas asociaciones políticas y sindicales acepten la convivencia pacífica»; una reivindicación en la que no estaba solo el dirigente del Equipo Demócrata Cristiano del Estado Español: desde comunistas a nacionalistas vascos, no quedó nadie sin afirmar que la primera tarea a la que debían enfrentarse las Cortes sería la de promulgar una amnistía general.

Por eso, no fue sino cumplir con la letra de un guión escrito desde los años cuarenta que en las declaraciones políticas formuladas por los partidos de la oposición el día de la constitución de las primeras Cortes elegidas por sufragio universal, todos recordaran la necesidad de promulgar una amnistía general. Lo hizo Xavier Arzalluz, anunciando que «los parlamentarios vascos conjuntamente» presentarían a la Cámara una proposición de ley de «amnistía general aplicable a todos los delitos de intencionalidad política, sea cual fuere su naturaleza, cometidos con anterioridad al 15 de junio de 1977». Arzalluz aclaraba que lo pedían para todos los inculpados por delitos políticos, no sólo para los vascos, «para que podamos comenzar una nueva época democrática [y] pueda haber un olvido de situaciones anteriores». «Ninguno venimos con el puñal en la mano», añadió, «ni venimos para rascar en el pasado. Venimos de cara al futuro a construir un nuevo país en el que valga la pena vivir y en el que todos podamos vivir»¹. No de otra manera se expresó en la misma sesión Santiago Carrillo cuando señaló para aquellas Cortes la necesidad de culminar «el proceso de reconciliación de los españoles con una amnistía para todos los delitos de intencionalidad política». La razón era idéntica a la aducida por Arzalluz: «Bien sabemos

¹ *Diario de sesiones del Congreso de Diputados* 5, 27-VII-1977, p. 84, <http://www.senado.es/legis0/publicaciones/pdf/C_1977_005.PDF> (20/08/09).

que ciertos sectores pueden estar dolidos por acontecimientos recientes; también nosotros lo estamos por atentados que están en la memoria de todos. Mas el resentimiento no es buen consejero a la hora de iniciar la andadura democrática»².

De manera que el proceso de transición había reafirmado una convicción muy extendida desde que comenzaron a menudear los encuentros entre disidentes del régimen y militantes de la oposición: que el proceso constituyente con vistas a instaurar una democracia en España exigía como punto de partida la amnistía general de todos los delitos de intencionalidad política, cualquiera que fuese su resultado, cometidos desde el principio de la Guerra Civil hasta el día de las primeras elecciones generales. Esa reivindicación se sostenía en la memoria de la guerra como una «inútil matanza fratricida» que las nuevas generaciones de universitarios españoles habían opuesto al discurso oficial sobre la Guerra Civil como una cruzada que había salvado a España de la muerte segura a manos de la anti-España. La memoria impuesta por los vencedores y administrada por la Iglesia católica en multitud de ceremonias funerarias y de celebración del triunfo reproducía todos los elementos propios de los mitos de salvación e implicaba una política de liquidación y exterminio del adversario. Contra esa memoria se rebelaron los «niños de la guerra», que al considerar la guerra como inútil matanza borrraban también de un plumazo la línea divisoria entre vencedores y vencidos tan nítidamente trazada por sus padres. A partir de esa apropiación vital y afectiva del pasado —que es, al cabo, en lo que consiste la memoria— no cabía más que inaugurar una política con un claro propósito: que los resultados de la Guerra Civil no determinaran el futuro, que no fuera imposible a un comunista hablar y entenderse con un católico. Por eso, siempre que un grupo de disidentes del régimen encontraba en una mesa de negociación a un grupo de la oposición, el primer punto de acuerdo consistía en mirar al pasado y decidir que no determinaría el futuro; dicho de otra forma, que sobre el pasado debía extenderse una amnistía general.

La transición reforzó esa mirada y la política que implicaba, porque a las razones que habían movido a los partidos de la oposición a reclamar amnistía en 1948 o en 1962 se había añadido una nueva, inexistente entonces: la amnistía, además de abrir el camino a la democracia,

² Ibíd., p. 73.

liquidaría todos los motivos que hasta ese momento podían aducirse para mantener viva la perversa dialéctica de violencia –represión– más violencia que había costado ya más de 200 muertes desde el comienzo de un proceso menos pacífico de lo que hoy tantas veces se dice. Si el Estado cortaba ese nudo gordiano –como lo definió Arzalluz en su intervención en el Congreso– la democracia vería renacer la reconciliación y la paz: los diputados estaban convencidos de que las razones para empuñar una pistola y cometer un atentado desaparecerían por los efectos taumatúrgicos de una amnistía general que permitiera a los chicos de ETA, y con ellos, a todos los acusados de delitos terroristas, volver a casa gracias a la promulgación de una amnistía general.

Esa expectativa es la que está en la base de la proposición de Ley de Amnistía presentada en el Congreso por todos los grupos parlamentarios excepto Alianza Popular en octubre de 1977. La Ley 46/1977 de 15 octubre está firmada por el rey y por el presidente de las Cortes; no, como los anteriores decretos y leyes, por el presidente del Gobierno o por el ministro de la Presidencia, y estaba expresamente dirigida a amnistiar lo que el decreto de julio de 1976 no se había atrevido a tocar: los actos de intencionalidad política «cualquiera que fuese su resultado, tipificados como delitos y faltas con anterioridad al día 15 de diciembre de 1976 [y] todos los actos de la misma naturaleza realizados entre el 15 de diciembre de 1976 y el 15 de junio de 1977, cuando en la intencionalidad política se aprecie además un móvil de reivindicación de las libertades públicas o de reivindicación de autonomías de los pueblos de España»³. No sólo eso: la amnistía se extendía también a todos los actos de idéntica naturaleza realizados hasta el 6 de octubre de 1977, siempre que no hubieran supuesto violencia grave contra la vida o la integridad de las personas. Todos estos distinguos no se habían colado en la redacción del artículo 1º de la Ley de manera casual: se amnistiaba sobre todo a los presos de ETA, pero de rebote, como así fue, también a los del FRAP, GRAPO o MPAIAC, es decir, a todos los grupos de extrema izquierda y nacionalistas. A los que no se amnistiaba, aunque algunos salieron también beneficiados en el clima de confusión que presidió la aplicación de la Ley, era a los causantes de la matanza de Atocha, en cuya acción resultaba imposible detectar una intencionalidad política

³ *Boletín Oficial del Estado* 246, 17-10-1977, <http://www.boe.es/aeboe/consultas/bases_datos/doc.php?coleccion=iberlex&id=1977/24937> (20/08/09).

movida por la reivindicación de libertades públicas o de autonomía de los pueblos de España.

Fue sólo en este momento cuando hubo un pacto o un *quid pro quo*, entre todos los grupos parlamentarios –excepto Alianza Popular– y, a través de ellos, entre Gobierno y oposición. Porque a cambio de la amnistía de los presos condenados por actos terroristas, el artículo 2º, letra e, incluía también «los delitos y faltas que pudieran haber cometido las autoridades, funcionarios y agentes del orden público con motivo u ocasión de la investigación y persecución de los actos incluidos en esta ley» y, por si fuera poco, en la letra f se añadían «los delitos cometidos por los funcionarios públicos contra el ejercicio de los derechos de las personas». De modo que esta ley, única a la que cabe atribuir el carácter de un «pacto de amnistía», puesto que amnistiaba delitos contra la vida e integridad de las personas, de una parte, y contra el ejercicio de los derechos de las personas, de otra, no fue resultado de una decisión unilateral del Gobierno, como los decretos anteriores, sino una ley promulgada por el Congreso elegido en las primeras elecciones democráticas y votada favorablemente por todos los grupos, excepto Alianza Popular, que se abstuvo.

Pero si todos quedaron liberados –incluido Miguel Ángel Apalategui, presuntamente implicado en el secuestro de Javier de Ybarra, asesinado el 22 de junio de 1977, siete días después de las elecciones–, no es del todo exacto afirmar que esta ley ponía «a la misma altura a los funcionarios que violaron sistemáticamente los derechos de las personas y a las personas que injustamente padecieron esas ilícitas agresiones», a aquellos que habían luchado pacíficamente por «lo que hoy son derechos fundamentales». Ni es más acertado decir que por efecto de esta ley quedaron impunes los actos de violencia institucional cometidos a lo largo de la dictadura a cambio de liberar a «todos los presos políticos, legalizar al Partido Comunista y celebrar unas elecciones auténticamente libres». Todo eso estaba ya conseguido cuando se aprobó la Ley que amnistiaba los actos de «violencia institucional»: los presos políticos llevaban ya varios meses en la calle, el Partido Comunista gozaba de legalidad hacía medio año, se había presentado con su nombre propio a unas elecciones generales y su grupo parlamentario no sólo se sumó a la proposición de ley sino que la defendió de manera muy convincente; y ni que decir tiene que las elecciones se habían celebrado ya en un ambiente de alegría y libertad. Precisamente porque se habían celebrado

—y no para que se celebraran— los grupos de oposición podían reclamar con éxito la aprobación de una amnistía, ahora sí, general, como primer paso para la apertura de un proceso constituyente.

Por tanto, lo que la Ley de Amnistía promulgada por el Parlamento el 15 de octubre de 1977 puso a la misma altura los asesinatos de ETA, FRAP, GRAPO y MPAIAC y los delitos cometidos por los funcionarios públicos contra el ejercicio de los derechos de las personas; y si hubo pacto, como es evidente en el debate a que dio lugar este proyecto de ley, fue con el propósito de sacar a todos los presos de ETA de la cárcel y extender a cambio la impunidad sobre los actos de «violencia institucional». Un precio muy alto, podría pensarse, puesto que implicaba la renuncia a someter a juicio a todos los funcionarios que durante la dictadura violaron derechos fundamentales y a no hacer del pasado un arma de la lucha política del presente. No lo creyeron así, sin embargo, los que intervinieron en el debate del proyecto de ley, que, como Marcelino Camacho o Xavier Arzalluz, no dejaron de traer al recuerdo de la Cámara los sufrimientos y torturas padecidos por militantes del Partido Comunista o de ETA durante la dictadura. Tampoco lo entendió así ETA, que vio en la Ley de Amnistía la muestra palmaria de una debilidad del Gobierno y decidió arreciar en su campaña de asesinatos, nunca interrumpida e inmediatamente reanudada con el asesinato de un concejal de Irún, tres días después de que el último preso vasco, Francisco Aldanondo Badional, *Ondarru*, saliera a la calle y recibiera el apoteósico recibimiento de sus paisanos de Ondárroa.

Ahora bien, la memoria de la guerra y de la dictadura que sirvió de base a la promulgación de esta amnistía general no era producto de una amnesia ni implicaba, en modo alguno, un silencio sobre el pasado. Repetir ese tópico cada vez que aparece un libro sobre la represión no sólo tergiversa y falsifica lo realmente ocurrido aquellos años sino que ignora lo mucho que durante la transición se escribió y se debatió sobre la guerra y la represión. Amnistiar el pasado, y no utilizarlo como argumento en el debate *político* no implicó retirarlo del debate *público* ni del trabajo de los historiadores. Aquellos fueron los años de mayor difusión de revistas de divulgación histórica, repletas todas ellas de artículos y cartas sobre la guerra y el franquismo; se editaron decenas de memorias de anarquistas, comunistas, socialistas, republicanos, católicos, monárquicos, falangistas; se procedió a la reimpresión de colecciones de revistas aparecidas en los años de República y Guerra Civil; se publicaron

las obras de novelistas hasta entonces prohibidas por la censura; se descubrieron y adecentaron fosas comunes y se erigieron monolitos en no pocos lugares; los periódicos concedieron especial atención al retorno de los exiliados, fueran personalidades de la cultura o dirigentes políticos; las revistas culturales y de información general dedicaron decenas de artículos a revisar el pasado; se comenzaron a organizar ciclos y conferencias sobre los acontecimientos más destacados desde la proclamación de la República; las editoriales prestaron una atención especial a temas como el anarquismo, las colectividades, la revolución, el POUM, la represión; se publicaron las primeras obras sobre las guerrillas, la oposición al franquismo, las cárceles, la construcción del Valle de los Caídos. No menor importancia tuvieron los primeros debates académicos sobre la naturaleza del régimen de Franco, la política económica, la censura, el papel de la Iglesia. Nada quedó sin explorar.

En realidad, más que amnesia y silencio, lo que definió aquellos años fueron las ganas de saber y divulgar, la acumulación de un primer capital de conocimientos sobre el que se ha podido ir edificando en años sucesivos, sin paréntesis ni interrupciones, una apabullante masa de libros, folletos, artículos que constituyen hoy un cuerpo documental sin parangón posible con ninguna otra época de nuestro pasado: lo que la sociedad española ha invertido en trabajo, tiempo y dinero, en publicaciones, cursos, conferencias, series de periódicos y hasta alguna de televisión, en Guerra Civil y franquismo es incalculable: las entradas de cualquier bibliografía se pueden contar por miles y abarcan desde el ámbito estatal al municipio más perdido. Entonces, podría preguntarse, ¿por qué la reiterada, rutinaria, denuncia de la desmemoria, el silencio, la amnesia que venimos oyendo desde hace años? Resulta casi imposible abrir un nuevo libro sobre la represión de los vencidos que no comience, desde su mismo título, con una denuncia del pacto de silencio, de la amnesia colectiva, del olvido y de la desmemoria que habrían sellado las bocas de los españoles durante aquellos años. Atenazados por el miedo, los españoles de la segunda mitad de los años setenta no se habrían atrevido a mirar atrás, habrían guardado silencio y dejado las cosas más o menos como se las encontraron. Gracias a este supuesto «pacto de amnesia», el franquismo habría podido sobrevivir a la muerte de su fundador, los españoles habrían vivido sometidos a una «tiranía de silencio», víctimas de una «conspiración contra la memoria», con los archivos «cerrados a cal y canto» y el sistema político en construcción

durante aquellos años no sería más que la continuación de lo mismo por otros medios: la corrupción, el clientelismo, la oligarquización de los partidos políticos, la presunta escasez del capítulo dedicado al gasto social en los presupuestos del Estado, las conductas autocráticas o prepotentes de los líderes políticos, hasta la misma existencia de ETA se cargan, en incontables ocasiones y sin necesidad de mayor prueba, a la cuenta de todo lo que en la transición quedó por hacer, de que en España vivimos todavía bajo el peso de la herencia franquista.

Esta imagen de la transición como un tiempo de silencio y de amnesia, que se impone hoy desde todas las campañas de publicidad que acompaña la aparición de estos libros, se ha convertido en parte ya consolidada de lo que podría llamarse memoria de los nietos. En verdad, si la memoria de los hijos de la guerra se forjó en un acto de rebeldía contra el discurso de guerra y de victoria impuesto por los vencedores durante la larga dictadura, la memoria de los nietos podría entenderse como un rechazo de lo supuestamente realizado por la generación anterior, que ha pasado a ser interpretado como una cesión, casi una traición, provocada por una «aversión al riesgo» que habría impedido romper con el pasado y exigir cuentas a los responsables del golpe de Estado y, en consecuencia, de la Guerra Civil y de la dictadura. Como en España todos los funcionarios permanecieron en sus puestos y a nadie se le abrió un proceso judicial, y ni siquiera se formaron comisiones de la verdad que investigaran bajo la tutela del Estado lo sucedido desde el 18 de julio de 1936 hasta el 15 de junio de 1977, es decir, como en España la memoria no actuó durante la transición como acicate para la reparación moral de perseguidos y represaliados, se entiende que lo ocurrido fue, en realidad, un eclipse de memoria, su desaparición, la ocupación de su lugar por la amnesia. De ahí la proliferación de agrupaciones dedicadas a lo que tantas veces de manera abusiva se llama recuperación de la memoria histórica.

Pero si es preciso recuperar será porque se habrá perdido. No que los españoles hubieran cultivado desde los años cincuenta una memoria de la guerra que conducía a una política de reconciliación; sino que, por miedo al riesgo, prefirieron –como ha escrito un destacado publicista– que les fuera extirpado el lóbulo parietal en el que reside la memoria y se hubieran vuelto amnésicos; o bien, que después de un breve período de la recuperación del pasado iniciada «contra corriente» en la transición, el interés se agotó pronto, sepultado entre la indiferencia promovida por

los partidos políticos. De esta manera, lo que se inició como una exigencia de reparación moral y material de los perseguidos por la dictadura se ha convertido en una descalificación política del proceso de transición, aunque curiosamente sobre los avatares de la memoria y los progresos de la investigación durante el largo período de gobierno socialista se suele pasar como de puntillas. El resultado es que, de hijos a nietos, la memoria se ha literalmente invertido: la amnistía, que los hijos tuvieron como una de sus grandes conquistas, en verdad, como la gran conquista que despejaba el camino hacia la democracia, se considera por los nietos como la gran traición, pues convertida en amnesia habría permitido la persistencia del legado de los vencedores de la guerra y bloqueado la reparación moral y política de los vencidos y el reconocimiento debido a los que lucharon contra la dictadura.

Esta memoria de las nuevas generaciones, con su exigencia de reparación moral de los vencidos durante la guerra y de los perseguidos durante la dictadura, ha tenido sobre la historia –entendida como trabajo de los historiadores, esto es, como conocimiento científicamente elaborado del pasado humano, por decirlo con la venerable fórmula de Henri-Irénée Marrou– un efecto contundente: las investigaciones dedicadas a la represión se han multiplicado hasta el punto de dominar claramente a todos los demás temas relacionados con la República, la guerra y la dictadura. Desde la década de 1990 y, especialmente, desde el comienzo del nuevo siglo, el flujo de libros sobre la represión es continuo y a ellos debemos, ante todo, un conocimiento más cabal de la naturaleza del régimen construido por los generales sublevados contra la República. Difuminada la línea divisoria de abril de 1939, las nuevas generaciones de historiadores han roto con la especialización cronológica que dividía la Guerra Civil, desde 1936 a 1939, y el franquismo, de 1939 a 1975. Por haber saltado esa frontera, contamos hoy con estudios que arrancan de los años de guerra y se extienden hasta la construcción del Nuevo Estado, analizando las instituciones puestas en pie, la aparición de una nueva clase política, la consolidación de un nuevo sistema de dominación, las vicisitudes de la política exterior, los exilios, las políticas económicas, las producciones culturales, el papel de la Iglesia católica, la brutal represión desencadenada por los vencedores, el funcionamiento de los tribunales, la vida en las cárceles. En todos estos terrenos, y en el estudio de la instauración del nuevo régimen en los ámbitos locales, la

historiografía española ha conocido un avance espectacular durante los últimos quince años.

Con todo, al fundir «Guerra Civil» y «franquismo» se ha producido en muchos casos la absorción de la primera en la problemática propia del segundo, relegando a un plano secundario lo que la violencia en la Guerra Civil tiene de específico en relación con la dictadura. Dicho de otro modo, como la memoria de los vencidos y el reconocimiento a los perseguidos se ha convertido en objetivo central de la reciente investigación, están cayendo en progresivo olvido —o se está dejando su recuerdo al cuidado exclusivo de los epígonos del franquismo— las víctimas de la represión en la zona republicana, bien porque se presentan acríticamente como si se tratara de muertos por casualidad, por una especie de ira espontánea o incontrolada, por mera represalia, bien porque se minimiza la magnitud de su persecución. Es significativo que el grueso volumen que recoge las ponencias y comunicaciones debatidas en el congreso «Los campos de concentración y el mundo penitenciario en España durante la Guerra Civil y el franquismo», celebrado en Barcelona en octubre de 2002, no incluya ni una sola línea dedicada a las cárceles existentes en zona republicana durante la Guerra Civil, como si no hubieran sido decenas de miles los encarcelados y fusilados en territorio de la República durante esos años. De pronto, en libros que llevan por subtítulo «Los campos de concentración y las prisiones durante la Guerra Civil y el franquismo», los encarcelados y ejecutados en la zona republicana se han vuelto invisibles. Se dirá que de esos muertos ya se ha hablado bastante, que a ellos se dedicó la causa general y que ya obtuvieron su reparación. Pero eso, para el trabajo del historiador, no puede ser una excusa: de la exclusiva visibilidad de los muertos en «zona roja», propia de los años de la dictadura, no podemos pasar a la exclusiva visibilidad de los muertos en «zona nacional», como si una supuesta memoria democrática consistiera en volver del revés la memoria impuesta durante la dictadura.

Esta invisibilidad guarda una estrecha relación con el segundo resultado de la absorción de la problemática «Guerra Civil» en la problemática «franquismo» o «dictadura»: haber atribuido a todos los que respondieron con las armas en la mano a los militares rebeldes el carácter de combatientes por la democracia y haber reducido en consecuencia las complejas luchas y los cruces de conflictos que caracterizaron a la República española a una defensa de la democracia contra un ataque

del fascismo. Se está abriendo así un foso entre una memoria de la República en guerra que elimina la complejidad y el cruce de conflictos y una historiografía que ha identificado cada vez con más rigor los enfrentamientos no ya entre las distintas fuerzas que combatieron en su defensa sino dentro de cada partido o sindicato. En el lado de la República combatieron anarquistas, sindicalistas, comunistas, socialistas, republicanos, nacionalistas catalanes y vascos, militares leales, incluso algunos católicos y conservadores. Los conflictos entre estas organizaciones fueron abundantes y dieron lugar, como es bien sabido, a guerras dentro de la guerra, en las que lo que se dilucidaba estaba lejos de ser una defensa de la democracia. Pretender ahora la construcción de una llamada «memoria democrática» –una expresión contradictoria, pues la democracia, a diferencia de la dictadura, habrá de dar lugar inevitablemente a múltiples memorias– como si todo lo que en el lado de la República se oponía a los militares rebeldes fuera una lucha por la democracia es puro anacronismo, una auténtica invención del pasado. Sin duda, había demócratas entre los defensores de la República, pero no eran los más ni fueron los demócratas quienes tuvieron siempre en sus manos el control de la situación.

En fin, sobre esta absorción de la Guerra Civil por la dictadura se ha producido un significativo cambio en el tratamiento que Gobierno y Parlamento proyectan dar a nuestro pasado. Hace un par de años, la Comisión de Constitución del Congreso aprobó una resolución en la que se recordaba «el deber de nuestra sociedad democrática de proceder al reconocimiento moral de todos los hombres y mujeres que fueron víctimas de la Guerra Civil así como de cuantos padecieron más tarde la represión de la dictadura franquista»⁴. La distinción entre víctimas de la Guerra Civil y de la represión franquista, tan apropiadamente establecida en esta resolución, ha desaparecido del acuerdo del Consejo de Ministros de 23 de julio de 2004 que atribuye a una futura Comisión Interministerial la tarea de elaborar un informe sobre los derechos reconocidos hasta la fecha a las personas que, «por su compromiso con la democracia, fueron objeto de actuaciones represivas desde el inicio

⁴ *Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados. Comisiones*, 625, 20-XI-2002, p. 20511, <http://www.congreso.es/public_oficiales/L7/CONG/DS/CO/CO_625.PDF> (20/08/09).

de la Guerra Civil hasta la plena restauración de la democracia»⁵. Es posible que el inciso «por su compromiso con la democracia» quiera significar a quienes fueron asesinados o ejecutados durante la Guerra Civil por los rebeldes a medida que iban ocupando territorio de la República. Pero se trata de un concepto tan confuso y anacrónico que dejaría fuera de una posible rehabilitación a todos los asesinados en la Guerra Civil en la represión desencadenada en territorio republicano, fueran o no partidarios del bando rebelde: ¿fue asesinado Andreu Nin por su «compromiso con la democracia»? Y si —como es evidente— no lo fue por esta causa ¿dejaría de tener derecho a una reparación? Las víctimas de la Guerra Civil —sea en la República, sea en territorio controlado por los rebeldes— no pueden ser objeto del mismo trato que las víctimas de la represión de la dictadura, cuando sólo actuaban consejos de guerra de un Estado militarizado. Desde el golpe de Estado y desde la revolución que fue su inmediata secuela decenas de miles de españoles fueron «víctimas de la Guerra Civil» aunque su compromiso estuviera lejos de ser por la democracia e incluso aunque no tuvieran compromiso alguno: miles de pacíficos ciudadanos fueron liquidados en aquellos macabros «paseos», en la zona rebelde como en la zona republicana, sin procesamiento, sin juicio alguno, por la más nimia sospecha de simpatía hacia el otro bando. Un Estado democrático tiene que asumir la carga de todo el pasado y no puede hacer con ellos distinciones, por más que las hiciera la dictadura, que sólo honró la memoria de sus muertos.

Bibliografía

JÁUREGUI, Julio de (1977): «La amnistía y la violencia», en: *El País*, 18 de mayo, <<http://www.elpais.com/archivo/>> (20/08/09).

RUIZ-GIMÉNEZ, Joaquín (1977): «Al día siguiente», en: *El País*, 18 de mayo, <<http://www.elpais.com/archivo/>> (20/08/09).

⁵ «Referencia del Consejo de Ministros», 10-9-2004, en: <http://www.la-moncloa.es/consejodeMinistros/referencias/_2004/c1009040.htm#víctimas> (20/08/09).

Norbert Frei

Procesos de aprendizaje en Alemania: el pasado nazi y las generaciones desde 1945

Al contrario de los doce años del «Tercer Reich», la historia posterior al nacionalsocialismo –que duró mucho más– sólo se ha convertido en un tema propio dentro de la historiografía contemporánea alemana a partir de los años noventa del siglo pasado. Sin embargo, ya muchos años antes, la disposición a analizar el pasado nacionalsocialista parecía ser una característica de la cultura política de la República Federal de Alemania, tanto en los ojos de los observadores extranjeros como de los mismos alemanes.

El apogeo de esa percepción ajena y propia llegaría en la primavera de 1989. En ese momento, la RFA cumplía cuarenta años y nadie se habría imaginado que en poco tiempo llevaría el adjetivo de «antigua» junto a su nombre. En mayo, la segunda democracia alemana celebró su aniversario: «Un Estado ha llegado», comentaba con optimismo el diario *Süddeutsche Zeitung*, resumiendo el ambiente del momento (Rudolph 1989). Lo que se quería decir era que la República había llegado hasta los ciudadanos y había llegado a Occidente, como una comunidad políticamente estable y, en muchos aspectos, exitosa. Y si se preguntaba por las premisas de esa historia de éxito, una de las respuestas, y ya no la menos importante, era que el éxito se basaba parcialmente en la renuncia del pasado nacionalsocialista y el continuo tratamiento de él de forma autocrítica.

Aproximadamente diez años más tarde, poco tiempo antes de su muerte en marzo de 2000, el sociólogo Alphons Silbermann publicó un librito que resumía los resultados de una encuesta sobre el significado de Auschwitz para la segunda y tercera generación de alemanes después de la Segunda Guerra Mundial: el 72% de los entrevistados, sin grandes diferencias entre un grupo generacional y otro, respondía que «incluso hoy» le parecía «muy importante» o «importante» seguir recordando, en los términos de los sociólogos, «las persecuciones de personas y los

asesinatos masivos del Tercer Reich»; el 18% decía que le parecía menos importante, y al 9% le parecía que no tenía ninguna importancia (Silbermann/Stoffers 2000: 230).

En esencia, estos resultados siguen siendo válidos. Probablemente, si se repitiera la encuesta, la mayoría de los alemanes seguiría apoyando la necesidad de analizar el pasado nacionalsocialista. De este modo se comprobaría algo que ya sabemos: que incluso en una República Federal crecida, una parte importante de la identidad política-cultural de la población tiene relación con la experiencia del nazismo.

En el mismo sentido, se interpretaba también el amplio rechazo entre la población alemana a la guerra de Irak en la primavera de 2003 como indicador de un aprendizaje histórico, y además, un aprendizaje común, a pesar de cuatro décadas de estar acostumbrados a maneras de interpretar el pasado que no podrían haber sido más diferentes entre este y oeste¹.

Entre los historiadores, este tipo de interpretaciones de causalidad directa se toman con mucha precaución. No hay que olvidar que, entre otras cosas, la guerra de Irak fue rechazada también en muchas otras sociedades europeas. Otro dato que llama a la precaución es la situación en Alemania antes y durante la guerra de Kosovo de 1999. Como es sabido, el entonces nuevo Gobierno Federal rojiverde consiguió debilitar la mayor parte de la oposición contra una intervención militar en la ex Yugoslavia que se esperaba precisamente entre su electorado. Si lo consiguió fue porque existía la amenaza real o supuesta de un posible genocidio, y porque, en este contexto, el lema más alto de la superación del pasado de Alemania, hasta ese momento casi indiscutido, sufrió una modificación importante: el «¡Nunca más guerra!» se convirtió en el «¡Nunca más Auschwitz!».

Este cambio significativo en la codificación del programa de aprendizaje histórico de los alemanes lo defendió con más fuerza que nadie el entonces ministro de Asuntos Exteriores Joschka Fischer, un hombre de una notoria popularidad. Desde la perspectiva actual se aprecia que con esta argumentación, el ministro consiguió en el contexto de la política práctica el mismo cambio que se había ido anunciando en la sociedad alemana desde hacía tiempo, tanto generacional como culturalmente.

¹ Cfr. Danyel (1995) y Herf (1998).

Si en el debate alrededor del envío de tropas alemanas a Kosovo, se notó de un momento a otro que los antiguos lemas de conciencia crítica respecto al pasado ya no se podían aplicar a la situación actual europea con sus nuevos desafíos políticos, esta impresión se ha ido reforzando desde entonces debido a los recientes acontecimientos en el área de la política de derechos humanos y derecho internacional. En este contexto cabe destacar la Corte Penal Internacional de La Haya y el «Foro Internacional de Estocolmo sobre el Holocausto» de enero de 2000 y los respectivos esfuerzos educativos y de prevención antígenocidio. Independientemente de qué se opine de este tipo de iniciativas y proyectos, resulta evidente que el tratamiento del pasado nacionalsocialista en Alemania no se resiste a su influencia. Incluso hay indicadores de que el proceso de reajuste de la relación entre la sociedad alemana y ese pasado ya está en plena marcha.

No obstante, no resulta fácil decir cómo será ese futuro del pasado nazi². En este contexto, la revisión de la historia es recomendable no sólo a los historiadores. Por eso, en lo siguiente se presenta un resumen de la historia del tratamiento político y cultural del pasado nacionalsocialista en la República Federal de Alemania, en combinación con una propuesta para periodizar esa historia³. Uno de los motivos por los que habría que intentar aislar los períodos específicos dentro de la larga historia posterior al «Tercer Reich» consiste en la continuamente cambiante constelación generacional que evidentemente influye en la evolución de esa historia. Tal vez, en la actual fase terminal de la despedida de los testigos contemporáneos de la época nazi⁴, este punto de vista hasta ahora poco considerado tenga especial importancia.

En cuanto a la periodización del tratamiento del pasado nazi habrá que distinguir inicialmente entre la «fase de limpieza política» (I) de 1945 a 1949, de la «fase de política del pasado» (II) que empieza con las respectivas creaciones de las Repúblicas Federal y Democrática y marca principalmente toda la década de los cincuenta, sobre todo, pero

² Cfr. Knigge y Frei (2002).

³ La literatura sobre los diferentes temas mencionados a continuación está creciendo rápidamente en número y no puede incluirse aquí por razones de espacio. Una recopilación que alcanza hasta la mitad de los años noventa se encuentra en Frei (1996); véase también Wolfrum (1999), Reichel (2001), Grillmeyer/Ackermann (2002), Michman (2002) y König (2003).

⁴ Cfr. Frei (2005: 179-182).

no exclusivamente, en el oeste, la parte del país que es el principal objeto de este artículo. Hacia finales de esa década, esta fase es sucesivamente sustituida por la larga «fase de superación del pasado» (III) que dura hasta finales de los setenta, un total de más o menos veinte años. A partir de allí resulta más difícil aún encontrar un denominador común que defina la fase. Siguiendo una propuesta de Aleida Assmann (1999), llevará el nombre de «fase de conservación del pasado» (IV), término que se refiere a una evolución que llega hasta el presente, en la que la interpretación politizada con el pasado nazi se sustituye cada vez más por el esfuerzo de rememoración conmemorativa. En otras palabras, este último cambio de fase se caracteriza por el paso de la lucha de las memorias a una cultura de la memoria.

Especialmente con respecto a este último paso resulta evidente la importancia del aspecto generacional que, sin embargo, en las anteriores fases mencionadas está también presente, siempre que se acepte como condición la sucesión específica de «experiencias generacionales» (aunque pueda resultar algo esquemático): primero estaría la generación de los que nacieron alrededor de 1905 y la que podría denominarse «generación de las elites funcionales nazi» por su diferencia con los verdaderos líderes del movimiento nazi que solían tener unos años más; la siguiente sería la generación de los que nacieron alrededor de 1925 y la que se denomina incluso en el lenguaje habitual como «generación escéptica» de los soldados adolescentes y ayudantes de cañones antiaéreos; la tercera generación es la de los que nacieron alrededor de 1945, los hijos de la guerra y de la posguerra, y la que lleva desde hace mucho el nombre de «generación del 68»; y por último, manteniendo las distancias de veinte años, se llegaría matemáticamente a otras dos generaciones más, las de los que nacieron alrededor de 1965 y 1985. Sin embargo, aquí resulta más fácil detectar una importante característica común en lugar de las diferencias: ambos grupos conocen desde su infancia la interpretación del pasado nazi como una práctica cultural, y para ambos esta experiencia de aprendizaje se realizaba en presencia de los testigos oculares de la época nazi⁵. Para la siguiente generación, esto ya no será posible.

⁵ Cfr. el libro de reportajes redactado bajo la impresión de que la presencia de los testigos de la época se está acabando, del periodista Christoph Amend, nacido en 1974 (2003).

La fase de limpieza política

En principio, la historia del tratamiento del pasado nacionalsocialista empieza ya durante la Segunda Guerra Mundial cuando los aliados comienzan a hacer planes para la Alemania de la posguerra. Entonces uno de los motivos prioritarios era el del ajuste de cuentas con el nazismo. Al principio, el mismo objetivo lo perseguían los que pertenecían a la –para decirlo con las palabras del título del famoso libro de Hans Rothfels– «oposición alemana a Hitler»⁶, pero a partir de la primavera de 1945 se veía rápidamente que los aliados no pensaban darles un papel importante a las fuerzas antinazi o no nazi en el proceso de limpieza política, en todo caso un papel secundario y bajo estrecha vigilancia.

Por lo tanto, es conveniente e incluso necesario considerar los años inmediatamente después de la guerra como una primera fase del tratamiento del pasado nazi en la que los actores se encuentran casi exclusivamente en el lado de los aliados. Tal vez las siguientes «palabras claves» puedan aclarar por qué significaría quedarse corto entender esa «fase de limpieza política» solamente bajo el término simplificador de «desnazificación fracasada», tal y como lo ha hecho la historiografía durante mucho tiempo. En realidad, entre 1945 y 1949 no era todo un «lavado del pasado», sino que también se castigaba con duras penas a muchos criminales de guerra, se encerraba durante muchos años a numerosos altos cargos nazis y se pedían cuentas a muchos de los simpatizantes.

Palabra clave: «limpieza judicial». Aparte del juicio de Nuremberg contra veinticuatro altos cargos del partido nazi, del Estado y del ejército así como seis organizaciones nazis, hubo juicios militares en las tres zonas de ocupación occidentales con cerca de cinco mil acusados, de los que alrededor de ochocientos fueron condenados a muerte. Al menos una tercera parte de esas sentencias se ejecutaron. En los llamados «juicios posteriores de Nuremberg», llevados a cabo sólo por los estadounidenses, se juzgaron otros 184 representantes de aquella elite funcional sin los que el sistema nazi no habría podido funcionar. El 80% de los acusados fue condenado. De las veinticuatro sentencias de muerte se ejecutó la mitad.

⁶ Rothfels (1949). Acerca de la importancia de este libro reeditado con frecuencia, véase Frei (2005: 131 y 209, nota 6); para el debate actual sobre Rothfels, véase ibíd.: 194 s., nota 11.

Palabra clave: «internación». Como medida preventiva, los aliados aplicaron a muchos de los altos cargos del partido y de las SS la práctica de la «detención automática» (*automatic arrest*). Tan sólo en la zona de ocupación estadounidense, el número de internados a finales de 1945 era de aproximadamente cien mil personas, y se estima que la cantidad total de internados entre las tres zonas occidentales rondaba el doble de este número. Algunos sólo se quedaban unas pocas semanas, otros hasta tres años. En la mayoría de los casos, los aliados aprovecharon los existentes campos de concentración aunque con un tratamiento y una alimentación mucho mejor para los detenidos.

Palabra clave: «simpatizantes». En este contexto, hay que destacar principalmente la rigurosa política de despido de funcionarios del Estado, aplicada especialmente por el Gobierno militar estadounidense. Durante el verano de 1945, también los británicos y franceses utilizaron esta medida para romper la posible resistencia dentro de la administración alemana y destrozar los últimos lazos nazis, pero al final fue sólo en la zona ocupada por EE. UU. que perdieron sus puestos todos los funcionarios que habían sido militantes del NSDAP (Partido Obrero Alemán Nacionalsocialista) antes del 1 de mayo de 1937. Esta medida afectó, al menos temporalmente, a cientos de miles de alemanes, y es fácil imaginarse que habría también algunos casos injustos. Por otro lado, y para decirlo de manera acentuada, más adelante la mayoría de los alemanes se aprovecharía del error de los aliados. Rápidamente, esta medida radical se convirtió en el objetivo de críticas, igual de intransigentes como el despido mismo, lo que antes de la creación de la República Federal llevaría a un veredicto general que anularía todo el proyecto de la limpieza política.

En cuanto a las generaciones, las personas que más criticaron esa medida eran las que pertenecían a la de 1905, es decir, la «generación funcional», la de los alemanes que junto a los líderes más mayores fueron los más afectados por la política de limpieza. Si se tiene en cuenta la constelación generacional en 1950, no resulta sorprendente que la crítica de la limpieza política prácticamente no se encontrara con ninguna oposición. Los que nacieron alrededor de 1925 eran todavía demasiado jóvenes como para alzar la voz, y el grupo relativamente pequeño de los demócratas de la República de Weimar que ahora se disponían a ocupar altos cargos en la nueva democracia se callaban por razones oportunistas.

tas o intentaban apenas moderar las exigencias de los que se oponían a la limpieza.

La fase de política del pasado

Es sobre este fondo de una limpieza política nada insignificante, que tenía cierta trascendencia tanto para el individuo como para la sociedad, donde hay que entender la segunda fase del tratamiento del pasado nazi, la de la política del pasado de los años cincuenta. Para decirlo de manera acentuada, se trataba ahora de superar la superación anterior del pasado nazi⁷. Las exigencias respecto a la política del pasado frente a los fundadores de la joven República Federal eran evidentes: poner «punto final» a la limpieza política. Y desde ahí hasta el punto final al pasado no quedaría mucho.

Es verdad que desde el primer día, todo parecía indicar moverse en dirección de la amnistía y la integración. Estos dos términos se convirtieron en los lemas de una política del pasado (aunque en el momento no se llamase así) que encontraba su apoyo ético-moral en la nueva Constitución de 1949 y en el rechazo normativo del nacionalsocialismo allí formulado, y su «justificación» en la política de reparación y reconciliación con Israel del primer canciller de la joven República, Konrad Adenauer⁸.

El primer paso de esta política a finales de 1949, fue la Ley de Impunidad, aprobada con urgencia por el Parlamento, que suponía una amnistía para todos los delitos cometidos antes del 15 de septiembre de 1949 y que tuvieran penas con un máximo de seis meses de prisión. La mayoría de las cerca de 800.000 personas que se beneficiaron de esta ley estaban acusadas de delitos no políticos de los años de la miseria y del mercado negro, pero lógicamente la amnistía se aplicaba también a los delitos no prescritos de la época nazi. Y un artículo especial benefició expresamente a aquellos funcionarios nazis, «faisanes dorados» del régimen y miembros de las SS que desde 1945 habían optado por esquivar la internación y desnazificación al adoptar una identidad falsa: aquellos misteriosos «ilegales» cuyo número nadie conocía y que

⁷ Para información sobre esta fase II, con más detalles y pruebas, véase Frei (1996).

⁸ Para este tema, véase de manera resumida Hockerts (2001); y de forma más extensa Goschler (2005).

ahora se beneficiaron doblemente al no sólo quedarse sin castigo por el cambio de identidad, sino que además ya podían contar con la desnazificación segura. Una vez aprobada la Ley de Impunidad, los partidos del espectro nacionalista-derechista FDP y DP (Partido Liberal Democrático y Partido Alemán, respectivamente, ambos representados en la coalición del Gobierno de Adenauer) hicieron presión para conseguir una «liquidación» de la desnazificación. Por consiguiente, en diciembre de 1950, el Parlamento aprobó, de nuevo casi unánimemente, las directrices correspondientes, a pesar de que en realidad este asunto caía en la competencia de los parlamentos de los *Länder* y en parte incluso ya estaba resuelto.

En los debates parlamentarios alrededor de esa «liquidación» se expresaba la mencionada convicción de que había que poner punto final, cada vez más presente también entre la población, para la que no era suficiente la primera amnistía y el final de la desnazificación. El tema ahora era la jubilación y la readmisión de los funcionarios «reemplazados» (eufemismo usado en el momento) así como de los soldados profesionales, que en 1951 se plasmó finalmente en la Ley 131, otro elemento fundamental de la política del pasado, que se ocupó también del indulto y de la liberación de los alemanes condenados por los aliados desde 1945 como criminales nazis y de guerra.

En este contexto, a principios de los cincuenta se desató una estrategia sin antecedentes de quitar importancia a los crímenes del pasado, desmentirlos y causar una confusión general que finalmente sirvió para que incluso los criminales nazis más desalmados quedaran en libertad: incluso los jefes de grupos de operaciones especiales, que durante los últimos años del régimen habían matado a miles de personas, salían de las cárceles gracias a la fuerte presión política y social. Resulta curioso que al principio fueran ante todo las dos Iglesias mayoritarias que se comprometían con esta causa, y no como podría esperarse por los motivos cristianos en contra de la pena de muerte impuesta en muchos y ejecutada en algunos casos por los aliados, sino por un resentimiento abiertamente nacional contra la supuesta «justicia de los vencedores».

Dicho resentimiento iba acompañado por una instrumentalización tan agresiva como transparente del llamado «reproche de la culpa colectiva». Independientemente de si la retórica de los aliados al final de la guerra podría haberse entendido en este sentido o no —hay que recordar ante todo la confrontación con fines educativos de muchos alemanes

con las montañas de cadáveres en los campos de concentración liberados—, en la práctica la limpieza política se ocupaba precisamente no de la culpa colectiva, sino de la individual. Al fin y al cabo, la mejor prueba de ello fue la desnazificación, es decir, el procedimiento burocrático de la comprobación masiva de casos individuales.

La insistencia por parte de los alemanes con la que seguían rechazando el supuesto reproche de la culpa colectiva servía para legitimar la política del pasado mucho más allá del círculo de los que concretamente se aprovechaban de ella. La presencia de la tesis de la culpa colectiva en la conciencia alemana de la posguerra era la consecuencia de la continuada necesidad de solidaridad por parte de la comunidad nacional alemana (Frei 2005). El rechazo ritualizado de esa tesis siguió siendo la base para cualquier discurso y actuación de la clase política de Alemania Occidental hasta mucho más allá de los años cincuenta.

De manera muy similar, también las continuas objeciones jurídicas y de derecho internacional contra las sentencias pronunciadas por los aliados en la segunda mitad de los años cuarenta eran casi todas completamente artificiales. No obstante, no por eso dejaron tener su efecto en la vida pública alemana. Y cuando los aliados al final cedían, la población alemana lo interpretaba como la confesión de los vencedores de haber cometido errores e injusticias.

De este modo, la liberación a mediados de los años cincuenta de muchos de los criminales de guerra condenados, reforzaba aún más la tendencia de los alemanes a borrar de la conciencia colectiva los horrores del régimen nazi y de su guerra de conquista. Las consecuencias eran fatales, especialmente en el área de la justicia donde —como es sabido— la continuidad personal entre las épocas nazi y democrática era muy numerosa: la ola de indultos y una segunda Ley de Impunidad en verano de 1954 —de nuevo aprobada prácticamente por todo el Parlamento— hicieron que la voluntad de seguir investigando sobre los crímenes nazis desapareciera prácticamente del todo. Es en ese momento cuando las consecuencias negativas de la represión de la memoria están más tangibles: la paralización de la sanción de los crímenes nazis no sólo significaba la protección activa de los culpables, sino además la perpetuación del estado de descomposición moral al renunciar conscientemente al esfuerzo de hacer justicia.

El argumento a favor de la impunidad que se oye actualmente es el mismo que se oía entonces: al renunciar a la persecución penal se

contribuía a la pacificación de la sociedad y por consiguiente a la estabilidad política. Pero a ello habría que contestar que a mediados de los años cincuenta la situación social y política de la República Federal ya no era nada precaria. Todo lo contrario, la gran mayoría de los ex nazis estaban ahora en pleno proceso de establecerse pragmáticamente en el nuevo sistema y aprovecharse de las ventajas del «milagro alemán».

Lo mismo que se puede decir sobre el efecto de no perseguir a los criminales para favorecer la integración política, se aplica también a la readmisión de los ex soldados beneficiados por la Ley 131 en el ejército a partir de principios de los años cincuenta para favorecer la estabilización de la democracia. Es una tesis fácil de pronunciar, pero difícil de demostrar. Igual de fácil, o más, resulta apoyar la tesis contraria de que era una injusticia que los funcionarios se vieran confirmados en sus convicciones antiguas, evidentemente problemáticas en un contexto democrático, y que el «retorno» (Eugen Kogon) de cientos de miles de personas tanto formalmente como ideológicamente inculpatos significaba una gran carga para un aparato administrativo democrático todavía en plena construcción.

En cuanto a la ola de indultos, el resultado de la política del pasado es igual de negativo. La despenalización de los criminales de guerra ya condenados llevaba a la deslegitimación de los resultados de las investigaciones de los aliados acerca de la evidente implicación del ejército en los crímenes del régimen, lo que a su vez permitía la construcción de la leyenda de la *Wehrmacht* (ejército del *Reich*) «limpia». Las consecuencias de esta leyenda se hacen notar hasta hoy, como se ha visto claramente en las discusiones acerca de las dos exposiciones recientes sobre la *Wehrmacht*, y en especial la primera⁹.

La fase de superación del pasado

Teniendo en cuenta esas continuidades importantes, ¿dónde está exactamente la ruptura con la política de pasado de los años cincuenta? ¿En

⁹ Véanse los dos catálogos de exposición del Instituto de Investigación Social de Hamburgo: Hamburger Institut für Sozialforschung (ed.): *Vernichtungskrieg. Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944*, Hamburg, 1996; y *Verbrechen der Wehrmacht. Dimensionen des Vernichtungskrieges 1941-1944*, Hamburg, 2002; entre la gran cantidad de literatura sobre la primera de las dos exposiciones, véanse Donat/Strohmeier (1997) y Kulturreferat der Landeshauptstadt München (1998).

qué momento, y con qué razón, se puede empezar a hablar de una tercera fase, la fase «de superación del pasado»? ¿Y cuál era la generación que hacía posible ese cambio? Para responder a estas preguntas, conviene observar la evolución desde una perspectiva más larga y con algo de sentido de dialéctica. Porque entonces se puede argumentar que aquella política del pasado de las primeras dos legislaturas de Bonn con sus escandalosos resultados en el sentido político-moral, empezaban a provocar un movimiento en contra a partir de finales de los años cincuenta. El término del «pasado no superado» forjado en esa época, define muy bien esa sensación de oposición y sirve para explicar gran parte de la evolución que a partir de los años sesenta se denominaba conflicto generacional político y posteriormente llevaría al «sesenta y ocho».

La «fase de superación del pasado» duró unos veinte años y fue impulsada inicialmente por una serie casi interminable de escándalos alrededor de la continuidad personal e institucional entre las épocas nazi y democrática, demasiado larga como para reproducirla aquí, y cuyo análisis histórico serio acaba de iniciarse ahora¹⁰. El movimiento se caracterizaba por una creciente carga moral aunque sus inicios habían sido muy tímidos: cabe destacar, por ejemplo, las protestas de universitarios y docentes ya en 1955 contra el nombramiento de un editor de extrema derecha como ministro de Cultura de Baja Sajonia. Sin embargo, las actividades de esta «generación escéptica» para expresar su crítica respecto al tratamiento del pasado, orientadas más bien hacia la apropiación pragmática de la democracia, eran aún muy limitadas en comparación con las formas de protestar a mediados de los sesenta.

Es posible que estas limitaciones iniciales se debiesen al hecho de que los impulsos decisivos para la revelación del pasado nazi de la República Federal venían precisamente de la República Democrática: el régimen que se refería a un antifascismo que con el tiempo se había vuelto hueco, descubría el reproche del «pasado no superado» como un instrumento estupendo para desacreditar política y moralmente a la democracia de Bonn. Las campañas de la RDA dirigidas contra, por ejemplo, Hans Globke, secretario de Estado de la Cancillería federal y anteriormente autor del comentario oficial a las «Leyes Raciales» de Nuremberg, y Theodor Oberländer, Ministro de Refugiados en la joven República y antes «experto para el Este» del régimen nazi, o en general

¹⁰ Cfr. Frei (2004) y Weisbrod (2002).

contra los «jueces asesinos de Hitler al servicio de Adenauer», tenían su efecto tanto entre los jóvenes alemanes del oeste como en los demás países occidentales.

La revelación de cada vez más ex nazis entre los altos cargos de la República Federal, ilustrada por amplio material documental desde Berlín Oriental, hizo que el círculo de gente que exigía una «superación del pasado» creciera continuamente. Intelectuales como Adorno y Jaspers, igual que la nueva disciplina académica de «historia contemporánea» y varios periodistas liberales, se afanaban por promover el análisis del «pasado más reciente» tanto en los medios de comunicación como en los institutos de enseñanza media. A estas iniciativas se unían las de la revisión de las escandalosas omisiones judiciales de los años cincuenta en cuanto a los criminales nazis. El llamado «juicio de Auschwitz» en Frankfurt, iniciado por el fiscal general del estado federado de Hesse, Fritz Bauer, junto a un pequeño grupo de compañeros a partir de 1963, marcó el principio de un cambio decisivo en la sociedad: a partir de ese momento, un conjunto aún minoritario, pero muy activo, de políticos, abogados, artistas e intelectuales se oponía a los que seguían pidiendo que se pusiera «punto final».

En los años sesenta y setenta, los atormentadores debates sobre la prescripción de los crímenes¹¹ –que llevaron a la decisión de que el asesinato no prescribe– y las preguntas críticas que los hijos de la guerra dirigían a sus padres, son dos indicadores más del importante cambio que se hacía notar en toda la sociedad. La denegación de información por parte de la «generación funcional» en los años cincuenta, junto a la continuidad personal generalizada, le dio un corte muy específico al movimiento del 68 alemán, tal y como la pertinente investigación recién iniciada con los años seguramente comprobará.

El resultado más precario de esta fase de «superación del pasado» es el hecho de que el crimen central de la época nazi, el asesinato de los judíos europeos, tardara tanto en llegar hasta el punto de mira de la percepción general. A pesar de que la investigación historiográfica contemporánea y los medios de comunicación ya empezaran en los años sesenta a transmitir datos reales sobre el nazismo, no fue hasta 1979 que una serie documental de la televisión norteamericana sobre el Holocausto consiguió (en las palabras del título del libro que acompañaba

¹¹ Cfr. el estudio reciente de Von Miquel (2004).

la serie) «consternar a una nación» (Märthesheimer/Frenzel 1979). En este momento, curiosamente, los culpables de la generación funcional ya estaban jubilados.

La fase de conservación del pasado

El nuevo término de «Holocausto» —que a principios de los años ochenta sustituyó rápidamente la metáfora de «Auschwitz»— marcó el paso a la cuarta fase del tratamiento del pasado nazi. Esta «fase de conservación del pasado» se caracteriza entre otras cosas por quitarle importancia al término de «pasado no superado» y a la exigencia de un cambio político derivado de esa crítica, tanto como consecuencia de las revelaciones sobre el pasado y el consiguiente estímulo para el debate sociopolítico de los años sesenta, como por el cambio generacional natural desde aproximadamente finales de los años setenta.

El inicio simbólico de esta nueva fase lo representa una conferencia internacional celebrada durante varios días en Berlín, con ocasión del 50º aniversario de la toma del poder por los nacionalsocialistas (Broszat 1983). A partir de esta conmemoración, se notó un importante aumento de las publicaciones científicas y periodísticas sobre el «Tercer Reich». Mientras que al principio éstas coincidían mayoritariamente en el objetivo de presentar un balance, en los doce años siguientes se exhibían varios enfoques diferentes. Con el tiempo se dejaba ver que se estaba aún muy lejos de una investigación detallada de los crímenes del régimen nazi, y también que el interés de las nuevas generaciones por la época nacionalsocialista se basaba una y otra vez precisamente en esos crímenes turbadores. Un ejemplo claro de ese interés era la amplia atención que se prestaba a los actos de conmemoración con ocasión del 50º aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, en 1995, igual que un poco antes la película *La lista de Schindler* de Spielberg (1994) y un poco después el libro sobre el Holocausto de Goldhagen (1996).

La continua necesidad de la sociedad de cerciorarse acerca del pasado, y las olas de debate público con cada vez más frecuencia, no paraban ni siquiera ante el grupo cada vez más pequeño de testigos de la época del «Tercer Reich». De este modo, incluso la «polémica de los historiadores» de mediados de los años ochenta ya aparece como un debate dentro de la generación escéptica de los soldados adolescentes y ayudantes de cañones antiaéreos, sobre la presencia del nacionalsocialismo

en la conciencia de la actualidad, y a la vez como el intento frustrado de una parte de esta generación de reprimir esa presencia (Frei 2005: 53 ss.). Otro intento de contener ese amplio interés de la sociedad sería el de Martin Walser que en el marco de su discurso al recibir el Premio de la Paz de los Libreros alemanes en 1998, insistía en su derecho de «apartar la vista», una reacción que una vez más parecía estar motivada por la experiencia de su generación.

No resulta fácil describir esta cuarta fase del tratamiento del nacionalsocialismo con distancia analítica, ya que no está terminada y dura hasta la actualidad. Lo que sí puede decirse es que en este momento en el que cada vez quedan menos testigos de la época, el tema ya no es tanto la superación práctica de las consecuencias políticas concretas del pasado –incluso si ésta sigue sin terminarse, como hace poco se podía ver en el debate acerca de la indemnización de los trabajadores forzados¹²–, sino la cuestión de cuál debe ser la memoria del pasado que habría que conservar.

En este contexto caben tanto la polémica alrededor de la exposición sobre la *Wehrmacht* como el debate sobre el monumento al Holocausto de Berlín que ha durado diez años. Sin duda, esta última seguirá siendo un punto de cristalización de la reflexión sobre el pasado, especialmente también sobre la cuestión del «lugar» histórico del genocidio de los judíos europeos. Si la «polémica de los historiadores» había sido un preludio de este debate, la arriba mencionada Declaración de Estocolmo de enero de 2000 representa una acentuación significativa.

Al considerar el Holocausto como el mensaje de advertencia del siglo xx al siglo xxi, los firmantes de la declaración se comprometieron a hacer nuevos esfuerzos para una educación sobre el Holocausto¹³. Eso quiere decir que los conocimientos correspondientes se difundirán también en países cuya propia historia no tiene una relación directa con el tema. Se trata de una verdadera universalización de la memoria del Holocausto, de asegurarle un lugar propio en la memoria global. Desde el punto de vista político y educativo, esta iniciativa puede resultar plausible, tal vez incluso dentro de un marco diagnóstico enfático (Levy/Sznajder 2001).

¹² Para un resumen introductorio con cronología y documentos fundamentales, véase Spiliotis (2003).

¹³ Cfr. las actas del «Foro Internacional de Estocolmo sobre el Holocausto»: *Stockholm International Forum on the Holocaust. Proceedings*. Stockholm: Regeringskansliet, 2000.

Desde la perspectiva de la ciencia histórica, sin embargo, se plantea el problema de si camino hacia tal «globalización» se podrá evitar o no la descontextualización del acontecimiento histórico, y en el caso de que sí, cómo.

Los peligros de la descontextualización no están solamente en la consiguiente reducción de la historia del «Tercer Reich», precisamente en el momento en el que el final de la contemporaneidad abre la oportunidad así como la necesidad de analizar el nacionalsocialismo ya no tan sólo como crítica contra Alemania, sino *sui generis*¹⁴, sino que además la globalización de la política de memoria podría convertirse en un esfuerzo excesivo, tanto para los pueblos atacados por Alemania después de 1939, como –y más aún– para aquellas personas que están unidas al pasado de la Segunda Guerra Mundial por algo más que un postulado moral dirigido hacia el futuro, es decir, para los últimos supervivientes y los familiares de las víctimas (Chaumont 2001), y también para los alemanes herederos de los culpables. Por lo tanto, en este momento resulta absolutamente incierto si los procesos de aprendizaje de la Alemania de la segunda mitad del siglo xx podrán conservarse en el futuro, y cómo podrán desarrollarse.

Bibliografía

- AMEND, Christoph (2003): *Morgen tanzt die ganze Welt. Die Jungen, die Alten, der Krieg*. München: Blessing.
- ASSMANN, Aleida (1999): «Wendepunkte der deutschen Erinnerungsgeschichte», en: Assmann, Aleida/Frevert, Ute, *Geschichtsvergessenheit – Geschichtsversessenheit. Vom Umgang mit den deutschen Vergangenheiten nach 1945*. Stuttgart: Deutsche Verlags-Anstalt, pp. 145 ss.
- BROSZAT, Martin, et al. (ed.) (1983): *Deutschlands Weg in die Diktatur. Internationale Konferenz zur nationalsozialistischen Machtübernahme im Reichstagsgebäude zu Berlin. Referate und Diskussionen. Ein Protokoll*. Berlin: Siedler.
- CHAUMONT, Jean-Michel (2001): *Die Konkurrenz der Opfer. Genozid, Identität und Anerkennung*. Lüneburg: Klampen.
- DANYEL, Jürgen (ed.) (1995): *Die geteilte Vergangenheit. Zum Umgang mit Nationalsozialismus und Widerstand in beiden deutschen Staaten*. Berlin: Akademie-Verlag.
- DONAT, Helmut/STROHMEYER, Arn (eds.) (1997): *Befreiung von der Wehrmacht? Dokumentation der Auseinandersetzung über die Ausstellung «Vernichtungskrieg – Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944» in Bremen 1996/97*. Bremen: Donat.

¹⁴ Para un estudio agudo de la globalización del pasado alemán, véase Jeismann (2001).

- FREI, Norbert (1996): *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*. München: Beck.
- (ed.) (2004): *Hitlers Eliten nach 1945*. München: Deutscher Taschenbuch-Verlag. [Título y edición original (2001): *Karrieren im Zwielicht. Hitlers Eliten nach 1945*. Frankfurt am Main/New York: Campus-Verlag.]
- (2005): *1945 und Wir – Das Dritte Reich im Bewußtsein der Deutschen*. München: Beck.
- GOLDHAGEN, Daniel J. (1996): *Hitler's Willing Executioners: Ordinary Germans and the Holocaust*. New York: Knopf. [Edición en español (1998): *Los verdugos voluntarios de Hitler*. Madrid: Taurus.]
- GOSCHLER, Constantin (2005): *Schuld und Schulden. Die Politik der Wiedergutmachung für NS-Verfolgte seit 1945*. Göttingen: Wallstein-Verlag.
- GRILLMEYER, Siegfried/ACKERMANN, Zeno (eds.) (2002): *Erinnern für die Zukunft. Die nationalsozialistische Vergangenheit als Lernfeld der politischen Jugendbildung*. Schwalbach: Wochenschau-Verlag.
- HERE, Jeffrey (1998): *Zweierlei Erinnerung. Die NS-Vergangenheit im geteilten Deutschland*. Berlin: Propyläen.
- HOCKERTS, Hans Günter (2001): «Wiedergutmachung in Deutschland. Eine historische Bilanz 1945-2000», en: *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte* n.º 49, pp. 167-214.
- JEISMANN, Michael (2001): *Auf Wiedersehen Gestern. Die deutsche Vergangenheit und die Politik von Morgen*. Stuttgart/München: Deutsche Verlags-Anstalt.
- KNIGGE, Volkhard/FREI, Norbert (eds.) (2002): *Verbrechen erinnern. Die Auseinandersetzung mit Holocaust und Völkermord*. München: Beck.
- KÖNIG, Helmut (2003): *Die Zukunft der Vergangenheit. Der Nationalsozialismus im politischen Bewußtsein der Bundesrepublik*. Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch.
- KULTURREFERAT DER LANDESHAUPTSTADT MÜNCHEN (Consejería de Cultura de Múnich, ed.) (1998): *Bilanz einer Ausstellung. Dokumentation der Kontroverse um die Ausstellung «Vernichtungskrieg – Verbrechen der Wehrmacht 1941 bis 1944» in München, Galerie im Rathaus, 25. 2. bis 6. 4. 1997*. München: Droemer Knaur.
- LEVY, Daniel/SZNAIDER, Natan (2001): *Erinnerung im globalen Zeitalter: Der Holocaust*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- MÄRTHESHEIMER, Peter/FRENZEL, Ivo (eds.) (1979): *Im Kreuzfeuer: Der Fernsehfilm Holocaust. Eine Nation ist betroffen*. Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch.
- MICHMAN, Dan (ed.) (2002): *Remembering the Holocaust in Germany, 1945-2000. German Strategies and Jewish Responses*. New York et al.: Lang.
- MIQUEL, Marc von (2004): *Ahnden oder amnestieren? Westdeutsche Justiz und Vergangenheitspolitik in den sechziger Jahren*. Göttingen: Wallstein.
- REICHEL, Peter (2001): *Vergangenheitsbewältigung in Deutschland. Die Auseinandersetzung mit der NS-Diktatur von 1945 bis heute*. München: Beck.
- ROTHFELS, Hans (1949): *Deutsche Opposition gegen Hitler. Eine Würdigung*. Krefeld: Scherpe.
- RUDOLPH, Hermann (1989): «Ein Staat ist angekommen. Zum 40. Geburtstag der Bundesrepublik Deutschland», en: *Süddeutsche Zeitung*, Suplemento fin de semana, 20, 21 de mayo, p. 1.

- SILBERMANN, Alphons/STOFFERS, Manfred (2000): *Auschwitz: Nie davon gehört?* Berlin: Rowohlt.
- SPILOTIS, Susanne-Sophia (2003): *Verantwortung und Rechtsfrieden. Die Stiftungsinitiative der deutschen Wirtschaft*. Frankfurt am Main: Fischer Taschenbuch.
- WEISBROD, Bernd (ed.) (2002): *Akademische Vergangenheitspolitik. Beiträge zur Wissenschaftskultur der Nachkriegszeit*. Göttingen: Wallstein.
- WOLFRUM, Edgar (1999): *Geschichtspolitik in der Bundesrepublik Deutschland. Der Weg zur bundesrepublikanischen Erinnerung 1948-1990*. Darmstadt: Wissenschaftliche Buchgesellschaft.

Alberto Reig Tapia

Cultura política y vía pacífica a la democracia. El miedo y el olvido en la transición española

Que la vía violenta como solución de conflictos sociales que abrió la sublevación militar y la Guerra Civil que provocó no sirvieron absolutamente para nada positivo y que constituyen nuestro más hondo drama del siglo xx es un hecho historiográfico suficientemente establecido¹. Que la dictadura que le siguió fue en su conjunto, aparte de inhumana, un régimen político socialmente inútil que detuvo el reloj de la historia para un par de generaciones es también algo igualmente aceptado por los historiadores profesionales en su conjunto², excepción hecha del neofranquismo historiográfico emergente de autores como Pío Moa y las plataformas mediáticas que le exhiben como bandera de una necesaria renovación historiográfica tan inexistente como innecesaria, que viene a decirnos a estas alturas, como si no hubiera sido dicho nunca antes, que la guerra fue inevitable y que, en definitiva, Franco y su régimen, fueron un mal menor y, que de no haber sido por él, España se habría visto condenada al *gulag* soviético (Moa 2004). Planteamientos epistemológicos no precisamente novedosos, pero que nos remiten inevitablemente a una breve consideración sobre la cultura política de los españoles.

Tras la Guerra Civil la fractura española era aún más profunda que antes de su inicio tras una pérdida demográfica total de 600.000 personas. De ellas las víctimas de la represión franquista, según los últimos estudios realizados hasta la fecha, se aproximarían a 150.000, a lo que habría que añadir como cuestión no menor el miedo padecido y el profundo silencio que sobre esta cuestión se generó en toda España³.

¹ Véase, a modo de balance y síntesis general de la Guerra Civil, dentro de la ingente bibliografía disponible al respecto, Tuñón de Lara *et al.* (1985), Malefakis (1996) y Moradiellos (2004).

² Puede verse, igualmente, para el franquismo, Jover Zamora (1996), García Delgado (2000), Moradiellos (2000) y Gracia García/Ruiz Carnicer (2001).

³ Véase Casanova (2002), Sevillano Calero (2004) y Núñez Díaz-Balart (2004).

Con tales antecedentes y consecuentes la reconciliación como paso previo imprescindible para la restauración democrática parecía más un imposible metafísico que una opción inevitable de realismo político. Y, sin embargo, se empezó a trabajar relativamente pronto en esa dirección empezando por la política de reconciliación nacional iniciada por el propio Partido Comunista de España en 1956 (Ibárruri *et al.* 1960). Los antecedentes, pues, de «la vía pacífica a la democracia», son muy antiguos e iniciaron su lento discurrir desde las filas de los propios vencidos en la Guerra Civil.

Evidentemente la España vencedora no estaba dispuesta a recoger la mano que le tendía la más genuina representación del mal de la España derrotada. La victoria no sólo había sido total sino que debía ser definitiva. Hubo que esperar a que los hijos de vencedores y vencidos compartieran las mismas pancartas y lanzaran conjuntamente el grito unánime de «Nunca más» y «Democracia, sí; dictadura, no», para que dicha vía pacífica a la democracia empezara a abrirse paso de verdad entre los españoles y se asentara firmemente en su cultura política con visos aparentes de permanencia histórica (Lizcano 1981). Pero tales intentos de una reducida elite fueron, en su origen, muy minoritarios (clase obrera y estudiantes) y solo en los últimos años de los sesenta e inicios de los setenta comenzaron a extenderse por toda la sociedad española (Maravall 1978).

La transición pacífica a la democracia no se entiende sin el miedo que la dictadura insufló en la sociedad española sobre la base de una represión política que se mantuvo muy activa hasta el mismo final del régimen. La vía pacífica fue posible por el profundo temor a una imposible nueva guerra civil que atenazaba a las generaciones mayores. Pero sobre todo, tal y como concluyen los investigadores que han estudiado el papel que ha desempeñado la memoria histórica en la transición, para muchos fue «el recurso al silencio» y «ciertas renunciaciones que acabaron convirtiéndose en frustraciones» lo que permitió la consolidación pacífica de una democracia en España (Aguilar Fernández 1996: 361). Todo lo cual fue en perjuicio de la necesaria y justa recuperación de la memoria democrática, lo que nos lleva inevitablemente a la compleja cuestión de la historia y la memoria de la Guerra Civil (Reig Tapia 2000).

Nuestra memoria histórica no puede ser otra cosa que la reparación de un pasado traumático; es decir, un asunto que apenas atañe a la justicia y a la política, mientras que la historia es la reconstrucción e

interpretación objetiva de ese pasado y sólo atañe a los historiadores. El papel que desempeñan ambas en los procesos de transición democrática es de un gran interés y son moneda común en los debates académicos de los países de nuestro entorno cultural, aunque en España están apenas iniciándose por razones tanto políticas como estrictamente científicas⁴.

La cultura política y la transición

La vía pacífica a la democracia fue posible porque ya había una cultura política democrática previa latente en la España de la pretransición. Sin ella no habría sido posible la vía pacífica a la democracia que permitió mediante el acuerdo, el pacto y la negociación consensuar la reforma política que permitió transitar de una dictadura a una democracia⁵. Pero, al mismo tiempo, también parece claro que el conjunto de las fuerzas políticas democráticas no fueron lo suficientemente fuertes ni dicha cultura política era lo suficientemente sólida como para haber podido ajustar las cuentas si no históricas, que es cuestión que compete apenas a la historiografía, sí morales y políticas que han quedado pendientes con la dictadura. Parece llegada la hora de poder reivindicar abiertamente la memoria democrática cercenada, silenciada y denigrada durante la larga noche franquista.

Ciertamente, el franquismo se alimentó de una serie de valores, creencias e ideas políticas, y toda cultura se asienta en determinados sentimientos, fuertemente arraigados, a los que se pretende dar validez general a través de una determinada ideología. Su rasgo más definitorio venía dado por su férrea beligerancia contra los valores inherentes al liberalismo y a la ideología democrática, caracterizados por la defensa de la tolerancia y la reivindicación del pluralismo, origen y excusa principal de todos los males de la patria según sus ideólogos. Es evidente

⁴ Así se puso de manifiesto en las jornadas «Movimientos sociales por la Memoria en España. Trayectoria, balance y perspectivas», celebradas del 19 al 20 de mayo en la Universidad Complutense de Madrid en el seno de la cátedra «Memoria Histórica del siglo xx», recientemente creada, y que dirige el profesor Julio Aróstegui. Las ponencias presentadas con esta ocasión por el profesor Juan J. Carreras, «¿Por qué hablamos de Memoria cuando queremos decir Historia?», y del profesor Juan Sisinio Pérez Garzón, «Memoria y políticas de la Memoria», así como el debate que se suscitó a continuación ponen bien de manifiesto las contradicciones y confusiones conceptuales que allí se hicieron patentes incluso entre los propios interesados en la materia.

⁵ Véase López Pina/Aranguren (1976) y López Pintor (1982 y 1987).

que tal contraideología, el conjunto de los planteamientos doctrinarios y de las actitudes autocráticas del franquismo, era la propia de todo totalitarismo tanto en su fase de gestación y desarrollo como en su estado más acabado y completo⁶. En consecuencia, bien puede decirse que bajo el franquismo no hubo cultura política sino adoctrinamiento político y legitimación ideológica del caudillismo franquista que, a pesar de los años transcurridos, no pudo acabar con los vestigios de la cultura política incipientemente propiciada por la República y segada de cuajo tras la Guerra Civil.

Resultó evidente que no puede cambiarse una cultura política de manera radical ni cercenar por completo la memoria colectiva. Los regímenes fascistas o comunistas lo intentaron, pero con nulo éxito. Se pueden abolir las leyes vigentes y crear otras de nueva planta e incluso forzar a su acatamiento, pero lo que no puede alterarse es la estructura básica de la cultura subyacente para cuya transformación es necesario el paso de varias generaciones. Las opiniones, valores, actitudes y expectativas de los ciudadanos están firmemente arraigadas y «no se modifican instantáneamente por obra y gracia de la creación de un nuevo sistema político» (Botella 1997: 36).

No lo consiguieron los regímenes comunistas, que ni siquiera trataron, de acuerdo con los ideales revolucionarios que propugnaban, crear de verdad el «hombre nuevo», ni tampoco lo consiguió el franquismo con su pretensión de configurar un nuevo arquetipo español, mitad monje, mitad soldado. Las elites políticas sobrevivientes a la muerte del dictador debieron de adaptarse rápidamente a los viejos valores democráticos que habían pretendido erradicar para siempre. Si la mayor parte de los analistas hubieran tenido esto claro no se habrían sorprendido tanto de los resultados electorales de las primeras elecciones democráticas del 15 de junio de 1977 que reprodujeron *grosso modo* el mapa electoral de 1936, matizado por el moderantismo recurrente que se deriva del desarrollo económico y que constituye uno de los elementos principales de la cultura política de los españoles desde los inicios de la transición⁷.

⁶ Véase Ramírez (1978), Reig Tapia (1996) y Preston (2002).

⁷ Una macroencuesta del Centro de Investigaciones Sociológicas (2.486 entrevistados) realizada entre el 9 y el 14 de diciembre de 2000 en 168 municipios y 46 provincias así lo pone de manifiesto una vez más (cis 2000).

Los españoles llegamos tarde a casi todo como consecuencia de la Guerra Civil misma y de una dictadura tan prolongada. Al franquismo no le interesaba en absoluto proporcionar a sus forzados súbditos una cultura política que les hiciera tomar conciencia de ciudadanos. Efectivamente, aunque el régimen habilitó a unos cuantos falangistas para que se ganaran unas pesetas extras predicando en las aulas franquistas una asignatura llamada «Formación del Espíritu Nacional» con vistas al adoctrinamiento político, estaba claro que la «revolución que España tiene pendiente», eslogan propagandístico reiterado como un solo de trombón por ex falangistas convertidos a la fe del Nuevo Estado, quedaba relegada *ad calendas graecas* pues, careciendo de la menor apoyatura sociológica real y más tras la derrota de las potencias del Eje en la Segunda Guerra Mundial, no tenía el menor futuro en la pragmática y acomodaticia España de Franco.

En definitiva, el pretendido adoctrinamiento político franquista fracasó estrepitosamente. Aquellos que lo sufrieron en la escuela aún tuvieron tiempo de denunciarlo con un humor aún más corrosivo que los más contundentes estudios empíricos (Sopeña Monsalve 1994). Y por lo que respecta a la universidad aún más. Cuando el régimen franquista creó en la inmediata posguerra (1944) la Facultad de Ciencias Políticas, Económicas y Comerciales, el entonces ministro de Educación Nacional, José Ibáñez Martín, en su discurso inaugural declaraba su voluntad de «formar hombres políticos en el sano sentido de la palabra» y que la sección de Ciencias Políticas miraba «con especial interés a la formación de quienes pueden desempeñar cargos directivos en la política y la Administración»⁸. Teniendo en cuenta que dicha Facultad se convirtió en uno de los principales viveros de universitarios opositores al régimen, promoción tras promoción, bien puede decirse ante los resultados obtenidos que, el intento de crear una elite política para la Administración que comulgara con los ideales políticos del régimen y se pusiera a su incondicional servicio, se saldó con el más estrepitoso de los fracasos a la vista de las oleadas de «rojos» con formación política universitaria que, desde entonces, no dejó de lanzar al mercado laboral dicha Facultad en la que tuvimos el honor de socializarnos en cultura democrática algunos españoles de mi generación.

⁸ Cit. por Pastor (1994: xi).

Así pues el mantenimiento de la ortodoxia política franquista y de una cultura política de confrontación –vencedores y vencidos, héroes y asesinos, caballeros y delincuentes– no tenía el menor futuro y mucho menos a medida que la sociedad española se iba desarrollando y las desigualdades económicas y sociales de clase se iban mitigando gracias al aumento de las clases medias españolas.

Sin embargo, desde la perspectiva de la cultura política, a nuestro juicio, aún no se ha liquidado notarialmente la herencia franquista a plena satisfacción no ya de sus principales damnificados políticos sino de cualquier demócrata coherente, como por evidentes razones de salubridad pública hubiera sido necesario de acuerdo con los parámetros de un régimen democrático digno de tal nombre. Nos referimos obviamente a la herencia que puede ser políticamente sustanciada, pues la historia es la que es sin que nadie pueda modificarla en función de sus gustos e intereses. Al mismo tiempo hay que enfatizar para evitar malentendidos que la alusión a la negativa herencia franquista no implica la descalificación del proceso de transición español por no haber sido capaz de liquidarla satisfactoriamente.

La vía pacífica a la democracia

El balance general de la transición nos parece positivo. Construir algo completamente nuevo desde cero suele ser una quimera como ponen de manifiesto los procesos revolucionarios que en el mundo han sido. El adanismo, especialmente en política, resulta siempre peligroso. Por tanto la opción reformista frente a la rupturista fue más que probablemente un acierto haciendo de la necesidad virtud, pero, a nuestro juicio, los Gobiernos de izquierda han sido en exceso tolerantes y comprensivos con todo lo que ha significado el franquismo para España en aras de no romper el santo consenso que hizo posible la no menos santa transición. Si bien es cierto que, quizás, cualquier otra salida habría fracasado y la senda que se siguió fue entonces inevitable y constituyó uno de los peajes insoslayables que hubo que pagar, entre otras determinantes razones porque la izquierda no tenía suficiente fuerza parlamentaria para haber seguido otro camino. Si ello fue necesario para que la transición política a la democracia pudiera culminar satisfactoriamente sus objetivos sin que, como en tantas otras ocasiones de nuestra historia, el inicio de un proceso de modernización del país se viera violentamente interrumpido

en un sentido involucionista, no es menos cierto que el mantenimiento en sordina de la tan necesaria como justa recuperación de la memoria democrática por parte de los Gobiernos de Felipe González fue un error como los propios hechos se encargaron de poner de manifiesto y él mismo acabó públicamente por reconocer (González/Cebrián 2001: 35). Y el que fuera su mano derecha durante los Gobiernos socialistas, Alfonso Guerra, participa exactamente de la misma opinión cuando dice:

La transición establece que no haya una exigencia penal ni política del pasado. Yo creo que hay un hueco ahí, que no se cerró bien, se debió haber hecho el proceso político al franquismo. No haber hecho el proceso político ha dejado una sensación de olvido, de acuerdo de silencio, que no se dio, aunque algunos se empeñen en que se dio (Sotillos 2005: 32).

Es decir, no hubo silencio historiográfico (no hubiera sido posible imponerlo) pero sí dejación política del Gobierno y del Estado para con la memoria democrática. Por consiguiente, la transición política fue modélica para la mayoría, a pesar de sus inevitables concesiones, y no tan modélica desde la perspectiva de la cultura política democrática. Quizás, habida cuenta de que una vez establecida la sacralización de la transición cualquier mínima crítica en cualquiera de sus múltiples aspectos suscita inmediatas descalificaciones o menosprecios intelectuales, habría que hacer el esfuerzo de distinguir dentro del sector crítico entre qué se critica y a quiénes, para evitar la simpleza de meterlo todo en el mismo saco y desechar a cualquier crítico so capa de radicalismo político o de ignorancia manifiesta.

Hay siempre un cierto peligro intelectual en el ejercicio de la crítica cultural consistente en tratar de homogeneizar la cultura destruyendo o anulando la específica de cada grupo discrepante (nunca la de vencedores y vencidos y sus herederos ideológicos podrá ser equiparable), tratar de reafirmar ortodoxias más o menos establecidas rechazando cualquier hipotético nuevo enfoque (siempre heterodoxo), tratar de nivelar los productos culturales superiores, complejos de por sí, con los de la cultura de masas más elemental (historiografía y memoria colectiva), tratar de que se acepten pasivamente determinados planteamientos ideológicos rechazando toda postura crítica que los cuestione (historia oficial frente a historias reales), tratar de entorpecer o diluir la conciencia histórica del pasado suministrando una inmensa cantidad de información

sobre el presente. Es decir, se tiende consciente o inconscientemente a reafirmar modelos más o menos oficiales fijados en nuestra memoria con lo que se condicionan necesariamente comportamientos pasivos y actitudes conformistas⁹.

Quizás, más que entre «apocalípticos» e «integrados», cabría distinguir en este caso entre «recuperables» e «irrecuperables», por acudir a la siempre deliciosa terminología franquista, según que sean vistos los críticos desde la perspectiva de la *doxa* analítica más o menos oficialmente establecida sobre la transición o se consideren, definitivamente, perdidos para la causa de la verdad oficial. Excluidas las posiciones ideológicas más radicales, la cuestión, el núcleo duro del asunto, parece reducirse a considerar que hubo «excesivas» o apenas «algunas» renunciaciones más o menos inevitables que lastraron el propio proceso de transición.

¿Fue realmente así? Dentro del grupo de damnificados es justo resaltar a aquellos que sufrieron persecución por defender las mismas ideas que, una vez constitucionalmente aceptadas y mayoritariamente asumidas, ni siquiera merecían el público reconocimiento de las autoridades gubernamentales. La verdad es que a las víctimas del franquismo y a los herederos de su memoria no se les ha empezado a prestar socialmente la atención merecida hasta hace muy poco tiempo. Si comparamos lo que hacen en Rusia, en Alemania, en Francia o en Italia con sus combatientes antifascistas, en cuanto a reconocimiento político y consideraciones sociales, y lo que en España se ha hecho al respecto con sus equivalentes antifranquistas, la conclusión nos remite inevitablemente a los «campos de soledad, mustio collado» machadianos.

Naturalmente somos plenamente conscientes de que no pueden establecerse paralelismos excesivos entre España y el resto de países totalitarios puesto que la derrota del fascismo en Europa tuvo lugar en 1945 como consecuencia de una guerra mundial y, en España, tal proceso rupturista tarda en iniciarse 30 años más, y lo hace pacífica y consensuadamente por la vía reformista y no como consecuencia de una guerra sino gracias a la decrepitud, enfermedad y muerte del dictador Franco. Muerte tan prolongada e inacabable como la misma dictadura que implantó y supo mantener hasta el último segundo y uno más de

⁹ Véase sobre el ejercicio de la crítica en la sociedad de masas el brillante estudio de Umberto Eco (1977).

su existencia. De hecho, la oposición democrática a la dictadura no fue capaz de unirse en un programa de acción conjunta hasta pasados unos meses de haberse producido el óbito del general superlativo, cuya hora de muerte fue también falseada un par de horas, no se sabe muy bien por qué, como no fuera por la inercia del régimen a mentir por sistema y ver si su creador y garante era capaz, una vez más, de resucitar como tras la tromboflebitis del verano de 1974.

Tras su desaparición, la sociedad española estaba madura para la democracia en la medida que había podido madurar. El miedo a incurrir en los mismos errores del pasado fue el factor fundamental que paralizó y moderó al mismo tiempo a los españoles en su camino hacia la libertad y la democracia.

Ha habido en los últimos años una tendencia generalizada a la sacralización del proceso de transición a la democracia, por lo que no es fácil resaltar algunas de sus carencias e insuficiencias sin correr el riesgo de ser considerado, en el más benévolo de los casos, como «políticamente incorrecto». Se ha escrito sobre ella abundantemente, y también se ha polemizado sobre algunos de sus aspectos más negativos, como todo lo que se refiere a la herencia franquista, como puede comprobarse a título indicativo a través de las opiniones enfrentadas del politólogo Vicenç Navarro y el recientemente malogrado historiador Javier Tusell, lo que ha propiciado una serie de interpretaciones que han venido a enriquecer considerablemente la literatura sobre la materia si bien con resultados aún confusos¹⁰.

En los ámbitos académicos y periodísticos parece haber una tendencia irrefrenable a la conceptualización y a las tipologías, lo que está muy bien si nos atenemos al viejo apotegma: *Omnis definitio periculo-*

¹⁰ Véase Navarro (2000 y 2001), Tusell (2001), Navarro (2002^a). El artículo de Santos Juliá (1996) provocó en cierto modo el origen de la controversia sobre cuyo planteamiento general no ha dejado de insistir (Juliá 2002). Vicenç Navarro, en su libro *Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que no se habla en nuestro país* (2002^b), dedicaba un amplio capítulo, «El Franquismo y la transición incompleta» (pp. 179-214), a sistematizar estas cuestiones consideradas en su conjunto como las raíces de nuestro déficit democrático y social; Navarro volvería sobre el tema en la prensa (2003). Otro artículo de Santos Juliá, «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición» (2003) al que se adhirió Javier Tusell (2003), pretendía dar por concluido un debate que, sin embargo, lo reavivó y, lógicamente, aún habrá de colear pues no parece que se haya avanzado mucho hacia un mínimo consenso general y, al menos a nosotros, nos empieza a dar la sensación de obtener muy poca agua a pesar de estar todos dando siempre vueltas a la noria.

sa, por más que el saludable escepticismo que transmite seamos capaces de transformarlo positivamente (Cerroni 1992: 14). Toda definición es siempre imprecisa y simplificadora, y toda tipología resulta reduccionista e incompleta. El ánimo clasificatorio debe someterse también a ciertas reglas y mantenerse dentro de ciertos límites para no incurrir en ese afán tan humano, no sé si obligatoriamente académico, de diseccionar y poner etiquetas a todo el mundo, afición a mi entender más propia de la Entomología que de las Ciencias Sociales. Por ejemplo, dentro de determinadas interpretaciones sobre la transición que puedan ser más o menos coincidentes en sus aspectos generales, más que distinguir entre buenos y malos hermeneutas de la misma, como tendieron a hacer Javier Tusell y seguidores en función de que se participe plenamente de su interpretación o no se asuma plenamente y sin restricciones. En el primer caso, el criticado merecía la calificación de académico; en el segundo, no.

Metidos en arenas tipológicas y conceptuales siempre movedizas con voluntad teórica, habría que someterse a supuestos más inequívocamente empíricos y menos ideológicos y formalistas.

Pactos, miedos y olvidos.

Se afirma con convicción que no hubo «pacto de silencio» sobre el pasado, y que sería más propio de algunas mentes calenturientas sostener que sí lo hubo. Evidentemente las cosas son siempre «relativas» con permiso de Ratzinger o de Benedicto XVI. Tampoco se firmó pacto alguno en El Pardo tras la muerte de Alfonso XII entre Cánovas y Sagasta para sucederse en el poder, y de hecho no sólo hubo «turnismo», sino que dicho pacto ya venía funcionando desde 1881. Así que habrá que colegir que esto de los pactos es como las brujas, que no existen pero, haberlas, haylas sin necesidad de que el correspondiente notario de fe de su existencia.

Se puede defender su existencia, y por supuesto su inexistencia, sin por ello merecer la consideración de estrábico. Puestos al etiquetaje (¿político o historiográfico?) sería más ilustrativo distinguir entre aquellos a quienes el silencio o pacto sobre el pasado (Guerra Civil y franquismo) les pareció «políticamente» estupendo en 1975 (no estaba el horno para bollos), y les siguió pareciendo estupendo a lo largo del período 1982-1993 (había que conservar a cualquier precio el centro

político ganado electoralmente) y aquellos otros a los que ni entonces ni después se lo pareció. La recuperación de la memoria democrática (*peccata minuta* al parecer) puede aún seguir esperando ante las imperativas contingencias de la política.

Salvo lo que el sentido común de cada uno dictara, ¿qué había que entender por no hacer un uso partidista del pasado o no remover o atizar las brasas de un fuego más o menos extinto? ¿Dónde empieza y acaba el estudio, la investigación y la publicación y divulgación de ese pasado sin que nadie se sienta molesto? ¿Dónde empieza y acaba la molestia? ¿En el mero hecho de abrir los archivos, de investigar y publicar, de publicitar los resultados? ¿Cómo, cuándo y hasta dónde? El sentido común y la paciencia funcionaron bastante bien hasta 1993. ¿Qué empezó a pasar a partir de entonces?

Pasó que, ante el riesgo de perder las elecciones, se abrió la veda al partidismo y al sectarismo y al uso indecente del pasado, y al PSOE, mudo hasta entonces en la materia, le pareció políticamente justificado sacar la Guerra Civil y el franquismo a la campaña electoral («París bien vale una misa») aunque fuera a costa de servirse de fieros dóberman dispuestos a destrozar a su presa asociados a la derecha, como a su vez al PP le había parecido legítimo levantar las alfombras de la razón de Estado y romper el pacto antiterrorista para desgastar a González («¡váyase señor González!») y obtener así ventajas políticas imposibles de obtener de otro modo vía electoral. Al parecer, lo que los políticos no paraban de recomendar a la sociedad civil (moderación, serenidad, mesura, equilibrio) era bueno para los ciudadanos, pero no para ellos con vistas a la conquista o conservación del poder a costa de lo que fuera dentro de la peor lógica política de que el fin justifica los medios.

Dentro de ese contexto nunca faltaron ilusos (al margen de las eternas razones de alta política y baja razón de Estado) a los que nunca les pareció de recibo, entonces ni después, ni nunca, los silencios y los olvidos de Estado en materia de políticas de la memoria y, concretamente, de la recuperación y enseñanza de la memoria democrática en escuelas, institutos y universidades. Las razones, *sotto voce*, fueron siempre las mismas y las excusas sobre la inoportunidad de activar tales políticas, nos sonaba muy parecido a aquella cantinela franquista de que el pueblo no estaba nunca suficientemente preparado para la democracia. Al parecer algunos «viejos cuentos franquistas» se han incorporado sin mayores dificultades al acervo ideológico y cultural postdemocrático.

El sufrido pueblo español, los legítimos reivindicadores de la memoria histórica, de la memoria democrática, nunca están suficientemente preparados para nada a diferencia de esos políticos o tertulianos compulsivos con derecho de pernada para incumplir sus propios pactos o capaces de hablar en cualquier momento y lugar de todo lo divino y lo humano con el mayor de los derechos y los más sólidos fundamentos.

La funcionalidad o disfuncionalidad de hablar o callar, la oportunidad o inoportunidad «política» de hacerlo, y en qué grado, sería en cualquier caso una opción «política» (ideológica), pero nunca una opción intelectual o científica digna de tal nombre aunque, paradójicamente, sea desde esta única perspectiva desde la que en algunos casos destacados se pretende hablar. Hubo muchos intelectuales, profesores, historiadores entonces que, por las razones que sean, callaron o apelaron al silencio o, por el contrario, consideran que fue inexistente entonces, dicho silencio o semejante pacto, o que, en cualquier caso no había que enredar con asuntos de poca monta, y que ahora ya les parece justo y oportuno —o no— hablar y escribir sobre el asunto según convenga.

El hecho insólito de que bajo un Gobierno de mayoría parlamentaria absoluta del PSOE la extrema derecha española se dedicara a crucificar sistemáticamente día tras día a algunos esforzados argonautas de la memoria histórica les dejaba indiferentes no sólo a la izquierda «progre» de toda la vida y a los demócratas más o menos sobrevenidos, si no a algún que otro reconocido «centrista» con no menor pedigrí historiográfico¹¹. Que en media España (la gobernada por el PP) se siguieran manteniendo en el callejero calles y avenidas denominadas del generalísimo Franco o del general Mola, o de los mártires de esto o de lo otro, tampoco hería sensibilidad alguna mientras en el Vaticano se canonizaban a unos mártires y en España se relegaba la memoria de los otros. Que las escavadoras de las constructoras arrasasen importantes lugares de memoria (incluso con Gobiernos municipales de izquierdas) en nombre del desarrollo económico (urbanizaciones de lujo para «vencedores») o

¹¹ Me refiero a la serie de TVE *España en guerra, 1936-1939*, emitida a lo largo de 1987 y que suscitó virulentos ataques desde la prensa de extrema derecha (*El Alcázar* y *El Imparcial*), conservadora (*ABC* y *Ya*) y próxima al régimen anterior (*Pueblo* y cadena del Movimiento) sin que suscitase un natural movimiento de defensa de la prensa constitucional y democrática. Salvo un breve editorial de *El País* y una columna de Eduardo Haro Tecglen, todo lo demás fue silencio. Un silencio verdaderamente injusto e hiriente.

mantuviesen y mantengan bien enhiestos otros edificios y símbolos de muy distinto significado con cargo al erario público, tampoco importaba demasiado ni hería sensibilidades de algún que otro ciudadano reguñón, vejete memorioso, joven airado o simplemente conspicuo «perdedor» dispuesto siempre a perdonar, pero nunca a olvidar.

¿Quién, cómo, cuándo y para qué, se determina lo que es políticamente oportuno o inoportuno recordar y olvidar? ¿Quién dictamina lo que es funcional o disfuncional, integrador o desintegrador para una determinada comunidad política? ¿Cómo se decide lo que hay que conservar y lo que no, lo que hay que rememorar y aquello sobre lo que conviene correr un tupido velo?

¿Se habría roto alguna vez en España el silencio ensordecedor y el ominoso olvido de tanto horror malenterrado y tanta sangrante injusticia sin los casos Pinochet y Milošević que contribuyeron indirectamente a remover alguna acomodaticia conciencia? ¿Sin la petición de las mismísimas Naciones Unidas mediante se habría movido ficha? ¿Sin el clamor popular alcanzado a raíz del inicio de exhumaciones de víctimas de la represión que, en los inicios del nuevo milenio empezaron a producirse, se habría empezado a hablar desde determinadas e importantes tribunas de opinión? ¿Estaríamos donde estamos sin la insistencia ejemplar, firmemente mantenida año tras año, de asociaciones civiles de todo tipo al respecto y de algún que otro esforzado historiador no precisamente vinculado a la universidad, a los institutos superiores de investigación y a la Academia?

A nuestro juicio, y sin necesidad de tener que apelar previamente a nuestra consideración personal que, como historiador y como persona le teníamos, Javier Tusell, uno de nuestros historiadores contemporaneístas más destacados y que no hurtó nunca el cuerpo a cualquier polémica, no entró en demasiados matices a la hora de calibrar el estado de la cuestión en torno a la bibliografía sobre la transición. Para él y otros que le secundaban, las versiones revisionistas negativas de la transición (sin aclarar demasiado en qué aspectos) se situaban en principio en su práctica totalidad fuera del ámbito académico, con las excepciones de Vicenç Navarro y José Vidal Beneyto. Sin embargo, se olvidaba de otros muchos autores como Rafael del Águila y Ricardo Montoro, para quienes

el consenso no fue un argumento de diálogo y comunicación, sino justamente lo contrario: un *argumento silenciador*. De hecho, lo que parece

reflejarse en el talante consensual de algunas argumentaciones es que guardar silencio era la única vía de solución de ciertos problemas que, por lo demás, no convenía airear demasiado (Águila/Montoro 1984: 132).

Otros autores como Elías Díaz (1987) no han dejado de manifestar públicamente su desacuerdo con los silencios que la transición impuso respecto a la memoria democrática. Por su parte, Josep M. Colomer, autor de uno de los más sugerentes libros sobre la transición que se han escrito, concluye su estudio considerando que las «virtudes de la transición se han convertido en vicios de la democracia» (Colomer 1998: 181). Tusell considera que tanto Navarro como Vidal están insuficientemente informados sobre el estado de los estudios sobre la transición, que ya empiezan a ser prácticamente inabarcables, por lo que sus opiniones estarían alejadas de la realidad¹². Muchos otros autores reconocidos, como Paul Preston y Walther Bernecker, de cuya valoración positiva sobre el proceso de transición, al igual que los anteriormente citados, no puede dudarse, no han dejado por ello de aludir a las consecuencias negativas que han producido el olvido y pacto de silencio refiriéndose, el primero, al «miedo a una nueva guerra civil» (Preston 1997), y el segundo al «pacto de honor» y a la «amnesia colectiva» practicados durante la transición (Bernecker 1994: 67 y 71).

Hay otros autores académicos que han hecho aportaciones de mérito al conocimiento de la transición que, quizás, ignoraba Tusell y quienes con él coinciden, como el politólogo Pablo Oñate Rubalcaba que ha investigado directamente el asunto (Oñate Rubalcaba 1998). De las otras versiones críticas apenas consideraba digna de mención (negativa) la de Pablo Castellano (2001) aunque hay otras aportaciones que no pueden

¹² Son muchos los intelectuales con visiones muy críticas acerca del tratamiento dado al franquismo durante la transición o, simplemente, ofrecen distintas interpretaciones a las defendidas por Javier Tusell, Santos Juliá o Juan Pablo Fusi (que se declaran coincidentes entre sí) y, por tanto, cabe suponer que también considerados «alejados de la realidad». Aparte de los citados José Vidal Beneyto y Vicenç Navarro, cabe mencionar a los «no académicos» Jorge Semprún, Nicolás Sartorius, Javier Alfaya, Juan Goytisolo, Reyes Mate, Josep Ramoneda, Javier Marías, Antonio Muñoz Molina, etc., cuyo criterio al respecto es cualquier cosa menos desdeñable o «no académico» sino todo lo contrario, dada su más que relevante talla intelectual. Incluso el ex presidente del Gobierno, Felipe González, ha reconocido públicamente haber sido excesivamente cauto en esta cuestión mostrando su arrepentimiento por no haber propiciado un debate nacional sobre el pasado durante su etapa como máximo responsable político del país (González/Cebrián 2001: 34-39).

ser desdeñables a priori sin un mínimo análisis (Pons Prades 1987) o que abundan en el sentido apuntado (Bedmar 2003 y Silva *et al.* 2004).

Las versiones más extendidas de la transición la consideran como un cambio político «ejemplar» y «modélica» en cuanto a los medios empleados para tal fin, y disponen de numerosos defensores académicos y de notables altavoces periodísticos –muchas veces los mismos– para su práctica sacralización, a diferencia de las versiones más prosaicas (excluidas las maximalistas) que, aún reconociendo sus numerosas luces, tratan de destacar también algunas sombras, a veces inevitables, que a su juicio cabe señalar y que no encuentran tanto espacio en los medios más o menos especializados de la prensa.

La primera opción consideraría grosso modo que no hubo pacto alguno de silencio sobre el pasado, como lo mostraría la abundante literatura historiográfica sobre la materia. La segunda considera que sí que lo ha habido, como pone de manifiesto el clamor de los pocos supervivientes de la represión de cuyas voces contenidas se han hecho eco asociaciones como la de Familiares Represaliados por el Franquismo, la de Archivo, Guerra y Exilio, la de la Recuperación de la Memoria Histórica y muchísimas más, que si finalmente han empezado a ser escuchadas fuera de su restringido ámbito de influencia ha sido porque incluso periódicos tan influyentes como *The New York Times* no entendían que no se atendieran las justas peticiones de los familiares de las víctimas de la represión franquista. Estos planteamientos tratan fundamentalmente de diferenciar entre historia y memoria poniendo el énfasis en la necesidad imperiosa de reparar tanta injusticia y olvido como el que les ha correspondido a los vencidos y a sus herederos¹³.

A nuestro juicio es evidente que el consenso imperante durante todo el proceso de transición coadyuvó por activa y por pasiva a la marginación de la memoria democrática o a mantenerla en suspenso a la espera de mejores tiempos o de que simplemente fuera acumulando sobre sí el polvo del olvido hasta su definitiva consunción. Ciertamente el miedo y el olvido desempeñaron un importante papel en la transición española a la democracia que hizo posible la tan alabada vía pacífica a la democracia que entonces se emprendió. En aras del ansiado «cambio», consistente en liquidar la dictadura e implantar un régimen democráti-

¹³ Véanse en este sentido Moreno (2003), Reig Tapia (2003) y Espinosa Maestre (2003).

co, no se dudó en instrumentalizar el deseo de reconciliación argumentando en el sentido de que no podía exigirse ni reclamarse justicia ni verdadera compensación moral en nombre de la paz y de la convivencia democrática. Tal deseo de reconciliación latía en lo más profundo de los españoles, pero se insistía en la conveniencia del silencio que, en el fondo, a todos convenía, pues todos tenían algo que ocultar que mejor era olvidar. Pero el discurso del poder parecía considerar apenas con semejante argumento a los victimarios y no a las víctimas que es para las que se reclama justicia, y no para sus asesinos amnistiados todos en ambas direcciones.

Una cultura política de la memoria para el futuro

Nos sigue pareciendo de una gran importancia tratar de deslindar al máximo las fronteras entre la historia y la memoria si es que verdaderamente estamos hablando de cosas distintas pues, creemos que muchas de las disputas y polémicas vienen precisamente de la confusión existente entre ambas.

A nuestro juicio constituye un *wishful thinking* la pretensión de blindar los acuerdos de la transición. No ya en materia política, que tampoco sería posible, sino en todo lo que atañe a la memoria histórica. El «acuerdo con el pasado» es una expresión equívoca pues, si por tal ha de entenderse la noble voluntad de concordia entre todos los demócratas y, en consecuencia, no arrojar a la cara los crímenes y barbaridades mutuas de la Guerra Civil, creemos que el acuerdo no es sólo unánime ahora, como antes, sino que ha de seguir siéndolo. Pero, es inútil y por completo ajeno a la condición humana, dejar fuera de la historia la inevitable justicia y reparación de las víctimas. En ese proceso, habrá tensiones y discusiones inevitables, pero no hay otro camino. Otra cosa es el intento de permanente politización que de tan noble propósito pretenden algunos pero, lamentablemente, es también inevitable. Es tarea inútil poner puertas al campo y pretender arrojar por la puerta los prejuicios pues, como advirtiera Boileau, volverán a entrar por la ventana. Los abuelos callaron por miedo, los padres por razones políticas y, ahora, son los nietos (véase el esclarecedor caso de Emilio Silva o del mismo José Luis Rodríguez Zapatero) los que reclaman, con todo su derecho, o se aprestan a reparar una injusticia, de acuerdo con la lógica política democrática más elemental. El asunto puede convertirse en una

bola de nieve que irá creciendo cuanto más se trate de ignorarla o de desviarla. La única manera correcta de actuar es encauzar el proceso desde la racionalidad y la lógica de la justicia.

Hay un evidente agravio comparativo y una manifiesta injusticia respecto a los vencidos de la Guerra Civil y las víctimas del franquismo y sus herederos en comparación con los vencedores de la contienda, sus víctimas (ex cautivos, caballeros mutilados, etc.) y los beneficiarios del régimen anterior. Si tal agravio, discriminación o injusticia pudo entenderse en los complicados momentos de la transición, ahora ya no hay argumentos morales (políticos todos los que se quiera) capaces por sí mismos de impedir esa reparación. Y, la democracia es sobre todo una opción moral, algo que parece querer echarse al olvido.

A nuestro juicio se exageró el poder real del franquismo residual y la debilidad de la propia democracia. Se alimentó el miedo heredado de la dictadura en exceso apelando a un acomodamiento pragmático en nombre de la *Realpolitik*. Se insufló un temor permanente al riesgo de involución política recordando el trauma que supuso para todos la Guerra Civil. Y, como decimos, el intento de golpe de Estado del 23-F vino a reforzarlo. El coste político y cultural de tan importante renuncia salta a la vista: 1. ignorancia del pasado por parte de las nuevas generaciones que se ven influidas por una literatura propagandística falsamente historiográfica; 2. una evidente falta de formación cívica en valores democráticos con vistas a fortalecer una cultura política democrática; 3. una progresiva disolución del centro-derecha en favor de la derecha pura y dura; 4. un resurgimiento pujante de posiciones culturales e historiográficas neo-franquistas; y 5. una considerable radicalización política de cierta izquierda republicana que confunde su justa exigencia de reparación moral de sus víctimas con descalificaciones políticas a la actual Monarquía parlamentaria.

Politizar este asunto y pretender utilizarlo como ariete para desgastar a la Monarquía parlamentaria vigente, la institución mejor valorada por los españoles como ponen de manifiesto sistemáticamente las encuestas de opinión del CIS, y pensar en la Tercera República como nuevo bálsamo de Fierabrás sería, aparte de un auténtico despropósito de la razón, una manifiesta evidencia de ignorancia histórica.

El proceso de transición a la democracia estuvo presidido por una coacción permanente y una amenaza más o menos real hábilmente esgrimida por parte del sector reformista que infundía sobre la base de la

memoria de la Guerra Civil el temor a un posible nuevo enfrentamiento, lo que forzaba la búsqueda del consenso por parte de los líderes políticos. El miedo impuso unas determinadas condiciones que distorsionaban la comunicación e impedían un diálogo libre y sin limitaciones hasta las últimas consecuencias. «La elusión del disenso, en aras de evitar el conflicto, fue lo que presidió todo el proceso de transición a la democracia, más que el consenso [...] la forma ahogó el contenido» (Oñate Rubalcaba 1998: 276-277).

En definitiva, desde la perspectiva de la cultura política, la vía pacífica a la democracia resultó insuficiente, pues todo ese amplio, difuso y confuso conjunto de temores y prevenciones heredados de la dictadura y aceptados en nombre del consenso, permitieron que se instrumentalizara políticamente el deseo de reconciliación de los españoles sobre la base del miedo a que pudiéramos de nuevo abrir la senda de la guerra civil. Todo ese silencio inducido ha supuesto una considerable rémora para la propia funcionalidad del sistema político democrático y, ahora, se corre el riesgo de que resurjan convenientemente radicalizados y orientados hacia objetivos distintos a los justos y legítimos que originalmente se planteaban, sino se satisfacen y reconducen adecuadamente. Cuando el propio «pacto de silencio» fue roto hace ya más de una década por una simple decisión de estrategia política, ¿qué razones de peso podrían esgrimirse ahora para que los hijos y nietos de las víctimas no puedan enterrar dignamente a sus deudos? ¿Cómo podría impedirse tan legítimas pretensiones cuando el simple cambio generacional que se ha producido en la sociedad española lo hace ya por incompleto imparable? Es llegado inevitablemente el momento de unas adecuadas políticas de la memoria.

Bibliografía

- ÁGUILA, Rafael del/MONTORO, Ricardo (1984): *El discurso político de la transición española*. Madrid: CIS/Siglo XXI.
- AGUILAR FERNÁNDEZ, Paloma (1996): *Memoria y olvido de la Guerra Civil española*. Madrid: Alianza.
- BEDMAR, Arcángel (coord.) (2003): *Memoria y olvido sobre la Guerra Civil y la represión franquista*. Lucena: Delegación de Publicaciones del Ayuntamiento de Lucena.
- BERNECKER, Walther L. (1994): «De la diferencia a la indiferencia. La sociedad española y la guerra civil (1936/39 y 1986/89)», en: López-Casero, Francisco/Bernecker,

- Walther L./Waldmann, Peter, *El precio de la modernización. Formas y retos del cambio de valores en la España de hoy*. Frankfurt am Main: Vervuert, pp. 67-71.
- BOTELLA, Joan (1997): «En torno al concepto de cultura política: dificultades y recursos», en: Del Castillo, Pilar/Crespo, Ismael (eds.), *Cultura política. Enfoques teóricos y análisis empíricos*. Valencia: Tirant lo Blanch.
- CASANOVA, Julián (coord.) (2002): *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la dictadura de Franco*. Barcelona: Crítica.
- CASTELLANO, Pablo (2001): *Por Dios, por la patria y el Rey. Una visión crítica de la transición española*. Madrid: Temas de Hoy.
- CERRONI, Umberto (1992): *Política. Método, teorías, procesos, sujetos, instituciones y categorías*. México: Siglo XXI.
- CENTRO DE INVESTIGACIONES SOCIOLOGICAS [CIS] (2000): *25 años después. Estudio n.º 2401*. Madrid: CIS.
- COLOMER, Josep María (1998): *La transición a la democracia: el modelo español*. Barcelona: Anagrama.
- DÍAZ, Elías (1987): *La transición a la Democracia (Claves ideológicas, 1976-1986)*. Madrid: Eudema.
- ECO, Umberto (1977): *Apocalípticos e integrados*. Barcelona: Lumen.
- ESPINOSA MAESTRE, Francisco (2003): «Historia, Memoria, Olvido: la represión franquista», en: Bedmar, Arcángel (coord.), *Memoria y olvido sobre la Guerra Civil y la represión franquista*, pp. 101-139.
- GARCÍA DELGADO, José Luis (coord.) (2000): *Franquismo. El juicio de la historia*. Madrid: Temas de Hoy.
- GONZÁLEZ, Felipe/CEBRIÁN, Juan Luis (2001): *El futuro no es lo que era. Una conversación*. Madrid: Aguilar.
- GRACIA GARCÍA, Jordi/RUIZ CARNICER, Miguel Ángel (2001): *La España de Franco (1939-1975). Cultura y vida cotidiana*. Madrid: Síntesis.
- IBÁRRURI, Dolores, et al. (1960): *Historia del Partido Comunista de España*. Paris: Eds. Sociales.
- JOVER ZAMORA, José María (dir.) (1996): *Historia de España Menéndez Pidal*. Tomo XLI. Raymond Carr (dir.), *La Época de Franco. I. Política, Ejército, Iglesia, Economía y Administración*. Madrid: Espasa Calpe.
- JULIÁ, Santos (1996): «Saturados de memoria», en: *El País*, 21 de julio, p. 18.
- (2002): «Acuerdo sobre el pasado», en: *El País Domingo*, 24 de noviembre, pp. 16-17.
- (2003): «Echar al olvido. Memoria y amnistía en la transición», en: *Claves* n.º 129, pp. 14-24.
- LIZCANO, Pablo (1981): *La generación del 56. La Universidad contra Franco*. Barcelona: Grijalbo.
- LÓPEZ PINA, Antonio/ARANGUREN, Enrique (1976): *La cultura política en la España de Franco*. Madrid: Taurus.
- LÓPEZ PINTOR, Rafael (1982): *La opinión pública española del franquismo a la democracia*. Madrid: CIS.

- (1987): «El impacto del autoritarismo en la cultura política. La experiencia española en una perspectiva comparada», en: *Política y Sociedad. Homenaje a Francisco Murillo Ferrol*. Madrid: CIS/CEPC, pp. 1063-1072.
- MALEFAKIS, Edward (dir.) (1996): *La Guerra de España (1936-1939)*. Madrid: Taurus.
- MARAVALL, José María (1978): *Dictadura y disenso político. Obreros y estudiantes bajo el franquismo*. Madrid: Alfaguara.
- MOA, Pío (^{3a}2004): *Los mitos de la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- MORADIELLOS, Enrique (2000): *La España de Franco (1939-1975)*. *Política y sociedad*. Madrid: Síntesis.
- (2004): *1936. Los mitos de la Guerra Civil*. Barcelona: Península.
- MORENO, Francisco (2003): «La represión oculta. El gran tabú de la democracia», en: Bedmar, Arcángel (coord.), *Memoria y olvido sobre la Guerra Civil y la represión franquista*, pp. 21-37.
- NAVARRO, Vicenç (2000): «La dictadura de Franco», en: *Claves* n.º 103, pp. 80-82.
- (2001): «Los costes de la desmemoria histórica», en: *El País*, 16 de junio, pp. 11-12.
- (2002^a): «Ideología en el estudio del pasado», en: *Claves* n.º 120, pp. 81-82.
- (2002^b): *Bienestar insuficiente, democracia incompleta. Sobre lo que no se habla en nuestro país*. Barcelona: Anagrama.
- (2003): «Consecuencias de la transición inmodélica», en: *El País*, 8 de enero, pp. 11-12.
- NÚÑEZ DÍAZ-BALART, Mirta (2004): *Los años del terror. La estrategia de dominio y represión del general Franco*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- OÑATE RUBALCABA, Pablo (1998): *Consenso e ideología en la transición política española*. Prólogo de Francisco Murillo Ferrol. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales.
- PASTOR, Manuel (coord.) (1994): *Fundamentos de Ciencia Política*. Madrid: McGraw-Hill.
- PONS PRADES, Eduardo (1987): *Crónica negra de la transición española (1976-1985)*. Barcelona: Plaza & Janés.
- PRESTON, Paul (1997): «Venganza y reconciliación: la Guerra Civil española y la memoria histórica», en: *La política de la venganza. El fascismo y el militarismo en la España del siglo XX*. Barcelona: Península.
- (2002): *Franco: Caudillo de España*. Traducción de Teresa Campodrón y Diana Falcón; revisión de Eva Rodríguez Halffiter. Barcelona: Grijalbo.
- RAMÍREZ, Manuel (1978): *España, 1939-1975. Régimen político e ideología*. Barcelona: Labor.
- REIG TAPIA, Alberto (^{2a}1996): *Franco «caudillo»: mito y realidad*. Madrid: Tecnos.
- (^{2a}2000): *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu*. Madrid: Alianza.
- (2003): «El recuerdo y el olvido: los lugares de memoria del franquismo», en: Bedmar, Arcángel (coord.), *Memoria y olvido sobre la Guerra Civil y la represión franquista*, pp. 59-100.
- SEVILLANO CALERO, Francisco (2004): *Exterminio. El terror con Franco*. Madrid: Oberrón.

- SILVA, Emilio, *et al.* (coords.) (2004): *La memoria de los olvidados. Un debate sobre el silencio de la represión franquista*. Prólogo de Paul Preston. Valladolid: Ámbito.
- SOPENA MONSALVE, Andrés (1994): *El florido pensil. Memoria de la escuela nacionalcatólica*. Prólogo de Gregorio Cámara Villar. Barcelona: Crítica.
- SOTILLOS, Eduardo (2005): «Entrevista con Alfonso Guerra», en *Temas para el debate* n.º 126, p. 32.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel, *et al.* (1985): *La Guerra Civil española 50 años después*. Barcelona: Labor.
- TUSELL, Javier (2001): «Por una historia revisionista de la transición», en *Claves* n.º 115, septiembre, pp. 11-21.
- (2003): «La reconciliación española», en *Claves* n.º 132, mayo, pp. 32-39.

Annette Leo

Reinterpretación continua: lo que queda de la cultura de la memoria de la RDA

En Schwerin, la capital del estado federado de Mecklemburgo, se encuentra el «Cementerio para las Víctimas del Fascismo». Hasta 1989, este lugar le servía a la ciudad como centro conmemorativo. Todos los años se celebraba allí el 8 de mayo como «Día de la Liberación» y en septiembre el «Día de las Víctimas del Fascismo», con actos oficiales y depósitos solemnes de coronas. Desde 1990, sin embargo, este lugar ha caído en desuso. La parada de autobús ya no se llama «Cementerio para las Víctimas del Fascismo», sino «Cementerio Antiguo», por el gran cementerio municipal de la acera de enfrente. Ahora los únicos que se reúnen allí son grupos del Partido del Socialismo Democrático (PDS) y representantes de la «Asociación Antifascista». Naturalmente, eso se debe a la reorientación política desde la reunificación y las consiguientes inseguridades. Pero es más: incluso el lugar mismo provoca desconcierto. Tal como se presenta en este momento es un conjunto de contradicciones y preguntas sin respuestas. Se resiste a una integración sencilla en la incipiente cultura de la memoria de la ciudad y del Estado.

La historia del cementerio

El primer funeral en este cementerio se realizó el 8 de mayo de 1945 en el marco de un acto conmemorativo. Como es sabido, al terminar la Segunda Guerra Mundial, la ciudad de Schwerin estaba ocupada por los ejércitos estadounidense y británico. Eran las fuerzas de ocupación que habían decidido que ese día, el final oficial de la guerra, se daría un funeral digno a 74 prisioneros del recién liberado campo de concentración de Wöbbelin, un campo que dependía del campo de concentración Neuengamme. Eran los cadáveres de presos alemanes, rusos, polacos, holandeses, lituanos, franceses y checos. En once casos, no se llegó a saber nunca el origen de los muertos. La población de Schwerin fue obligada

a participar en el acto. El faltar a la cita se castigaba con la retirada de las tarjetas de racionamiento de alimentos. Las tumbas fueron excavadas por ex miembros del partido nazi, el NSDAP, y todos los ciudadanos de Schwerin tuvieron que pasar por delante de los cadáveres. Representantes de las Iglesias alemanas y estadounidenses, de confesión protestante, católica y judía, oraban, se disparaban salvas de reglamento, y las tumbas se decoraban con cruces de madera y estrellas de David.

El 1 de julio de 1945, el Ejército Rojo llegó a Schwerin, tal y como estaba previsto en el convenio entre los aliados. Ocupó también el cementerio conmemorativo. De 1945 a 1967 se enterraban allí los muertos del ejército soviético, primero los soldados que morían de las heridas de guerra, luego los miembros del ejército de ocupación que morían prestando servicio en la RDA, pero también empleados civiles y sus familiares. Además, se trasladaban allí los cadáveres de algunos prisioneros de guerra y trabajadores forzados soviéticos desde otros cementerios. En memoria de la victoria del ejército soviético sobre el fascismo se colocó un obelisco.

Algunos de los miembros del Ejército Rojo se enterraban en el mismo lugar que los 74 prisioneros del campo de concentración, sin que se supiera nada de ningún traslado de tumbas. Eso quiere decir que las mismas tumbas se ocupaban dos veces. Lo más probable es que esto pasara en el año 1948. De este modo, la memoria de los prisioneros se borró de la superficie.

Desde 1945 hasta 1989, los actos conmemorativos anuales para las víctimas del fascismo se celebraban en este cementerio de Schwerin. A finales de los años cuarenta, se añadía al cementerio militar soviético un campo de tumbas llamado «VdN», por las siglas en alemán de «Perseguidos por el régimen nazi». Allí se enterraban aquellas personas oficialmente reconocidas como perseguidas: combatientes del bando republicano en la Guerra Civil española, prisioneros de los campos de concentración, miembros de los grupos de resistencia antinazi. Los que habían sobrevivido el régimen nacionalsocialista y morían durante la posguerra, recibían aquí su sepultura de honor. Según los criterios específicos del antifascismo de la RDA, los interesados, para conseguir un sitio en este cementerio, además, tenían que haberse ganado honores durante la construcción del socialismo.

En los setenta, el aspecto del campo de tumbas VdN se cambió para darle la forma en la que se presenta aún hasta hoy. En el centro de las

instalaciones se encuentra un gran mausoleo, la tumba de honor de Kurt Bürger, cuyo nombre auténtico era Karl Ganz. Bürger había sido miembro del aparato militar del Partido Comunista de Alemania (KPD, por sus siglas en alemán) de Baviera. Tras emigrar a la Unión Soviética, se supone que entró en el servicio secreto soviético. Después de un tiempo como comisario político en la Guerra Civil española, se dedicó a reeducar a prisioneros de guerra alemanes en los llamados «campos antifascistas», a partir de principios de los cuarenta. En 1945, Bürger se trasladó a Mecklemburgo y tuvo un papel importante en la reconstrucción del KPD. En 1948 se convirtió en presidente regional del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED, por sus siglas en alemán), y en julio de 1951 en presidente de Mecklemburgo, hasta su muerte el mismo año.

El mausoleo está rodeado de 300 lápidas pequeñas, todas idénticas: debajo de un ángulo rojo hay una inscripción que indica el nombre y las fechas de nacimiento y muerte de la persona. Incluso los ex prisioneros del campo de concentración, anteriormente borrados, reaparecen aquí, aunque de forma diferente: los prisioneros asesinados o muertos por agotamiento se han convertido en «luchadores contra el fascismo». En la fila exterior de la instalación hay 71 placas, las mismas que se utilizan para las tumbas de los VdN, con el mismo ángulo rojo, pero sin nombres, sólo con el número de prisionero y, si se conoce, la nacionalidad.

En 1978 se sustituyó el obelisco por un monumento del escultor Gerhard Thieme con el título «Luchadores del Ejército Rojo». Según el texto explicativo, el grupo de personas representadas por la escultura ya no expresaba luto, sino que «anuncia la fuente de energía de la liberación y el comienzo de la construcción de una nueva Alemania socialista».

Finalmente, la última modificación importante se realizó en 1992. En los primeros años después de la reunificación, caracterizados por la eliminación de los símbolos y las huellas del socialismo, se desmontó el «Centro Conmemorativo para los Luchadores por la Democracia y el Socialismo» del cementerio municipal de enfrente. En este caso, se trataba de otro cementerio conmemorativo, instalado más tarde, que estaba abierto tanto a los luchadores de la resistencia antinazi como a otras personas ilustres cuya biografía no tuviera nada que ver con la resistencia y la persecución. Desde allí se trasladaron las urnas y lápidas de 44 personas hacia el Cementerio para las Víctimas del Fascismo. Entre ellos se encontraban altos cargos del SED del estado de Mecklemburgo (o, en

la época de la RDA, el distrito Schwerin), como Hans Kahle, luchador en la Guerra Civil española y posteriormente jefe de la Policía Popular de Mecklemburgo, o Edgar Bennert, actor y superviviente del campo de Sachsenhausen, posteriormente director del Teatro Estatal de Schwerin. El mismo año, se decidió trasladar también el monumento del escultor Hans Kies, un grupo de luchadores heroicos, desde el «Centro Conmemorativo Socialista» al Cementerio para las Víctimas del Fascismo. Sin embargo, este traslado no se llegó a llevar a cabo. Últimamente, tanto el ayuntamiento de Schwerin como el Gobierno estatal de Mecklemburgo se empeñan en encontrar un nuevo significado para el cementerio. Lo toman en serio y quieren evitar que se margine o que se utilice solamente como trastero para los últimos símbolos de la RDA.

Las rupturas de las memorias

Hoy día, la unicidad del cementerio es indiscutible. La sepultura de los diferentes grupos de muertos en la disposición descrita arriba dice algo concreto sobre la sociedad de la posguerra. En ella se refleja el cambiante trato del pasado nacionalsocialista que se iba adaptando a las diferentes constelaciones del poder y las necesidades políticas, hasta incluso los primeros años después de la reunificación. Por consiguiente, el lugar tiene mucho interés cultural-histórico. En este cementerio se refleja no sólo la memoria, sino también las rupturas de la memoria y el olvido. Actualmente, ya nadie piensa en cambiar el diseño o eliminar elementos de la instalación, ni siquiera el mausoleo absurdamente grande de Kurt Bürger, hecho de granito negro pulido, decorado con una mascarilla blanca de mármol.

Sí hay planes que se dirigen hacia una historización del centro concentrándose en los primeros muertos, los prisioneros del campo de concentración de Wöbbelin. El objetivo consiste en hacer que estas verdaderas víctimas del nacionalsocialismo, que en su día habían dado nombre a este lugar, pasen de nuevo del margen al centro de la conciencia, eso sí, sin tocar las lápidas de la época soviética del cementerio.

En este ejemplo se muestra de manera impresionante la presencia de lo grande en lo pequeño. De esta forma se logran entender los continuos cambios del discurso oficial: primero se hablaba de los prisioneros desconocidos del campo de concentración, hambrientos y maltratados; luego venían los libertadores soviéticos que más tarde se convertirían en

ocupadores, a su vez sustituidos por los luchadores de la resistencia comunista; y finalmente, los constructores de la nueva sociedad socialista. Aparentemente, la reinterpretación y la eliminación de la memoria de las víctimas iniciales se realizaban sin ningún discurso, sin ningún debate público. Se puede pensar en dos posibles razones para explicar esa ausencia. Primero, en la zona de ocupación soviética no había ningún régimen democrático: la conmemoración y la memoria eran órdenes que venían desde arriba. Sin embargo, esta explicación no es del todo correcta. Durante los primeros años de la posguerra, sí que había unos enfoques democráticos e incluso unos elementos de memoria pluralista. Por otro lado, podría pensarse que a los ciudadanos de Schwerin este lugar les daba igual. Se les había obligado a rendirles el último tributo a las víctimas asesinadas, mientras que ellos mismos formaban parte de la sociedad de los culpables. Los ocupadores soviéticos y luchadores antifascistas simbolizaban el nuevo poder con el que había que convivir. Sin embargo, este nuevo poder no formaba parte de la historia de la gente, que trataba de guerra, cautividad y expulsión.

Desde principios de los años noventa, hay cientos de lugares parecidos en las ciudades y los municipios de Alemania oriental, que se redescubren, se olvidan o se reinterpretan. Con el año 1990 se inició un cambio de paradigmas que ha afectado no sólo el pasado de la zona de ocupación soviética y la RDA, sino que ha cambiado rápidamente también la manera de tratar el nacionalsocialismo. Naturalmente, esta evolución se debe a la estrecha relación que el SED había establecido entre el pasado nazi y la RDA. La identidad del partido se basaba en la tradición de la resistencia antifascista y a la vez justificaba su papel dominante.

La redefinición de la memoria a partir de 1990 traía consigo fuertes debates públicos. Entre otras cosas, se discutía sobre los monumentos, los nombres de las calles y las placas conmemorativas. Así, por ejemplo, la junta municipal del distrito de Lichtenberg, en la ciudad de Berlín, decidió en 1991 devolverle a la «calle de la Liberación» –por la que los tanques soviéticos habían entrado en la ciudad– su antiguo nombre de Alt Friedrichsfelde, razonando que la liberación no había sido tal, sino solamente el principio de una nueva dictadura. Durante el debate correspondiente se oían frases que sonaban a que el final de la guerra se seguía considerando un «desplome». Por otro lado, hubo voces opuestas que no querían de ninguna manera cuestionar la forma de ver

el pasado hasta ese momento. Las emociones estaban a flor de piel. En realidad, no era de extrañar. Después de décadas de una interpretación de la historia tan autoritaria y hermética, era natural que se produjera un vacío. Durante un breve momento, la historia parecía estar abierta para irse en cualquier dirección.

El antifascismo de la RDA

La RDA se veía a sí misma como un Estado antifascista con ciudadanos antifascistas. Lo representaba la elite del SED, cuyos miembros —baste entrados en años— incluso hasta los años ochenta venían mayoritariamente de la resistencia comunista. La relación entre el Estado y el pasado nazi tuvo mucha importancia desde los principios de la RDA hasta su final. El pasado era como un negativo de película, un fondo oscuro del que había que aprovecharse continuamente para motivar y justificar el sistema político. El Estado socialista y el «papel directivo del partido» (expresión que utilizaba el SED para describir el monopolio del poder) eran la encarnación del aprendizaje del pasado, la única posibilidad de evitar el regreso de la guerra y del terror.

Los líderes del SED intentaban sacar del pasado nazi, de la experiencia del fracaso y de la profunda culpabilidad frente a los demás pueblos europeos, algo como una identidad nacional positiva. Para conseguirlo, el partido tenía que proyectar en el conjunto de la sociedad su propia tradición de persecución y resistencia. Las partes de la sociedad que implicaban a los autores de los crímenes se proyectaban hacia fuera, más allá de la frontera, en el otro Estado alemán. Por consiguiente, la RDA no se veía a sí misma como heredera del «Tercer Reich» y por lo tanto se negaba a pagar indemnizaciones a los judíos supervivientes.

A los ex nazis menos importantes y con culpas menores se les extendía una oferta de integración, que fue aceptada y que se mantuvo a lo largo de casi dos generaciones. A los implicados se les permitió cambiarse al bando «antifascista» siempre que se comportasen de forma leal al nuevo orden y contribuyesen a la construcción del socialismo. Como recompensa, se les ofrecían unas posibilidades de ascenso únicas. Eso sí, el precio de la integración y del ascenso era la negación de la propia memoria, que sólo se permitía conservar en un contexto privado y familiar. La elite del SED y la población coincidían en la fórmula del «Nunca más», aunque la primera identificaba esas palabras con la persecución

y la cautividad, mientras que la otra las relacionaba con la guerra y el sufrimiento de la posguerra.

El modelo explicativo del pasado y la imagen de la Alemania nazi se basaban principalmente en la definición del fascismo que Georgi Dimitrov, presidente de la Internacional Comunista, había proclamado con ocasión del VII Congreso Mundial en 1935. Esa definición se orientaba ante todo por el fascismo italiano del que se cogía el nombre, en un momento en el que el nacionalsocialismo alemán no había adoptado aún sus características más importantes. Y más tarde, esa definición ya no se modificó, ni siquiera después de la experiencia de la guerra de exterminio y del Holocausto.

Una de las frases más importantes del discurso de Dimitrov, que posteriormente se citaría con mucha frecuencia, decía: «el fascismo es la dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, chauvinistas e imperialistas del capital financiero». Según esta definición, el fascismo sería principalmente una variación del capitalismo, inmanente a él. Esta tesis se basa en el hecho de que las grandes compañías, los consorcios y bancos habían apoyado al partido nazi, y más adelante participaban en el poder. Sin embargo, otras características del régimen nazi, como la destrucción de la democracia, el papel específico del Estado y el apoyo masivo de la población, no se tenían en cuenta, o en todo caso, sólo dentro de ese contexto.

Esa argumentación llevaba a la convicción de que en la RDA mediante la expropiación de la gran industria, los bancos y los latifundistas, se había desarraigado completamente el fascismo. Siguiendo este razonamiento, no se distinguía mucho entre el nacionalsocialismo y otras dictaduras de la época, como la italiana, japonesa, española o húngara. Igual de poco demarcado estaba el límite entre el pasado y el presente, en el sentido de que el fascismo se consideraba no como un fenómeno histórico, sino como una tendencia permanente, en cualquier lugar donde hubiese capitalismo. Desde el régimen de los coroneles en la Grecia de los años sesenta hasta el golpe militar en el Chile de los setenta, todo era fascismo. Igual que bajo Stalin se consideraba el régimen de Yugoslavia como fascista, y a Trotsky se le estigmatizaba como agente de la *Gestapo*. Durante décadas, la RDA nunca dejó de liberar su encarnizada lucha ideológica contra el «fascismo recreciente en Alemania occidental».

De esta imagen del pasado resultaba una política de la memoria en cuyo centro estaba el movimiento obrero, y en especial el Partido Comunista, como el grupo más perseguido por los nazis y a la vez la fuerza más importante de la resistencia. Desde esa perspectiva, la persecución y el asesinato de los judíos —dicho de forma muy exagerada— aparecían solamente como una maniobra de distracción para disimular la explotación y preparar ideológicamente la guerra. Los crímenes del Holocausto, las montañas de cadáveres humanos en los campos de concentración, estaban siempre presentes dentro de esa política de la memoria, pero estaban de cierta manera «ocupados» por la memoria comunista.

Aniversarios y centros de conmemoración

La política de la memoria del SED, conforme con la estructura dictatorial de la sociedad, era un asunto extremadamente monolítico y hermético. No había imágenes del pasado alternativas, no había ningún debate público acerca del pasado. Solamente en el ambiente privado o en las parroquias, así como en el tratamiento artístico y literario, podrían expresarse memorias diferentes.

De la dirección del aparato de la memoria oficial se encargaba el Politbüro del SED. A través del «Comité de los luchadores de la resistencia antifascista», el Ministerio de Cultura, el Museo de Historia Alemana (donde se preparaban los decorados para las diferentes exposiciones), los periódicos, las editoriales, la televisión y el Ministerio de Educación, este aparato llegaba hasta el interior de las escuelas, del ejército y de las empresas colectivas. Se pretendía incluir en el programa de educación a cada uno de los ciudadanos. Había toda una red de monumentos, placas conmemorativas locales y «gabinetes de tradición antifascista» en las empresas. A las escuelas se les ponían los nombres de luchadores de la resistencia comunista. Incluso las empresas colectivas y las brigadas competían por recibir nombres de este tipo en el marco de la «competición socialista».

La conmemoración de las víctimas del fascismo ocupaba un amplio espacio en la vida social de la RDA. Era un punto de referencia importante para la identidad nacional propagada por el Estado de ser «la mejor Alemania», en la que el pasado estaba superado definitivamente y para siempre. Los establecidos rituales se repetían siempre en fechas fijas, el 8 de mayo y el 12 de septiembre. Los lugares más importan-

tes para esos rituales eran los grandes centros conmemorativos en los antiguos campos de concentración de Buchenwald, Sachsenhausen y Ravensbrück, cuyo diseño se adaptaba a la versión oficial de la historia, mientras que otras huellas de la memoria se dejaban de lado. En esos lugares se evocaba ante todo el «legado» de las víctimas, hecho realidad en la RDA.

El mensaje relacionado con esa memoria tenía un carácter altamente autoritario y heroico. Decía: al construir el socialismo y hacernos soldados y oficiales del Ejército Popular Nacional, estamos realizando el legado de los asesinados. Los héroes antifascistas eran los ejemplos que había que seguir en cuanto a disciplina, fidelidad y devoción, esfuerzo y sacrificio. Por otro lado, el comportamiento rebelde, valor cívico, compasión y una opinión propia en contra de la mayoría eran características mucho menos valoradas. El objetivo no era la aclaración del pasado, sino la identificación con la tradición. No se daba mucha importancia a los conocimientos exactos. Incluso la resistencia antinazi comunista, que al fin y al cabo estaba en el centro de la memoria oficial, no era objeto de una investigación seria, al menos durante las primeras décadas. Las biografías auténticas de los héroes comunistas solían ser trágicas y desgarradas, y a menudo no se entendían sin tener en cuenta la historia del estalinismo. El antifascismo de la RDA se caracterizaba, en palabras de Ralph Giordano (1987), por una «humanidad dividida». Los crímenes del estalinismo se ocultaban totalmente, lo que en 1989 hizo estallar con vehemencia los recuerdos reprimidos.

Ya a principios de los años cincuenta, se habían cristalizado los rasgos fundamentales de la política de la memoria de la RDA. En ello, eran importantes dos procesos paralelos: por un lado, la división de la memoria en medio de la Guerra Fría, y la adaptación de la imagen del pasado a las condiciones del enfrentamiento de bloques. Una de las consecuencias era la ocultación de los elementos no comunistas de la resistencia en el canon de la memoria oficial, y la arriba mencionada proyección de la culpa y la responsabilidad del pasado en los vecinos de Alemania occidental. Y por otro lado, en esa misma época, el SED procedía a una limpieza interna del partido sacrificando principalmente a los que volvían del exilio occidental, los combatientes de España y los judíos. Les ponían las etiquetas de agentes sionistas, trotskistas y titoistas, y los borraban de la memoria. Unos años más tarde los redescubrirían, pero cambiados, menos vivos, menos reales, como héroes perfectos e into-

cables. Para poder incluir en la política de la memoria a la gran masa de antiguos simpatizantes y miembros del NSDAP, hacía falta –en palabras del historiador Jürgen Danyel– «una transformación del antifascismo de una memoria concreta y una estrategia analítica individualizadora (es decir, hablando de la responsabilidad del individuo) a una *ideología confesional no diferenciada*» (1995: 42).

En los años setenta, el canon de la memoria se amplió al «redescubrir» la resistencia socialdemócrata, cristiana y burguesa, y en los años ochenta se le dio por primera vez un significado propio al Holocausto, dentro de una gran campaña conmemorativa; pero ambas iniciativas se debían a una estrategia táctica. En ningún momento se vio afectado el dogma del papel directivo de los comunistas en el pasado, el presente y el futuro.

El final del antifascismo de la RDA

A partir de mediados de los años ochenta, como muy tarde, se hizo evidente que la memoria oficial se había convertido en un patetismo hueco. El mensaje se había consumido solo, principalmente porque las promesas de un futuro mejor ligadas a él no se habían cumplido. La generación que en los años cincuenta había aceptado la oferta de integración se iba jubilando, y la nueva generación ya no sentía la misma obligación para cumplir con aquel acuerdo. Innegablemente, había grandes partes del pasado nazi que no se habían tocado. La RDA se había convertido en una sociedad que se escondía detrás de una historia ajena, pero ahora su propio pasado empezaba a alcanzarla.

En esa época aumentaba el número de actos violentos cometidos por jóvenes cabezas rapadas, tanto que el fenómeno ya no se podía ignorar públicamente. Al final, los líderes del SED decidieron hacer una fuga hacia delante: en unos juicios ejemplares se aplicaban unas sentencias muy severas, a la vez que se intentaba demostrar que el motivo de este tipo de delito sólo podía tener su origen en la Alemania occidental. Años después de la reunificación, en un momento en el que los actos violentos cometidos por neonazis y los éxitos electorales de los partidos de la derecha estaban en los titulares, principalmente en los estados federados de la ex RDA, la argumentación parecía darse la vuelta: se indicaba como uno de los motivos del auge del extremismo derechista la superación insuficiente del pasado nazi en la RDA. Pero no es tan

sencillo. Hay que preguntarse si realmente es la violencia de la memoria reprimida que vuelve a surgir dos generaciones después, o si pueden ser la marginación social, el desempleo y la falta de perspectivas que afectan grandes partes de la población de Alemania oriental, lo que provoca esos actos, o si cada una de esas explicaciones se queda corta si se consideran aisladamente.

Actualmente, lo que queda de la política de la memoria de la RDA no son más que unos fragmentos. El elemento más duradero parece ser la idea de no ser culpables de los crímenes nazis. La versión oficial propagada por el SED hasta 1989, según la cual los verdaderos culpables eran las grandes empresas, la *Gestapo* y las SS, mientras que el pueblo fue engañado, sigue teniendo sus secuelas. Sería interesante investigar si, por ejemplo, la exposición sobre la *Wehrmacht*, que también ha pasado por Dresde y Potsdam, causaba allí menos irritación y escándalo que en Múnich o Frankfurt. En la RDA, todo el mundo sabía que la *Wehrmacht* participaba en los crímenes. Sin embargo, a la vez se creía que los soldados rasos no tenían culpa alguna.

Esa supuesta «ausencia de culpa» y «ausencia de responsabilidad» de los crímenes nazis se ve claramente en el debate alrededor del pediatra Jussuf Ibrahim. En la ciudad de Jena, a este médico se le veneraba como «salvador de los niños», la clínica de pediatría y varias calles llevaban su nombre, y era «ciudadano honorario» de la localidad. Cuando en 1998, el periodista Ernst Klee de Frankfurt, que llevaba mucho tiempo investigando sobre la relación entre la medicina y los crímenes nazis, reveló que Ibrahim estaba relacionado con el asesinato de niños enfermos en el psiquiátrico de Stadtroda, se armó un pequeño escándalo en Jena. Sin embargo, este debate adoptó un aspecto muy extraño. En ocasiones, uno podría haberse llevado la impresión de que se tratara de un rechazo colectivo de un intento «desde el Occidente» de desacreditar los logros de la medicina de la RDA. Los tópicos sobre la época nazi se combinaban con un extraño patriotismo pro-oriental. Además, durante el debate se supo que el Ministerio para la Seguridad del Estado sabía perfectamente qué crímenes habían cometido Ibrahim y algunas de sus compañeras en relación con la eutanasia, pero que había mantenido en secreto esa información para no comprometer el renombre internacional de los médicos.

Podrían darse muchos más ejemplos parecidos. En la Alemania oriental existe todavía una gran necesidad de este tipo de análisis del

pasado. Sin embargo, no es tan fácil ponerse al día porque el contexto de ahora es diferente al de la República Federal de los años setenta y ochenta. En la parte oriental del país, el actual análisis del pasado está relacionado a menudo con el del estalinismo. En el debate acerca de Ibrahim, sin embargo, esa relación no era la misma que la que había en el caso de los campos especiales que el ejército soviético instalaba en algunos de los antiguos campos de concentración nazis, con la consiguiente competencia entre las víctimas. La cultura de la memoria en los nuevos estados federados es muy diferente a la de la antigua República Federal, y parece ser que estas diferencias seguirán existiendo durante mucho tiempo.

Bibliografía

- DANYEL, Jürgen (1995): «Die Opfer- und Verfolgtenperspektive als Gründungskonsens? Zum Umgang mit der Widerstandstradition und der Schuldfrage in der DDR», en: id. (ed.), *Die geteilte Vergangenheit. Zum Umgang mit Nationalsozialismus und Widerstand in beiden deutschen Staaten*. Berlin: Akademie-Verlag, pp. 31-46.
- GIORDANO, Ralph (1987): *Die zweite Schuld oder Von der Last, Deutscher zu sein*. Hamburg: Rasch und Röhrling.

Recordar:
¿un deber moral o una inversión para el futuro?

Jutta Limbach

Memoria y sociedad civil

Los días conmemorativos dedicados al final de la Segunda Guerra Mundial siempre han sido momentos culminantes de la controversia en torno a la comprensión adecuada de este acontecimiento y de la caída del poder del nazismo. Con motivo del sexagésimo aniversario en 2005, observamos que los supervivientes sentían una notable necesidad de comunicarse, aunque no todos: a los presos de los campos de concentración todavía hoy les sigue resultando difícil hablar de aquella época.

De manera más acentuada que en los decenios anteriores, los supervivientes hablan sobre lo que hicieron y lo que dejaron de hacer, sobre todo, durante los últimos meses de guerra. Recuerdan públicamente el sufrimiento y las pérdidas que les provocaron los ataques aéreos, la emigración, la expulsión y los excesos violentos de los aliados. En los últimos años se ha publicado una serie de biografías familiares y libros divulgativos que presentan como tema estas experiencias.

Los últimos supervivientes que de jóvenes aún vivieron activamente la guerra –por ejemplo, como soldados o como miembros de la defensa aérea– aparecen en entrevistas en las que explican si vivieron el 8 de mayo de 1945 como una liberación o una derrota, lo que conocían o desconocían de los asesinatos en masa y cómo percibían en aquel entonces la figura de Hitler. Una vez más comprobamos lo poco que supuestamente sabían del terror las personas de aquella época.

A los alemanes les ha costado mucho aprender a enfrentarse con el pasado de manera autocrítica, al igual que les costó mucho llegar a la democracia. Fue, sobre todo, el movimiento estudiantil el que impulsó el examen crítico del nazismo y no sólo concentró la atención en sus crímenes, sino también en el trato que las elites de Hitler recibieron durante la posguerra. Éstas seguían trabajando en las universidades y en los organismos jurídicos y administrativos sin haber desperdiciado una sola palabra para distanciarse del Gobierno de terror padecido entre los

años 1933 y 1945. Todo lo contrario: los primeros intentos de documentar públicamente los delitos nazis y la contribución de la justicia fueron denunciados como acciones subversivas impulsadas desde el Este, que no tenían otra intención que minar el sistema republicano y federal.

¿Quién se atrevería a negar que Adenauer cargó en aquel entonces con una herencia muy pesada? En aquel tiempo, él no podía abrigar la esperanza de construir una democracia «sobre las ruinas de un país destruido», si paralelamente «se apartaban de sus cargos a millones de antiguos nazis» (Wesel 2002: 58). Sin embargo, se pagó «la ganancia de estabilidad política» con una «pérdida de credibilidad moral» (Frei 1990: 100). Aquí se utilizó el argumento de la estabilidad. Hoy nos preguntamos, a la inversa, si un examen más profundo de este criminal capítulo de la Historia no es una condición necesaria para la estabilidad de una comunidad que quiera llamarse democrática.

Para las generaciones de la guerra e inmediatamente posteriores a ella, la memoria de la vergüenza *por* Auschwitz y la responsabilidad *de* Auschwitz son razones de Estado de Alemania. Sin embargo, esa ruptura de la civilización ha perdido su valor de legitimación para las generaciones más jóvenes. En las actuales discusiones sobre la cultura del recuerdo en Alemania, ya se habla de una penosa retórica conmemorativa.

Los posteriores reconocimientos de culpa de los descendientes —ésta es una de las acusaciones— sirven «sólo para sacar lustre a su propia imagen». Y como dice Wolfgang Sofsky, «ningún descendiente puede ganar autoestima o capacidad crítica conmemorando los baños de sangre provocados por sus antepasados. Los muertos de Treblinka no están ahí para que los alemanes puedan acceder a una nueva identidad» (2005: 15).

La pérdida significativa de poder de la generación del 68 en la interpretación histórica se explica fácilmente, aunque los protagonistas del movimiento estudiantil hoy dispongan de poder político. En una democracia no se pueden dictar imágenes históricas. Además, todas las generaciones tienen su estilo interpretativo, sobre todo, aquéllas que no recuerdan el régimen nazi por experiencia propia o por la de sus padres. Por ello, para las generaciones más jóvenes ni el sentimiento de culpa ni el arrepentimiento pueden fundamentar la obligación de la memoria.

Se anuncia un cambio en la memoria colectiva: la memoria cultural reemplaza la memoria comunicativa, basada en la experiencia propia.

La memoria cultural –según Heinrich August Winkler– debe «ritualizar la conmemoración» y «proporcionar tradiciones para prevenir el olvido» (2002: 653). La proclamación del día de la liberación de Auschwitz como día conmemorativo nacional es un paso en este camino.

Con la creciente distancia de la época nazi el tratamiento del Holocausto cambiará: será cada vez menos emocional y moralizante y cada vez más racional. Esto no implica ni un punto final ni un olvido. Con razón, Volkhard Knigge, director del Memorial de Buchenwald, recomienda sustituir el *recuerdo* del pasado por el *examen* del pasado (2001). La atención tiene que ir más allá de los sucesos de los campos de concentración y dirigirse al génesis concreto de aquella ruptura de la civilización, sólo así surtirá efecto en la educación para la ciudadanía de la juventud.

Las personas deben haber entendido algo de las condiciones que favorecen el surgimiento de gobiernos totalitarios y de su seducción para estar despiertas. Sin embargo, cómo fue posible aquella barbarie sigue siendo una pregunta desafiante para la que no resulta fácil encontrar respuestas. En este contexto, hay que poner sobre la mesa los condicionantes sociales de la época: entre otros, se pueden mencionar el deseo de un mando fuerte y una sociedad homogénea, la obediencia a la autoridad, los prejuicios antisemitas y racistas, una megalomanía nacional y un chovinismo desmesurado.

Para mantener la estabilidad de nuestra democracia, debemos mantener despierto nuestro juicio crítico frente a la barbarie nazi. En realidad, no se trata de la memoria –como muy bien dijo el director del Instituto de Investigación Social de Hamburgo, Jan Philipp Reemtsma (2004)–, sino de la «conciencia de un peligro», del conocimiento de la fragilidad de nuestra civilización, que siempre será actual.

Auschwitz, el Holocausto, es un paradigma de lo inhumanos que pueden ser los seres humanos o «del potencial humano de crueldad» (Schneider 2004). Es más que un recuerdo que se agota en el mero conocimiento de algo pasado. Sólo un recuerdo en el sentido de una mirada que intenta comprender –Karl Jaspers habla de «apropiación»– puede ofrecer una medida para las acciones y las ideas propias.

El examen crítico del Holocausto puede entenderse así como una obligación moral que incluye la tarea de «educar estrictamente en el espíritu de la humanidad» (Schumacher 2004: 17) a las generaciones venideras: una obligación fundamental que atañe no sólo a los alemanes,

sino a todos los pueblos). La búsqueda de una respuesta a la pregunta de cómo fue posible semejante fracaso en un pueblo con cultura se lleva a cabo con la vista puesta en el presente y el futuro, pues el conocimiento de las causas del poder totalitario es una garantía para la supervivencia de las sociedades civilizadas.

Bibliografía

- FREI, Norbert (1990): *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit*. München: Beck.
- KNIGGE, Volkhard (2001): «Abschied von der Erinnerung. Zum notwendigen Wandel der Arbeit der KZ-Gedenkstätten in Deutschland», en: *GedenkstättenRundbrief* 100, 4, pp. 136-143.
- REEMTSMA, Jan Philipp (2004): «Wozu Gedenkstätten?», en: *Mittelweg 36. Zeitschrift des Hamburger Instituts für Sozialforschung* 13, 2, pp. 49-63.
- SCHNEIDER, Christian (2004): «Der Holocaust als Generationsobjekt. Generationengeschichtliche Anmerkungen zu einer deutschen Identitätsproblematik», en: *Mittelweg 36. Zeitschrift des Hamburger Instituts für Sozialforschung* 13, 4, pp. 56-73.
- SCHUMACHER, Björn (2004): «Bombenkrieg und Political Correctness. Argumente gegen eine Gedenkstättenkultur der Gegenwart, die die Opfer des Krieges zur moralischen Selbsterhöhung missbraucht», en: *Junge Freiheit* 45, 4, p. 17.
- SOFSKY, Wolfgang (2005): «Erinnern und Vergessen», en: *Frankfurter Allgemeine Sonntagszeitung*, 6 de marzo, p. 15.
- WESEL, Uwe (2002): *Die verspielte Revolution: 1968 und die Folgen*. München: Blessing.
- WINKLER, Heinrich August (*2002): *Der lange Weg nach Westen*. Vol. 2: *Deutsche Geschichte vom «Dritten Reich» bis zur Wiedervereinigung*. München: Beck.

Bernd Faulenbach

La difícil asimilación de las dos Alemanias

¿Qué papel tienen la memoria y la cultura de la memoria en el difícil proceso de asimilación de las dos Alemanias? La respuesta a esta pregunta, dentro del margen temático de «la identidad y la sociedad civil democrática», se basa a su vez en la pregunta planteada por Jürgen Habermas en los años ochenta del siglo xx: ¿pueden desarrollar una identidad las sociedades modernas? Esta problemática se plantea igualmente para otros países con un pasado dictatorial, como España, pero en el caso de Alemania tiene un factor añadido: ¿puede desarrollar una identidad, en un tiempo razonable, una sociedad formada por dos procesos históricos más o menos separados?

Si se analiza el efecto que tiene la «historia», se encuentra que es doble: por un lado, sobre las experiencias, y por otro, sobre las imágenes históricas. En otras palabras: las personas en las antiguas Repúblicas Federal y Democrática vivían en mundos diferentes con experiencias diferentes. Y esas diferencias siguen teniendo una influencia sobre los patrones de percepción ahora, en el presente común. Asimismo siguen teniendo un efecto las diferentes culturas de la memoria que se han ido desarrollando por separado en los dos Estados alemanes. Respecto a la formación de una conciencia conjunta y de una «identidad» conjunta, estas dos dimensiones del efecto de la historia son importantes.

Para encontrar la respuesta a esa pregunta por la identidad alemana, se analizarán los siguientes aspectos:

1. las características de las dos Alemanias y de sus culturas de la memoria antes de 1989;
2. el cambio de 1989-1990 y sus consecuencias para ambas sociedades y sus respectivas culturas de la memoria;
3. la dictadura del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED, por sus siglas en alemán) y de la historia separada en los años noventa y su importancia para la asimilación;

4. la importancia de la última historia común, la época nacionalsocialista, para la Alemania reunificada y su conciencia de identidad;

5. las líneas de tensión dentro de la conciencia de identidad de la Alemania reunificada y el papel histórico-político de Alemania dentro de Europa.

Estos temas se analizarán sobre el fondo del proceso de la reunificación alemana, que está durando mucho más de lo que se había esperado inicialmente, sin haber conseguido de momento superar el desnivel económico entre un lado y otro, y a pesar de que se han iniciado varios procesos de diferenciación.

Las culturas de la memoria antes de 1989

En los más de cuarenta años hasta 1989, los dos Estados alemanes se habían separado bastante en su desarrollo. Eso no quiere decir que no haya ciertos paralelismos y relaciones específicas, como sugiere el término «historia paralela de interdependencias asimétricas», pero las diferencias no dejan de ser importantes.

La antigua República Democrática Alemana (RDA) se concebía a sí misma como el primer Estado de obreros y campesinos en suelo alemán, en el que se practicaba un «socialismo real». Sin embargo, posteriormente se ha definido la realidad de la RDA tardía como «sociedad organizativa», «dictadura de asistencia social» sobre una «sociedad de huequitos» o «dictadura posttotalitaria». En cuanto a la concepción histórico-política de sí misma, la RDA se veía como heredera primero del antifascismo y de la tradición revolucionaria del movimiento obrero, luego de las tradiciones «progresistas», y finalmente de toda la historia alemana. Esta imagen contradecía en cierta manera la idea de la RDA como una nación socialista.

Oficialmente, los líderes del SED tomaban como ejemplo la Unión Soviética, aunque la sociedad de referencia para la gran mayoría de la población de la RDA, incluida la elite política, era la República Federal, lo que no hace más que subrayar las deficiencias y los problemas de legitimación del sistema del SED y de la RDA.

En cambio, el desarrollo de la República Federal era muy diferente. El orden democrático de la RFA se basaba en tradiciones tanto alemanas como europeas, y ganaba cada vez más aprobación también gracias al éxito del desarrollo económico. Después de empezar como un Estado

fragmentario y desmembrado, Alemania occidental vivió un proceso de auto-reconocimiento a partir de finales de los años sesenta. El desarrollo político-social de esos años y también de los años setenta contribuía a que posteriormente se hablara de una «segunda creación estatal» de la RFA. Si durante los primeros años, la RDA se consideraba aún como una alternativa en un sentido más amplio, el número de alemanes occidentales que compartían esa opinión se hacía cada vez más pequeño. Para la gran mayoría de la población occidental, independientemente de los éxitos de las nuevas estrategias de la política exterior hacia Alemania oriental que hacía posible más viajes interalemanes y más comunicación —la llamada *Ostpolitik*—, la RDA era un país muy remoto y poco atractivo. Esa asimetría en cuanto al interés de una sociedad por la otra caracterizaba las relaciones entre los dos Estados durante los años ochenta.

Desde los años cincuenta, la República Federal respondía al antifascismo de la RDA con un antitotalitarismo. Además, esto llevaba consigo unas posiciones diferentes en cuanto al pasado nazi común, que seguían distanciándose aún más con el tiempo. Y mientras que en la RFA había un amplio espectro de opiniones y estrategias respecto a las ciencias, la educación y la cultura de la memoria, la RDA se presentaba culturalmente unificada y políticamente homogeneizada. Asimismo, la RFA se caracterizaba por un enfoque creciente en la época nacionalsocialista y, dentro de este tema, en el Holocausto. Históricamente, se autodenominaba principalmente como *ex negativo*, y también, aunque menos, como heredera de los movimientos alemanes por la libertad (en este contexto, véase sobre todo la política histórica del presidente Heinemann). Unos buenos ejemplos del debate en Alemania occidental sobre el pasado nazi y su significado para el presente, son la «polémica de los historiadores» de los años ochenta y el «movimiento de talleres de historia» que se dedicaba a analizar *in situ* la historia y localizaba varios lugares para la memoria.

En general, las diferencias entre los dos Estados alemanes eran enormes: por un lado estaba la RDA que pretendía haber conseguido un orden socialista y ser una nación socialista bajo la dirección del SED; y por otro la RFA, en la que en los años ochenta la idea de un Estado nacional incompleto era sustituida poco a poco por la de un Estado posnacional que se caracterizaba por el patriotismo constitucional. En el orden político-social de Alemania occidental, el mercado y el Estado

social parecían haberse unido de forma racional, en lo que se llegaba a denominar el «modelo alemán». La RFA se veía a sí misma como parte del mundo occidental, y esa occidentalización de la cultura política era aceptada ampliamente o incluso se daba por descontada.

Las consecuencias del cambio de 1989-1990 para las dos sociedades y sus respectivas culturas de la memoria

Como es sabido, el cambio de 1989-1990 consistía en dos fases: la caída de la dictadura del partido único y la reunificación que, en realidad, fue la entrada de la RDA en la República Federal. Los ciudadanos y ciudadanas de la RDA abandonaron su anterior Estado. Los de la RFA, en cambio, no veían ninguna necesidad de cambiar nada en el suyo, es decir, también este proceso se realizó de forma asimétrica.

Era bastante inevitable que la imagen que se tenía de la RDA a partir de 1989-1990 fuera muy negativa. La ampliación de los servicios secretos de seguridad del Estado, la llamada *Stasi*, y su papel dentro de la sociedad, en combinación con los muchos inconvenientes durante la dictadura del partido, hacían imposible defender el SED y la República dirigida por él. En este contexto hay que destacar que en 1990 apenas había intenciones de salvar los logros de la RDA para la posteridad en una Alemania reunificada. Unos de los pocos ejemplos positivos serían la liberalización de la legislación acerca del aborto y la «flecha verde» para girar hacia la derecha cuando el semáforo está en rojo. En general, sin embargo, la reunificación suponía un cambio radical y completo de la vida diaria para la población de Alemania oriental. Y pronto se veía que tal cambio resultaba ser un esfuerzo excesivo. Pero eso no era todo. De repente, la RDA y la vida allí se descalificaban de tal modo que la concepción de sí misma de la gente se veía afectada, ya que para la mayoría de la población, el trabajo y la vida individuales no se podían separar de la historia de la RDA y sus estructuras. Muchos empezaban a sentirse como los grandes perdedores de la historia y del presente.

No sólo se disolvía la RDA. Con el Estado acabado, se convertía en obsoleta también toda la cultura de la memoria propagada por él, incluidos los centros de conmemoración y sus rituales. Eso sí, los monumentos no desaparecieron del todo: los centros conmemorativos se mantuvieron y sólo se adaptaron a las nuevas circunstancias. Algunos de los centros de la memoria del movimiento obrero pasaron a depender

de las administraciones regionales. Los que sí desaparecieron por completo son los llamados «gabinetes de tradición antifascista» en las empresas. En cambio, los nombres de las calles no cambiaron todos: sigue habiendo centenares de *Thälmannstraßen* en los cinco nuevos estados federados. Y todos los años en enero, se sigue recordando en Friedrichsfelde (Berlín) el asesinato de los revolucionarios Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg de 1919, en el cementerio socialista. Pero en términos generales, la cultura de la memoria de la RDA se abandonó entre 1989 y los primeros años de los noventa.

El análisis histórico de la RDA y de la división en los años noventa

Después del cambio de 1989-1990, se inició el proceso de análisis del sistema de la RDA que a partir de ese momento se denominaba siempre como dictadura. Este proceso se convertía en un tema muy importante en la política, la justicia, las ciencias y los medios de comunicación. Para ello era muy significativo que el proceso de análisis del pasado nacionalsocialista se había realizado anteriormente. Hay que destacar tanto las pretensiones de sancionar las injusticias cometidas en el Estado del SED como las leyes para indemnizar parcialmente las víctimas que habían sufrido esas injusticias. Las instituciones federales sociales y de justicia se ocupaban del pasado de la RDA. Además, se crearon instituciones nuevas que se encargaban de superar la herencia de la dictadura del partido único: la «Gauck-Behörde» y las pertinentes comisiones parlamentarias de investigación.

La primera se ocupaba de los archivos de la *Stasi* y hacía posible que cientos de miles de personas pudieran consultar la información personal reunida sobre ellas por la policía secreta, para analizar de esta manera su propio pasado. Además, había consecuencias concretas para los que querían seguir trabajando como funcionarios o empezar a hacerlo: si habían trabajado para la *Stasi* en la RDA, tenían que enfrentarse a su pasado. Por otra parte, las comisiones parlamentarias, compuestas por parlamentarios y especialistas científicos aclaraban entre 1992 y 1998 algunas cuestiones básicas en torno a las responsabilidades dentro del sistema del SED, la importancia de la ideología, el papel de la resistencia y del comportamiento rebelde, etc. De forma sistemática, estas comisiones pretendían analizar la historia y la estructura de la dictadura, categorizarla en el contexto de la historia de Alemania, y proponer

posibles soluciones para superar las consecuencias. La importancia de estas comisiones no estaba tanto en los informes voluminosos que elaboraban, sino en el debate público que causaban tanto en los medios de comunicación como en el ámbito académico. Especialmente en la primera mitad de la década de los noventa, las comisiones parlamentarias representaban uno de los catalizadores de la sociedad de la memoria.

En paralelo a las instituciones mencionadas, se desarrollaba además un aparato analítico que se componía de grupos creados en la época del cambio así como de otras entidades. Este aparato que representaba el compromiso cívico con el cambio revolucionario, trabajaba en ocasiones en colaboración con las instituciones federales; en otras, sus relaciones eran más bien tensas. Cuando a finales de los años noventa, este aparato empezaba a tener problemas existenciales, consiguió estabilizarse mediante la creación de la «Fundación para la Investigación de la Dictadura del SED» (Stiftung zur Aufarbeitung der SED-Diktatur). En este contexto, aparte del trabajo de investigación, se expresan también las asociaciones de las víctimas del estalinismo, no sólo para hacer públicas sus reivindicaciones, sino también para avanzar el análisis acerca del sistema del SED. Por otra parte, las fuerzas que defendían la RDA, como el Partido del Socialismo Democrático (PSD), al principio estaban bastante aisladas, pero con los años se han convertido en una parte del sistema político.

En la primera mitad de los años noventa, la historia de la RDA avanzaba también a ser un área de trabajo importante para los historiadores contemporáneos, que incluso atraía más atención que la antigua RFA. Aparte del aspecto de actualidad, la accesibilidad de gran parte de los archivos del sistema del SED estimulaba la investigación sobre la historia de la RDA, centrándose primero en la reconstrucción de los acontecimientos históricos y las estructuras de poder, y luego ampliándose también a las áreas de economía, sociedad y cultura. En este contexto resultan manifiestas las tensiones que existen entre la investigación social realizada por los activistas de los derechos cívicos al final de la época de la RDA y la investigación posterior «occidental», que sólo poco a poco se consiguen tranquilizar. Así pues, las diferencias entre Este y Oeste se manifiestan de las maneras más variadas.

Uno de los aspectos centrales del proceso analítico de los primeros años después de la reunificación era el sistema de poder, en ocasiones irritando a muchos de los ciudadanos de la ex RDA al mirar la realidad

histórica a través de la polaridad blanquinegra de culpables y sistema por un lado, y víctimas y oposición al sistema por otro. Sólo un largo proceso de adaptación consiguió acercar la investigación a la compleja realidad con todos sus matices grises de la vida social cotidiana siempre dominada, eso sí, por el sistema político.

Lo que realmente es importante en el contexto de este artículo es el hecho de que la investigación de la dictadura del SED y sus consecuencias refuerza la asimetría existente entre Este y Oeste. Para empezar, al principio se veía el sistema del Partido Socialista Unificado como la «segunda dictadura alemana», es decir, como cierta analogía con la dictadura nazi, en vez de analizarlo como paralelismo con la República Federal. La historia de la RFA apenas se consideraba dentro de este proceso no por eso menos necesario, con excepción del aspecto de la nuevamente muy discutida política interalemana de los Gobiernos de Bonn.

Lo que no sería correcto es decir que el proceso analítico era el juicio de los alemanes occidentales sobre los orientales. Para contrastar esa teoría sólo hay que recordar que las grandes instituciones de investigación se crearon por iniciativas de los alemanes orientales y que entre ellos mismos hay muchos juicios muy distintos entre sí sobre la propia historia. Incluso podría defenderse la tesis de que las discusiones más controvertidas sobre la historia del sistema del SED y los comportamientos dentro del mismo han tenido lugar entre los alemanes orientales.

Eso sí, se vea como se vea la historia del sistema del SED, éste conducía sin duda a un callejón político sin salida, mientras que la historia de la antigua República Federal se ha celebrado más que nunca como una historia del éxito. La conciencia de que la historia de la RDA tenía también sus elementos positivos, muy significativos para la conciencia histórica de los alemanes de la Alemania reunificada, ha tardado bastante en desarrollarse: por ejemplo, las protestas del 17 de junio de 1953 que apenas se redescubrieron como acontecimiento democrático en 2003, o el otoño de 1989 cuyo peso dentro de la cultura de la memoria alemana está aún pendiente de revelarse.

La importancia de la época nacionalsocialista para la conciencia histórica y la cultura de la memoria

A pesar de que durante la investigación de la dictadura del SED era dominante el consenso antitotalitario –tal y como Jürgen Habermas y otros habían exigido al principio de los años noventa–, esta investigación no consiguió ser un catalizador de la unión, al menos no a corto plazo. Lo que ha ocurrido en realidad es más bien todo lo contrario. Eso lleva a la cuestión de si puede haber otros complejos históricos que puedan cumplir esa función unificadora. En este contexto, habrá que analizar especialmente la importancia que la época nazi puede tener para la Alemania reunificada.

Tanto la RDA como la antigua RFA se autodefinieron como contrarios a la Alemania nacionalsocialista. Sin embargo, hay unas diferencias enormes entre el antifascismo de la RDA y el tratamiento del régimen nazi en la República Federal. También en este aspecto, una vez más, tras la reunificación ha dominado el punto de vista occidental. Cuando desaparecía la RDA, desaparecía también con ella aquel antifascismo que anteriormente había sido utilizado ideológicamente como legitimación de la RDA considerando a la República Democrática como heredera de la lucha antifascista. Ese antifascismo se caracterizaba por el énfasis en los «luchadores antifascistas» por un lado (e incluso la leyenda de la fundación de la RDA con fines antifascistas), y la consideración insuficiente de los diferentes grupos de víctimas de los crímenes cometidos por los nazis, en especial de los judíos, por otro. Esa parcialidad era el objeto de muchas críticas en los discursos a partir de 1989.

Al contrario de las frecuentes preocupaciones –por ejemplo, desde Israel– de que la Alemania reunificada podría convertirse en un «Cuarto Reich» dejando de lado los recuerdos de la época nazi, se veía en los años noventa que el pasado nacionalsocialista se estaba ganando una importancia central para la «memoria negativa» de la Alemania reunificada que, eso sí, parecía estar más presente en el Oeste que en el Este, y sin que tuviera demasiada fuerza integradora. En la Alemania reunificada, el pasado nacional-socialista está más presente que nunca en la conciencia pública, o al menos eso es lo que parece. Los grandes centros conmemorativos instalados en los antiguos campos de concentración y otros lugares de crímenes nazis están en el centro de la cultura de la memoria alemana. En este contexto hay que destacar que los centros

conmemorativos de la ex RDA—que en su día llevaban la denominación de «Centros Conmemorativos Nacionales»—vivieron una remodelación después de 1990 (poniendo en primer plano a las víctimas) y ahora marcan la pauta para los centros conmemorativos de nueva construcción en toda Alemania: por una vez pueden notarse las características de una cultura de la memoria común. En este contexto, cabe destacar que en 2005 se inauguró después de un largo proceso de debate el «Monumento a los judíos asesinados de Europa» en el centro de Berlín. Es probable que sin la reunificación este monumento no se hubiera construido, al menos no en el mismo lugar.

En general, el gran número de debates variados demuestra que el nacionalsocialismo sigue siendo el principal tema histórico-político en la Alemania unificada. Esto se nota tanto en la discusión alrededor de las responsabilidades de ciertos grupos de profesionales en el «Tercer Reich»—como los médicos, los letrados y también los historiadores—en los años noventa, como en el debate respecto a la historia de la memoria de la época nazi y de sus crímenes, síntoma sin duda de la distancia en el tiempo cada vez mayor. Nuestra relación con esa época y sus terroríficos acontecimientos se caracteriza por una extraña conexión entre la distancia temporal y la importancia indiscutible que tiene para el presente.

Últimamente, se recuerda también más a menudo el sufrimiento de los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial y la posguerra: la expulsión violenta de los alemanes de los territorios perdidos, los bombardeos de las ciudades, los niños de la guerra, etc. La idea que hay detrás no es la de una revancha. Los objetivos revisionistas pueden observarse sólo en una minoría de los casos. En realidad, se trata más bien de una ampliación de los temas de la cultura de la memoria, dependiendo también de ciertos grupos de edad.

En la actualidad, el pasado nacionalsocialista y, como acontecimiento destacado, el Holocausto, tienen una importancia central para la conciencia y la identidad alemanas, más allá de todos los debates. Resulta evidente en Alemania que la restauración de una conciencia nacional tradicional es imposible. Sobre el fondo de la historia se ha ido desarrollando una conciencia histórica que no está libre de tensiones variadas, pero que se basa en la democracia y en los valores de la sociedad civil.

Las líneas de tensión dentro de la conciencia histórica de la Alemania reunificada

En 1989-1990 se restauró el Estado-nación alemán, pero esto no supuso la reconstrucción de un Estado-nación tradicional e inmaculado. Tal vez por eso quepa denominarlo, con las palabras de Heinrich August Winkler, «Estado-nación posclásico». Las múltiples tensiones –productos de la complicada historia de Alemania y también de los dos Estados alemanes– son manifiestas y marcan tanto la memoria como la cultura de la memoria. Cabe destacar cinco de ellas:

a) Sobre todo, los alemanes tienen que superar la experiencia de dos dictaduras de las que una afectó a todos los alemanes, la otra sólo a una parte de ellos. El problema consiste en superar las dos juntas. De vez en cuando, por ejemplo en el debate alrededor de los centros conmemorativos o en el contexto de las asociaciones de víctimas, se nota una latente situación de competencia. Parece tener razón Jorge Semprún cuando dice que los alemanes, tras vivir en el siglo xx dos dictaduras totalitarias opuestas, están llamados de forma especial a superar las dos y contribuir a que ocupen un puesto en la memoria europea. Esto no significa que las dos dictaduras se equiparen. Más bien habrá que entenderlas de forma diferenciada. Hay que prestar especial atención a no compensar una con la otra. Precisamente allí está el punto en el que a menudo se inician las discusiones.

b) Otras líneas de tensión están en la memoria del nacionalsocialismo. En la actualidad, se suelen transmitir los recuerdos de diferentes grupos de esa época histórica: los culpables, las víctimas, los pasivos que se quedaban mirando, los soldados, los civiles, los expulsados, etc. No hay duda de que cada uno de estos grupos está intentando ocupar su lugar en la memoria colectiva. Pero no por eso hay que dejar de dibujar la imagen del proceso histórico integral, con sus ponderaciones y categorizaciones, y el debido reconocimiento de las víctimas de todos los grupos.

c) Algo parecido puede decirse de la dictadura del SED aunque hay que tener en cuenta que la realidad social del pasado no puede describirse suficientemente debido a la polaridad existente entre culpables y víctimas. También aquí existe una situación de competencia entre las memorias de los grupos, que habrá que integrar en una imagen total aunque parece ser que se va a tardar bastante antes de llegar a un consenso.

d) Otra línea de tensión en la memoria actual de Alemania es la que existe entre las tradiciones negativas y positivas. Sin duda, en primer plano están las experiencias de las dictaduras, los crímenes y las injusticias, pero además están las tradiciones de resistencia. También la historia alemana tiene sus movimientos de libertad, a los que actualmente se está prestando muy poca atención en la conciencia pública.

e) Finalmente, no hay que olvidar que aparte de las tensiones que hay entre las memorias de la antigua RFA y la RDA, debido a la compleja relación histórica entre las dos, existen también las historias regionales con su propia importancia. El futuro enseñará en qué medida la conciencia de la RDA que se ha ido desarrollando desde 1990, se convertirá en una componente de cultura regional.

Resumiendo, el tema de la conciencia nacional se presenta como un conglomerado complejo. Parece ser evidente que en Alemania una identidad nacional consistente o incluso monolítica es inconcebible, debido a la historia complicada del país, que se refleja en una multitud de culturas de memoria diferentes. Por un tiempo indefinido, la identidad alemana es posible solamente como un «haz de identidades» (Michael Jeismann). La historia más reciente de la división del país desde la Segunda Guerra Mundial refuerza aún más esa característica.

La sociedad alemana tiene que tratar con memorias variadas, incluso contrarias. Por lo tanto, la cultura de la memoria en Alemania se puede concebir sólo como un proceso contradictorio. Y precisamente por eso, los alemanes cumplen unas condiciones especiales para construir una cultura de la memoria europea, no para sustituir las diferentes culturas de la memoria nacionales, sino para unirlas en un contexto comunicativo; una cultura de la memoria que tenga en cuenta no sólo las diferencias, sino también la conciencia de una Europa común. Este desafío existe tanto en España como en Alemania. Incluso ahora ya hay más comunicación entre los diferentes discursos nacionales acerca de las políticas de la memoria en los diferentes países europeos de lo que se cree.

Juan Aranzadi

Historia y nacionalismos en España hoy

Antes de entrar en materia, quiero exponer brevemente cuál es, en mi opinión, la diferencia entre «Historia», «memoria» y «memoria histórica», y por qué prefiero hablar de «nacionalismos» que de «identidades nacionales».

El término «Historia», además de haber sufrido desde Tucídides hasta hoy cambios sustanciales de significado, arrastra la confusa polisemia derivada de designar a la vez «los acontecimientos ocurridos en el pasado» y «el relato escrito de esos acontecimientos», así como también –al menos en castellano– la engañosa ambigüedad producida por confundir con frecuencia lo que los ingleses distinguen como *history* y como *story*. Sin embargo, los historiadores de las más diversas tendencias teóricas estarían probablemente de acuerdo en que la disciplina académica que practican, la Historia, implica como mínimo una narración con sentido acerca de acontecimientos del pasado documentalmente verificados, una narración que intenta explicarlos, comprenderlos, interpretarlos, o cuando menos encontrarles o atribuirles un sentido o significación relevante para los lectores o destinatarios de dicha narración.

Aunque con frecuencia oculto y sobrentendido, el principal efecto retórico de toda narración histórica es que aquel personaje del relato, personaje individual o colectivo, que el cronista o historiador elija como protagonista de su historia –sea éste un dios, un rey, un linaje, un Estado, un pueblo, una nación, España o Alemania por ejemplo– se transmutará a ojos del lector en sujeto de la historia fáctica efectiva, en un «alguien» con esencia definida y existencia incuestionable a quien le ocurren, como agente y como paciente, los acontecimientos del pasado que se narran.

La primaria y principal acepción del término «memoria», sin embargo, remite a una facultad psicológica de los individuos, a una facultad que poseen todos los seres humanos, analfabetos o letrados, y no

sólo aquellos que se especializan en indagar profesionalmente en el pasado y en escribir la Historia. Esa facultad consiste básicamente en una triple capacidad: capacidad de grabar en la mente, de forma tanto deliberada como involuntaria, una «huella» de los acontecimientos vividos en forma de «representaciones mentales» de distinto tipo, capacidad de conservar y almacenar consciente e inconscientemente esas «huellas» y «representaciones», y capacidad de traerlas nuevamente a la conciencia o rememorarlas tanto de forma voluntaria como azarosa.

Hablando con propiedad, el sujeto de esa triple capacidad mnemónica interconectada es siempre un individuo, y sólo el uso y abuso retórico de la analogía orgánica a que nos tienen acostumbrados desde Platón las ciencias políticas y sociales dotan de una apariencia de sentido a expresiones de inequívoca raigambre durkheimiana como «representaciones colectivas» o «memoria colectiva», expresiones que solicitan para adquirir significado la presuposición de la existencia de sujetos colectivos del tipo, precisamente, de los que promocionan los historiadores que escriben la Historia, es decir, pueblos, naciones, civilizaciones y culturas como, por ejemplo, España y Alemania.

Es cierto que, para escribir sus historias, algunos historiadores de un pasado reciente del que aún quedan protagonistas y testigos vivos tienen sin duda en cuenta, además de documentos escritos, las elaboraciones discursivas a posteriori –en forma de relatos orales o escritos– de los recuerdos y rememoraciones de algunos de esos testigos; pero propiamente hablando no puede decirse que el conocimiento y el relato histórico del pasado producido y expuesto por los historiadores constituyan el recuerdo o la memoria de nadie o puedan ser legítimamente denominados «memoria histórica» de nadie.

La Historia no es en modo alguno memoria, pero contribuye a constituir –mediante la conversión en canónicos de algunos de sus relatos y episodios, mediante su conversión en mitos políticos y su periódica conmemoración ritual y evocación monumental– el patrimonio simbólico de los Estados nacionales, patrimonio político del que forma parte lo que actualmente suele denominarse «memoria histórica», aunque quizá fuera más exacto denominarlo «historia mnemotécnica», pues constituye una técnica política de manipulación de la Historia convertida en mito con objeto de suscitar y dirigir ritualmente la evocación mnemónica y la imaginación de los ciudadanos, estimulándoles a la construcción simbólica de esas comunidades imaginadas que son las naciones.

Así entendida, la memoria histórica o historia mnemotécnica constituye un ingrediente fundamental de toda ideología nacionalista, y su sacralización e implementación ritual por los distintos aparatos culturales, mediáticos y educativos del Estado o por otras instituciones sociales, como partidos políticos o movimientos nacionalistas, tiene como función primordial suscitar y reforzar la identificación imaginativa y emocional de los individuos con esa ideología generadora de la identidad nacional.

Veamos un ejemplo, especialmente relevante para Alemania, de la importancia de estas distinciones. A quien haya leído las memorias de Primo Levi, de Jean Améry o de cualquier otro superviviente de los campos nazis de exterminio le resultará evidente la infinita distancia y la absoluta heterogeneidad que existe entre la compleja, trágica y difícil rememoración individual del Holocausto por parte de sus víctimas y la ideologizada conmemoración ritual por parte de los Estados europeos de ese episodio histórico convertido en mito fundacional de su memoria histórica. Lo que diferencia la memoria individual de la memoria histórica del Holocausto es que esta última es hija de la Historia, es decir de la narración e interpretación por parte de los historiadores de unos hechos inevitablemente vistos y categorizados desde una u otra ideología y puestos al servicio de una u otra política.

Y los dilemas ideológicos de cualquier memoria histórica o conmemoración ritual del Holocausto comienzan pronto. Comienzan, por ejemplo, con la categorización misma de sus víctimas: ¿seis millones de judíos o seis millones de europeos de origen judío?, ¿seis millones de judíos o seis millones de alemanes, polacos, franceses, italianos, rusos, etc. de origen judío, la mayoría de los cuales eran cristianos, ateos o agnósticos y entre los cuales sólo una minoría profesaba el judaísmo o se adhería ideológicamente al sionismo? Para un nazi, para un antisemita, para un sionista y para un judío de observancia rabínica, la respuesta es clara («seis millones de judíos»), pues todos ellos coinciden en considerar que se nace judío, que la condición de judío se transmite biológicamente por vía matrilineal y que no se puede dejar de ser judío aunque se abandone el judaísmo por otra religión o por ninguna. Pero quien no sea nazi ni antisemita ni sionista ni profese el judaísmo no podrá encontrar ninguna razón confesable para considerar judíos a los millones de compatriotas europeos –alemanes, polacos, franceses, rusos, italianos,

etc.— a quienes los nazis asesinaron por su total o parcial, próxima o lejana, ascendencia judía.

El hecho de que así sea y, sin embargo, todos los Estados europeos que conmemoran el Día del Holocausto no vean problema alguno en categorizar a sus víctimas como judíos y no como europeos compatriotas no deja de teñir esas conmemoraciones con una inquietante significación ideológica etnicista, al tiempo que obliga a poner en duda que su función política tenga algo que ver con el recuerdo de las víctimas, con su memoria. Quien haya leído *El séptimo millón*, del periodista e historiador israelí Tom Segev, no dejará de percibir una cruel ironía en el hecho añadido de que en todas esas actualizaciones de la memoria histórica del Holocausto nazi se acepte unánimemente al Estado de Israel como legítimo representante de las víctimas del horror nazi.

La Historia no es nunca memoria. La Historia es siempre ideología y lo es especialmente cuando se disfraza de ciencia, de registro y relato «objetivo» del pasado. Y las historias nacionales o historias de naciones, las historias de España o de Alemania, son siempre el núcleo y fundamento de las ideologías nacionalistas que guían los usos políticos de la memoria histórica que sobre aquéllas se construye: los monumentos y conmemoraciones contruidos y promovidos por los Estados nacionales o los partidos y movimientos nacionalistas no son nunca recuerdo o memoria fiel del pasado, sino un estímulo ideológicamente dirigido de la imaginación de los individuos, incitación a superponer sobre la memoria individual una interpretación políticamente orientada del recuerdo, la actitud o la opinión personal.

Con resultados ciertamente ambiguos y paradójicos en ocasiones. En España se discute hoy, por ejemplo, qué hacer o dejar de hacer con ese monumento de la memoria histórica del franquismo que fue el Valle de los Caídos, y hasta en un caso de significación tan inequívoca como éste hay quien defiende, sin aparente cinismo, su interpretación como monumento a los caídos de los dos bandos de la Guerra Civil española, algo que produciría sin duda una cierta perplejidad a los republicanos y rojos vencidos y presos que se vieron forzados a construirlo.

Hay, sin embargo, en Madrid un monumento que, aunque construido con la intención deliberada de servir como símbolo de la «reconciliación nacional» de los dos bandos de la Guerra Civil, no por ello deja de transmitir un significado ambiguo, cuyas incongruencias internas son probablemente el motivo de que haya caído en el más completo olvido.

El 22 de noviembre de 1985 el rey de España inauguró en la madrileña Plaza de la Lealtad un monumento a todos los caídos en la Guerra Civil sin distinción de bando, situado —para producir un fácil deslizamiento metonímico en su interpretación patriótica— junto a un monolito dedicado a las víctimas de los invasores franceses el 2 de mayo de 1808. Sin embargo, cuando uno lee la placa conmemorativa que dice «Honor a todos los que dieron su vida por España», sabiendo que se refiere a personas que en modo alguno dieron su vida por salvar a España de tropas extranjeras invasoras —como supuestamente hicieron los fusilados el 2 de mayo por las tropas napoleónicas— sino que se mataron los unos a los otros en lucha por dos ideas de España, por dos Españas que muy poco tenían en común salvo su nombre, siente inevitablemente que, por muy buena voluntad que en ello se ponga, se está agravando la inteligencia y la ética de los muertos de ambos bandos, a quienes se desposee de sus propios anhelos y razones para convertirles en zombis inmolados en absurdo sacrificio a una común madre-patria, a una España complacida en «devorar su propia lechigada», cuya bandera no puede saberse si es la franquista, la republicana, la constitucional o un imposible híbrido de las tres.

Hay algo de grotesco en satanizar la Guerra Civil y santificar a la vez a quienes la hicieron rindiéndoles un homenaje conjunto, pues no hay en los hombres resorte psicológico alguno que permita la identificación simultánea con el asesinado y con el asesino, excepto si se insulta a la vez a ambos llamándoles locos y se elige, en consecuencia, entre privarles por ello de todo derecho a nuestro reconocimiento y homenaje o, por el contrario, concedérselo piadosamente al tiempo que blasfemamos contra la esquizofrénica y sádica madre-patria que provocó su antagónica locura. La piedad para con aquellos españoles muertos como locos sólo podría ejercerse entonces renegando de España, no en su nombre, y el monumento a todos los caídos en la Guerra Civil quedaría así convertido, en contra de su proclamada intención, en un alegato contra la nación.

Cabe sospechar con fundamento que cualquier modalidad de memoria histórica de la reconciliación de los dos bandos de la Guerra Civil española, lejos de ser fiel a la memoria individual de vencedores y vencidos, esté condenada a traicionarla y falsearla. Y ése es probablemente el precio inevitable de interponer entre las memorias individuales y la memoria histórica el filtro de la ideología, el filtro de la Historia y su

funcionalidad política, el filtro –especialmente– de la historia nacional y la ideología nacionalista.

Pero si eso ocurre con la memoria, no hay nada sin embargo que obligue a los historiadores, a las universidades, las editoriales y los medios de comunicación a doblar y reforzar ese inevitable desajuste entre memorias individuales y memoria histórica –mucho mejor aceptado por los vencedores que por los vencidos, por los franquistas que por los resistentes al franquismo– con un conjunto injustificable de agravios añadidos a la memoria de los vencidos en la Guerra Civil y a la memoria de los resistentes al franquismo: el silencio historiográfico sobre ciertos episodios y fenómenos (como el maquis o la amplitud e intensidad de la represión franquista en la guerra y en la larga posguerra), la atención selectiva prestada a otros hechos más acordes con la imagen deseada de España (como la «modernización» económica y social bajo el franquismo) y la interpretación un tanto edulcorada y embellecida de la Monarquía y de las fuerzas políticas que jugaron un papel protagonista en la llamada «transición a la democracia».

Nada hacía obligatorio o necesario el olvido historiográfico y mediático de unos españoles, con la consiguiente sordera e inatención a su memoria, ni la desmesurada y casi hagiográfica atención prestada a otros. Y sin embargo ocurrió, ¡vaya que si ocurrió!

La memoria humana tiene la particularidad de ser mucho más sensible al dolor y al fracaso que al placer y el éxito: los momentos buenos se olvidan pronto y el recuerdo del dolor sufrido perdura mucho más que la memoria del dolor causado. Eso hace que el verdugo olvide o manipule su pasado con mucha más facilidad que la víctima; eso hizo que –después de la Guerra Civil española y la larga represión franquista– los vencedores y sus hijos, los represores y los privilegiados, olvidaran o manipularan ese duro y oscuro pasado mucho más fácilmente que los vencidos y sus hijos, que los oprimidos y los perseguidos, los torturados y encarcelados por el franquismo. Por eso los vencedores en la guerra y sus herederos políticos, los franquistas de dos o tres generaciones, vivieron con alivio y normalidad los olvidos historiográficos de los ochenta y los noventa, con tanta normalidad que algunos llegaron a creer y a defender que el pasado había sido así; pero por eso también las doloridas memorias individuales de los vencidos y de los antifranquistas se resistieron tenazmente a ese olvido y la rememoración de su pasado siguió disponible para el historiador que quisiera escucharla.

Lo que está ocurriendo en los últimos años en España no es que se esté recuperando la memoria, pues somos legión los que, desgraciadamente, nunca la perdimos, porque era una memoria herida, humillada, dolorida. Lo que está ocurriendo es que los historiadores, las editoriales y los medios de comunicación están prestando atención a esas memorias nunca perdidas y que la investigación, conocimiento y relato de episodios, fenómenos, períodos y gentes hasta hace muy poco olvidados y preteridos está ingresando en la Historia.

Un buen ejemplo de esto es lo ocurrido con el maquis, con la resistencia armada al franquismo en la posguerra, cuyos miembros fueron inicialmente conocidos como «los huidos» porque su principal motivo para echarse al monte fue sobrevivir, huir del exterminio de rojos planificado por el franquismo. Algunos de los historiadores que comenzaron sus investigaciones hace décadas y que sólo recientemente han podido publicar sus libros han contado cómo algunos prestigiosos historiadores y autoridades académicas de la universidad les desaconsejaban elegir ese tema como tesis doctoral, así como las dificultades «oficiales» de todo tipo a que su trabajo ha tenido que enfrentarse. Por fortuna, su perseverancia, finalmente recompensada por un creciente interés de los medios de comunicación y del público, les permitió rescatar a tiempo para la Historia muchas memorias individuales que sin su tarea se habrían olvidado irremisiblemente. Qué decida hacer o no hacer la mal llamada memoria histórica con esa Historia es ya otro cantar.

Lo que en los últimos años se está produciendo en España no es un cambio en las memorias, no es una rememoración de algo olvidado. Es un cambio en la Historia, en la actitud de los historiadores, de los políticos y de los medios de comunicación hacia hechos, personajes, episodios y fenómenos del pasado sobre los que durante el largo período llamado de «transición a la democracia» y hasta hace muy poco se prefería no fijar la mirada pública. Es un cambio en la ideología, en la actitud ideológica con que se contempla, se analiza, se desvela, se disfraza, se encubre, se manipula o se oculta ese pasado, incluido el inmediato pasado —el período de «la transición»— que decidió ignorarlo.

En mi opinión, el reciente y creciente interés historiográfico y mediático por el período franquista, la Guerra Civil y la República —y en este punto enlazo el tema de la Historia con el de los nacionalismos en España hoy— sólo puede entenderse en el marco del intento de regeneración ideológica del nacionalcatolicismo español emprendido durante

la última década por Aznar y los Gobiernos del PP. Y ese intento, por ahora medio frustrado, sólo puede entenderse sobre la base del notable éxito previo en la mitificación de la transición democrática, pues el olvido historiográfico y mediático del franquismo, la Guerra Civil y la República entre 1975 y finales de los noventa no es sino la otra cara de la leyenda de la transición.

Cuando hablo de mito o leyenda de la transición no me refiero sólo ni principalmente, aunque también, al «pacto de silencio» sobre el reciente pasado y sobre el mismísimo presente que todo el mundo acepta que existió: silencio sobre la represión franquista, sobre la persistencia de las torturas policiales, sobre la guerra sucia contra ETA, sobre el papel de las Fuerzas Armadas, sobre la instauración franquista de la Monarquía, sobre las sombras de la dinastía borbónica, etc. A lo que me refiero fundamentalmente es al mito historiográfico sobre el supuesto motivo político de ese «pacto de olvido»: la reconciliación de los españoles y su común voluntad de no hurgar en las heridas del pasado para evitar así el supremo mal de una guerra civil siempre acechante.

Afirma la leyenda que la moderación y madurez del pueblo español, cuyo correlato en la clase política fue la búsqueda incesante del consenso, permitió una transición ejemplar a la democracia que evitó a España la guerra civil y el crónico agonismo de los dos últimos siglos. Evitar a toda costa la repetición de la guerra civil habría sido, según la leyenda, la obsesiva voluntad del pueblo español y de los políticos de la transición.

Es posible que fueran muchos los que llegaron a creer en ese mito, pero lo cierto es que no hubo nunca, en el tercio final del siglo xx, ni el más ligero peligro de que se produjera en España nada ni remotamente parecido a la Guerra Civil. De lo que sí hubo un riesgo constante durante décadas —riesgo que se hizo bien real el 23 de febrero de 1981— fue de golpe militar. En mi opinión, lo que ha pasado a la leyenda como temor al peligro de repetir la Guerra Civil no era, en realidad, sino miedo a un ejército golpista que marcó de modo muy claro los límites de lo que era políticamente posible: ese miedo y esos límites condicionaron poderosamente el consenso político en torno al reconocimiento de la Monarquía instaurada por Franco y en torno al texto de la Constitución de 1978, especialmente su Preámbulo.

Eso explica que en España hubiera una transición a la democracia, bajo la forma de una Monarquía parlamentaria restaurada por segunda

vez, y no, como antes hubo en Italia y Alemania, una recuperación de la democracia bajo la forma de restauración de la legalidad republicana. Y aunque, políticamente, la legitimación democrática a posteriori de la Monarquía parlamentaria española sea absolutamente intachable, desde el punto de vista de la Historia, la necesidad ideológica de situar al rey al margen y por encima de «las dos Españas» por fin reconciliadas y la necesidad política de no ofender ni enfadar a un ejército mayoritariamente franquista decidido a ejercer su control y su tutela sobre el consenso de los políticos, obligaron a silenciar o falsear cualquier fenómeno o personaje histórico que tuviera una conexión directa o remota con la sublevación franquista y con la larga cadena de crímenes de la dictadura.

En la visión del pasado promovida por esa desmemoria histórica del período de la transición, sobre la imagen sincrónica de los dos bandos enfrentados en la Guerra Civil se fue superponiendo la imagen diacrónica de dos períodos históricos de signo opuesto, la República y la dictadura franquista, de tal forma que el período anterior a la República, a la Guerra Civil y al franquismo, la Monarquía española representada como eterna, aparecía fraudulentamente como imagen supra-histórica de la reconciliación de los dos bandos enfrentados en la guerra, y la culpabilidad por el desencadenamiento de ésta —exonerados los monárquicos «de centro»— se repartía entre republicanos y franquistas, entre la izquierda y la derecha, diluyéndose así la responsabilidad intransferible de la sublevación militar que la provocó y que la derecha democrática española ha tardado más de treinta años en condenar.

Esa imagen del pasado promovida por los interesados silencios de la transición se convirtió, durante los años de Gobierno del PP, en ideología explícita defendida por historiadores de amplia difusión mediática, que han canonizado y divulgado masivamente la tesis de que la Guerra Civil española comenzó con la Revolución de Asturias de 1934 y que, por tanto, fue la izquierda revolucionaria, con el PSOE incluido, la principal causante de la misma.

La revisión histórica de la España de la primera mitad del siglo xx, realizada desde una descarada perspectiva de derechas, exculpatoria de la sublevación militar y embellecedora de un franquismo presentado como modernizador de España, ha sido, durante la última década, sólo uno de los ingredientes ideológicos del intento aznarista de regeneración simbólica del nacionalismo español.

La declarada voluntad de Aznar de «devolver a España al lugar que le corresponde» y volver a hacerla «una, grande y libre», voluntad que le impulsó a formar parte de un «trío de las Azores» que parece un símbolo de la *traslatio Imperii* y que nunca ocultó su admiración por la Monarquía hispánica de los Reyes Católicos y de los Austrias, ha tenido durante los años de Gobierno del PP manifestaciones simbólicas de diverso tipo: desde algunas de carácter grotesco, como la boda principesca de su hija en El Escorial o el sainete bélico de Perejil, hasta otras de un maquiavelismo político de moralidad más que dudosa, como la desvergonzada utilización partidista del antiterrorismo y la conversión de las víctimas de ETA en mártires de la unidad de España y de la Constitución para poder así proclamar su carácter sagrado e inmodificable.

En el terreno político, es digno de destacar que uno de los ingredientes de esta renovación ideológica del nacionalismo español haya sido un intento de devolver a la Iglesia católica su poder institucional y su papel privilegiado de educadora de los españoles, un intento de subirse a la ola de la contrarreforma católica emprendida por Juan Pablo II de la mano del Opus Dei, los Legionarios de Cristo y Camino Neocatecumenal, un intento –en definitiva– por adaptar el viejo nacionalcatolicismo español a los nuevos tiempos democráticos.

En el terreno historiográfico, además del ya citado revisionismo de la historia española contemporánea, cabe destacar la promoción mediática de numerosas biografías apologéticas de los monarcas responsables de la pasada grandeza imperial de España, la reivindicación de la Reconquista y de la larga lucha de «España contra el Islam» como antecedente de la cruzada de Bush contra el terrorismo islamista y, sobre todo, el énfasis patriótico en la antigüedad de España y en su inmemorial unidad, énfasis que llevó a un prestigioso historiador a escribir nada menos que una «Biografía de España» y que alcanzó su punto álgido en una serie de TVE titulada *Memoria de España* que comenzaba nada menos que con el Big Bang.

Es muy cierto que esta regeneración ideológica del nacionalcatolicismo español, en cuyo marco se inserta la citada historiografía patriótica, es en buena medida, como lo fue también en parte en el pasado, una reacción a la creciente presión sobre el Estado central de los nacionalismos periféricos, especialmente del vasco y el catalán. La novedad de la situación actual de los nacionalismos en España es, en mi opinión, doble:

1. En primer lugar, desde un punto de vista político, se ha producido un cambio paradójico. Durante la transición, el poder fáctico que a los nacionalistas españoles concedía la tutela militar del Estado iba acompañado del desprestigio ideológico del nacionalcatolicismo franquista y del paralelo respeto que a los nacionalismos vasco y catalán, cuyo poder político se fue labrando lenta y costosamente, otorgaba su larga resistencia al franquismo. En la actualidad, el poder político de los nacionalismos vasco y catalán es un poder consolidado en sus respectivos territorios aunque su prestigio ideológico haya menguado notablemente, sobre todo el del nacionalismo vasco, seriamente afectado por su asociación simbólica con el terrorismo de ETA, mientras que el nacionalismo español se ha liberado de complejos y se afirma sin vergüenza, aunque no disponga ya de un ejército golpista como brazo ejecutor, y el influjo social de la Iglesia católica se halle muy disminuido.

2. En segundo lugar, desde un punto de vista historiográfico e ideológico, los nacionalismos vasco y catalán, especialmente, y en menor medida el gallego, han sido objeto desde hace décadas de un intenso y escrupuloso análisis teórico y de una cuidadosa demolición crítica de sus mitos, lo cual hace que podamos disfrutar en la actualidad de un adecuado conocimiento de su historia, de sus variantes ideológicas, de sus objetivos y de sus estrategias políticas, y nos permite una razonable prognosis acerca de su futuro. Sin embargo, el análisis crítico del nacionalismo español se halla, comparativamente, en pañales y buena parte de sus mitos constitutivos siguen gozando entre historiadores y científicos sociales de una vigencia que sin duda no merecen. Ello hace que carezcamos de fundamento analítico suficiente para contestar esas dos preguntas:

- a. ¿Es quizá inevitable que cualquier intento de regeneración del nacionalismo español acabe configurándose con arreglo al molde ideológico preestablecido del nacionalcatolicismo franquista?
- b. ¿Qué futuro político tiene el nacionalcatolicismo aznarista sin un ejército golpista dispuesto a salvar, en última instancia, la amenazada unidad de España, y con una Iglesia católica seriamente debilitada en su poder y en su influencia sobre las conciencias de los españoles?

La precondition de que podamos algún día contestar a estas preguntas es que perdure y se profundice el clima ideológico recientemente

instaurado en España, cuya característica principal no es la recuperación de la memoria histórica sino el restablecimiento de la libertad de investigación histórica y del análisis político sin tabúes ideológicos ni tutelas militares.

El trabajo de la memoria activa

Emilio Silva Barrera

El trabajo de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica

Será preciso, en primer lugar, situar el contexto sociopolítico, en el cual la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica está llevando a cabo su labor, intentando recuperar la memoria de nuestros antepasados; hombres y mujeres que recibieron con alegría la instauración en España de la Segunda República, la llegada de la primera democracia formal que ha existido en España, y que tras el golpe de Estado franquista del 18 de julio de 1936 fueron desaparecidos física y socialmente durante toda la dictadura y buena parte de nuestra recuperada democracia.

Hablar de cultura de la memoria en España es hablar de un trauma. Nuestra sociedad tiene una relación especialmente difícil con la historia de su Guerra Civil y su dictadura franquista. Un ejemplo claro: el 22 de noviembre de 2003 se cumplieron cuarenta años del asesinato de John F. Kennedy. Los medios de comunicación españoles se volcaron en el tema; incluso un canal de televisión de cobertura en todo el Estado emitió, durante esa semana, un reportaje diario exponiendo todas y cada una de las distintas teorías acerca del crimen. También hicieron lo mismo los suplementos semanales de los principales periódicos, tratando el aniversario del magnicidio cometido en la ciudad de Dallas como un acontecimiento de la máxima relevancia y trascendencia para nuestra sociedad.

Pero lo curioso es que dos días antes, el 20 de noviembre, se cumplía un nuevo aniversario de la muerte del dictador Francisco Franco. Se trataba del día en que los habitantes de mi país comenzaron a dejar de vivir en una dictadura. Pero esa semana, y ese día, ninguna televisión habló del tema, ningún semanario de información publicó un extenso reportaje, ningún suplemento dominical relató lo que había supuesto aquel acontecimiento, que había cambiado objetivamente la vida de millones de personas: nuestra vida. Tampoco hubo ninguna institución que

conmemorase la citada fecha. Apenas dos periódicos recogieron una protesta hecha por la asociación a la que represento, por el hecho de que los adeptos y nostálgicos del régimen franquista no pagaban en ese día la entrada para acceder al Valle de los Caídos, el mausoleo donde se encuentra enterrado el militar golpista, Francisco Franco, y que se mantiene y conserva, a día de hoy, con los impuestos de todos los españoles.

La primera pregunta que yo me hago, como ciudadano que trata de entender lo que ocurre a su alrededor, es ¿cómo es posible que tantos años después un acontecimiento de esas dimensiones siga permaneciendo conmemorativamente oculto, como si no hubiera existido? ¿Qué ha ocurrido para que no se celebre el final de uno de los períodos más oscuros de nuestra historia? ¿Por qué los españoles que se alegraron de la muerte del dictador y del final de su régimen no manifiestan públicamente el recuerdo de aquello que sintieron?

Desde el regreso de la democracia a nuestro país esa patológica y extraña relación sobre el pasado se mantiene. Durante años se nos ha querido hacer ver el proceso por el que la democracia volvió a España como algo ejemplar, exportable al resto del planeta. Yo jamás me podría sentir orgulloso de ese proceso político hecho en mi país: una transición que dejó a más de 30.000 hombres y mujeres en las cunetas, desaparecidos física, social e históricamente; personas que murieron por defender la democracia, por perseguir una sociedad más justa y que no han tenido derecho ni a una sepultura digna, ni a un buen nombre, en un país donde todavía hoy existen numerosos monumentos y calles dedicados a los militares golpistas, que junto a Franco iniciaron el exterminio de una forma de ver el futuro del país, incluidos a miles de hombres y mujeres que portaban, difundían y defendían esas ideas.

El proceso por el que la sociedad española abandonó la dictadura franquista está siendo estudiado en todo el mundo. La misma palabra «transición» ocultaba (y aún lo hace) un hecho histórico especialmente relevante: que durante los años de la Segunda República había existido en España una democracia, desde que en noviembre de 1933 los hombres y las mujeres pudieron elegir a sus máximos representantes políticos en unas elecciones con sufragio universal. Por tanto, cuando murió el dictador, la sociedad española se adentró en un proceso de recuperación de la democracia; pero las elites políticas que bautizaron aquel proceso como una simple transición, estaban construyendo una ruptura,

un olvido de la primera democracia que pudo disfrutar nuestro país, al no definirlo como una transición para recuperar la democracia.

Numerosos sociólogos y politólogos españoles han intentado en estos años debatir acerca de cuándo ha terminado la transición española. Unos dicen que fue con la gran manifestación celebrada tras el golpe de Estado de febrero de 1981; otros la consideran liquidada cuando el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) obtuvo la victoria en unas elecciones generales, alcanzando el poder una fuerza política que había sido clandestina durante la dictadura; otros aseguran que fue la victoria del Partido Popular (PP), en marzo de 1996, lo que permitió acceder al Gobierno a una derecha elegida democráticamente. Lo que sí parece claro, haya terminado o no la transición, es que ha dejado numerosas cuentas pendientes, que tiene mucho que ver con cómo y quién diseñó ese proceso político y lo que se quiso lograr con ello.

El 14 de octubre de 1977, en el Congreso de los Diputados, se aprobó la Ley de Amnistía. Dos de los partidos que la votaron fueron el PSOE y el Partido Comunista de España (PCE), que públicamente se manifestaron entusiasmados con su aprobación. Ante la sociedad española la ley se presentó como una conquista de los demócratas, como la oportunidad para que unos pocos centenares de presos políticos abandonaran la cárcel y se normalizara su situación. Pero la citada ley dice en su Artículo Segundo, inciso f) que están comprendidos en la amnistía: «Los delitos cometidos por los funcionarios y agentes del orden público contra el ejercicio de los derechos de las personas». Eso quiere decir, básicamente, que todos los funcionarios del Estado que cometieron violaciones de derechos humanos durante los años de la dictadura quedaban impunes y libres de todo cargo. Pero lo más difícil es tratar de entender cómo los partidos cuyos militantes habían sido perseguidos, torturados y, en algunos casos, asesinados por la dictadura, habían aprobado la impunidad y el punto y final para los responsables de tales delitos. Algo que esperemos que algún día nos expliquen los responsables y protagonistas de aquel proceso político.

Lo que ocurrió en ese momento es que los partidos mayoritarios de la izquierda española comenzaron, con la aprobación de esa ley, la construcción de un olvido que ha comenzado a evaporarse en los últimos años, y no precisamente por su voluntad o su esfuerzo.

A menudo las cosas pequeñas sirven para explicar acontecimientos grandes. Eso es lo que en cierto modo ha ocurrido con el actual proceso

de recuperación de la memoria histórica que ha iniciado la sociedad civil en los últimos años. En octubre del año 2000, en la carretera de la localidad leonesa de Priaranza del Bierzo, un grupo de arqueólogos, forenses y voluntarios comienzan a cavar una fosa común. En ella se encuentran los restos de trece hombres republicanos, civiles, que murieron asesinados por un grupo de pistoleros falangistas, el 16 de octubre de 1936. Entre ellos se encontraban los restos de mi abuelo paterno, Emilio Silva Faba, un militante de Izquierda Republicana, cuyo principal objetivo político era la apertura de una escuela pública y laica en su pueblo, donde hasta entonces sólo existían escuelas religiosas.

Los técnicos, voluntarios y familiares que estaban abriendo esa fosa común no podían ser conscientes de que estaban pinchando el globo del olvido. Durante los dos fines de semana en los que se desarrolló la excavación, numerosos familiares de mujeres y hombres republicanos, desaparecidos durante la Guerra Civil y la posguerra, se acercaron hasta aquel lugar para pedir ayuda y poder encontrar algún ser querido del que nada habían vuelto a saber tras su detención. En algunos casos, se trataba de mujeres octogenarias que veían en aquel pequeño hecho la posibilidad de morirse habiendo enterrado dignamente a un padre o un hermano. También ellas, sin ser conscientes, estaban reclamando el final del olvido y la impunidad. Y no lo estaban haciendo ante una institución. No lo estaban haciendo ante alguno de sus representantes políticos. Lo estaban haciendo junto a una cuneta en la que estaba siendo desenterrada nuestra historia, nuestra memoria, un recuerdo que la dictadura había erradicado de los espacios públicos y que el regreso de la democracia había hecho permanecer en la esfera de lo privado, sin construir los cauces que convierten la memoria privada en algo colectivo. En aquella cuneta comenzó a socializarse la historia de esos desaparecidos, y ese encuentro, esa red pública compuesta de historias privadas, llevó a la creación de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica (ARMH).

En el inicio de ese proceso de hilvanar memorias privadas para construir una memoria pública, nos dimos cuenta de que los grandes medios de comunicación españoles no estaban por la labor de facilitarnos el acceso a ese espacio que podía ponernos en contacto con miles de personas afectadas por el mismo problema. El primer reportaje televisivo sobre las fosas comunes lo emitió la televisión pública alemana, la ARD, dentro de un documental sobre los veinticinco años de la muerte

de Franco, elaborado por el periodista Thomas Kreutzman. Inmediatamente, otros medios extranjeros se interesaron por el tema. Muchos corresponsales nos explicaban que de alguna manera no entendían la relación de la sociedad española con ese pasado y estaban «esperando» a que ocurriera algo con él.

Al comienzo de nuestra labor consideramos que era fundamental la difusión mediática. Desde que en diciembre de 2000 legalizamos la ARMH, concentramos buena parte de nuestra labor en la difusión. De hecho, antes de la primera exhumación en Priaranza, yo publiqué un artículo en el periódico *La Crónica* de León que fue fundamental para la búsqueda de mi abuelo. El texto, que apareció publicado el domingo 8 de octubre de 2000, se titulaba «Mi abuelo también fue un desaparecido». En él yo contaba la historia de su asesinato y afirmaba no entender que en un país en el que amplios sectores políticos y sociales se habían volcado con la detención en Londres del dictador Augusto Pinochet, no se hiciera nada por la búsqueda de miles de desaparecidos en cunetas y caminos.

Pero no fue hasta julio del año 2002 cuando conseguimos romper ese silencio mediático y llevar las historias de esos desaparecidos a todos los rincones del país. A partir de ese momento numerosas familias se pusieron en contacto con nosotros, y comenzaron a surgir asociaciones similares en todo el territorio. Y se puso en marcha lo que comienza a denominarse «la generación de los nietos»; una generación que no participó en los pactos de la transición, que tiene bastantes referencias de lo que fue la dictadura franquista, que heredó en cierto modo las consecuencias de haber pertenecido a una familia republicana y que no tiene miedo a defender públicamente la memoria de sus ancestros.

También fue en agosto de 2002 cuando acudimos al Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos para reclamar ayuda y forzar al Gobierno español a cumplir la Resolución 47/133 de 18 de diciembre de 1992, por la cual los Estados miembros de la ONU se comprometen a erradicar la desaparición forzada. Finalmente el Grupo de Trabajo sobre Desaparición Forzada dictó una resolución en la que se afirmaba que no podía aceptar los casos posteriores al 24 de octubre de 1945, fecha de creación de la ONU; una resolución que consideramos especialmente injusta, porque una persona desaparecida en 1938 que no ha aparecido, lo continúa siendo en 1945, en 1950 y en el año 2000. De todas formas, el Grupo de Trabajo reclamó en noviembre de 2002 al

Gobierno español a dos desaparecidos en los años 1947 y 1949 sin que hasta ahora el Gobierno español haya ofrecido una respuesta aceptable para el Grupo de Trabajo.

El impacto social generado por las exhumaciones y la realidad de los desaparecidos llevó a la Comisión Constitucional del Parlamento español a condenar por primera vez y por unanimidad la dictadura franquista, el 20 de noviembre de 2002; una condena que simbólicamente representaba un punto de inflexión en la relación de la sociedad española con su pasado y que había tardado 27 años en ocurrir desde el final de la dictadura.

Según nos fuimos adentrando en las labores de recuperación de la memoria histórica, comenzamos a mirar a otros países. Alemania ha sido para nosotros un claro ejemplo de cómo se deben asumir las responsabilidades de los actos cometidos en el pasado; no sólo por la forma en que el Gobierno ha tomado medidas reparadoras, sino por el permanente debate que se desarrolla en el seno de su sociedad y el nivel de autocritica que al respecto desarrolla la clase política.

Cuando nosotros llevamos a cabo la primera exhumación, invitamos a los embajadores de Alemania e Italia a acudir a la misma y hacer algún tipo de acto simbólico, por la ayuda que prestaron al dictador golpista Francisco Franco y que muchas veces se tradujo en la muerte de miles de españoles, en especial población civil que murió bombardeada por sus fuerzas aéreas. Hay que tener en cuenta que el 1 de octubre de 1938, Franco concedió la máxima condecoración a Adolf Hitler y a Benito Mussolini «por su generosa amistad». La respuesta por parte de las embajadas siempre ha sido la misma: «No queremos intervenir en la política interior española». Pero nosotros conservamos la esperanza en que un canciller alemán realice algún gesto simbólico al respecto.

También tenemos una gran referencia en el proceso que se está llevando a cabo en Argentina; un país que salió de una cruenta dictadura, con una Ley de Punto Final similar a la Ley de Amnistía española y que en los últimos años está conquistando un nivel de justicia que estamos convencidos de que fortalecerá su democracia y no dejará suspendidos los derechos de miles de víctimas, que se están incorporando a la vida y la política públicas.

Pero en España la relación ha sido especialmente complicada con la clase política. Durante los primeros años que desarrollamos nuestra labor, el Gobierno de José María Aznar aseguraba no preocuparse del

tema porque la sociedad española había decidido mirar hacia el futuro. Pero mientras difundía esa afirmación, el Gobierno del Partido Popular estaba subvencionando a la Fundación Francisco Franco y dando dinero a la fundación alemana Volksbund para que se encarguen de exhumar y cuidar los restos de los españoles que formaron parte de la División Azul, y que lucharon junto al ejército nazi en el frente soviético.

El Gobierno del Partido Popular se negaba a cualquier reparación relacionada con las víctimas del franquismo. Aunque no tenga que ver, muchos de sus ministros y dirigentes estaban directamente emparentados con autoridades de la dictadura franquista. Incluso el presidente Aznar, en el verano de 2003, afirmó públicamente que una de sus lecturas de verano sería un libro que ha representado el revisionismo que exculpa a Franco de su responsabilidad en el inicio de la Guerra Civil.

Es cierto que a raíz de la labor de nuestra asociación, como asegura el historiador Paul Preston, se ha puesto en marcha en España un movimiento revisionista que trata de modernizar y volver a difundir la versión franquista de la Guerra Civil. En el documental de Montserrat Armengou *Las fosas del silencio* aparece una misa que se celebra los primeros miércoles de cada mes en Madrid, en honor de los muertos franquistas de la Guerra Civil. Los reporteros entrevistan a una mujer a la que preguntan por el movimiento que se ha iniciado para la búsqueda de los republicanos desaparecidos. Y la mujer responde: «Esto que están haciendo es una campaña orquestada por el diablo. Lo están estropeando todo. Nosotros que ya les habíamos perdonado». Al margen de que nadie ha pedido nunca perdón públicamente en nuestro país, la frase que realmente llama la atención es: «Lo están estropeando todo». Con ella, esa mujer está manifestando, desde una posición que defiende claramente el franquismo, que todo estaba arreglado, que el silencio edificado o solidificado en la transición era para ellos una solución.

Desde que el PSOE está nuevamente en el poder, las cosas han cambiado. El 23 de julio de 2004 en un Consejo de Ministros celebrado en la ciudad de León, donde el abuelo del presidente José Luis Rodríguez Zapatero fue fusilado por su defensa de la legalidad republicana, el Gobierno anunció la creación de una Comisión Interministerial para el Estudio de las Víctimas de la Guerra Civil y la Dictadura Franquista. Dicha comisión se ha reunido con cerca de 40 asociaciones de todo tipo para conocer qué es lo que demandan. Y a partir de ese momento elabo-

rá un informe en el que se concentrarán las políticas de memoria que quiere llevar a cabo.

Pero lo que se va conociendo con respecto a la labor de la Comisión no parece muy esperanzador. El fantasma de la legislatura del socialista Felipe González, en la que prácticamente no se tomó ninguna medida al respecto, puede muy bien sobrevolar la actual legislatura socialista, después de que se haya conocido públicamente que la Comisión tiene previsto la reparación de los republicanos y franquistas, equiparando de ese modo a los que defendieron un Gobierno elegido democráticamente con los que destruyeron esa democracia y construyeron una sangrienta dictadura durante cerca de cuatro décadas. La ecuanimidad con respecto a la memoria de la Guerra Civil y de la dictadura franquista es una nueva forma de negar los derechos y el reconocimiento público de los hombres y las mujeres que defendieron el Gobierno elegido democráticamente en unas elecciones celebradas apenas cinco meses antes del golpe militar del general Franco.

Durante los más de treinta años transcurridos desde que terminó la dictadura, miles de hombres y mujeres que defendieron la democracia y lucharon por el regreso de las libertades han muerto sin recibir ningún reconocimiento público. Ninguna institución se ha acordado de ellos, ni los ha tratado como en cualquier democracia de nuestro entorno se reconoce a quienes lucharon contra el fascismo.

El 24 de junio de 2005 nosotros organizamos, en la localidad madrileña de Rivas-Vaciamadrid, un homenaje a los republicanos y a las republicanas que construyeron nuestra primera democracia. Al homenaje asistieron como público cerca de 25.000 personas y 741 octogenarios que habían sobrevivido a la Guerra Civil. Se trató sin duda del mayor acto de reconocimiento realizado en España desde el regreso de la democracia. Y era especialmente emocionante ver a esos hombres y mujeres acudir a un acto que para muchos llegaba demasiado tarde. También era sorprendente ver que entre el público se encontraban miles de jóvenes de entre veinte y treinta años, a los que desde las instituciones no se les ha invitado a interesarse por ese período de nuestra historia.

Pero el movimiento por la recuperación de la memoria histórica supone un cambio social; un punto de inflexión en la larga marcha del olvido. La publicidad, que dedica muchos esfuerzos a detectar nuevos nichos de mercado, lo ha representado con un anuncio. Hace algún tiempo se anunciaba en la televisión española una colección de documentales

sobre la Guerra Civil y la Segunda Guerra Mundial. En el anuncio de la campaña televisiva podía verse a un anciano y a su nieto viendo el final de uno de los documentales. Cuando termina, el veterano mira a su nieto de reojo, en silencio, hasta que le pregunta: «Qué, ¿vas a salir con tus amigos?». Y el nieto, después de quedarse un segundo pensando, responde: «No, mejor me quedo y hablamos».

Ahí está representado ese cambio social que se manifiesta en otros ámbitos culturales; en los que se cristaliza este movimiento por la recuperación de la memoria. Casos como la película de la directora Patricia Ferreira *Para que no me olvides*, en la que se cuenta la historia de un nieto que secretamente recupera la historia de su abuelo; o la emocionante obra de teatro *Soliloquio de grillos*, de Juan Copete, en la que se cuenta la historia de tres mujeres desaparecidas en la Guerra Civil y que ha sido finalista del Premio Max de Teatro.

La labor que estamos llevando a cabo desde nuestra asociación tiene diferentes planos y objetivos. Existe un plano más básico y emocional, que es el de ayudar a muchas personas a reparar un duelo suspendido, una situación angustiante para las familias que no han podido manifestar públicamente su dolor y en las que pervive la angustia por el hecho de que un ser querido no se encuentre enterrado «como es debido». En ese sentido se podría analizar nuestra labor como una terapia colectiva, que como sociedad no hemos hecho; la superación de un síndrome post-traumático que no ha podido ser elaborado colectiva y correctamente. Hay que tener en cuenta que en algunos casos las familias saben dónde se encuentran las fosas comunes, y en otros muchos nosotros hacemos las primeras gestiones después de que hayan pasado más de treinta años desde el regreso de la democracia.

Existe un segundo plano en el que creemos que nuestra labor tiene que ayudar a generar una cultura de derechos humanos, algo que no se ha podido desarrollar suficientemente a causa del modo en que se hizo la transición. Son los peligros de la impunidad política, jurídica y social; no permiten generar mecanismos fundamentales en la cultura política de una sociedad, no permiten ejercitar los músculos de defensa de unas garantías cívicas que no deben estar delegadas en el Estado, deben pertenecer a la esfera de lo social.

La recuperación de esa memoria y su implantación social puede ayudarnos también a romper ciertos hábitos sociales que permanecen activos y que fueron costumbre o son consecuencia de los cuarenta años

de dictadura. El período de la Segunda República ha sido para España la última y casi única gran oportunidad de construir una sociedad civil emancipada de los poderes que durante siglos han negado e incluso perseguido el progreso. Los Gobiernos progresistas de ese período trataron de instaurar los principios de la Ilustración; acabar con el analfabetismo, separar la Iglesia católica del Estado, promover la igualdad de la mujer o tomar medidas políticas especialmente avanzadas para su tiempo como la legalización del divorcio o el aborto.

Los cuarenta años durante los que el dictador Francisco Franco trató de borrar personas e ideas relacionadas con esa República han dejado un lastre que todavía arrastramos. Hay que tener en cuenta que la gran masa intelectual que se desarrolló, formó y convergió con esa República, salió en su mayoría del país; y la sociedad española fue formada desde entonces por lo más gris, dogmático y afín al régimen que quedó en él.

Durante más de tres décadas la escuela franquista estuvo modelando una sociedad que trató de convertir en un reflejo de los principios del régimen, con Dios y la patria como máximos estandartes del nacional-catolicismo. El poso de todos esos años no se borra con una Ley de Amnistía y la celebración de elecciones. Mucho menos si no existe ninguna institución que denuncie públicamente la labor llevada a cabo por la dictadura y que trate de reparar sus daños.

Los años de silencio, de falta de debate y de políticas de memoria han hecho que pervivan en nuestra sociedad numerosos hábitos del franquismo: una Iglesia católica que disfruta de numerosos privilegios y que todavía se considera parte del Estado, interviniendo constantemente en la vida política del país o recibiendo millones de euros para su financiación; una derecha que no ha condenado abiertamente la dictadura y que ha asumido públicamente los argumentos de los nuevos revisionistas que culpan a la Segunda República de la Guerra Civil y le quitan la responsabilidad al dictador Francisco Franco.

También existen otros tipos de hábitos sociales: el uso de los medios de comunicación públicos que llevan a cabo los partidos políticos; la falta de pluralidad en los medios de comunicación; la carencia de una sociedad civil participativa, que se articule para trabajar por sus ideas, que intervenga en la realidad del país; o la existencia de una izquierda electoral que no se atreve a desplegar su identidad, como si todavía fuera sospechosa y perseguida.

Pero por suerte, en los últimos años se ha iniciado un proceso destinado a invertir estos términos. En muchos lugares de España se han puesto en marcha decenas de colectivos, que han iniciado una labor de recuperación de la memoria histórica: personas que han decidido abandonar el silencio y que buscan la verdad y la justicia. Ese proceso permite el regreso de muchos ciudadanos que hasta ahora sólo eran habitantes, incapaces de manifestar públicamente sus ideas.

Para entender lo que quiero decir, lo mejor es que ponga un ejemplo. En febrero de 2004 la asociación Memoria Histórica y Justicia de Andalucía organizó unas jornadas en Sevilla. La primera ponencia la hizo la escritora Rosa Regàs. Cuando terminó su intervención un hombre pidió la palabra para darle las gracias. El hombre llevaba al cuello una bandera republicana y se emocionó tanto que le regaló la bandera a la escritora. Eso ocurrió un viernes por la tarde. El domingo por la mañana, antes de terminar las jornadas, se sirvió un café. Una chica de mi edad se acercó a mí. Me contó que era nieta de un desaparecido y que su madre nunca había hablado con nadie del asesinato de su padre. Y añadió que el día que comenzaron las jornadas y su madre vio al hombre con la bandera republicana, la miró con cara de pánico y le dijo: «¿Dónde me has traído?». Mientras ella me contaba esto, su madre llegó hasta nosotros y me saludó. Se trataba de una mujer de un pueblo importante de la provincia, que hasta ese día había pensado que era la única persona en su pueblo que había sufrido la desgracia de que le asesinaran a su padre. Pero en esa reunión había otras tres personas de su pueblo que habían vivido esa tragedia. Un año después, esa mujer, Antonia Para, que no hablaba con nadie de su historia, acudió al Homenaje a los Republicanos de Rivas-Vaciamadrid.

Es difícil predecir hacia dónde irá el movimiento por la recuperación de la memoria. Por ahora es algo creciente que está cambiando algunas cosas. Ha hecho que el tema entre en las agendas políticas y que instituciones locales y autonómicas comiencen a preocuparse por ella. Ha hecho que muchos y muchas supervivientes sientan un reconocimiento que hasta ahora no habían tenido. También hay mucha gente joven que comienza a conocer la verdadera historia de su país: la de los niños que les fueron secuestrados a las presas republicanas, la de los miles de presos políticos que fueron hacinados en campos de concentración, la de los miles de desaparecidos: la historia que forma parte de nosotros, pero que nos han obligado a olvidar.

En casi todos los países en los que estos movimientos se han puesto en marcha, no se han detenido. España tiene una situación específica. También es muy importante la ayuda exterior. Necesitamos todo el apoyo posible para construir una sociedad más justa sobre una sociedad que fue muy injusta.

Un día se acercó a la excavación de una fosa un minero. Traía una gran lámina de un artista gallego, Castelao, muerto en el exilio. Se trataba de uno de los dibujos de una serie del año 1937 a la que tituló *Galicia Mártir*. En el dibujo se veía a un grupo de hombres, civiles, con aspecto de vivir en un pueblo, que estaban echando unos cadáveres en una fosa común. Y debajo había una leyenda que decía: «No entierran cadáveres, entierran semillas». Nosotros estamos regando esas semillas. Si nadie lo impide, serán las raíces de un futuro mejor.

Joachim Gauck

Las actas y la verdad

Cuando, hace más de diez años, estuve en Madrid en mi calidad de Comisionado del Gobierno Federal encargado de los archivos del Servicio de Seguridad del Estado de la ex-RDA, concediendo una amplia entrevista a *El País*, me pareció que en España aún no había ningún interés en realizar un examen crítico del pasado. En contra, durante un posterior viaje, en mayo de 2005, me sorprendió notar una incipiente presencia del pasado. Me encontré con un nuevo clima y con personas como Emilio Silva, que en 2000 había fundado la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, así como con representantes de iniciativas similares. También me entrevisté con representantes del Gobierno y noté que había una clara disposición a reorientarse frente al pasado.

Desde la perspectiva alemana, España, por lo que respecta al tema del pasado, es una sociedad de transición, equiparable con muchos Estados posttotalitarios del Este de Europa. Cuestiones que discutimos detenidamente en Alemania desde hace más de 30 años, se descubren en España apenas ahora, y los que son los protagonistas en ese debate se ven enfrentados no sólo con políticos prejuiciosos, sino también con un espíritu generalizado que favorece el «punto final» y el silencio. En esa postura no todo es negativo, pero sí mucho. Por eso me ha emocionado la conferencia de Emilio Silva sobre el trabajo de la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, pues lo que se expresaba en esa conferencia era indignación humana, el no poder comprender que no se hable de la injusticia, que no se rehabilite y honre a las víctimas del pasado, que éstas hayan desaparecido de la memoria colectiva de la nación y, para algunos, deban seguir desaparecidas. Todo ello me ha llegado hondo.

Yo quisiera hablar, en primer lugar, de la experiencia alemana, para luego presentar algunas condiciones que me parecen fundamentales en el proceso de una revisión del pasado.

Como ya mencioné, fui, desde 1991 hasta 2000, Comisionado del Gobierno Federal encargado de los archivos del Servicio de Seguridad del Estado, la denominada «*Stasi*», de la antigua República Democrática Alemana (DDR). Muchos españoles se preguntarán quizá por qué en Alemania facilitamos un debate público acerca de las actas de la *Stasi*, de la represión del comunismo; dos son los motivos: uno político y otro histórico. El motivo político consiste en que en 1989 hubo algo semejante a una revolución en la Alemania del Este. Quizá cueste creerlo, porque los alemanes sabemos obedecer especialmente bien, y somos especialmente malos en hacer revoluciones. Pero fue una revolución: un movimiento revolucionario a regañadientes, pero exitosamente pacífico. Lo que antes había estado arriba, se vino abajo: había sido parte de un imperio totalitario y represivo comunista dirigido por Moscú. Yo mismo me había visto enfrentado a ello en mi infancia. Provengo de una familia en la que un día fueron a buscar al padre: en 1951, seis años después de la guerra, fue encerrado sin motivo alguno en un sótano del Servicio Secreto soviético y condenado, en un juicio secreto, a 25 años de trabajos forzados. Esto no tenía nada que ver con la guerra o el fascismo, sino que era la represión estalinista normal. Mi padre, que era marinero, desapareció junto con tres de sus compañeros, sin que nadie supiera dónde estaban. Al cabo de tres años, recibimos una tarjeta postal: vivía. La postal había sido enviada desde Moscú, pero él realizaba trabajos forzados al otro lado del mar Negro. En aquel entonces, yo viví la represión «en rojo». Lo que para muchas personas, para demócratas e izquierdistas, era un gran tema, a saber, la represión fascista o nacionalsocialista, yo lo viví de manera similar como víctima de una fase particular de represión socialista. La mayoría de los que vivían en la Alemania del Este, por supuesto, no sufrieron la represión estalinista de una manera tan intensa como yo; pero todos experimentaron cómo la rueda de la historia política —en Alemania y en el bloque del Este— daba marcha atrás. No había derechos humanos, o sólo los había por concesión; no había derechos civiles ni reparto de poder. No imperaba el Derecho.

Todos estos factores nos empujaron a levantarnos y hacernos con el poder en una revolución pacífica, que siguió el lema: «Nosotros somos

el pueblo». En el marco de esta revolución ocupamos la sede del principal instrumento represivo del Partido Socialista Unificado de Alemania (SED): el Ministerio de Seguridad del Estado. Este instrumento —en el extranjero y en Alemania occidental resulta difícil imaginarlo y comprenderlo— cubrió el este de Alemania con una red de agentes secretos de una densidad hasta entonces desconocida. Algo similar no se había producido nunca: tantísimos agentes secretos para tan poco pueblo, más de 90.000 agentes en activo en un Servicio Secreto para menos de 17 millones de habitantes. Esto no puede imaginarlo cualquier alemán, pero nosotros vivimos en un país en el que esa situación era una realidad concreta y diariamente sufrida.

Por este motivo, el principal punto de ataque para nosotros no fue el Partido, sino su órgano de poder: queríamos deslegitimar al Partido atacando el centro de su poder. Queríamos decirles: vosotros lo llamáis socialismo, pero nosotros vamos a demostraros que, en realidad, es estalinismo. Y así, a comienzos de diciembre de 1989, ocupamos las centrales de la *Stasi* en distintas ciudades, y en enero de 1990, finalmente, la central de Berlín en el barrio de Lichtenberg. Teníamos las actas, y teníamos el poder de restringir primero el trabajo de esa gente para luego liquidarlo por completo. En mesas redondas obligamos a Hans Modrow, el Primer Ministro de transición perteneciente al Partido del Socialismo Democrático (PDS), a crear un organismo oficial encargado de la disolución del Servicio Secreto. Así se hizo, y yo mismo fui nombrado, en cuanto delegado del movimiento ciudadano, para supervisar ese proceso.

En alemán existe el término de «Herrschaftswissen», que designa el saber del que se apropian, en las dictaduras, los gobernantes para poder llevar a cabo con éxito su obra represiva. El movimiento democrático de 1989 quería poner ese conocimiento, ese saber secreto de una institución estatal, a la disposición del pueblo reprimido para que cada individuo pudiera acceder a la información existente sobre su persona. Tuvimos la oportunidad política de hacer realidad ese deseo, ya que no se trató de una revolución negociada, como la que hubo en España en la transición del poder franquista a la democracia. En las revoluciones negociadas, muchas veces sólo se logra la mitad de lo que realmente es necesario. En nuestro país vecino, en Polonia, en 1989 vivían más revolucionarios que en Alemania: revolucionarios que, además, habían empezado a luchar por la libertad mucho antes que nosotros. Todos no-

sotros se lo agradecemos. Sin embargo, al final convirtieron su lucha en una revolución negociada en mesas redondas. Los comunistas conservaron importantes posiciones en el Parlamento, en instituciones estatales y en los servicios informativos: un «punto final» debía dar paso al nuevo comienzo. Una de las consecuencias fue que en Polonia muchos oficiales del Servicio Secreto se mantuvieron en sus puestos, de modo que el que quería saber lo que estaba en las actas, debía solicitar esa información a los antiguos represores.

Nosotros de la Alemania del Este arrancamos desde una situación completamente diferente, y por ello podíamos llegar mucho más lejos. Ya en el verano de 1989, antes de la Reunificación, aprobamos en el Parlamento una ley para la apertura de las actas de la *Stasi*. El objetivo de esa ley era la revisión política, histórica y jurídica del pasado; es decir, queríamos utilizar las actas esencialmente para dos fines. En primer lugar, cada individuo debía enterarse de lo que sus represores sabían, debía estar informado de todos los hechos de la represión. Ese conocimiento no debía seguir siendo monopolio de los antiguos represores, y había que impedir que éstos pudieran sembrar la discordia, extorsionar o seguir afianzando su poder en la incipiente democracia. En segundo lugar, esas actas debían ayudar a los tribunales a hacer justicia, y ayudar a los damnificados a obtener rehabilitación e indemnizaciones, ya que muchas personas habían estado presas injustamente.

Así, con ayuda de las actas del Estado, y especialmente de las actas de la policía secreta, fue posible llevar adelante la revisión jurídica del pasado. La revisión política incluía el derecho a utilizar las actas para alejar de los altos cargos públicos a aquéllos que habían trabajado para la policía secreta o habían colaborado con ella. Ese proceso de revisión política ha llevado a no pocas quejas por parte de personas que se han sentido tratadas de modo injusto e incluso se habló de una caza de brujas a todos los comunistas, fenómeno que no se dió. Así, todos los miembros del antiguo Partido Socialista Unificado de Alemania pudieron seguir trabajando, por ejemplo como profesores, en el servicio público de la República Federal. Sin embargo, nuestra manera de proceder no agradó a todos los alemanes del Este, los cuales hubieran preferido una transición como la que se vivió en España, sentando un «punto final». Pero cabe preguntarse si en este caso realmente puede desarrollarse una paz interna.

En este contexto quisiera referirme a un viaje a Sudáfrica, también un país con una revolución negociada. Pero a diferencia de España, en

Sudáfrica se decidió no sentar un «punto final», sino crear una Comisión de la Verdad y Reconciliación; es decir, allí se llevó, o se quiso llevar a hablar ante tribunales públicos a los asesinos del pasado. Si decían la verdad, podían contar con ser amnistiados; si no lo hacían, iban a ser perseguidos por la justicia. De esta manera se dio voz a las víctimas para que pudieran contar el sufrimiento de su familia; y así se logró el reconocimiento público del sufrimiento de las personas que habían luchado contra la dictadura. Eso está bien. Lo que no está tan bien es que los antiguos asesinos y torturadores, después de confesar y testificar, volvían a los altos cargos que muchos entre ellos ocupaban. La viuda o la madre, por el contrario, que habían perdido a su marido o a su hijo, volvían a su pueblo y continuaban viviendo en la más amarga pobreza. Tampoco en Sudáfrica se ha reparado suficientemente a las víctimas. Cuando hablé de ello con el obispo Desmond Tutu, éste me respondió: «Querido señor Gauck, con vuestra solución tendríamos nosotros un país en llamas». «En ese caso, señor obispo», le contesté, «también yo habría elegido vuestra solución». Sólo es posible hacer lo que permite el marco político, eso no se puede negar. En Alemania fue posible hacer más de lo que se pudo en otros países. La solución que encontramos favorece a los más débiles y se sitúa en el polo opuesto de un «punto final», el cual siempre favorece a las antiguas elites y siempre deja en peores condiciones a los que sufrieron en el pasado. Sin embargo, el hecho de que en Sudáfrica se sentara un «punto final», aunque limitado por la Comisión de la Verdad, radica en que el elemento de la «construcción nacional» pesó más que ningún otro. Debía salvarse la paz interna y garantizarse la posibilidad de seguir viviendo juntos en una misma nación.

Supongo que en la España posterior a Franco también se partió del supuesto de que la paz interna sólo podía mantenerse mediante el silencio.

Sin embargo, creo que el silencio sólo representa la segunda opción cuando se trata de encontrar la mejor solución. Emilio Silva ha expuesto lo que sucede cuando la memoria no permanece viva en una sociedad, cuando las historias familiares se silencian total o parcialmente o sólo se cuentan en pequeños círculos, cuando las historias y recuerdos personales y familiares no encuentran ningún eco y ninguna atención por parte de la colectividad: entonces, lo que tenemos ante nosotros es una cultura pública dañada. Y hay algo más.

En la Alemania de la posguerra, la Alemania occidental, se publicó un importante libro del matrimonio Mitscherlich. Se titulaba *Funda-*

mentos del comportamiento colectivo: la incapacidad de sentir duelo y revelaba a los alemanes lo que en realidad hacían cuando sólo pensaban en el éxito y se olvidaban de los crímenes de la época nazi. Sin duelo no hay despedida ni tampoco un genuino nuevo comienzo. Éste era el tema que la generación del 68 de Alemania occidental expuso con especial énfasis a la nación alemana. El duelo, la autorreflexión y la aceptación de la realidad tal como es son elementos de gran importancia tanto para la psique del individuo como para la cultura política. ¿Por qué se aceptaba el silencio como algo normal? Evidentemente, era el intento de conjurar el pasado. ¿Habían sufrido los Alemanes –para parafrasear a Hannah Arendt– la pérdida del sentido de la realidad, tan típica para las dictaduras? Pero se había perdido no sólo el sentido de la realidad, sino también la empatía para con las víctimas. Eso fue lo que se vió en Alemania. Después de la guerra hubo un «punto final», no de inmediato, pero sí después de la «desnazificación», ya que a partir de 1950-1951 los antiguos nazis, originariamente apartados de los servicios públicos, iban recuperando sus puestos, desempeñando incluso importantes funciones en el Gobierno. Fue un «punto final» al que los alemanes, o al menos la mayoría de ellos, dieron la bienvenida. Había dos discursos: el de una minoría, que eran los críticos intelectuales, viejos izquierdistas, sindicalistas, cristianos y liberales comprometidos; y el de las masas, que se habían despedido pacíficamente del pasado, según el dicho de si hablar vale plata, el callar vale oro. Durante el milagro económico alemán, el recuerdo sólo era una molestia. Pero después vinieron otros tiempos y vino una nueva generación.

En esta época, en Alemania aconteció algo muy importante: la culpa y la responsabilidad se convirtieron en temas de urgencia, y no sólo en círculos minoritarios. Tras veinte años de investigaciones, publicaciones y trabajos artísticos, la generación del 68 logró que también la burguesía reconociera la culpa que Alemania llevaba a cuestas, y que no se trataba de minimizarla, de modo que quien hoy dice «punto final», forzosamente se desacredita.

Después de muchos años de debates, se ha puesto de manifiesto que la revisión del pasado se lleva a cabo con mayor éxito cuando no es el programa de un partido político; pues se trata de un programa que tiene que ver con la esencia misma del hombre, con su dignidad y sus derechos. Por ello, todos los demócratas desean o deberían desear la revisión del pasado. Nosotros, los alemanes del Este, quizá habríamos

cometido, en 1990, un error, parecido al de nuestros vecinos polacos, si no hubiéramos podido recurrir a la cultura de los alemanes occidentales, al movimiento impulsado por la generación del 98. Gracias a ello se sabía que una sociedad sufre un enorme daño político cuando convierte en programa la idea del «punto final», y así fue posible formar una coalición de la razón en el Parlamento de Alemania del Este, una liga contra el «punto final» a la que se sumaron muchas posiciones. El «punto final» siempre favorece políticamente al antiguo *establishment* y perjudica a los que ya estaban desfavorecidos. ¿Y legalmente? Un «punto final» también representa siempre una ofensa contra el derecho; y un orden jurídico que aparta la vista y no condena la injusticia y los delitos penales evidentes, tiene un fallo en su misma esencia. Por eso fue importante, para que el derecho imperara, que después de la guerra se llevaran a cabo los procesos de Nuremberg y Auschwitz, entre otros. Si una sociedad renuncia a la revisión de su pasado, si se empeña en cercenar la memoria, surgen problemas de índole no sólo psicológica y moral, sino también política y social. Por eso estoy contento y me siento agradecido por lo que hemos logrado en Alemania: se trata de un hito en la historia política del país.

Sólo la sociedad civil procura el marco apropiado, el horizonte de preguntas, así como la comprensión del papel que corresponde a los ciudadanos para permitir una revisión y una elaboración abiertas del pasado. Mientras nos encontremos en una sociedad de transición, una revisión abierta del pasado será infinitamente difícil. Los alemanes lo hemos logrado porque los alemanes occidentales guiaron nuestros pasos cuando se trataba de apreciar en su justo valor el derecho y la dignidad del individuo, lo cual nos hizo más fácil deslegitimar la dictadura sin atentar contra el derecho y la democracia.

Dado que España ha realizado grandes progresos en el camino hacia una sociedad civil, ha llegado la hora para que pueda surtir efecto, en un sentido político, un paradigma distinto del que se eligió en su día. Permítanme por eso un consejo: no conciban la revisión del pasado como un proyecto de izquierdas. Los izquierdistas pueden muy bien adelantarse; pero si lo hacen sólo en nombre de su partido fracasarán o perderán mucho tiempo. Busquen en los sectores liberales y conservadores personas sensibles, a quienes les importe la dignidad humana, la democracia y la justicia. De este modo tendrá más posibilidades de éxito lo que ahora comienzan.

Erik Meyer

El presente del pasado: aspectos actuales de la cultura de la memoria en Alemania

El 12 de mayo de 2005 se inauguró oficialmente el «Monumento a los judíos asesinados de Europa» en Berlín, cerrando así una fase de debates polémicos sobre la dedicación, la localización y el diseño del mismo, que había durado quince años (Leggewie/Meyer 2005). Con ello se ha iniciado otro debate acerca de la profesionalización de la información sobre el nazismo y la conmemoración de sus víctimas, impulsado por el Gobierno federal: se pretende unificar el monumento del Holocausto, la «Topografía del Terror», la «Casa de la Conferencia de Wannsee» y el «Centro Conmemorativo para la Resistencia Alemana» bajo un solo techo de una «Fundación para la Documentación de los Crímenes del Nazismo»¹. Cada uno de estos lugares se mantendría independiente como tal, pero se procedería a una coordinación mayor y mejor de las tareas. La propuesta se ha encontrado con críticas, principalmente desde las instalaciones establecidas hace tiempo, porque temen por su autonomía. A otros, sin embargo, les parece que la iniciativa gubernamental se quedaría corta: son principalmente los científicos especializados los que piden una presentación más centralizada de los museos sobre el nacionalsocialismo y el Holocausto para integrar las diferentes perspectivas en una exposición más expresiva y eficaz. Ejemplos a seguir serían los grandes museos del Holocausto en EE.UU., Israel y ahora también Francia.

Frente a estas puestas en escena arquitectónicas, bien intencionadas en cuanto al contenido, son principalmente los representantes de los centros conmemorativos de los antiguos campos de concentración los que subrayan la importancia de los lugares históricos en Alemania. Según ellos, debido a la existencia de estos lugares y su autenticidad, no

¹ Para la situación actual del debate, véase el documento del Comisionado del Gobierno federal para la Cultura y los Medios del 18 de abril de 2005; en: <<http://www.zwangsarbeit-in-berlin.de/schoeneweide/politik.htm#eckpunkte>> (30/08/09).

es preciso construir otros centros conmemorativos «artificiales», y sería mejor invertir los recursos económicos disponibles en la conservación y el equipamiento adecuado de las ruinas arquitectónicas de la dictadura nazi. Mientras el debate se está concentrando en las manifestaciones materiales, se está creando a la vez una oferta informativa virtual, que es relevante para la transmisión del conocimiento acerca del pasado, incluso más allá de los soportes institucionales. Esa oferta virtual tiene unas ventajas muy prácticas en comparación con los centros conmemorativos convencionales: tanto su instalación como su visita son mucho más sencillas. Además, hay razones para pensar que la aplicación de nuevos medios podría captar con más facilidad el público preferido de la formación política, es decir, a los jóvenes que demuestran cierta preferencia hacia las ofertas en soporte electrónico y, por consiguiente, potencialmente interactivas. Y al fin y al cabo, resultaría mucho menos complicado actualizar los contenidos presentados y adaptarlos a los últimos conocimientos e intereses.

En el diseño concreto del reciente monumento a los judíos asesinados de Europa ya se reflejan de alguna manera esas premisas. Mediante la abstracción del campo de estelas que evita una oferta interpretativa concreta, la presente objetivación del pasado se escapa de la problemática de la arquitectura conmemorativa convencional, que suele quedarse obsoleta demasiado pronto debido a su falta de ambigüedad, tanto estéticamente como en cuanto al contenido. No obstante, desde una perspectiva pedagógica, esta ventaja estratégica es a la vez una desventaja ya que implica que el visitante disponga de cierto conocimiento histórico previo, que se reducirá según aumente la distancia en el tiempo del acontecimiento al que se pretende recordar. Era precisamente por eso que la mayoría de los políticos responsables pedían que se completara el monumento con un «Espacio de información». Una vez inaugurado el monumento, muchos observadores, entre ellos representantes del Consejo Central de los Judíos en Alemania como Paul Spiegel y Salomon Korn, afirmaron que es justo por este «Espacio de información» que el monumento ha ganado en expresividad. Es de esperar que la solicitada presentación centralizada de los museos sobre el nacionalsocialismo y el Holocausto se base también en la integración de nuevos medios para poder ofrecer informaciones más completas en un espacio reducido.

Esta situación ya se está dando en la «presentación histórica» del «Espacio de información»: la fundación federal responsable de esta ins-

titución afirma que el «plato fuerte dramático» es la llamada «Habitación de los nombres», en la que se leen en alemán e inglés unos breves textos biográficos acerca de las víctimas judías de toda Europa. Simultáneamente con la presentación de audio, se proyectan el nombre y las fechas de nacimiento y muerte de cada víctima en las cuatro paredes de la habitación. Tanto el contenido como la puesta en escena se basan en la instalación del centro conmemorativo Yad Vashem en Israel. Como complemento informativo, los visitantes pueden acceder a los datos en los que se basa la proyección multimedia, a través de unos ordenadores situados en otra habitación. La base de datos del centro Yad Vashem («Central Database of Shoah Victims' Names») ya está accesible en línea desde noviembre de 2004 (www.yadvashem.org). Esta oferta no sólo facilita la búsqueda de víctimas del Holocausto entre casi tres millones de nombres, sino también el envío de nombres de personas no registradas hasta el momento, así como fotografías. Asimismo, bajo el título «The Stories Behind the Names», se puede acceder a información adicional que enseña cómo se consigue descifrar los contextos históricos partiendo de los datos biográficos de una persona.

Los ordenadores del «Espacio de información» berlinés ofrecen también un «Portal de Centros Conmemorativos» (*Gedenkstättenportal*), un sistema de enlaces con lugares conmemorativos históricos, instituciones de investigación y museos relacionados en Alemania y Europa. Además, hay información acerca del debate sobre el monumento al Holocausto en forma de documentos digitalizados. En el futuro, esta documentación estará accesible también en línea a través de las correspondientes páginas web, para que se puedan consultar desde cualquier lugar. En el presente caso al menos, la aplicación de los nuevos medios sirve para resolver problemas prácticos: de este modo se están teniendo en cuenta contenidos que el legislador definió en su día, pero que debido a los requisitos de presentación también predefinidos no se podían representar de otra manera.

El debate alrededor de la aplicación de nuevos medios en el marco de las formas de presentación de los museos remite a la cuestión de las ofertas disponibles en la World Wide Web (www)². Ante una cantidad inabarcable de ofertas en línea sobre el tema, la primera pregunta que

² El proyecto de investigación E11 «Visualización y virtualización de la memoria – política histórica en la sociedad de entretenimiento mediatizada», que forma parte

se plantea es la de cómo se mueve el visitante potencial de un centro conmemorativo virtual. Partiendo de la base de que el interesado ya conoce la dirección de Internet correspondiente, se pueden suponer varias estrategias de búsqueda. Supongamos, por ejemplo, que el interesado está buscando una institución concreta. En este caso, lo más probable es que la búsqueda tenga éxito, ya que prácticamente todas las instituciones conocidas están presentes en la Red. Especialmente las instituciones establecidas no se limitan solamente a mostrar una «tarjeta de visita virtual», es decir, una presentación de la institución con información acerca de la oferta *in situ*, sino que en muchos casos producen contenidos específicos, pensados especialmente para la recepción en línea. La versión más habitual de este tipo de oferta es el formato de la «exposición en línea»: suelen ser aplicaciones gráficas complejas para presentar material visual como fotos, gráficos y reproducciones de documentos. La presentación suele seguir un guión que, de forma parecida a la de las exposiciones materiales, condiciona el comportamiento de los visitantes.

Un ejemplo de este tipo de oferta se encuentra en la página de Internet del «Monumento a los judíos asesinados de Europa» (www.holocaust-mahnmal.de). Desde mucho antes de inaugurar el monumento material, en noviembre de 2003, se encuentra en línea no sólo la información sobre el progreso del proyecto, sino además una «página web juvenil» («Jugendwebsite»). Este título en sí ya refleja una de las premisas esenciales de muchas de estas ofertas, la de que se dirigen principalmente a los usuarios jóvenes. En este caso concreto, eso significa no sólo que las informaciones se preparan de un modo específicamente juvenil (sea cuál sea el resultado concreto de esta preparación en cuanto al diseño y contenido), sino que además tienen una relación directa con el grupo de destino. Otra característica de la estructura de esas páginas es la personalización: en la página juvenil, se presentan las historias de cinco víctimas juveniles que sufrieron la persecución por la ideología racista de los nazis, mediante imágenes y documentos históricos; se narran los destinos de Georges, Marie, Karl, Christa y Walerjan, cinco jóvenes de Francia, la antigua Checoslovaquia, Austria, Alemania y Polonia. Partiendo desde el retrato de la persona, el usuario pasa a la respectiva narración sobre cada una de ellas. El objetivo de esta oferta no consiste

del proyecto «Culturas de la memoria» de la Universidad Justus Liebig de Gießen se dedica al análisis de este debate (enlace: <www.memorama.de>).

tanto en la *conmemoración virtual*, sino en el *recuerdo ejemplar* de las víctimas, transmitiendo conocimientos específicos sobre los crímenes nazis. No se están repitiendo los contenidos de una exposición existente, sino que se presenta una oferta adicional. De este modo y partiendo de la dedicación exclusiva del monumento al Holocausto, la página web juvenil cumple con uno de los objetivos explícitos de la fundación federal, el de no recordar sólo a las víctimas judías, sino a todas las víctimas del nacionalsocialismo.

La segunda estrategia posible para llegar a las páginas web sobre el tema es la de introducir ciertas palabras claves o bien en la línea de dirección del navegador, junto con la abreviatura del país correspondiente después del punto, o bien en uno de los llamados buscadores de Internet. En ambos casos no se tardaría mucho en llegar, por dar un ejemplo de una página web en alemán, a *shoa.de*. La razón no está sólo en el título, sino además en las otras estrategias de posicionamiento de la página. Por un lado, el mismo subtítulo de la página cubre muchas de las palabras claves: «Un proyecto acerca de la Shoa, el Holocausto, el antisemitismo, el Tercer Reich y la Segunda Guerra Mundial». Y por otro lado, se llega a esta página mediante un gran número de direcciones diferentes. Lo curioso de esta estrategia de posicionamiento es que varias de estas direcciones parecen indicar que se trata de una página de la extrema derecha, como, por ejemplo, *www.heil-hitler.de*. Como *shoa.de* es un proyecto en línea de una asociación sin ánimo de lucro, esa práctica se entiende no sólo como una manera de aumentar las entradas en los buscadores, sino además como una iniciativa social cívica para evitar la búsqueda de páginas «problemáticas» en un espacio virtual al que le falta una regulación restrictiva pertinente³. En este sentido, la página pretende «tanto transmitir información objetiva y comprensible como servir de plataforma para el compromiso con el tema a los ciudadanos».

Al contrario de las páginas institucionales, los contenidos de la *shoa* se elaboran de forma voluntaria. Se presentan principalmente artículos sobre los diferentes aspectos del nacionalsocialismo y del Holocausto, estructurados por temas. El objetivo general de la página consiste en animar a gente interesada, pero con pocos conocimientos previos, a informarse sobre el tema y ofrecer información alternativa a la de las instituciones establecidas. Una vez más, el grupo de destino es prin-

³ Para un artículo detallado y crítico sobre esa práctica, véase Schröder (2004).

principalmente el de los adolescentes y jóvenes adultos de los que se supone que sienten una necesidad específica de información interactiva (transmisible por ordenador), que las ofertas en línea profesionales no consiguen satisfacer suficientemente, al ofrecer a menudo unos contenidos muy elaborados, pero con poca capacidad de responder a consultas individuales. En el caso de *shoa.de* esta falta se corrige principalmente mediante un foro de debate. La idea detrás de esta oferta es una forma típica de transmitir conocimientos de Internet: los usuarios comparten sus conocimientos sobre ciertos temas en foros específicos. En el presente caso, sin embargo, el intercambio de información se somete a una moderación que sirve tanto para controlar la calidad como para evitar contribuciones impropias. El carácter voluntario del proyecto tal vez albergue la problemática de que la información no siempre esté a la altura del discurso historiográfico y pedagógico y no dé una impresión general sistemática; pero la orientación de la oferta hacia la activación de una «comunidad virtual» de proveedores y receptores de información individuales trae consigo un atractivo propio para ellos. Este atractivo se incrementa por el hecho de que no se presenta una oferta cerrada, sino que se invita a repetir la visita debido a la permanente actualización de los contenidos. De este modo, *shoa.de* se ha establecido, según información propia, como el mayor portal de Internet de habla germana acerca de la política de exterminio nazi, con más de 120.000 visitas al mes.

El tratamiento ejemplar de las ofertas sobre el tema demuestra que hay que modificar la tesis de la visualización y virtualización del conocimiento sobre el pasado, formulada en el contexto de la representación medial de nazismo y el Holocausto en cine y televisión, cuando se trata del contexto de los nuevos medios: las tendencias hacia la dramatización, la ficcionalización y el entretenimiento mediante la historia (el llamado *histotainment*) representan sólo uno de muchos aspectos del asunto y, además, se manifiestan de una forma muy diferente en los dos formatos. Gracias a la manipulación digital de imágenes, la ficcionalización de acontecimientos históricos parece ser mucho más frecuente y eficaz en los documentales televisivos. De este modo, las escenas de ficción se cambian tanto que apenas se diferencian visualmente de las grabaciones de época. Hasta el momento, la culminación de esta tendencia es la serie documental *Historia virtual* del canal Discovery, en la que se utilizan retratos de personajes históricos generados y animados por ordenador para «pegarlos» en los cuerpos de actores.

Muchas de las ofertas en línea, sin embargo, demuestran una tendencia contraria aprovechando la oportunidad de especificar la información por parte de los receptores, basándose principalmente no en la imagen, sino en el texto. A menudo, los nuevos medios atraen la atención y aumentan la sensación de autenticidad de manera muy distinta a la de los medios de comunicación de masas tradicionales. Incluso el principio de representación de la personalización presenta matices diferentes. Mientras que los accesos biográficos en los medios convencionales se guían con frecuencia por el factor fama, en las páginas web analizadas el interés consiste precisamente en recordar víctimas «sin nombre». Asimismo, en relación con otros acontecimientos catastróficos de la historia contemporánea, como por ejemplo el 11-S, el aspecto de la «conmemoración colectiva individualizada» aumenta en importancia (Meyer/Leggewie 2004).

Por lo tanto, los medios de memoria digitales no funcionan tanto como ofertas de conmemoración con cierta carga afectiva, sino como herramientas de investigación con orientación cognitiva. Sin embargo, esto no significa una historización sin más de la relación con el pasado. Más bien, la orientación conmemorativa es sustituida por la intención de promocionar actitudes en contra del racismo y del extremismo de derechas mediante la información sobre el nacionalsocialismo y el Holocausto. Aparte de las páginas de Internet alrededor de la información más o menos preparada sobre la época del nazismo, han conseguido una posición importante los sitios web de transmisión pedagógica con nombres como «Memoria en línea» o «Aprender de la historia»⁴. El objetivo de estas ofertas consiste principalmente en llegar a los educadores y, en los casos en los que la página existe en varios idiomas diferentes o incluso puede accederse al dominio directamente bajo el nombre en inglés o castellano, también en la proyección en el extranjero, para mostrar al interesado en otro país de qué manera se trata pedagógicamente el tema en Alemania. Temáticamente, estas páginas pertenecen al área de «Educación sobre el Holocausto», cuya intención no sólo es la transmisión de conocimientos históricos, sino también la educación, ante el fondo de la política de exterminio nacionalsocialista, a favor de un comportamiento que respete los derechos humanos universales; es decir, estas páginas se

⁴ Enlaces: <www.erinnern-online.de>; <www.lernen-aus-der-geschichte.de>, este último con versión en castellano: <www.aprender-de-la-historia.de>.

mueven en el contexto de una forzada «cosmopolitización de la memoria del holocausto» (Levy/Sznaider 2001).

Esta orientación coincide con las ideas de Jan Assmann (1992) acerca de la constitución de la memoria cultural. Respecto a la memoria del pasado nazi se ha llegado a un umbral temporal que se caracteriza por la transformación definitiva de la memoria comunicativa, es decir, transmitida por testigos de la época, en memoria cultural o institucionalizada. A pesar de que la diferencia tipologizada entre estos dos *modi «memorandi»* es controvertida, al menos tiene un valor heurístico en cuanto a la orientación de un número importante de páginas de Internet pertinentes. Dichas ofertas se dirigen o bien directamente a los jóvenes o bien a los educadores de escuela o de formación política; es decir, los destinatarios son los responsables de los contenidos de la cultura de la memoria. Ante el recién iniciado debate sobre la integración de las instituciones de la cultura de la memoria y sobre la necesidad de una presentación centralizada de los museos sobre el nacionalsocialismo y el Holocausto en Alemania, habría que analizar no sólo si tal proyecto tiene principalmente un carácter representativo y burocratiza las instituciones existentes, sino también si la puesta en escena material no puede sustituirse mediante una oferta de información virtual. Es verdad que ya existen diferentes CD-ROM al respecto que se están utilizando en la formación escolar, pero con frecuencia su orientación está influenciada por las enseñanzas pedagógicas de la historia. Por otro lado, a las ofertas en línea les faltan los recursos económicos, y por lo tanto personales, como para garantizar un nivel adecuado de actualización continua de los contenidos. Por lo tanto le toca al Estado plantearse completar su iniciativa de una «Fundación para la Documentación de los Crímenes del Nazismo» con una oferta adicional en el área de los nuevos medios. Al fin y al cabo, en comparación con una exposición convencional, esta forma de representación facilita tanto la reacción inmediata a los desafíos sociales de la cultura de la memoria en una sociedad de inmigración que cambia con rapidez, como la incorporación de los últimos resultados de la investigación sobre el pasado. Un primer ejemplo de cómo se podría realizar tal proyecto más allá de los portales de información establecidos se puede ver, desde la inauguración del monumento al Holocausto, en la oferta en línea de una de las cadenas de televisión

públicas alemanas, la ZDF⁵: una presentación multimedia combina imágenes del monumento con material histórico de audio y vídeo así como documentación sobre el proceso de construcción del monumento. Si en este caso no hubieran sido los medios de comunicación quienes se encargaran del concepto de la página, se podría incluso haber evitado la puesta en escena sugestiva del material documental de la época nazi, en este contexto bastante criticable.

Bibliografía

- ASSMANN, Jan (1992): *Das kulturelle Gedächtnis. Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*. München: Beck.
- LEGGIEWIE, Claus/MEYER, Erik (2005): *«Ein Ort, an den man gerne geht». Das Holocaust-Mahnmal und die deutsche Geschichtspolitik nach 1989*. München: Hanser.
- LEVY, Daniel/SZNAIDER, Natan (2001): *Erinnerung im globalen Zeitalter. Der Holocaust*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- MEYER, Erik/LEGGIEWIE, Claus (2004): «Collecting Today for Tomorrow: Medien des kollektiven Gedächtnisses am Beispiel des “Elften Septembers”», en: Erll, Astrid/Nünning, Ansgar (eds.): *Medien des kollektiven Gedächtnisses. Konstruktivität – Historizität – Kulturspezifität*. Berlin/New York: Gruyter, pp. 277-291.
- SCHRÖDER, Burkhard (2004): «Sieg-heil.de, DENIC und shoa.de», en: *Telepolis*, 29 de julio, <www.heise.de/tp/r4/artikel/17/17981/1.html> (20/08/09).

⁵ Enlace: <www.heute.de/ZDFheute/inhalt/15/0,3672,3931503,00.html>.

Notas sobre los autores

JUAN ARANZADI es escritor y profesor de Antropología en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED). Escribe para *El País* y ha publicado acerca del «problema» vasco *El milenarismo vasco: edad de oro, etnia y nativismo* (1982, reedición 2000) y *Good-bye ETA (y otras pertinencias)* (2005).

WALTHER L. BERNECKER es profesor de Historia Contemporánea en la Universidad de Erlangen-Nürnberg y autor de numerosas publicaciones que tratan la historia española, portuguesa y latinoamericana, entre ellas *Spaniens Geschichte seit dem Bürgerkrieg* (³1997), *Spanien-Handbuch. Geschichte und Gegenwart* (2006) y *Spanien heute. Politik, Wirtschaft, Kultur* (⁵2008).

BERND FAULENBACH es historiador, profesor de la Universidad de Bochum. Sus investigaciones se centran en temas sociales y de historia contemporánea, incluyendo la historia oral y la memoria histórica en Alemania y Europa.

NORBERT FREI es historiador y periodista, profesor en la Universidad de Bochum. Entre sus publicaciones, destacan *Vergangenheitspolitik. Die Anfänge der Bundesrepublik und die NS-Vergangenheit* (⁴2003) y *1945 und wir. Das Dritte Reich im Bewusstsein der Deutschen* (²2009).

JOACHIM GAUCK es teólogo; fue uno de los fundadores del «Neues Forum» y diputado en la «Volkskammer» de la ex RDA. Tras la caída del muro se compromete por disolver el Ministerio de Seguridad Estatal e inicia la ley por la apertura de los archivos de la *Stasi*, siendo nombrado Comisionado del Gobierno Federal.

SANTOS JULIÁ es profesor de Historia Social y Pensamiento Político en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED) y autor de un gran número de obras que tratan la historia política y social de la España del siglo XX; entre ellas, *Violencia política en la España del siglo XX* (2000) e *Historia de las dos Españas* (2006).

NIKKY KEILHOLZ-RÜHLE estudió Ciencias Sociales, Historia y Literatura en Múnich y Colombia. A partir de 1986, trabaja en el Goethe-Institut en varios destinos mundiales desempeñando diferentes funciones. Después de Nueva Delhi, Murnau, Praga, Múnich y Madrid tiene, desde octubre de 2009, el cargo de directora del Goethe-Institut Berlin.

ANNETTE LEO estudió Historia y Letras en Berlín. Desde 1990 se dedica a la investigación del movimiento antifascista en la ex RDA. Actualmente, está asociada al Centro de Investigaciones sobre el Antisemitismo en la Universidad Técnica de Berlín y es miembro de la Comisión Científica de la Fundación de los Lugares Conmemorativos de Brandenburgo y del Comité Ejecutivo de la Fundación «Topografía del Terror».

JUTTA LIMBACH fue profesora de Derecho Civil y entre 1989 y 1994 Senadora de Justicia en Berlín. En 1994 ocupó la presidencia del Tribunal Constitucional de Alemania, y desde 2002 hasta 2008 la del Goethe-Institut.

REYES MATE estudió en París, Roma, Münster y Madrid; fue miembro fundador del Instituto de Filosofía de Madrid y director del mismo entre 1990 y 1998. Es colaborador habitual en las páginas de opinión de *El País* y *El periódico de Cataluña*, y autor de, entre otras publicaciones, *Memoria de Auschwitz: actualidad moral y política* (2003) y *Contra lo políticamente correcto: política, memoria y justicia* (2006).

ERIK MEYER estudió Ciencias Políticas, Historia Contemporánea y Filosofía, y trabaja actualmente en el proyecto «Culturas de la memoria» de la Universidad de Gießen. Entre sus publicaciones dedicadas a la política de la memoria destaca, en colaboración con Claus Leggewie,

«Ein Ort an den man gerne geht». *Das Holocaust-Mahnmal und die deutsche Geschichtspolitik nach 1989* (2005).

IGNACIO OLMOS es filósofo y economista. Ha trabajado en la Editorial Espasa-Calpe y en la Fundación BBVA. En 1993 se incorporó al Instituto Cervantes y desde entonces ha dirigido el Instituto Cervantes de Múnich y abierto, a lo largo de los últimos años, las nuevas sedes del Instituto Cervantes en las ciudades de Bremen, Frankfurt y Berlín. Actualmente, es el director del Instituto Cervantes en Chicago.

ALBERTO REIG TAPIA es profesor de Ciencias Políticas de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona. Especializado en Pedagogía Política, escribe regularmente en *El País* y es autor de libros como *Memoria de la Guerra Civil. Los mitos de la tribu* (1999), *Anti Moa. La subversión neofranquista de la historia de España* (2006) y *La cruzada de 1936: mito y memoria* (2006).

EMILIO SILVA BARRERA es sociólogo y periodista. En su libro *Las fosas de Franco. Los republicanos que el dictador dejó en las cunetas*, que publica junto a Santiago Macías en el año 2003, relata el destino de su abuelo, que fue fusilado por los falangistas en 1936. Funda, en cooperación con Santiago Macías, la *Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica*, de la cual es presidente.

IGNACIO SOTELO fue profesor de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín. Es miembro de la Academia Europea de Ciencias y Artes y secretario cultural del PSOE; es colaborador habitual del periódico *El País* y entre sus libros destacan *Sociología de América Latina: estructuras y problemas* (2017) y *Los socialistas en el poder* (1986).

HARALD WELZER es sociólogo y psicólogo social, director del grupo de investigación «Recuerdo y Memoria» del Instituto de Ciencias Culturales de Essen y profesor en la Universidad de Witten-Herdecke. Especialista en la investigación de la memoria y de la transmisión histórica y cultural, especialmente del Holocausto, ha publicado recientemente *Das kommunikative Gedächtnis. Eine Theorie der Erinnerung* (2008).

Existe una versión alemana de este libro:

Ignacio Olmos; Nikky Keilholz-Rühle (Hrsg.):
Kultur des Erinnerns. Vergangenheitsbewältigung in Spanien und Deutschland.
2009. 200 S. ISBN 978-3-86527-336-9

BIBLIOTHECA IBERO-AMERICANA
últimos números publicados

Vol. 113

BERNECKER, Walther L.; MAIHOLD, Günther (eds.): *España: del consenso a la polarización. Cambios en la democracia española*. 2007, 446 pp., ISBN: 9788484893042

Vol. 114

GÓMEZ-MONTERO, Javier (ed.): *Memoria literaria de la Transición española*. 2007, 234 pp., ISBN: 9788484893127

Vol. 115

KURTENBACH, Sabine *et al.* (Hrsg.): *Zentralamerika heute. Politik, Wirtschaft, Kultur*. 2008, 864 S., ISBN: 9783865273475

Vol. 116

BIRLE, Peter; SCHMIDT-WELLE, Friedhelm (Hrsg.): *Wechselseitige Perzeptionen: Deutschland-Lateinamerika im 20. Jahrhundert*. 2007, 298 pp., ISBN: 9783865273543

Vol. 117

BIRLE, Peter; HOFMEISTER, Wilhelm; MAIHOLD, Günther; POTTHAST, Barbara (eds.): *Elites en América Latina*. 2007, 230 pp., ISBN: 9788484893356

Vol. 118

MAIHOLD, Günther (ed.): *Venezuela en retrospectiva. Los pasos hacia el régimen chavista*. 2007, 346 pp., ISBN: 9788484893363

Vol. 119

PHAF-RHEINBERGER, Ineke; OLIVEIRA PINTO, Tiago (eds.): *AfricAmericas. Itineraries, Dialogues and Sounds*. 2008, 224 pp., ISBN: 9788484893806

Vol. 120

BIRLE, Peter; COSTA, Sérgio; NITSCHACK, Horst (eds.): *Brazil and the Americas. Convergences and Perspectives*. 2008, 237 pp., ISBN: 9788484893752

Vol. 121

HOFFMANN, Léon-François; GEWECKE, Frauke; FLEISCHMANN, Ulrich (dir.): *Haïti 1804. Lumières et ténèbres. Impact et résonance d'une révolution*. 2008, 288 pp., ISBN: 9788484893714

Vol. 122

SÜSELBECK, Kirsten; MÜHLSCHLEGEL, Ulrike; MASSON, Peter (eds.): *Lengua, Nación e Identidad. La regulación del plurilingüismo en España y América Latina*. 2008, 419 pp., ISBN: 9788484893707

Vol. 123

SCARZANELLA, Eugenia; SCHPUN, Mónica Raisa (eds.): *Sin fronteras. Encuentros de mujeres y hombres entre América Latina y Europa (siglos XIX-XX)*. 2008, 246 pp., ISBN: 9788484894070

Vol. 124

ETTE, Ottmar; INGENSCHAY, Dieter; MAIHOLD, Günther (Hrsg.): *Europ.Amerikas. Transatlantische Beziehungen*. 2008, 172 S., ISBN: 9783865274397

Vol. 125

BERNECKER, Walther L. (Hg.): *Spanien heute. Politik, Wirtschaft, Kultur*. 2008, 580 S., ISBN: 9783865274182

Vol. 126

ASHOLT, Wolfgang; REINECKE, Rüdiger; SCHLÜNDER, Susanne (Hrsg.): *Der Spanische Bürgerkrieg in der DDR: Strategien intermedialer Erinnerungsbildung*. 2009, 322 S., ISBN: 9783865274656

Vol. 127

KLEINPENNING, Jan M. G.: *Rural Paraguay, 1870-1963. A Geography of Progress, Plunder and Poverty*. 2 vols. 2009, 1410 pp., ISBN: 9788484894834

Vol. 128

SCHMIDT-WELLE, Friedhelm (ed.): *La Revolución mexicana en la literatura y el cine*. 2010, 320 S., ISBN: 9788484894964

Vol. 129

WERZ, Nikolaus (Hrsg.): *Populisten, Revolutionäre, Staatsmänner. Politiker in Lateinamerika*. 2009, 616 S., ISBN: 9783865275134

Vol. 130

BERNECKER, Walther L.; ÍÑIGUEZ HERNÁNDEZ, Diego; MAIHOLD, Günther (eds.): *¿Crisis? ¿Qué crisis? España en busca de su camino*. 2009, 320 pp., ISBN: 9788484894995

Ante el horizonte de las tendencias globalizadoras de la civilización científico-técnica, cuyo impulso las lleva a sobrepasar los estados nacionales, recae una nueva y mayor importancia en los procesos colectivos de la memoria. En este contexto y en su colaboración cada vez más estrecha, el Instituto Cervantes de Berlín y el Goethe-Institut Madrid han querido enfocar y destacar la importancia de la cuestión de la memoria.

"¿La cultura de la memoria alemana entrará finalmente en la recta final [...], mientras España aún está pagando el precio por el 'pacto de silencio'? [...] Un próximo simposio debería trabajar las conclusiones que se formularon en éste e indagar lo que las naciones alemana y española pueden aprender la una de la otra."

Paul Ingendaay, Frankfurter Allgemeine Zeitung

"El futuro no se puede construir sobre el olvido ni sobre el recuerdo selectivo. Éste es el mensaje que une Alemania y España a la hora de enfrentarse a sus respectivas dictaduras. La importancia de cuidar la memoria es lo que ha reunido a políticos y escritores de ambos países en Berlín."

Radio Deutsche Welle



IBERO-AMERIKANISCHES INSTITUT
PREUSSISCHER KULTURBESITZ

I A I
P | K

ISBN 978-84-8489-308-0



9 788484 893080



GOETHE-INSTITUT